



PEPA FRAILE COLORADO



Y DE NUEVO EL SILENCIO

Una pasionante novela de ficción histórica basada en hechos reales

PEPA FRAILE COLORADO

 Diseño y maquetación de cubiertas: Nere Gurutxeta.

ISBN-13: 978-84-09-63992-2

A las mujeres y hombres de mi linaje, porque en cada uno de ellos reconozco una parte de mi historia.

A Pepe, siempre, por ser y estar. Te amo.

Hay algo en las familias que se hereda, que se contagia, que se rompe y permanece al mismo tiempo, cuando alguno de sus mayores te brinda su último adiós. Hay algo en las familias que siempre queda pendiente. Quizás un beso o un recuerdo. Quizás el cometido de alguno de sus miembros, transformado en guardián de una palabra. Por ellos, por los vivos y por los muertos, para que nunca más se silencien las palabras.

Contenido

Solo habían pasado unos días desde que el corazón de Anita dejara de latir y su partida estaba lacerándola sin compasión. Su cuerpo aún le ardía en la memoria y aquella fragancia que todo lo impregnaba, hasta en su ausencia, se le había anclado en las entrañas.

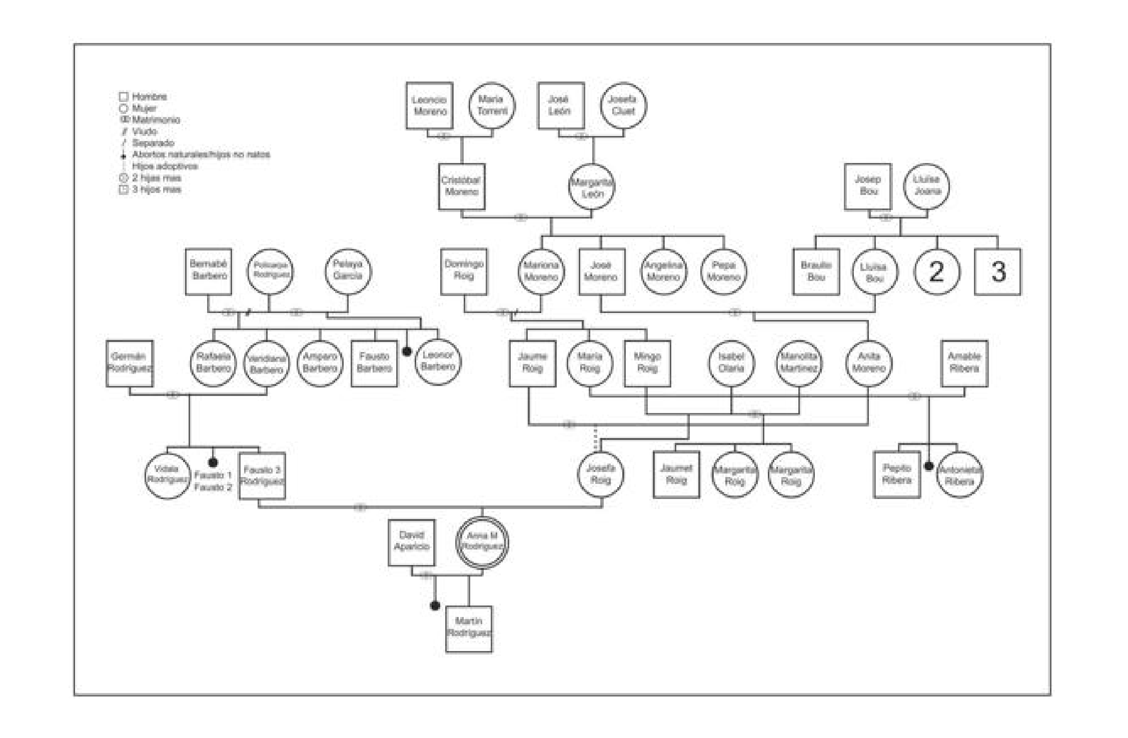
Ya añoraba sus caricias, sus abrazos, cada una de las sonrisas con las que durante tantos años había alejado los miedos y los fantasmas de la noche oscura, otorgándole con aquel contacto, que ya no volvería a sentir, la calma que había buscado incluso sin saberlo. Ella había querido aferrarse al tiempo, el que les faltaba por vivir. Y el tiempo, insensible, escurridizo como la niebla, había desoído sus plegarias.

Anita se había marchado para siempre.

Al verse en el espejo, encogió los hombros, dejó caer los brazos y bajó la vista, sintiendo la vergüenza que aquella figura proyectaba. Su reflejo le escupía la imagen desgastada de la derrota. No podía enfrentarse a ellos, no sabría cómo hacerlo sin su presencia, sopesó en silencio, implorando una respuesta.

Y en un intento de ocultar el dolor que la roía por dentro, la aureola violácea que le envolvía los ojos le evocó la mirada de niña que un día había tenido, ahora perdida entre sus recuerdos. Esa era ella, la misma a ambos lados del cristal. Su reflejo, embebido por la pena y las heridas, la acechaba con desprecio, como si solo pretendiese invitarla a traspasar la estrecha capa que las separaba para tragársela. Se acercó despacio, temiendo y deseando que fuera capaz de hacerlo.

Su respiración agitada dibujó una película de vaho que le empañó el rostro. Y las lágrimas volvieron a nublarle los ojos. Era ella, no había nadie más ni nada iba a suceder. Era el destino, el que a todos nos aguarda, pensó, buscando un consuelo en vano; el mismo destino que burlaba una vez más aquella historia marchita disfrazada de verdades raídas por el tiempo, que todos se habían empeñado en enterrar durante años y que ahora, tras la muerte de su abuela, reclamaba su derecho entre los vivos.



Hombre
Mujer
Matrimonio
Viudo
Separado
Abortos naturales/hijos no natos
Hijos adoptivos
2 hijas mas
3 hijos mas
Leoncio Moreno
Maria Torrent
José León
Josefa Cluet
Cristóbal Moreno
Margarita León
Josep Bou
Lluïsa Joana
Bernabé Barbero
Pelaya García
Domingo Roig
Mariona Moreno
José Moreno
Angelina Moreno
Pepa Moreno
Braulio Bou
Lluïsa Bou
2
3
Germán Rodríguez
Rafaela Barbero
Vendiana Barbero
Amparo Barbero
Fausto Barbero
Leonor Barbero
Jaume Roig
Maria Roig
Mingo Roig
Isabel Olaria
Manolita Martínez
Anita Moreno
Amable Ribera
Vidala Rodríguez
Fausto 1
Fausto 2
Fausto 3 Rodríguez
Josefa Roig
Jaumet Roig
Margarita Roig
Margarita Roig
Pepito Ribera
Antonieta Ribera
David Aparicio
Anna M Rodríguez
Martín Rodríguez

Capítulo 1

Barcelona, 2019

La pena había agotado sus fuerzas. Se recostó en la cama y se quedó dormida. Su mente estaba vacía, extraviada en un cielo en el que solo resplandecía una estrella. Y Anna la miraba absorta, concentrada en el centro de su luz, al que deseaba llegar inútilmente, porque se hallaba lejos, muy lejos, hasta que los golpes que repiquetearon en la puerta la sobresaltaron. Al verlo delante de ella, se asustó.

—Anna, tenemos que irnos. Es la hora —le dijo David—. Te espero fuera. Marc también ha venido ya. Tus padres han llamado para preguntar a qué hora vamos a ir a recogerlos —añadió él, acariciándole el hombro—, y tu teléfono no para de sonar desde esta mañana. Ayer lo silencié un rato.

—No me apetece hablar con nadie —Anna se tapó la cara con las manos—, es tan difícil, no sé cómo decirles… Ella me esperó. Qué contradicciones tiene la vida, ¿verdad? ¿Cómo voy a soportar ahora esta carga? La mía, la de ellos, la de todos… —susurró, abrazándose a su marido.

Él se sentó a su lado y la acogió entre los brazos, en silencio. No había respuestas, nunca las había habido. Y apoyado en la base de su cuello, le acarició la melena.

—¿De qué hablasteis? —lo interrogó Anna, de repente.

—¿De qué hablamos? —repitió él, extrañado, buscando en su mirada el motivo de esa pregunta, a la que no sabía qué contestar.

—Me siento tan culpable… Era su tercer día en el hospital y yo había venido a casa a descansar un poco. Necesitaba una ducha. Cuando regresé estaba dormida, y no volvió a despertar. Fuiste el último en oír su voz…

—No puedes seguir martirizándote, Anna. Llevas dos años cuidándola, desde que empezaron los ingresos, y toda tu vida a su lado, haciéndola feliz. Tú a ella y ella a ti. Lo sé. Me lo dijo. Además, Anita no hablaba en sus últimas horas, pero estoy seguro de que te escuchaba.

—¿Te contó algo más? —insistió Anna, sintiendo que un fuego le renacía en el interior.

—Nada en concreto. Despertaba a ratos. Otros, descansaba. Bueno, sí, comentamos alguna cosa sobre la antipática de la enfermera

que te sacó de tus casillas en varias ocasiones. Y de cuánto te quería, eso también —se atrevió a confesarle—, ya sabes que tú para ella eras la niña de sus ojos.

El llanto emergió de su garganta como un volcán iracundo con la tierra, para fracturarla de nuevo, deformando la base de sus cimientos, los que su abuela se había encargado de amurallar desde que era niña; desde que ella y Jaume la habían recibido como un tesoro que habían custodiado hasta el último momento.

Anna sentía que se ahogaba. Cruzó las manos sobre el pecho y respiró despacio, concentrándose en el aire que salía por la boca y volvía a entrar por la nariz. Y logró la calma necesaria para emprender uno de los días más difíciles de su vida.

Miró a David. Percibía su dolor y su sosiego, el que a ella le había faltado tantas veces. Sonrió, acariciándole la mejilla.

—Gracias por todo. Siempre te tengo a mi lado. Déjame el teléfono, al menos contestaré a los más cercanos. Ellos no saben…

—No te preocupes por eso ahora. Ya me he encargado de dar la noticia a algunos de tus amigos y compañeros de trabajo. Se irán avisando entre ellos.

—Llevaba mucho tiempo preguntándome cuándo sería el día, temiendo decirlo en voz alta, incluso pensar en ello. No estaba preparada. ¿No te parece una ironía del destino?

—Las personas no eligen el día de su muerte. Ha sido así y así tenemos que aceptarlo. Sí me parece una coincidencia, ¿cómo decirlo?, extraña, nada más.

Pensó en sus padres. Había que recogerlos en casa. Pepita y Fausto, los que tantas veces había imaginado de niña en un mundo soñado que solo existía para ella. Tendría que besarlos, verlos enfundando sus ropas de luto, llevar del brazo a su madre y sentir la mirada de su padre en la nuca, siguiéndolas con un pesar que sabía de sobra que era fingido.

Ellos continuaban vivos y su yaya no. ¿Dónde estaba la justicia? No podía contestar a eso, y la culpa por planteárselo casi la ruborizaba. Respiró hondo y cerró los ojos, aferrándose a las pocas imágenes felices de su niñez, las que atesoraba en silencio, y al lugar que habían ocupado sus abuelos, que la habían sostenido entre hilos dorados para que no cayera al vacío del desamor, de la displicencia con la que sus progenitores la habían visto crecer. Quedaba tanto por decir, tanto por sanar, tanto por vivir, que no era capaz de contener el dolor que se hundía en el fondo de su alma. Anita se había marchado sin darle la llave de aquella puerta que, tras su muerte, se había cerrado y que quizás nunca podría abrir.

Su madre le había delegado todo lo concerniente al funeral. Anna había elegido la caja mortuoria, las flores, la música y hasta la

tarjeta de condolencias para los asistentes a la ceremonia y al cementerio. Así era ella y así había sido siempre. No era conformismo, sino su habitual forma de no acercarse a las cosas importantes. Debía culparla y no quería, no podía. Su madre llevaba demasiados años sin decidir, pensó para consolarse. Y ella, una vez más, debía hacerse cargo de todo.

Fausto había llegado al hospital pocas horas después del óbito y su indiferencia había herido en el alma a Anna una vez más, que por un momento había albergado la esperanza de compartir el dolor que la inundaba con él. Qué ilusa era, pensó al verlo. En su cara podía interpretarse que la muerte de su suegra no lo había sorprendido, ni siquiera le parecía una pérdida que mereciera más que la escasa atención que le había dedicado a la difunta en los últimos años.

El trayecto hacia el tanatorio transcurrió en silencio. El silencio de los inocentes amalgamado de culpa, de pasado, de recuerdos que consolaban a unos y castigaban a otros. En el coche iban cinco personas con la mirada fija en el horizonte, tres generaciones que se preguntaban el porqué, que desmadejaban en sus cabezas los interrogantes que el tiempo había ido lastrando sobre sus espaldas.

Salieron del vehículo. David se apresuró a abrirle la puerta a Pepita. Sus atenciones con ella, incluso con su suegro, siempre habían estado a la altura. Su aplomo y su paciencia parecían infinitos. La tomó del brazo y, a paso calmado, la llevó hasta donde la esperaba Fausto. Después se acercó a Anna, la sujetó por el hombro y, junto con Marc, caminaron hacia el tanatorio donde Anita los aguardaba para su último adiós.

La familia y los allegados les mostraban sus condolencias. Anna oía sin escuchar las frases de ánimo y fortaleza que lamentaban su pérdida. Y ella, encorvada y oculta tras unas enormes gafas negras que no lograban taparle las rojeces de la cara, asentía estoicamente a unos y a otros, sumándose al dolor preceptivo de todos los presentes y sabiendo que no podía escapar de ahí. Las lágrimas habían dejado de brotar y el llanto se aceleraba por dentro como la corriente de los ríos bravos, rápida, sin fronteras, a punto de desbordarse.

—Anna, tenemos que ir a sentarnos. Me han avisado de que no llegarán con el féretro hasta que no ocupemos nuestro sitio —dijo David para sacarla de ahí, consciente de que ese iba a ser uno de los días más largos de su vida.

—Claro, vamos —asintió ella, indicándole a sus padres que había que entrar.

El féretro avanzó al compás de la música y los asistentes se giraron a su paso. En ese instante, Anna contuvo la respiración. Debía permanecer entera, al menos por ella, por su abuela. Llevaba todas sus

peticiones, y entre sus deseos, el vestido de su comunión. Tan discreta como siempre, pocos sabían que de niña no había tomado el santo sacramento. No lo había hecho hasta el mismo día que su nieto había comulgado por primera vez. También los tanatoprácticos habían seguido instrucciones exactas sobre cómo peinarla. Anita, una mujer de mirada dulce y de tez blanca y tersa, había sido muy coqueta. Había evitado que alguien percibiera la escasez de su cabello en los últimos años y durante el velatorio tampoco la reveló, yéndose a la tumba con la imagen de la inexorable firmeza que el trayecto al otro mundo le había prestado.

El párroco dejó que sonara la canción, una de las preferidas de la difunta: *A mi manera*. Una versión de Il Divo que, por sorprendente que pudiera parecer a quienes solo la conocían por fuera, decía mucho de ella:

El fin muy cerca está, lo afrontaré serenamente.
Ya ves, yo he sido así, te lo diré sinceramente.
Viví la intensidad y no encontré jamás fronteras.
Jugué sin descansar a mi manera.
Jamás viví un amor que para mí fuera importante.
Tomé solo la flor y lo mejor de cada instante.
Viajé y disfruté, no sé si más que otro cualquiera.
Si bien, todo ello fue a mi manera.
Tal vez lloré, tal vez reí.
Tal vez gané, tal vez perdí.
Ahora sé que fui feliz, que si lloré también amé.
Y todo fue, puedo decir, a mi manera.
Quizás también dudé cuando mejor me divertía.
Quizás yo desprecié aquello que no comprendía.
Hoy sé que firme fui y que afronté ser como era.
Y así podré seguir a mi manera.
Porque ya sabrás que el hombre al fin
conocerás por su vivir.
No hay por qué hablar, ni qué decir,
ni recordar, ni hay que fingir.
Puedo llegar hasta el final a mi manera.

Desde la primera estrofa, todo se volvió borroso. Y, cuando Anna sintió que desfallecía, notó la palma de la mano de su hijo sobre el hombro. Se miraron. Aquel gesto del niño ya convertido en hombre, ofreciéndole la calma que parecía faltarle, era lo que necesitaba.

No había sido fácil para nadie. Cada uno de los miembros de aquella familia había recogido partes de su historia hecha pedazos. Trozos inconexos llegados desde el silencio, desde la sospecha, desde

la verdad encubierta que muchos conocían y pocos habían querido revelar. Algunos pensaban que con la partida de Anita quizás se cerraba un capítulo familiar escrito a base de mentiras piadosas con las que tapar agravios que ahora quedarían acallados. Y, sacando fuerzas de flaqueza, Anna recordó las últimas palabras que había susurrado a su abuela, sujetándole la mano hasta el último aliento. Dos frases que cobraban sentido al son de las estrofas de una canción que nunca podría olvidar y que reclamaban su derecho a haber vivido a su manera y a su descanso:

—Tranquila, yaya, que siempre te he escuchado y todo lo que quieres se respetará.

Qué locura era esta, se preguntaba, desoyendo un discurso que insistía en las bondades con que la muerte llega a la vida. Ella no deseaba eso, no podía conformarse. No podía hacerlo ahora, cuando, entre las fisuras casi imperceptibles abiertas en el lienzo emborronado de su historia, pretendía mirar detrás, en los bastidores, donde habitaba la verdad, la que le había faltado tiempo para descifrar, envuelta en misterios que quizás solo ella podía desvelar.

La ceremonia llegó a su fin, tres letras unidas e hirientes que a partir de ese momento tomarían un significado distinto para Anna, Pepita, David y Marc, incluso para Fausto. Para todos los allí congregados, hombres y mujeres supervivientes, vivos y muertos entre alegrías y desdichas desde hacía más de un siglo.

Alguien se acercó a Anna por la espalda, ya fuera de la estancia en la que habían quedado los olores de la muerte, de los ramos de rosas rojas, de los cirios, de la pena. Era Antonieta, una de sus primas segundas, con la que había tejido algunos lazos que era tiempo de alimentar.

—Lo siento mucho —dijo, abrazándola de nuevo—. Creo que nos debemos una charla. Ahora es todo muy reciente. Si te parece, lo dejamos para más adelante. Así la recordaremos juntas. Ella lo merecía. Lo merecerá siempre.

—Claro —le agradeció Anna, conteniendo un llanto que clamaba por salir.

—Tu abuela eligió un buen día para morir. Aunque a ti no te lo parezca.

Su mirada extrañada se clavó en Antonieta. No entendía qué quería decirle con aquello. Nunca era un buen día para morir, pensó ella.

—Era mi cumpleaños, ¿sabes? —le recordó con rabia y pena—, y no es que me duela más por eso. Quizás trató de aguantar hasta ese momento, pero no logro adivinar por qué.

—Hay algunas teorías al respecto, aunque preferiría contártelas en otro sitio, ya sabes, a solas.

—Me gustaría saberlo.

—Vente a mi casa cuando quieras y allí hablaremos con tranquilidad. Hoy solo te diré que, cuando un ser querido muere el día de tu cumpleaños, te conviertes en su heredera universal, como el alma más elevada que resolverá sus asuntos inconclusos. Sé que suena raro, pero ahora entiendo algunas cosas.

—¿Pero…?

Antonieta la abrazó con fuerza. Y, en ese gesto lleno de intenciones, Anna sintió una sacudida por todo el cuerpo. Se miraron con los ojos empañados por un llanto repleto de misterio. Como una sentencia cayendo sobre sus hombros, la enigmática frase le revoloteaba por la cabeza. Pero tenía que conformarse con el silencio.

Antonieta rezó por su alma, por la de Anita. Y también por la de Anna. Porque la difunta le dejaba un legado a su alma herida. Su nieta, la heredera universal de las verdades quebrantadas tantos años, tendría que retomar el camino que ella había intentado trazar alguna vez.

Hacía veintisiete años que el amor de su vida, Jaume Roig, había partido al cielo de los justos. Y ese día, 14 de febrero de 2019, la muerte haría que se reencontrasen para volver a abrazarse.

Para Anna, el duelo no había hecho más que empezar.

Capítulo 2

Barcelona, 2019

Habían pasado varias semanas desde el entierro de Anita y a los quehaceres que antes tenían sentido ahora los dominaba una inercia irremediable. La vida continuaba para todos y las conversaciones banales recubrían de normalidad los ataques de ansiedad que Anna sufría a escondidas casi a diario. Cada visita a la calle San Medir reabría la grieta que nunca terminaba de cerrar. No quería desprenderse de esas estanterías desbordadas de enciclopedias y periódicos señalados, de los muebles, de las fotografías, de los enseres personales, de los armarios llenos de ropa y del sinfín de recuerdos, pero debía hacerlo y las fuerzas no la acompañaban. ¿Qué elegir? ¿Qué desechar? El ruido mental hacía imposible tomar decisiones acertadas que la aliviaran de una carga que había quedado para ella, como heredera universal de un patrimonio que ahora se le hacía difícil de gestionar. Cada objeto, por insignificante que pareciese, tenía su propia historia.

Por la mañana, telefoneó a Pepita y su intercambio de palabras fue breve, casi frío. No le apetecía conversar con ella y menos aún sobre los asuntos por resolver, pero había que hacerlo. Desde el entierro, Pepita demostraba un dolor latente, una pena lacia velada por los silencios que dejaba pasar entre frase y frase. No era por la ausencia de su madre, juzgaba Anna sin sentir remordimiento, sino su forma de ser. Pepita se había reconciliado con la vida a la fuerza, presa en un laberinto en el que había aprendido a caminar y a refugiarse, aunque en la búsqueda de su seguridad hubiera abandonado a menudo el cometido que, como madre y como hija, debía cumplir. Unos días se mostraba olvidadiza; otros, nerviosa. Atrás habían quedado los episodios de histeria sobrevenida que Anna había tenido que presenciar durante su infancia. Demasiadas alteraciones en los recuerdos; demasiados secretos desterrados al olvido que, como el grano de la paja, la separaban de su linaje.

—Pasaré a recogerte después de comer, tenemos que ir al piso de la yaya —le anunció Anna, modulando la intensidad de su tono.

—Tu padre cena pronto. Ya sabes que es muy rígido con sus horarios.

Siempre lo mismo, y ni el paso de los años había conseguido

que se rebelara en contra de un pacto férreo por servirlo. Pepita era la esposa dócil y ejemplar. La consorte que todo hombre desearía. La mujer paciente que no hacía preguntas, viendo la vida pasar desde una ventana.

Anna suspiró, tragándose las ganas de contestar con aquello que le roía el estómago. Elevó la cabeza, cerró los ojos, reteniendo la paciencia que empezaba a abandonarla.

—Cuando llame al telefonillo, baja.

—Claro, hija, ya estoy vestida. Así adelantamos.

Llegaron al piso de los Roig Moreno, el lugar en el que, durante los primeros años de su vida, Anna despertaba cada mañana, junto a su abuela, cuando Jaume ya se había ido a trabajar. Y el mundo volvió a caerse ante sus pies. La vivienda conservaba su olor, la fragancia a rosas que atesoraba en sus recuerdos de infancia, de juventud, de siempre. Todo seguía ahí, aguardando a quien no iba a volver.

Pepita entró cabizbaja, como quien espera ser juzgado y no mira a los ojos de su acusador. Colgó la chaqueta en la percha del recibidor y, sin mediar palabra, se metió en el dormitorio.

Anna contuvo la respiración. No quería llorar delante de su madre, pero el dolor volvía a traicionarla. ¿Hasta cuándo?, se preguntó, enjugándose las lágrimas. Dejó el bolso en el butacón preferido de Anita, en el que se sentaba todas las tardes a ver la televisión, y tocó el estampado de flores despacio, deteniéndose en cada uno de los ramilletes descoloridos por el uso, recordando las veces que la había tomado en su regazo para mecerla como a un bebé.

Abrió la cremallera de la mochila y sacó la libreta en la que había anotado la lista de los enseres y los muebles que había que revisar. Su marido y ella habían acordado que trasladarían unos cuantos a Valladolid. Allí disponían de una casa de pueblo antigua y reformada en la que se alojaban cuando visitaban a la familia de David. Sus abuelos habían ido hasta las tierras de Castilla en muchas ocasiones y ahora reposarían allí algunos de los objetos que los habían acompañado siempre.

Mientras apuntaba el estado de conservación de cada uno, los gritos ahogados de su madre la sobresaltaron.

—¿Ves? Aquí está. Aquí, mira, mira —balbuceaba Pepita, visiblemente alterada—. Yo lo sabía y nunca me lo quisieron enseñar. Está aquí escrito, está aquí —repitió cuando su hija entró en la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anna, molesta por los aspavientos de su madre.

—Aquí está el documento que lo demuestra. —Enarboló unos papeles, agitándolos—. Aquí está la prueba. Pensaban que no lo iba a encontrar —insistió Pepita, ante la mirada turbada de su hija—.

Quizás no sepas a qué me refiero.

—Quizás tendrías que habérmelo contado antes, ¿no te parece? —preguntó a la nada, presa de una rabia repentina—. ¿O es que acaso no lo sabe todo el mundo? Ah, no, que yo no formo parte de ese mundo que creaste a tu alrededor —añadió, sin medir la crueldad de sus palabras—. Tu descubrimiento llega tarde para mí, mamá. Y solo a ellos les debes lo que fuiste. A tus padres. A Jaume y a Anita —recalcó, esforzándose por llenar de aire los pulmones.

—No sé de qué estás hablando —se excusó Pepita; Anna permanecía inmóvil delante de ella, dejando que las lágrimas volvieran a nublarle la vista—. Claro que les debo todo lo que soy. ¿Acaso lo he negado alguna vez? —se defendió la mujer, bajando el brazo con el que todavía sujetaba el certificado de nacimiento que había descubierto en el armario del dormitorio—. Es solo que ellos…

—Ahora no, te lo pido por favor. Puede que en otro momento debamos poner las cosas en su sitio, pero ahora no —repitió, dirigiéndose hacia la gramola que había pensado llevarse—. A ver, ¿qué cosas querrás quedarte tú cuando desalojemos esto? —preguntó, zanjando ese tema—. Tengo hora en el médico y apenas dispongo de tiempo. Volveremos pasado mañana.

Eran muchas las conversaciones pendientes y la carga de cada silencio recaía sobre sus espaldas a peso muerto. Y ya estaba harta. Ahí no abordarían nada que empañase la memoria de las personas a quienes tanto había querido, se dijo. No soportaba la impostura con la que su madre hablaba de ellos. Jaume y Anita eran intocables. Siempre lo habían sido y siempre lo iban a ser mientras ella conservara un ápice de energía para seguir venerándolos. Porque se lo merecían más que nadie en el mundo.

—¿Estás enferma?

Anna no respondió, y eso molestó a Pepita, que esta vez sí se dirigió a ella como una progenitora cuando reprende a su vástago:

—¿Es que no tengo derecho a saber si mi hija está enferma? Nunca me cuentas nada.

—No, mamá, no estoy enferma. O sí, no lo sé. Pero eso ahora no importa. Tengo cita con mi terapeuta, nada más. Y no puedo llegar tarde —contestó de mala gana, mirando su reloj.

—A ella se lo contabas todo. En cambio, a mí…

Fue como un disparo directo al corazón que la sacudió por dentro. Y cerró los ojos para concentrarse de nuevo en su respiración. Esa frase la hizo retrotraerse al pasado, enfrentándola a las verdades desnudas, esas que vestidas de apariencia habían quebrado el equilibrio y solo se sujetaban por hebras antiguas a punto de descomponerse.

Durante un rato, deambularon por la vivienda en silencio.

Anna, libreta en mano; Pepita, movida por una inercia que la llevaba de una estancia a otra, sin rumbo fijo, deteniéndose en algunas fotografías que tomaba entre las manos. Y así transcurrieron casi dos horas en las que no volvieron a cruzar palabra.

—Tenemos que irnos, mamá —anunció Anna—. Calculo que solucionaremos esto en tres semanas. Todavía quedan algunos asuntos que cerrar con el abogado, pero ya es definitivo: no podremos comprar el piso, así que hay que vaciarlo.

Pepita no había preguntado nunca por el asunto y Anna, hasta ese momento, tampoco había querido dar detalles. Antes de su muerte, Anita se había encargado de hacerla albacea de su testamento, de sus pertenencias y de una cuenta corriente que había abierto a nombre de su nieta. Anna no lo había entendido al principio, incluso se resistió en varias ocasiones a afrontar una responsabilidad que no le pertenecía, a pesar de conocer de sobra los motivos. Ahora, dueña de los ahorros del matrimonio, sería la única administradora de las cuentas. Y procedería con honestidad, como a su abuela le constaba que lo haría.

—Hasta mañana —se despidió Ana de su madre.

—¿Volverás mañana? ¿No subes a saludar a tu padre? Seguro que ya está en casa —afirmó la mujer, convencida de que Fausto la estaría esperando.

—Es una forma de hablar, mamá. Y no tengo tiempo, ya te he dicho… Bueno, otro día —se excusó, alejándose del portal.

Sabía que sus ojos la seguirían hasta perderla de vista y sintió una punzada en el pecho. Era su madre y la quería como tal, aunque las heridas que un día se habían abierto aún sangrasen. ¿Hasta cuándo iba a sentirse así?, se preguntaba, bajando al andén del tren que la llevaría hasta la consulta.

Era hora punta y el vagón destilaba una amalgama de olores que habían ido tomando sitio a lo largo de la jornada. Unos leían; otros aprovechaban el vaivén del trayecto para un instante de descanso que terminaba con los frenazos en cada una de las paradas; otros, como ella, dejaban que su mirada se extraviase en un horizonte incierto. Quizás alguno de ellos también hubiera perdido a un familiar hacía poco; quizás al volver a sus casas se encontrarían solos. Todas esas personas silenciosas debían de buscar lo mismo: unos minutos de paz que ahí solo interrumpían los sonidos de los teléfonos y el rechinar de los raíles.

Bajó del tren y subió las escaleras a pie con las pocas fuerzas que le quedaban. Caminó unos metros, menos de los que hubiera querido. Los primeros minutos con la terapeuta siempre le resultaban incómodos, pero sabía que debía enfrentarse a esa realidad.

El portón de la finca estaba abierto y accedió al descansillo.

Ascender a un cuarto piso con entresuelo suponía demasiado esfuerzo para lo que le esperaba, pensó al llamar al ascensor. Respiró hondo, se acomodó la chaqueta y se agarró con ambas manos a la correa del bolso. Encontró la puerta entornada y Carolina la recibió con una amplia sonrisa que a Anna casi le dolía. ¿Cuánto tiempo hacía que ella no sonreía así? Ni se acordaba.

—Buenas tardes, Anna. Entra.

—Gracias, llego bien de hora, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? Tú siempre eres muy puntual. No como otras —añadió, llevándose la mano izquierda al pecho, sin perder su elegancia innata—, pero pasa a la consulta, ya sabes dónde está. Voy a prepararme una infusión, ¿te apetece una?

—Casi preferiría un poco de agua.

—Eso está hecho. Voy en un minuto.

Anna asintió e intentó poner buena cara, aunque sin éxito. La angustia y esa repentina falta de aire volvían a cerrarle los pulmones. Agachó la cabeza y caminó hacia el fondo del pasillo. Entró en la salita y dejó el bolso en la percha. Se sentó en la butaca de siempre.

—¿Qué tal has pasado el día? —preguntó la terapeuta, tomando asiento junto a Anna.

—Vengo del piso de mi abuela. He estado con mi madre allí porque tenemos que vaciarlo. Y, la verdad, no sé cómo voy a hacerlo —Anna se tapó la cara con las manos—, es difícil decidir tantas cosas en tan poco tiempo —añadió entre lágrimas.

—Las decisiones nos dan fuerza y nos recompensan. Ya lo hemos hablado otras veces. Poco a poco, verás como todo vuelve a su sitio —quiso animarla, aunque no sabía si lo conseguiría en la hora y media que le iba a dedicar—. De todos modos, ¿has empezado a trabajar en lo que dijimos? Luego abordaremos eso de las decisiones. Poner orden es algo que va de dentro afuera y de abajo arriba.

Anna asentía a cada una de las frases de Carolina, incapaz de articular palabra. No lograba arrancarse de la cabeza el desorden ni sabía cómo salir del vacío tan grande y tan oscuro en el que se hallaba. Se secó las lágrimas y abrió la cremallera del bolso.

—No sé si lo habré apuntado todo. Aquí está —dijo, sacando la libreta en la que, desde la primera visita, anotaba las ideas en las que trabajaban.

—Comencemos, ¿qué has escrito sobre tu madre? Ve leyendo.

—La culpo de que desde que nací pusiese la cuna en la habitación de mis abuelos y no en la suya; de que no buscara momentos para compartir conmigo y le molestara que yo le pidiera un ratito para jugar con ella; de que nunca me llevara al colegio ni me recogiese, como hacían otras madres con sus hijas; de que no fuera a las reuniones con los maestros; de que siempre estuviera fuera de casa,

incluso los fines de semana o las vacaciones; de que tuviese celos de mi abuela…

Se hizo un silencio. Anna había llegado a la última de su extensa lista de reflexiones. Tragó saliva varias veces. Movía la boca, intentando controlar pequeños temblores y, sin embargo, de sus labios no salía nada. Carolina la observaba, concediéndole el espacio y el tiempo que necesitaba. Debía sanar todo aquello que su mochila de vida se había encargado de alimentar.

—¿No quieres leer nada más?

—Es que no puedo…

—Solo me tienes que decir lo que tú quieras. Es tu decisión, recuérdalo. Si no te sientes capaz, podemos trabajar otros aspectos.

—Es que duele mucho —confesó Anna—, pero lo voy a decir porque lo escribí para eso, para sacarlo de aquí adentro —añadió, tocándose el corazón con el puño.

—Adelante —la invitó Carolina.

—De que fuera a permitir que mi padre me llevara lejos para siempre; de que pensara abandonarme… —tras pronunciarlo, dio un gran suspiro de alivio.

—Has logrado decirlo, ¿ves? —la alentó Carolina, esforzándose por no expresar afecto hacia esa mujer que confesaba por primera vez lo que se había clavado en su memoria como una culpa, aunque fuese la víctima.

—Sí, eso parece. Pero, cada vez que lo pienso y lo revivo, me invade la misma rabia. No sé cómo describirlo ahora que soy adulta. Yo era una niña ajena a tantas cosas que sucedían en aquella casa… Nadie me contaba nada. Qué me iban a contar —sonrió, encogiéndose de hombros, al darse cuenta de algo que había sido obvio durante muchos años.

—Bien —prosiguió Carolina—, háblame de tu padre. ¿Has anotado algo sobre él?

Anna asintió, mirándola fijamente, y pasó unas páginas de su cuaderno.

—¿Te las digo?

—Claro, adelante.

—Mi padre es casi un desconocido para mí. Siempre lo ha sido. Nunca le he contado nada, ni siquiera cuestiones banales que todos decimos a veces para rellenar una conversación. Lo culpo de haberme menospreciado; de tratar de inculcarme que yo no era capaz de hacer o conseguir nada; de sus silencios a propósito; de no dedicarme tiempo; de manipularnos a mi madre y a mí, incluso ahora; de dejarme mal, hasta delante de mi hijo, en cuanto tiene ocasión. Y de intentar ponerme en contra de mis abuelos; de ignorarlos. También le reprocho que siempre haya hecho todo para parecer la víctima, el

ofendido, su forma de vida. Y de algo que creo que no puedo perdonarle.

El silencio se apoderó de Anna, que había ido leyendo las anotaciones como si no las hubiera escrito ella. De nuevo, respiraba despacio, centrándose en acompasar la entrada de aire por la nariz a la expulsión por la boca, para serenarse.

—¿Qué más, Anna? No te guardes dentro lo que quieres decir en voz alta —la ayudó Carolina.

—Que me amenazara con arrancarme de mi hogar, de los míos… Aquello fue horrible. No entendía nada. Aquella noche… Nunca olvidaré sus palabras hirientes.

—¿A qué palabras te refieres?

Anna tragó saliva. Tenía que decirlo, tenía que ser capaz, se repetía con los ojos cerrados, rememorando una estampa que había supuesto un antes y un después en esa época en la que todavía jugaba con sus muñecas, con su cocina, con las mascotas que había creado en su imaginación cuando las horas de soledad hacían que sus tardes fuesen eternas. Tomó aire y miró, esta vez de frente y con los ojos enrojecidos, a su terapeuta.

—Algo que una niña no puede comprender. Algo horrible. —Liberó las lágrimas que empaparon cada pañuelo que se acercó para enjugárselas—. No soy capaz de decirlo. Lo que recuerdo es que estaba nerviosa. Nunca me había mandado llamar, y menos con ese secretismo con el que me hizo entrar en la habitación. ¿Para qué?, pensé yo, temblando, cuando se sentó a mi lado. Para darme una noticia que no me cabía en la cabeza y que aderezó con sentencias en ristra, una tras otra, como si estuviera hablando con una persona adulta. En cuanto acabó, me levanté y salí. Me quedé parada en el pasillo, no podía caminar. Yo solo quería llegar hasta mi abuela para que me abrazara. Entonces oí el llanto de mi madre. ¿Era verdad lo que me acababa de contar mi padre?, me pregunté. Quizás todo se trataba de una pesadilla. Pero apareció mi abuela, me dio la mano y, en silencio, me llevó a su cuarto, donde al fin me abrazó. Aquella noche no pude dormir. Creo que tardé algunas más en conciliar el sueño, agarrada a mi peluche, con la sensación de que en cualquier momento mi vida podría cambiar.

No había logrado arrancarse las palabras, no todas, pero estaba más tranquila. Carolina permanecía callada, garabateando en la libreta notas que Anna no podía leer desde la distancia que las separaba.

—¿Cómo te sientes?

—Muy triste, la verdad. Y al mismo tiempo liberada, aunque aún me falta.

—Es normal. Nuestro cerebro es inteligente, mucho más de lo

que nos imaginamos. Se encarga de llevar hasta el sótano de nuestra psique aquellos recuerdos que no hemos sabido procesar. Pero continúan en nuestra conciencia, en la oscuridad, y se vuelven tóxicos.

—No creo que pueda olvidarlo nunca.

—No debes. Esos recuerdos están ahí para archivarse, como el resto, pero en el lugar adecuado y después de haberlos entendido. Estás muy enfadada con tus padres y todo lo que se refiere a ellos te crea sentimientos encontrados: amor, rencor y esa gran confusión que muchas veces se viste de culpa.

—Tampoco los quiero olvidar —se reafirmó Anna.

—Nuestras experiencias personales nos muestran la complejidad del ser humano cuando pretendemos equiparar la razón y la emoción. Hoy estamos haciendo un ejercicio de introspección que te ayudará a ordenar algunos pasajes de tu vida y te permitirá poner nombre y adjetivos a circunstancias que quizás no hayas tenido ocasión de analizar o herramientas para ello. Imagínate que entras en una casa donde impera el caos porque ni siquiera encuentras un sitio donde colocar los objetos que puedes identificar. Hay que empezar justamente por ahí, por ponerles nombre y llevarlos al sitio al que pertenecen.

—Te entiendo —dijo Anna, más relajada.

Ella era extremadamente organizada: cada cosa tenía un lugar y había un lugar para cada cosa. No concebía vivir sin rutinas que le dieran estabilidad y el ruido mental era su mayor enemigo. Ese ejemplo le había servido para visualizar su interior.

—Vamos a otro tema, ¿cuánto has avanzado en la confección de tu árbol genealógico? La próxima semana trabajaremos en eso.

—La verdad es que bastante. Ahora estoy con la familia de mi padre, a la que me cuesta más llegar por falta de información. Y he descubierto algunos detalles que me han sorprendido. —Esbozó la segunda sonrisa de la sesión de terapia, la primera que sentía de verdad.

—Perfecto. ¿Alguna cosa que quieras comentarme antes de irte?

—Hay tantas —Anna resopló—, pero no sé si hoy me queda energía.

—Guarda un poco para ti, eso también es muy importante. Nunca conviene llegar a la reserva y menos cuando no se sabe cuánto camino nos queda por recorrer.

—Eso haré. Muchas gracias, Carolina —dijo Anna, levantándose de la butaca—, nos vemos dentro de unos días. Por cierto, ¿aquello que me explicaste de las constelaciones… familiares?

—¿Qué necesitas saber? Ya te dije que podría ser muy sanador también, pero todo a su tiempo.

—Creo que quiero hacer una. Quiero constelar.

—Me alegra mucho. La dinámica servirá de complemento a nuestras sesiones y favorecerá la respuesta a algunas de tus preguntas universales. Ve pensando qué quieres averiguar. Recuerda que en esos encuentros lo que se pretende es encontrar las causas que nos conectan a nuestro linaje y que motivan nuestra forma de comportarnos en el día a día. Déjame ver la agenda y en la siguiente cita lo cuadramos.

Capítulo 3

Barcelona, 2019

Todos los domingos habían sido iguales desde que la memoria le alcanzaba. La familia Rodríguez Roig se reunía alrededor de la mesa para seguir enluciendo una relación que hacía mucho que no era de verdad. Todos asentían ante los gestos del otro, frente a la comida que degustaban en silencio, concentrados en el rezo de una penitencia semanal que no garantizaba la salvación. Y la muerte de su abuela había disipado cualquier duda sobre aquella costumbre que tan poco le aportaba desde hacía años, razonó Anna al levantarse, suspirando por su ausencia un día más. Ya no tenía sentido seguir forzando conversaciones superfluas y manidas ni guardando las apariencias junto a esos recuerdos que tanto daño le hacían y que sus padres parecían haber borrado del mapa.

—¿No vamos hoy a casa de los abuelos? —preguntó Marc, extrañado porque esa mañana ni su madre ni su padre se habían quitado el pijama.

—No, hoy no —contestó Anna—. Creo que dejaremos de ir durante una buena temporada —dijo con una débil convicción que de inmediato rectificó—: No lo creo, lo afirmo. No volveremos a comer en casa de los abuelos los domingos. Eso ya forma parte de otra etapa.

—Siempre lo hemos hecho y es la costumbre —rebatió el joven—. No sé qué os ha dado ahora por cambiar el orden de las cosas.

—Tú puedes ir si quieres —le dijo Anna—, basta con que avises a tu abuela. Yo le comenté el otro día que a partir de ahora ni tu padre ni yo iríamos, pero estoy segura de que a ti te recibirá con los brazos abiertos, como siempre. Y tu abuelo también.

Anna había tomado la determinación a los pocos días de enterrar a Anita, y David había secundado su propuesta. Era consciente de que el fallecimiento de su abuela supondría eliminar algunas costumbres enraizadas a la fuerza. Habían sido muchos años de educados modales en una familia en la que la tensión y las traiciones eran una nube negra y espesa sobre sus cabezas.

—Eso haré —contestó Marc.

Anna mostró una tímida sonrisa con la que parecía pedir permiso para ausentarse. Las figuras se iban desdibujando ante sus ojos añiles. Quería llorar. Le pasaba varias veces cada día en los

últimos años. Las lágrimas pugnaban por brotar y la fuerza de una puñalada en el centro del pecho le presionaba los pulmones. Había aprendido a contar mientras respiraba, aunque siempre que sentía aquella angustia pensase que iba a morir. Un nuevo episodio de ansiedad estaba próximo a manifestarse cuando David, que la observaba, la abrazó.

—Necesita más tiempo para asumirlo —dijo en voz baja a su hijo, que asintió y cerró la puerta.

—¿Tú crees que él me entiende? —preguntó Anna con un hilo de voz.

—¿Marc?

—Claro, quién si no.

—Es un chico de su época y no conoce la verdad de esta familia. Lógicamente, está confundido, pero se le pasará.

—Me preguntó, ¿sabes? Y le conté algunas cosas, aunque otras prefirió ignorarlas. Es mi único hijo y no querría perderlo. A él no —sollozó—. No me perdonaría que pensara que pretendo alejarlo de sus abuelos.

—Hombre… —se atrevió a decir David, consciente de que sus palabras eran una lanza.

—No es eso, solo que…

—Desde que era bien pequeño, tu padre ha intentado atraerlo con sus artimañas, como ha hecho con todo el mundo. Que no diré que fuera a malas, por no herirte y porque entiendo que es su único nieto y lo quiere como su abuelo que es. Tus temores siempre te han paralizado un poco, incluso para pararle los pies. Aun así, Marc tiene ojos en la cara y creo que formará su propio criterio sin que nosotros intervengamos ni en su contra ni a su favor. No te preocupes, que no dejará de quererte por esto de hoy. El tiempo lo pone todo en su sitio.

Anna lo escuchó en silencio. Un nudo en la garganta le impedía rebatirle y no tenía fuerzas ni para luchar contra las evidencias: Marc congeniaba con su abuelo y ambos eran capaces de reírse de las mismas cosas. Lo veía como un triunfador que atesoraba dinero, batallas y victorias de las que alardeaba continuamente. Hacía eco sórdido de las bonanzas y los excesos de su juventud; presumía de la autoridad que había ejercido con los que estaban bajo su influencia, que siempre se había igualado al tamaño de su billetera. Y esas risas cómplices, que abrazaban las paredes y escondían la verdad, eran las mismas que Anna no podía soportar por más tiempo. Sabía que su padre, el gran Fausto para algunos que no conocían más que sus extravagancias, no daba puntada sin hilo y que el amor que profesaba a su único nieto, varón e inexperto, era la flecha con la que podía herirla. Fausto era egoísta, siempre lo había sido, y quería dejar su impronta a toda costa en Marc.

—Tranquila, todo pasará —la consoló David, arrepentido de haber ahondado en su pena.

—Si tienes toda la razón. ¿Crees que mi padre quiere tanto a nuestro hijo? Yo no lo sé. Lo conozco muy bien, demasiado, y no culpo a Marc por admirarlo, aunque no soporto su displicencia, el desprecio hacia todo lo que no se encuentre bajo sus alas. Y ahí estamos nosotros, fuera de su control desde que le plantamos cara. Pero Marc no sabe nada y no puedo tolerar que le mienta más. Ya no. Su capa mágica dejó de hacer milagros desde que la cartera perdió los billetes.

—Me voy, luego vengo —dijo Marc, entrando en la habitación para darles dos besos.

Por primera vez, David y ella iban a pasar solos el domingo. Ya se había puesto en los fogones cuando su marido se le acercó por la espalda, la acarició y le dijo:

—Te invito a comer fuera.

—¿Y eso? Mejor otro día.

—Mejor hoy, como si fuéramos novios. ¿Te acuerdas de nuestra pizzería favorita? Lástima que la cerraran hace unos años. Pero hay otros sitios y ahora, por suerte, podemos permitírnoslos. Venga, arréglate y vámonos. ¿Dónde te apetece?

Anna lo miró fijamente y no tuvo más remedio que sonreír.

—¿Acaso voy mal vestida? —Se cruzó de brazos, todavía con la espumadera en una mano, retándolo con la mirada—. Ya sabes, de lo que contestes depende que comas verdura durante una semana.

—Para mí estás perfecta, como siempre —la besó en los labios—, pero reconóceme que en pijama… Tú decides el sitio.

—Voy a dar por válida tu respuesta porque no tengo ganas de comer acelgas todos los días, pero no me has convencido. Ay, no sabría decirte —se quejó, indecisa—. Podemos tomar algo por aquí cerca. ¿Al Casablanca?

—Hecho —dijo David—, voy a llamar para que nos guarden mesa.

Los entrantes, la paella de marisco y la tarta de queso con arándanos que acompañaron con unas copas de cava habían templado los ánimos de la pareja. Volvían a casa cogidos de la mano, comentando algunos planes para las vacaciones de Semana Santa. Durante el paréntesis de la comida habían recordado anécdotas juveniles y antiguas historias que, no siendo cómicas, los habían hecho reír.

La vida era maravillosa, pensó Anna escuchando a David rememorar los obstáculos que Fausto les había puesto y que habían conseguido superar. Preferían llamarlos así, obstáculos, endulzando

una realidad mucho más cruda, para seguir dirigiéndole la palabra después de todo.

Su marido mostraba una serenidad y una sonrisa natural que le conferían un atractivo especial. Su forma de pensar, de afrontar los días y sus circunstancias, la despertaban a la vida después de muchos años en los que una mirada en la plaza del pueblo, mientras los padres de ambos charlaban, los había unido para siempre.

Desde su primer encuentro, el de verdad, David había significado infinidad de cosas para Anna. Y, entre ellas, la llave con la que había abierto el candado de una puerta que había permanecido cerrada. David la había considerado un ser humano digno de respeto; había visto su belleza y admiraba sus capacidades, insignificantes para sus padres. Y también había sido el primero que le había susurrado palabras de amor, recorriéndole con las manos las facciones de la cara.

Al principio, una extraña sensación la había frenado a explorar caminos ignotos que al mismo tiempo deseaba conocer. ¿Sería esa la pasión que sus padres habrían sentido alguna vez? Solo con pensarlo, seguía ruborizándose. Quizás sí, o quizás no, ni siquiera al comienzo. Esas dos personas que Anita tantas veces le había descrito mientras la peinaba, la acariciaba o le contaba anécdotas del pasado, no eran las que Anna recordaba desde que tenía uso de razón.

Enamorarse de David había sido maravilloso, aunque le hubiese tocado superar el miedo a repetir la historia ajada por el tiempo que guardaba en la memoria.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —Él extendió los brazos.

—Claro que lo sé. De lo contrario, dudo que hubieras aguantado a mi familia. Ni a mí. Yo también te quiero —correspondió ella, inclinando la cabeza sobre el pecho de David.

—A ver, tu padre y tu madre son personajes de peso, no voy a negarlo, aunque yo me enamoré de la protagonista —sonrió—. Y, por suerte, no firmé ningún papel con ellos. Solo contigo —afirmó David—. Hace tiempo que ya no pueden hacernos daño. Entiéndeme —se justificó ante Anna.

—Te entiendo a la perfección y a mí no tienes que adornarme nada. Pero es que son tantas cosas que poner en orden en mi vida… Y mi abuela se lo merece, allí donde esté en el cielo. Se merece que algún día yo sea capaz de mirarlos a la cara y exponerles todo lo que llevo aquí guardado. —Se llevó la palma derecha hacia el lado del corazón—. Lo que nunca me dijeron, lo que siempre me negaron, que nunca me quisieron. Porque jamás me quisieron como se quiere a una hija. A mí solo me queda curarme las heridas, aunque para eso necesite recurrir a todas las terapias habidas y por haber. Pero no permitiré que dañen a mi hijo. No quiero. —Anna apretó los puños.

—Nuestro hijo es un chico listo. Y Fausto ya no es ni la sombra

de lo que fue. Su poder de seducción resulta escaso y diría que hasta anecdótico —dejó caer David, soltándose de Anna para abrir el portal—. ¿Te apetece otra copita? Es temprano —dijo, mirándose el reloj.

—No te digo que no, pero tengo que subir a casa. Si quieres, volvemos a salir dentro de un rato.

—Hola, Marc, ¿cómo ha ido?

El joven miró a su padre sin pronunciar una palabra. Sus ojos, inyectados en rabia, buscaban un punto fijo en el que detenerse. Sus manos, tensas, se movieron en círculos. Se levantó y, antes de irse, dijo:

—Mejor no recordarlo. Tengo hambre.

—¿Pero entonces no has comido?

—Pues no. Ni yo ni nadie en esa casa. Cuando he llegado, me ha abierto el abuelo. Hasta ahí todo normal. No he visto a la yaya y he imaginado que andaría por la cocina. Pero no. Estaba acostada. El abuelo me ha contado cosas suyas, yo creo que por hacer tiempo, a ver si ella se levantaba a preparar la comida.

—¿Y qué te contaba? —quiso saber Anna.

—Lo de siempre, y yo le he seguido el rollo porque me parecía que para él era importante. Algo relacionado con las fiestas del pueblo en Valladolid, que quiere que lo acompañe a un evento. Ya le pediré que me lo vuelva a explicar, aunque no creo que vaya. De pronto, ha aparecido la yaya gritando que no había comida. Que no sé qué de los domingos y las costumbres. He intentado decirle que vosotros teníais otros planes y que como la *besàvia* ya no estaba…

—Pero cómo puede ser —se avergonzó Anna, llevándose las manos a la boca.

—Nunca había visto así a la abuela, fuera de sus casillas. Estarán nerviosos por este cambio, ya se les pasará. Si os soy sincero, pienso que deberíamos haber continuado yendo los domingos, al menos un tiempo más. Parece que estabais esperando que se muriera la abuelita para dejar de ir a comer con ellos. En fin, vosotros sabréis, olvidémoslo, aunque no creo que vuelva a su casa en una temporada.

—Hay muchas cosas que no has visto, hijo —contestó David, apesadumbrado y un poco harto de que se repitieran las mismas situaciones a pesar del paso de los años.

—Quizás es porque siempre me habéis mantenido al margen, ¿no? Esa manía vuestra de protegerme como si todavía fuera un niño —les reprochó el joven, evitando mirarlos a los ojos—. Recuerdo haber hecho preguntas que jamás se me han contestado. También recuerdo silencios incómodos entre vosotros, reunidos delante de la mesa, cualquier domingo como ahora o en Navidades. Incluso de pequeño no se me escapaba que en esta familia pasaba algo que yo

desconocía. Tengo ojos en la cara, ¿sabéis? Igual ni os habéis dado cuenta de que la *besàvia* Anita era muy importante para mí. Sin apenas hablar, su mirada lo decía todo. Y desde niño he observado cómo la tratabas, mamá, y cómo ella te trataba a ti. Vuestra complicidad era muy especial, siempre lo he pensado, como si existiera un hilo invisible que os conectaba.

—Así fue, hijo. No podrías haberlo expresado mejor. —Anna contuvo la respiración que le quebraba las palabras en la garganta—. Y ya no la veré nunca más —añadió, secándose las lágrimas—. He intentado explicarte algunas cosas en estos últimos años, antes me parecía que eras demasiado pequeño. Tienes derecho a conocer lo que en esta familia han sido tabús y, al mismo tiempo, secretos a voces. Tus abuelos, Fausto y Pepita, son como son, y quizás algún día logre perdonarlos por todo el daño que me han hecho desde que llegué a este mundo. No sé ni por dónde empezar, hijo. Lo de hoy es solo una muestra de la rabia incontrolada de una mujer que no ha sido feliz, y puedo entenderla. Lo de tu abuelo no tiene nombre, porque…

—Mamá, no estoy preparado para saber nada en este momento. Quizás más adelante, pero ahora no. Mi historia no es la tuya ni la de ellos. Es la mía propia y querría vivirla sin conocer el lado oscuro que hay en todos. Voy a salir con mis amigos. No llegaré temprano, no me esperes despierta, y si…

—Si hay cualquier cambio en tus planes y no vienes a dormir, me mandarás un mensaje —se adelantó Anna; su hijo siempre la mantenía informada para que no se preocupase.

—Así es, mamá —contestó Marc.

—Lo siento, de verdad —volvió a lamentarse Anna, deseosa de abrazar a su hijo en un gesto protector—; solo te diré, y prometo que será lo último hasta que tú me lo pidas, que hace tiempo me prometí una cosa. Y es que no dejaré que te conviertas en otro juguete roto. No sé si me explico… ni si me entiendes.

—No, mamá, no lo termino de entender, pero no importa. No sufras por mí. Yo no te culpo de nada, te lo aseguro. Comeré algo por ahí.

—Como quieras —se resignó Anna, consciente de que ese domingo había supuesto para ellos un antes y un después.

Capítulo 4

Barcelona, 2021

La redacción de la nueva novela tomaba forma, aunque las palabras, perezosas, permanecían aún en ese limbo en el que habitan antes de alinearse, cual ejército deseoso de entrar en acción, con la historia. Por suerte, soy más perseverante que la impaciencia que te aborda cuando, después de varias semanas en busca del camino, este se te resiste y apenas te deja avanzar.

Era la primera vez que me ocurría.

Me había preguntado muchas veces por qué los personajes se adherían a mis sueños; me miraban y me susurraban al oído, sujetándome la mano mientras recorrían los desgastados adoquines de las mismas calles que ahora transitaba yo. Sus vidas, la de Clara, la de Miguel o la de Rosario, repletas de ausencias y de reproches ahogados en el miedo, se colaban en mi cuerpo, produciéndome una sensación de duelo que no había experimentado antes.

Clara Castelao, personaje principal de una posguerra, al fin se me mostraba con esa clarividencia que sabemos reconocer los escritores. Pero tenía otra historia que contar y una de sus protagonistas se había puesto en mis manos hacía casi un año, compartiéndome todas las heridas abiertas en su corazón. Confidencias que despertaban en mí viejos demonios desencantados que quizás un día saliesen a relucir. En ese momento, eran harina de otro costal.

En mi despacho, rodeada de fetiches que me acompañan desde hace décadas cuando amaso nuevas novelas, me hallaba frente a las libretas llenas de anotaciones, tachones y textos subrayados de colores que leía una y otra vez. Durante meses, ese nervado árbol genealógico había crecido de mi puño y letra, fruto de cada charla, de transcripciones de entrevistas a seres queridos, de grandes interrogantes, de elucubraciones personales y de respuestas vivas que navegaban en las aguas turbulentas de aquella familia a la que iba a retratar.

Menudo retrato, pensé al repasar las hojas sueltas que había separado para releer, mientras miraba de forma alterna el desplegable en que se había convertido aquella estirpe de múltiples cabezas. Ya casi me sabía mejor que la propia protagonista los entresijos de algún tío abuelo, las profesiones de unos y otros o los nombres repetidos de

algunos de los personajes que, como pasajeros de corto trayecto en el armazón que había erigido en mi mente, me habían dejado su estela. Algunos eran muy interesantes, creía yo, tanto como para ficcionar sus vidas, dándoles el protagonismo que merecían.

Y la historia que me traía entre manos, hilvanada como un traje a punto de ser probado por primera vez, empujaba con fuerza, llevándome al precipicio de la tan temida hoja en blanco. Respiré, repiqueteé con la uñas sobre la mesa y no lo pensé más. Marqué su teléfono y esperé.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? —me saludó Anna con la misma voz suave de siempre. Podía imaginármela al otro lado del teléfono.

—Muy bien —contesté yo—. He cargado las pilas y estoy como nueva —sonreí, acallando los achaques que forman parte de mi vida—. Espero que tus vacaciones también hayan sido reparadoras. No te he adelantado nada por Whatsapp porque prefería hablarlo por teléfono: he redactado un inicio. Bueno, algo más que un inicio —confesé, riéndome por dentro, convencida de que mis palabras captarían su atención. Quizás iba a arrepentirme de dejarme llevar por ese impulso. Ese era el pistoletazo de salida, y solo yo lo sabía.

—¿Sí? Qué ilusión y qué nervios tengo.

—Pues anda que yo —respondí, revisando las últimas dudas que había escrito en mi bloc para aclararlas con ella.

—Estoy deseando leer los primeros capítulos —dijo con un hilo de voz que me supo a ruego—. Además, hay novedades, ya te contaré.

—Está todo sin corregir y son las primeras impresiones, pero te lo voy a mandar a tu correo electrónico. Cuéntame, ¿esas novedades tienen que ver con tus padres?

—¿De verdad? —preguntó ella, ignorando mi petición de que me explicase esa historia viva que íbamos compartiendo—. Estoy muy sensible, han sido unos meses muy complicados.

—¿Te encuentras tranquila para leerlos? —pregunté yo.

—Claro que sí, es mi historia.

—Pues no se hable más —sonreí, aliviada—. Ha llegado el momento. No volveremos a vernos hasta dentro de unos meses. Necesito alejarme de ti —le solté de sopetón.

—¿Y eso por qué?, si puede saberse.

—Porque ahora necesito encerrarme y volcar sobre el papel lo que tengo en la cabeza. La distancia me da el reposo y la perspectiva para ordenar todas las piezas de tu familia.

—Te entiendo —me dijo, sin parecer muy convencida de ello—. Entonces, ¿puedo llamarte si recuerdo algún dato que considere importante? No quiero molestar, pero…

—Claro que puedes. De hecho, es posible que yo también lo haga, pero lo menos posible. ¿Te parece? Yo me pondré en contacto

contigo en cuanto tenga algo con cara y ojos que mostrarte.

Temía haber sido dura o insolente. Anna era todo bondad. Nos habíamos visto en diversas ocasiones y ya me había familiarizado con parte de los suyos, una tela de araña que había conseguido atraparme, pues algunos personajes me habían impactado sobremanera.

Para saber la verdad de esa historia, había que dejarla reposar.

Le había pedido espacio porque necesitaba dar un paso atrás para seguir adelante y meses para conocer ese laberinto en el que me había metido, porque salida tenía, de eso estaba segura, y había que encontrarla.

Y pasó un año entero en el que *Los abrazos prometidos* conoció el mundo y miles de lectores se adentraron en una posguerra que tanto me había afectado conocer, pero relatada desde la perspectiva que da el tiempo.

Recuerdo que, cuando la novela se vistió de gala por primera vez, me emocioné por tantas muestras de cariño y agradecimiento, y respiré hondo, satisfecha. Aquella misma tarde, puse sobre la mesa una hoja en blanco. Simbolizaba el comienzo, el que despertaba las ganas de reencontrarme con la historia que deseaba contar.

Anna se había puesto en mis manos, y yo me ponía a su servicio.

Capítulo 5

Barcelona, 1870

El día despuntó con espesos nubarrones que anunciaban lluvia. Ella no había parado de moverse durante la noche, agotada por llevar semanas descansando mal. Abrió los ojos cuando las primeras punzadas en el abdomen y un ardor en forma de líquido entre las piernas la sobresaltaron. Dolía, y mucho. Un malestar creciente y cada vez menos espaciado, que subía y bajaba, dejándola sin respiración.

—Despierta. —Zarandeó a su marido, que, a pesar de la inquietud de los últimos días, aún era capaz de dormir—. Creo que el bebé ya viene y hay que avisar a la comadre. He roto aguas —añadió, agarrándolo por los hombros.

Como activado por un resorte, él saltó de la cama. Un calor húmedo, fruto de un sueño, empezaba a enfriársele en las piernas.

—¿Ya? ¿Seguro? —preguntó, aturdido—. Ahora mismo voy a buscarla. ¿Pero tú estás bien? —se preocupó al observar su cara sudorosa y cómo se retorcía en la cama.

Cuando la contracción remitió, dándole un respiro, de sus labios apenas salieron dos palabras:

—Sí. Corre.

—De acuerdo. Aguanta, mujer —quiso consolarla él mientras ella cerraba los ojos, expresándole su dolor.

Los primeros latidos de Margarita León, recostada en el pecho de su madre, Josefa Cluet, y aquel llanto agudo, reclamando su alimento, respondían por fin a las plegarias de una familia que ya había perdido varios hijos antes de nacer. Estaban exhaustas. Josefa no dejaba de imaginar el desenlace de siempre, aunque esta vez sus esfuerzos parecían haber valido la pena. Margarita apenas llevaba unos minutos en este mundo y ya había superado la primera dificultad de su vida: traspasar un canal húmedo hasta alcanzar las manos firmes de María, la partera, que la esperaba al otro lado.

José León, el padre, solo la había escuchado llorar. Hacía horas que aguardaba tras la puerta y atemperaba los nervios con el rosario que siempre lo acompañaba y que en ese instante estrujaba entre los dedos.

El cuerpo de la pequeña, todavía arrugado por el parto, era perfecto. Eso pensó su madre. Pero, temerosa de que la comadrona no

hubiera querido decirle cualquier contratiempo, preguntó:

—¿Está completa?

—Dos brazos, dos piernas, dos ojos, dos orejas… —enumeró María con paciencia—. Y menuda melena luce ya esta jovencita.

—Ahora entiendo los ardores de estómago que sufro desde hace meses.

—Y será pelirroja. Me extrañaría que se le oscureciera.

—¿Se le va a quedar así? —se asombró Josefa, no recordaba ningún pariente con el cabello de ese color.

—Lo más seguro.

—No estoy para bromas —suspiró Josefa, curvándose de dolor entre las sábanas mojadas de sangre que la partera aún no había retirado—, parece como si hubiera otra criatura en mis entrañas.

—Tienes que expulsar la placenta. De ahí esos latidos que todavía suenan en tu interior. Si no sale, te ayudaré dentro de unos minutos. Eso será rápido. Déjame que le muestre a tu marido esta niña tan preciosa, que el pobre debe de estar subiéndose por las paredes. Ha sido un parto largo, aunque no tan complicado como me temía. Es una bebé muy grande y sabes que tus caderas son estrechas. Pero por fin está aquí, que es lo que importa.

Josefa se concentró en el ardor que sentía en el vientre, donde notaba una bola dura que le cortaba la respiración y algo que se derramaba, calentando sus partes íntimas otra vez.

—Te la traigo en un minuto —anunció María, separando a la niña del pecho de Josefa—. No te preocupes, son los espasmos del útero. Vamos, los entuertos de toda la vida —afirmó la mujer. Llevaba más de dos décadas presenciando casi a diario ese malestar que acompañaba a las parturientas los minutos posteriores al alumbramiento.

Josefa tuvo que conformarse con la soledad. La ausencia de las dos se le hizo eterna. El dolor, lejos de remitir o darle una tregua, se manifestaba como alfileres clavados en su interior, causándole un mareo nauseabundo que apenas podía controlar. Tumbada en la cama y sin fuerzas para moverse, se fijó en los detalles de la lámpara de araña que colgaba del techo. Las lágrimas bailaban al compás de la brisa que se colaba por la única ventana que daba a la calle y de la que María había abierto una de las hojas, aludiendo a la necesidad de airear la estancia para que los espíritus blancos acudieran a dar la bienvenida a la bebé. Josefa no había objetado nada sobre ese particular, aunque el frío le estuvo calando los huesos durante las casi cuatro horas que había durado el parto. Debía seguir sus indicaciones, eso era todo lo que María le había pedido, y no había cuestionado sus creencias. Ahora, después de ver, aunque solo fuera unos instantes, a su hija, no podía pensar en otra cosa que en los retortijones que iban y

venían, subiendo y bajando de intensidad, como si el parto no hubiera tenido lugar. Confiaba en la labor de esa mujer enjuta, no había otra mejor en el barrio; sin embargo, el sudor le helaba el cuerpo y los espasmos que se sucedían dentro de su vientre parecían estar llevándose la poca vida que le quedaba.

—Ya estoy aquí. —La amplia sonrisa de la comadrona se quebró al ver el rostro de Josefa, áureo como la pajuela—. ¡José! —gritó, girándose sobre los talones—, venga aquí, rápido.

El hombre acudió con la niña en brazos y con la pierna cerró la puerta, a la que dejó tambaleando. La comadrona le arrebató a la pequeña, que había emprendido un llanto desconsolado, y la acostó en la cuna, a los pies de la cama. José se arrodilló junto a su mujer y la abrazó, acunándola primero y zarandeándola después.

—¿Se puede saber qué hace? Que va usted a descoyuntarla. Quite, quite. Si lo sé, no lo aviso. Lo necesito entero y cabal, y no hecho un manojo de nervios. Quizás tenga que ayudarme a reanimarla.

Sin convicción y abatido por la tragedia que de nuevo se le venía encima, José se retiró y asintió. No paraba de llorar y arrastraba sus pasos hacia atrás, plegando los hombros, queriendo desaparecer de una habitación que de repente se le antojaba extraña. Los ojos de Josefa permanecían cerrados, y una mueca de dolor en los labios, tan pálidos como su rostro, daba lugar a imaginarse lo peor. Volvió a acercarse, llevado por el impulso de que quizás sería la última vez que acariciaría su piel cálida. Se abrazó a ella, reteniendo sus manos contra él, y las cuentas del rosario que aún sostenía entre los dedos rodaron por la sábana y terminaron esparciéndose por el suelo.

—¡Por Dios, José!, no es momento para rezos —le gritó la comadrona—. Mejor coja a la niña y manténgase fuera de la habitación mientras reanimo a su esposa —le pidió con calma, viendo que él no atendía a razones.

—¿Qué le pasa? —dijo con un hilo de voz, temiéndose un fatal desenlace—. Usted me ha dicho hace un momento que todo había ido muy bien. Y mírela ahora, parece… —no se atrevía a pronunciar las palabras que la imagen inerte de su mujer se empeñaba en gritarle.

—Haga lo que le digo, se lo ruego, y no pregunte ahora. Déjeme hacer mi trabajo. A Josefa le ocurre lo que a muchas parturientas: se ha desmayado a causa del dolor, eso es todo —contestó para tranquilizarlo—. Si los hombres tuvieran que parir como nosotras, el mundo se acabaría en dos días —afirmó María, sujetándole la muñeca a Josefa para comprobar el pulso—. Llévese a la pequeña y acúnela mientras su mujer vuelve en sí —reiteró, esta vez con un gesto que invitaba al padre recién estrenado y bañado en lágrimas a marcharse.

—¿Y eso? —José dirigió el índice hacia la mancha de sangre

que se extendía sobre las sábanas—. Josefa… —la llamó, ahogando un grito.

—Espere aquí —contestó María, saliendo de la habitación. Volvió al cabo de unos segundos y agarró a José por el brazo antes de devolverle a su hija, que seguía expandiendo los pulmones, recibiendo la vida que comenzaba para ella y que parecía extinguirse para su madre—. Aquí tiene, esto la tranquilizará. —Le entregó un biberón que sacó de su maletín—. Es leche de vaca y de cabra diluida con agua. Todo está hervido. Es lo mejor que he podido conseguir para una urgencia como la que se presenta.

El hombre, superado por la situación y sin entender nada de lo que le decía la matrona, guardó en el bolsillo de la chaqueta los restos del rosario que se le habían pegado a las palmas y extendió los brazos para agarrar a su hija. Se la acercó al pecho y se fue arrastrando los pies como un prisionero penando su condena.

Los ojos de Margarita, escondidos todavía bajo los pliegues de los párpados, se abrieron de repente, fijándose en la lámpara que la iluminaba. Eran azules como el mar y vivos, muy vivos, se dijo José, observando cada detalle de su rostro redondo. ¿Y si después de tanto desearlo ahora venía una desgracia mayor?, pensó, derramando las lágrimas sobre la niña.

—No me hagas esto, Dios mío —suplicó.

La niña, ajena al mundo al que acababa de llegar, arrancó de nuevo a llorar.

Las sombras se dibujaban ya en el exterior, y en la calle principal, a pocos metros de la vivienda de la familia León Cluet, situada en la calle Riego, pronto se inició el habitual bullicio de grandes y pequeños, que ignoraban el infortunio del matrimonio. Todos se saludaban y todos eran también extraños en el barrio de Sants, que crecía sin parar.

Las mujeres, vestidas con faldas largas y oscuras y con los rostros semiocultos por los pañuelos, se apresuraban para no llegar tarde a las fábricas. Los hombres, ataviados con gorras negras, camisas blancas, pantalones de pana gruesa y alpargatas, se disponían a comenzar sus quehaceres cotidianos. Muchos de ellos empezaban su jornada en el Vapor Vell, la fábrica antigua de hiladoras. Otros lo hacían en la nueva factoría situada en las proximidades del barrio de Hostafrancs, bautizada como La España Industrial, Sociedad Anónima Fabril y Mercantil, dedicada al ramo del algodón. Mecanizar los procesos había supuesto una auténtica revolución tecnológica y esta había generado, años atrás, una gran inquietud entre la clase obrera, que veía en aquellas máquinas modernas a su mayor enemigo. Fueron tiempos de revueltas y huelgas generales en los que el barrio de Sants había dado sobradas muestras de unión en sus reivindicaciones contra

la patronal.

Desde que José y Josefa se habían mudado allí, no paraba de instalarse gente de distintos lugares de la península, en busca de un porvenir que el campo no era capaz de ofrecerles, sobre todo desde que las cosechas del país se habían mermado, envueltas también en los conflictos económicos y sociales que hacían tambalear las viejas estructuras del poder.

Ellos, oriundos de un pequeño pueblo de Lérida en el que todos se conocían y en el que se habían enamorado, habían decidido emprender la aventura de sus vidas: trasladarse a Barcelona para abandonar la precariedad y las pocas oportunidades con las que contaba en particular Josefa. José, un labriego que a duras penas reconocía las letras del abecedario, había tenido que adaptarse a su jornada laboral dentro de aquellas naves alumbradas por una luz artificial que hasta entonces no había visto y al olor continuo a tinturas calientes, que provocaban en sus fosas nasales una resistencia contra la que luchaba a diario; para él, la urbe todavía era un auténtico caos y una especie de prisión. Josefa, sin embargo, parecía feliz. Hija de un matrimonio mal avenido, consideraba a esa fuga premeditada la manera de alejarse para siempre de los que nunca habían sido sus seres queridos. Sus tareas, más allá de no estar recompensadas, jamás parecían suficientes. Desde la infancia, huérfana de madre y única hembra entre tres hermanos y un padre déspota, solo la habían reconocido como la fregona de la casa y el cuerpo sobre el que todos ellos desplegaban su rabia al volver borrachos de la taberna. José no solo fue la primera persona que la había tratado con respeto, también se había convertido en su única tabla de salvación.

La comadrona no daba señal alguna y, de forma milagrosa, la bebé se había dormido después de terminarse la leche. José no sabía qué hacer con ella. Intentó sacarse del bolsillo el reloj que Josefa le había regalado en su último cumpleaños. Ella nunca le había dicho la verdadera procedencia de aquel artilugio, no apto para paisanos de su categoría, y por eso no se atrevía a llevarlo fuera de casa. Josefa era viva y se hacía con las personas con mucha facilidad, no como él. Entretenía la mente con estos pensamientos para evitar regresar a la habitación en la que solo se oía el silencio. Observó a su hija, fijándose en su respiración pausada y en cómo se movían los diminutos orificios por los que salía y entraba el aire que ahora compartían. Era preciosa, se dijo, preso de un escalofrío que le recorría el cuello y la nuca. ¿Era posible quererla ya, si apenas se conocían? No hubo respuesta, solo una emoción incontenible que le despertó de nuevo las lágrimas.

—José, José —escuchó a sus espaldas—, ¿todo bien por aquí?

—dijo María al comprobar que la calma también reinaba al otro lado de la puerta.

Él se estremeció y, antes de contestar, estudió con miedo los gestos de la comadrona. Las preguntas se le agolpaban en la cabeza, pero sus labios no querían despegarse y temblaban al compás de los brazos. El corazón parecía salirle por la garganta.

Al verlo a punto de derrumbarse, María le regaló una sonrisa.

—La cosa se ha estabilizado —le susurró, acercándose el dedo índice a los labios—. Si quiere, deme a la niña y vaya a la habitación, pero no se le ocurra despertarla, ahora está descansando. El dolor ha remitido, igual que la hemorragia que casi se la lleva al otro mundo. ¡Señor! —exclamó la mujer, secándose el sudor que todavía le perlaba la frente—. He cambiado la mitad de las sábanas y casi me descoyunto con eso. Atienda, las instrucciones son estas: deberá hacer reposo unos días, así que necesitará ayuda con la pequeña. Conozco algunas nodrizas que, por desgracia, no han podido alimentar a sus hijos. —Elevó la mirada al techo mientras se santiguaba—. Hay que pagarles, eso sí, pero no nos queda otro remedio. Vendré mañana a primera hora, o en cuanto me sea posible. Los niños llegan al mundo sin avisar. Y se acerca luna llena, así que me temo que en los próximos dos días tendré más trabajo del que querría.

José había dejado de escucharla desde la primera frase. Su mujer estaba viva, y era lo único que le importaba, junto a su pequeña. Depositó a Margarita en los brazos cansados de la comadrona y, con mucho sigilo, entró a ver a Josefa. Seguía llorando, no podía evitarlo. No en balde era conocido en el pueblo como el Ploramiques.

Capítulo 6

Barcelona, 1888

La juventud y la energía acompañaban su figura esbelta, y esta no pasaba desapercibida entre los paisanos. En la fábrica la llamaban la Chica de Fuego, y ella sonreía sin perder el paso, como si aquello no fuera con su persona. Su tez blanquecina y pecosa y su larga cabellera bermeja siempre eran motivo de miradas furtivas que la chica consentía. En la calle, solía sentirse observada, y eso le gustaba, aunque no lo reconociese. Algunos, los más atrevidos, osaban piropearla, sabiendo el mal humor que se gastaba.

Hacía pocos meses que Margarita había cumplido los dieciocho años, aunque por su aspecto y por la seguridad que mostraba ante los demás aparentaba ser mayor. Eso le había brindado la oportunidad para trabajar en los telares, igual que su madre. Su padre padecía una tos que le había impedido desempeñar sus labores demasiadas veces y había dejado la fábrica. Corrían tiempos difíciles y, sin el sueldo de José, las estrecheces se cernían sobre la familia de Margarita. Las extensas jornadas de los empleados no daban para un suplemento laboral, no había más horas con las que aumentar los ingresos, y las medicinas eran cada día más costosas. Después de la insistencia de la joven a su padre, este había ido al encuentro del contramaestre en la taberna donde cada tarde, después del trabajo, se echaba unos vinos, para pedirle el favor que ella le había implorado, casi exigido.

—¿Tú estás seguro? Mira que tu muchacha es muy llamativa y habrá muchos ojos detrás de ella, ya me entiendes.

—Sabe cuidarse y a mala leche no le gana nadie, tenlo claro. Nuestra hija es hacendosa y fuerte como un roble, y no se le sube una mosca encima. Su madre está agotada y no contamos con familia en la que apoyarnos. Para mi desgracia, yo no creo que pueda volver a emplearme en ningún sitio. —Avergonzado por las circunstancias, la tos que retumbaba en sus pulmones había salido a golpes, como un trueno.

—Si ella sabe valerse y aprende, no habrá problema. La fábrica está en expansión y necesitamos manos jóvenes y dispuestas. Vete a casa tranquilo, José. Mañana hablo con el encargado. No puedo garantizártelo, pero haré lo posible. Informaré a tu señora, la Josefa. Y tú cuida la caja —lo había animado el contramaestre, dándole unas palmadas en el pecho.

Una semana más tarde, Margarita había acompañado por primera vez a su madre en aquel trayecto que tantas personas hacían a diario.

En La España Industrial, su tarea consistía en preparar los hilos y enrollarlos en los carretes que las operarias utilizaban más tarde en la fabricación de las piezas. En los ratos muertos, que eran escasos, Engracia, la encargada, la mandaba a barrer los pasillos, momentos que ella aprovechaba para escabullirse y ver cómo funcionaban aquellos artefactos mecanizados que tanta curiosidad le despertaban, las selfactinas. Ya quedaban pocas en la fábrica. Las nuevas, las hiladoras continuas de anillo, eran las protagonistas del año en curso, 1888. Abstraída entre los ruidos y las emanaciones ásperas que se desprendían de las telas y llegaban a su garganta, se detenía a observarlas. La hilatura de algodón deslizándose a través de los conos hasta convertirse en grandes madejas de hilo, sin apenas intervención de la mano del hombre, le parecía magia. Y el movimiento rítmico le resultaba hipnótico.

Fue en una de esas cuando la encargada, con más malas pulgas que ella, la descubrió.

—Eh, *noia*, ¿así se trabaja? Como si no hubiera gente esperando la oportunidad que a ti se te ha dado y que te viene grande. Anda y vete a acabar la faena y luego sube a ver al ingeniero. A finales de semana voy a pedir que te pongan en la carda y el blanqueo. No te quiero en mi equipo —sentenció Engracia, ante el estupor de Margarita.

La había avergonzado en más de una ocasión, despertando la furia de la joven, que apretaba los puños para contener las ganas de alcanzarle la cara con las manos. Tenía fuerza de sobra para tumbarla de un buen guantazo. Pero esa vez se había excedido. Todas las miradas en unos metros a la redonda estaban fijas en Engracia y en la reacción de Margarita. Aun así, bajó la cabeza y optó por callar. Sabía que se jugaba el jornal, que, aunque menor que el de sus compañeros varones, venía muy bien en casa.

La hiladora jefa tenía algunos años más que ella, no demasiados. Estaba casada con uno de los operarios de mantenimiento, un tal Tomeu, y no tenían hijos. Las malas lenguas aseguraban que era la amante del amo porque subía a menudo a las oficinas desde donde este observaba el funcionamiento de la fábrica. A Margarita esos chismes la traían sin cuidado, no pensaba trabajar ahí toda la vida; pero le preocupaba la posibilidad de quedarse sin empleo.

—¿El ingeniero? —preguntó en voz alta. Engracia ya se había dado la vuelta y se dirigía a su puesto.

—Además de floja y descarada, parece que también sufres de

sordera. —Se cuadró en jarras y esbozó una sonrisa de burla con la que marcaba su terreno—. Eso he dicho —añadió, señalándole la planta superior—. Y espabila, que ese señor no tiene todo el día para ti.

Era la primera vez que la mandaba llamar esa persona a la que ni conocía. Sintió una punzada aguda en la boca del estómago. Eran nervios, aunque no supiera reconocerlos. ¿Tan grave era entretenerse a mirar las máquinas, después de varias horas trabajando a destajo y sin haber comido apenas? Pensó en ir a buscar a su madre, pero se encontraba en otra sección, a varios centenares de metros de distancia, y no había tiempo que perder.

Ante la gran duda que se dibujó en su semblante, se anudó el pañuelo que le envolvía el cuello y se alisó la bata, secándose el sudor de las palmas. Retó a Engracia con la mirada y elevó el mentón, consciente de que había más ojos que las observaban. Giró sobre sí misma y echó un vistazo hacia atrás y hacia ambos lados, sin saber con certeza cuál era el camino hacia las escaleras. Aun así, inició el recorrido, dándole la espalda. A los pocos metros, una de las mujeres, con la vista y con el dedo índice semioculto, le indicó la dirección que debía tomar. Y, cuando Margarita pasó por su lado, se atrevió a susurrarle:

—Mucha suerte, niña. Saludos a tu madre. Y recuerda: no tienes que obedecer a todo lo que te manden.

Margarita no dio importancia ni a lo uno ni a lo otro. Mientras subía los estrechos peldaños de las escaleras metálicas, intentó discernir qué la había llevado hasta esa situación. Las vistas desde aquella perspectiva la impresionaron y no se percató de la figura que se situó a sus espaldas.

—Desde aquí todo es más pequeño, ¿verdad? —dijo una voz masculina.

Margarita se sobresaltó y disimuló un escalofrío girándose muy despacio.

—Sí, señor, es extraño —contestó, sintiéndose ridícula ante el hombre que la miraba fijamente.

Talludo, de baja estatura y abrazado por un cinturón que parecía que iba a partirlo en dos, Margarita tuvo que aguantarse la risa. Una risa que no debía de mostrar en ningún momento. Todo en él era redondo. Su cara se asemejaba a la luna llena y sus ojos saltones amenazaban con salirse de las cuencas. Los labios hinchados, a juego con el resto de sus facciones, se movían bajo un bigote recortado que apuntaba algunas canas y una barba incipiente. Los dedos de las manos, escondidas por las largas mangas de un traje de paño que no se ajustaba a su talla, se asomaban como crestas turgentes y enrojecidas. El cuello de la camisa, blanco y almidonado, le

molestaba. Envuelto como un regalo, lucía una pajarita que le apretaba el gaznate. Era demasiado grande, pensó Margarita al ver la presión a la que sometía su nuez.

—Buenas tardes, señorita —saludó el hombre, sujetándose las solapas y balanceándose sobre los pies en una leve reverencia que a la joven le resultó cómica.

—Buenas tardes —repitió ella, atenta a sus movimientos.

—Serafín Gomera —se presentó el ingeniero.

—Margarita León —respondió ella, a la espera de no se sabía qué.

—Pasemos a mi despacho, estaremos más cómodos —ordenó, invitándola a caminar tras él.

Ella percibió las miradas de algunos que todavía tenían a ambos al alcance de los ojos.

—Verá, don Serafín, yo no sé lo que le habrá explicado Engracia, pero le aseguro a usted que cumplo con mis obligaciones desde el día que…

—No la he mandado llamar por ninguna de esas cosas que imagina. Se trata de otro asunto, digamos, más mundanal.

—¿Otro asunto? —preguntó Margarita, extrañada de que las quejas sobre su trabajo no fueran el motivo de su presencia ahí. Además, no había entendido a qué se refería con lo de mundanal, y no pensaba preguntárselo. Sabía que no tardaría en descubrirlo.

—He estado observándola las últimas semanas y me parece una mujer extraordinaria. Tiene un aura muy especial y querría representarla en una de mis obras.

La incertidumbre creció en Margarita conforme su superior se acercó a ella, acariciando con sus achaflanados dedos las figuritas de porcelana que adornaban su mesa. El despacho era de buen tamaño, en él había una gran vitrina llena de libros, otra llena de maquetas de hiladoras antiguas, un sofá y una mesita rodeada de tres butacas de terciopelo rojo sobre una gran alfombra persa. Todo desprendía olor a rancio y todo era de madera oscura.

De repente, le faltaba el aire. Quería retroceder, pero una sensación de peso en los pies la clavaba en el sitio. No le gustaba la confianza con la que se dirigía a ella, por más superior que fuera, ni que se jactase de contemplarla desde las alturas. Respiró hondo, juntó las manos sobre el delantal y se mantuvo firme. Deseaba que acabara cuanto antes para marcharse.

—En mi tiempo libre soy aficionado a la pintura —prosiguió el ingeniero, ajeno al nerviosismo de la empleada—, y desde que la vi pensé que sería la modelo ideal para completar la colección de cuadros que expondré a finales de este año. Sería un honor para mí que accediera a posar en mi estudio. En realidad, somos un grupo de

amigos a los que nos gusta recrearnos en la belleza del cuerpo femenino. Desde el respeto, por supuesto —remarcó con una sonrisa grotesca—. Su expresión arisca, su forma de caminar, su melena suelta algunas mañanas antes de entrar… son perfectas para lo que estoy buscando —remató.

El hombre se había aproximado tanto que ella podía observarlo de cerca. Demasiado, pensó. Y él ya no disimulaba. Sus ojos de sapo se habían detenido en el escote. Como Margarita pasaba calor entre las máquinas, algunas veces descuidaba abrocharse la camisa hasta el último botón, y ahora se arrepentía. Sin mirarlos, fue abotonando uno a uno los que le faltaban.

—Sentémonos. —Serafín se apresuró a ocupar uno de los extremos del sofá en el que la invitaba a acomodarse dando pequeñas palmadas.

Por primera vez podía ver la sonrisa abierta de ese ser poco agraciado. Sus dientes blancos, grandes y bien alineados no hacían justicia al conjunto de su figura.

La muchacha vaciló. La naturaleza del encuentro ya no era un enigma. Los ricos nunca eran generosos con los pobres, recordó que le había dicho alguna vez su padre. Y los más pudientes siempre tenían las de ganar. Aquellas advertencias le martilleaban la cabeza como una sentencia de la que apenas le cabían dudas. Tomó asiento, procurando dejar toda la distancia posible entre los dos.

—Tengo entendido que tu padre se encuentra enfermo, ¿verdad?

—Sí, señor. Una bronquitis permanente le impide trabajar, al menos de momento. Ahora solo lo hacemos mi madre y yo. Él…

—Sí, sí, conozco el caso —la interrumpió el ingeniero—. Este trabajo no es para ti. Podrías ganarte la vida mucho mejor y estoy seguro de que eso os vendría muy bien en casa. El tratamiento de tu padre debe de ser costoso.

—Sí, señor, lo es.

Margarita era prudente, no hacía migas con cualquiera. Al mismo tiempo, la sensación de ser observada la retaba a hablar con elocuencia, a no achantarse. Siempre tenía la frase justa para cada momento. Sin embargo, frente a ese hombre que se la comía con los ojos, se sentía vulnerable. Sabía mucho de su familia. La fábrica era grande y en ella trabajaban centenares de obreros. ¿Por qué se había fijado en ella?

Como si le hubiese leído el pensamiento, contestó:

—Tu cabello es fascinante y esas pecas te dan un aire de ángel que plasmaré en mis lienzos. Los ángeles suelen llevar poca ropa —añadió, guiñándole un ojo—. Y dime, ¿de quién has heredado el pelo rojizo?

No le quedaba más remedio que inventarse una respuesta. Ya empezaba a estar harta de tantas preguntas que no llevaban la conversación a ninguna parte y de tanto descaro que no tenía por qué permitir, por más angelical que le pareciera a ese desgraciado con más títulos que vergüenza.

—Pues verá, según me ha contado mi madre, de un bisabuelo. Llegó en barco de un país lejano y sus antecesores eran guerreros de esos que iban con faldas. Escoceses, creo. Y solo yo he salido con este color.

El hombre la escuchó maravillado y no pudo contener una risa sonora que asustó a Margarita. El eco de su voz no iba en consonancia con la redondez de su fisonomía.

—¡Qué fantasiosa, muchacha! ¿Se puede saber de dónde has sacado eso? Además, los de tu clase no suelen ser muy instruidos en historia y geografía.

—Oiga, que yo sí que he estudiado —replicó ella, más ofendida que asustada en ese momento.

—¿Ves? Ya lo imaginaba yo.

—No entiendo qué puede imaginar si no conoce a mis antepasados.

El carácter de Margarita iba asomando, más bien agriado, sin darse cuenta de que Serafín se acababa de aproximar unos centímetros más a ella.

—Que serías la musa de cualquier hombre que quisiera tenerte a su lado —dejó caer él al tiempo que también lo hacía una de sus manos sobre las faldas de la muchacha.

—¡Oiga! ¿Se puede saber qué está haciendo? —le gritó Margarita, levantándose como un resorte—. No me parece propio de un caballero. Aunque, claro, eso está por ver, a juzgar por su comportamiento. No posaré ni para usted ni para nadie. Que tenga un buen día.

Margarita había desplegado toda la verborrea, producto de un estado de nervios sobrevenido más que de la conciencia. Ese sinvergüenza le había puesto sus sucias y deformes manos encima. Era la primera vez que un hombre la tocaba de esa manera. Notar el calor de su piel a través de la ropa había encendido en ella una sensación de repulsa y asco.

—Eres una leona —soltó de repente Serafín, sonriendo tras ella.

Margarita, que temblaba como una hoja, intentaba abrir la puerta; pero, para su sorpresa, no cedía ante sus movimientos.

—Abra ahora mismo o gritaré —lo amenazó, girándose hacia él.

—Nadie te escuchará. Ahí abajo solo se oyen las máquinas —respondió el ingeniero, acercándose de nuevo hasta Margarita—. El único que entiende esta llave soy yo, pequeña. Déjame que te

explique. Si te avienes a lo que te propongo, te prometo que no te faltará de nada. Ni a tus padres ni a ti.

Margarita no atendía a sus palabras. Se limitaba a observar el avance de sus pies, cada vez más próximos al cuerpo de ella, y la expresión de su boca, de la que brotaban frases inconexas bañadas en una humedad tórrida que se reflejaba en su cara.

Todo ocurrió muy deprisa. Ese nauseabundo ser la agarró de la cintura y ella trató de zafarse, pero parecía que le hubiesen crecido extremidades por todos lados y su fuerza, por la que no habría apostado ni dos reales, iba multiplicándose. No era capaz de quitárselo de encima. La acorraló, buscando debajo de su ropa y entre sus piernas, al tiempo que los botones de la camisa obedecían a su verdugo. Logró alcanzar el sostenedor y le magreó los senos. En un instante en que el instinto de supervivencia y la razón volvieron a alinearse en su cabeza, Margarita elevó la rodilla que Serafín había atrapado entre sus piernas y, tras un golpe certero en sus partes pudendas, su enemigo se separó, encorvándose como lo que era, un gusano.

La joven aprovechó para voltearse hacia la puerta. Forcejeó con el pasador y la maldita llave, que seguía atorada, rogando a todos los santos que la ayudasen. Y estos la escucharon. Un chasquido y los exabruptos del despreciable que la había mancillado fueron lo último que oyó antes de salir a toda prisa, escaleras abajo, hacia el olor a algodón caliente. No había tiempo que perder, se dijo, recolocándose la vestimenta sin perder el paso.

La encargada, escondida tras unas máquinas, sonreía con malicia.

Ese fue el último día que pisó la fábrica, ante la mirada triunfante de algunas y la conmiseración de otras. Su madre tardó unas semanas más en abandonar el trabajo, y no por voluntad propia.

La familia había caído en desgracia y los pagos se amontonaban debajo del tapete de la cómoda del comedor. La casa se oscurecía y sus habitantes con ella.

Desde el incidente, José, resignado ante el mutismo de su única hija y las continuas lamentaciones de su mujer, decidió que era hora de morir. Y así lo hizo tres meses más tarde. Los pulmones repletos de flemas, los cambios de humor y la delgadez habían ido consumiéndole el cuerpo hasta que, la mañana del 14 de febrero, Margarita despertó entre sollozos y plegarias dichas en voz alta. Todo había acabado. Y allí permanecía su padre, muerto antes de tiempo, pensó ella. Un hombre bueno que las había querido a su manera; que nunca había visto la valentía como algo necesario; que se había conformado con la vida tal como venía y que esta se había extinguido sin compasión. Eran pobres, y así se sintió Margarita el día del entierro, en el

cementerio de Montjuic, cuando no hubo dinero ni para un ramo de flores.

Josefa había perdido a su amor. Margarita había perdido a su padre. Y entre promesas y maldiciones, juró su propósito: se ganaría la vida por sí misma y, si era menester, se iría de ahí para siempre. Casarse entrañaba el peligro de enviudar y ni lo uno ni lo otro entraba en sus planes. No estaba dispuesta a depender de ningún hombre.

—Hija, ¿en qué piensas? —le preguntó Josefa, agarrándola del brazo—. Vamos, que aquí ya no hacemos nada. ¿Te has fijado cuántas compañeras de la fábrica han venido a darnos el pésame? —Margarita asintió, entre lágrimas—. Me parece que he visto al señor Gomera, aunque no estoy segura. Al menos han tenido ese detalle.

Al oír esas palabras, Margarita se envaró como si hubiera sufrido una sacudida eléctrica y se soltó del brazo de su madre para moverse de un lado a otro, buscando entre los pocos asistentes que quedaban en el camposanto.

—Si me encuentro con ese hijo de mala madre, le juro que le cruzo la cara.

Josefa agachó la cabeza, incapaz de decir nada. No se había atrevido a preguntarle a su hija la razón de que se despidiese. Oídos sordos. Eso era lo que había hecho hasta ese momento. Se sentía culpable, aunque no sabía de qué. Y, después de que a ella también la despidieran, no valía la pena reivindicar el derecho de las mujeres a defenderse de las injusticias porque los ricos siempre tenían las de ganar.

Margarita se paró en seco y se enfrentó a su madre, obligándola a mirarla.

—Usted sabía algo, ¿verdad? —la instó a contestar, cerrándole el paso cuando Josefa se disponía a marcharse.

—Hija, no es día de andar resolviendo lo que ya no tiene remedio —dijo sin más—. Que Dios acoja a tu padre en su gloria. Vámonos a casa, te lo suplico.

—Usted sabía algo, ¿verdad? —repitió, conteniendo el grito que la ahogaba mientras la rabia se transformaba en lágrimas.

—¡Te digo que nos vamos, y nos vamos! Aquí no hay nada más que hacer —Josefa se encaró con su hija como en pocas ocasiones lo había hecho—. Y haz el favor de ser respetuosa con el sueño de los muertos. Vámonos de una vez.

Sin más que añadir, Margarita vio alejarse el alma y la pena negra en que se había convertido su madre. Decidió seguirla, aunque entre ellas siempre quedaría una conversación pendiente tapada por la vergüenza y por el escándalo que corría entre los pasillos de una fábrica en la que ninguna de las dos volvería a entrar.

Capítulo 7

Barcelona, 1893

Margarita León acababa de cumplir veintitrés años y había poco que celebrar. Hacía cinco años que su padre había fallecido y ella apenas mostraba ni el dolor ni la tristeza que escondía detrás de la rabia que rezumaban sus ojos.

En un golpe de suerte, Josefa se había empleado en una antigua sillería en la que fabricaban esteras, asientos y otros artículos de índole parecida. Sus manos, ásperas por el contacto diario con la enea, habían desarrollado una destreza que el dueño, Matías Fuster, loaba con frecuencia. Animada por el buen trato que le dispensaba su patrón, una mañana se atrevió a exponerle sus preocupaciones.

—Don Matías, ¿podría hablar con usted un momento?

—Buenos días, Josefa. ¿Qué se le ofrece? No irá usted a decirme que se marcha, ahora que ha encarrilado el oficio, ¿verdad? —se adelantó el hombre, impaciente por saber los motivos de tal conversación.

—No, no es nada de eso. Es por mi hija. Margarita. Ya la conoce, ha venido algunas veces a traerme el almuerzo.

—Claro. Una chica muy seria, la suya. Y muy vistosa, con ese cabello largo y tan colorido. Entiéndame, sin ofender, ¿eh? —se apresuró a aclarar, ante la sensación de haberse sobrepasado—. Dígame —la instó a continuar.

—Es una muchacha muy dispuesta, don Matías, se lo digo yo. Reservada y formal. Y no se imagina lo bien que nos vendría otro jornal, aunque fuera medio. Desde la pérdida *del meu home*, las cosas no van como deberían y la renta se nos come casi todos los ingresos. ¿No necesitan una ayuda en casa? Sabe guisar y a limpia no le gana nadie.

El hombre elevó la vista como si estuviera pensando algún plan que no desvelaba a Josefa. Nerviosa por su osadía y por la posibilidad que ese silencio le otorgaba, paró de trenzar la enea hasta que Matías le puso la mano en el hombro.

—Veré qué puedo hacer. Déjeme que hable con mi mujer. Ella es la que manda en estos asuntos.

—Muchas gracias, de verdad. No sabe por lo que estamos pasando. No acostumbramos a pedir favores. Verá…

—Ha hecho usted muy bien, Josefa, así que no se apure por eso

—la interrumpió—. Siga con su faena, que yo tengo que visitar a unos clientes. Hasta mañana —se despidió el empresario, dejando a la viuda con un rayo de esperanza de que su situación podría mejorar.

Una mañana, mientras Josefa se afanaba entre las cuerdas para dar fin a los encargos que crecían como la espuma, se le acercó una mujer a la que no había visto nunca. Ambas se sonrieron antes de saludarse.

—Buenos días, Josefa. Soy Joaquima, la mujer del señor Fuster.

—Mucho gusto. Discúlpeme si no me paro, pero es que hay bastante trabajo atrasado y encima la María se ha puesto mala y… Un segundo y termino con esta esquina. Es lo que más me cuesta —se excusó Josefa, concentrándose en rematarla—. Estoy aprendiendo mucho aquí y nunca se sabe. Después de las telas, ahora las cuerdas. Trabajo es trabajo.

—Siga, siga —la animó Joaquima—. Solo quería decirle que mañana puede venir directamente a casa con su hija. Matías me habló de usted y de que responde por su chica. Una ayudita me irá bien. Tres varones, sin contarlo a él —comentó la mujer, señalando con la cabeza a su marido, que pasaba por ahí con sus prisas habituales, varios papeles en la mano y el lápiz plano de color rojo que siempre llevaba sobre su oreja derecha—. Mucha faena para mí sola con tanto calzón que lavar.

—No sabe cómo se lo agradezco —contestó la tejedora, un poco avergonzada por si la *mestressa* de los Fuster consideraba que le estaba mostrando poco interés.

Se levantó y, por primera vez, se fijó en ella. Oronda igual que su marido y bajita, más bien parecían hermanos. Le sonreía con los brazos entrelazados y Josefa dudaba entre abrazarla o hacerle una reverencia. Optó por suspirar mientras se llevaba las manos al pecho, inclinándose sutilmente.

—Todo irá bien, ya lo verá —afirmó Joaquima, tocándole el hombro y la espalda.

El gesto emocionó a la viuda. Un nudo en la garganta le impedía respirar y solo quería llorar. Hacía mucho que no recibía una caricia y únicamente el trabajo la ayudaba a olvidar la falta de su marido. Todo había cambiado en poco tiempo y, aunque la aparición de las canas y de las arrugas se iba acelerando en la imagen que veía a diario en el espejo, Josefa era la misma. La misma que antes había reemplazado los hilos de las bobinas por esas hebras recias de ahora, que primero humedecía y luego ordenaba para Mariano, el maestro sillero; un hombre de espalda encorvada y dedos deformes que, por edad, podría ser su padre y que estaba traspasándole todo su conocimiento sin prejuicios. Ser mujer no era fácil en el mundo de los silleros.

Josefa seguía absorta en los pensamientos que la habían abordado tras el contacto cuando la voz de la esposa del empresario la trajo de vuelta al taller:

—Entonces, quedamos así, ¿verdad?

—Sí, sí, perdone. Mañana iremos a las ocho en punto. Y no se preocupe, que yo se lo explico al capataz y el rato que pierda en el camino lo recuperaré con creces. Que Dios la bendiga —agradeció de nuevo Josefa con la esperanza de que su niña, convertida ya en mujer, mudara el gesto agrio que se le había quedado desde el episodio del telar y que se había acentuado con la muerte de su padre.

Margarita nunca había sido muy habladora, en eso se parecía a su progenitor, un hombre con poco afán de protagonismo que había mandado lo justo en su casa. Desde la sombra que acompañaba a las mujeres en la mayoría de los hogares, Josefa siempre había tomado las decisiones importantes. Ahora, sola y en el deber de proteger a su única hija, se sentía impotente ante sus silencios. Un mutismo que no contradecía sus preceptos en ningún momento, pero que las alejaba de la complicidad propia de su vínculo. Josefa se conformaba y apreciaba cada gesto amable de la muchacha, raras veces afectada por la alegría con la que otras jóvenes charlaban en el patio o en el portal de la finca en la que vivían. Tampoco demostraba aflicción.

La jornada en la sillería por fin había terminado y Josefa llegó exhausta, como de costumbre. Margarita se encargaba de las tareas domésticas. Esa tarde, al abrirle la puerta y ver su sonrisa, le preguntó:

—¿Hay algo que celebrar, madre?

—Qué bien huele —contestó Josefa, cerrando los ojos mientras la nariz y el mentón se adelantaban, persiguiendo el olor de la comida.

—Es carne guisada. La vecina de abajo, que le han regalado unas gallinas y se ha molestado en darme media pieza.

—Pues sí que hemos tenido suerte, sí. —Josefa se acercó a su hija para besarla—. Suerte por la comida y suerte porque, si todo va bien, mañana empezarás a trabajar en casa de los Fuster.

La mueca de sorpresa no tardó en manifestarse, aunque no incluyó ninguna pregunta.

Josefa se dirigió a su dormitorio y se aseó en la palangana que Margarita llenaba a diario de agua limpia. Dejó la ropa sobre un viejo baúl que hacía las veces de cómoda, se puso una bata y un delantal y fue derecha a los fogones. El olor del guiso que recorría el largo y oscuro pasillo penetró en sus fosas nasales, consiguiendo que salivara. Sus tripas también rugieron.

—¿No te parece buena idea? La señora Joaquima me ha dicho que tienen tres hijos varones y puedo imaginarme la faena que le dan. Creo que será un buen sitio para ti hasta que te cases —abordó Josefa

ya en la mesa, frente a una reservada Margarita, muda ante los nuevos acontecimientos que cambiarían su vida.

—Será lo que usted diga, madre —contestó al fin, removiendo la comida que todavía no había probado.

—Eres una gran cocinera y sabes llevar una casa, estoy segura de que los muchachos y su madre estarán contentos contigo. No he preguntado si te requerirán todo el día o solo para algunas tareas, eso ya se andará. Cuando vean lo que vales… —la alabó Josefa, intentando encandilar sin éxito a su inmutable hija—. Es posible que ya tengan doncella, pero diría que también les sobran los cuartos. No damos abasto fabricando y todo se vende, incluso antes de estar acabado. No he creído oportuno pedirle información sobre el dinero.

—Ya veremos, entonces —respondió la muchacha, sin muestras de alegría por unos ingresos que les vendrían como anillo al dedo.

—¿Ha llamado la casera? Este mes volvemos a llevar retraso en el pago y me apura.

—Sí, pero no he abierto. No soporto la cara de bruja que tiene y hasta final de semana no habrá dinero que darle.

—Dios mío, qué vergüenza. Si tu padre levantara la cabeza —se lamentó Josefa, tapándose la cara con las manos.

—Madre, los muertos no levantan la cabeza. Permanecen bajo tierra para siempre.

—Era una forma de hablar, hija —respondió Josefa, un tanto molesta—. Lo echo mucho de menos y cada día me pregunto si lo hicimos bien con él. Si nos hubiera dicho a tiempo el daño que lo aquejaba… —dijo la viuda, ahogando la pena que todavía le provocaba su recuerdo—. Era un buen hombre y nos quería muchísimo.

—No se martirice, madre. Usted hizo todo lo posible, y ahora ya no hay más remedio que salir adelante.

—Llevo unas semanas pensando en que, si todo va bien, nos mudaremos de aquí en cuanto tengamos suficiente para arrendar algo más, qué diría yo, luminoso. Estoy mejorando deprisa y confío en que don Matías me aumente el sueldo. El maestro sillero revisa todos mis trabajos cuando termino de arrimarle las cuerdas. Parece contento con mis progresos. En fin, todo se aprende en esta vida —finalizó la mujer al ver que Margarita no se interesaba por sus explicaciones.

—¿No cree que es mucho imaginar? Aquí estamos bien —contestó Margarita. Hacía bastante tiempo que no se mostraba en desacuerdo con ella.

—Esta casa me ahoga. Es cierto que aquí has nacido tú y aquí hemos pasado todos estos años. Pero no sé, a veces noto que me falta el aire. Solo hay luz al final del pasillo y en mi dormitorio. Apenas vemos el sol, y es muy necesario.

—A mí no me gusta, ya lo sabe. Me llena la cara de estas manchas que tanto odio y todos me miran como si fuera un mono de feria. Son asquerosos. Prefiero la sombra. También quiero teñirme. No sé a quién me parezco en esta familia con este pelo —dijo Margarita, soltándose la melena que siempre llevaba recogida.

De pronto, el inocente propósito de prosperidad, que Josefa había manifestado en voz alta solo para alegrar el momento de la comida, derivó en una confesión velada. Su antena de madre se envaró al escuchar las palabras de su hija. Sabía que los rayos del astro rey le molestaban sobremanera y que las pecas eran poco frecuentes entre los paisanos del barrio. ¿A qué gente se refería? Margarita había utilizado el género masculino al referirse a quienes la miraban. ¿Los hombres?, se preguntó en silencio, hasta que de su boca salió la pregunta que tantas veces había deseado formular:

—Dime, ¿qué sucedió aquella mañana en la fábrica?

La lanzó igual que una flecha sin retorno. Y, ante el mutismo de su hija, un calor le abrasó el pecho. Josefa dejó la cuchara en el plato y se agarró a los bordes de la mesa con ambas manos. No pensaba levantarse hasta que obtuviera una respuesta. La joven permanecía cabizbaja, ignorando los ojos de su madre fijos en ella.

—Te he hecho una pregunta, hija. Y creo que merezco una contestación —exigió Josefa, viendo que la joven se arrebolaba.

—No hay nada que contar. ¿O acaso correrá a pedir explicaciones al dueño de la fábrica? Podría haber sido peor, se lo aseguro. Los pobres no tenemos más que aguantarnos y achantar. Eso o perder el trabajo —dijo Margarita ante la mirada atónita de su madre—, o las dos cosas, como terminó ocurriendo.

—¿Serafín se propasó contigo? —preguntó Josefa, ya sin tapujos—, ¿te tocó, pasó algo indecente? —Los nervios se iban apoderando de ella, haciéndola tartamudear.

—Podría haber sido peor, se lo aseguro —repitió Margarita—. De todos modos, se llevó su merecido. Un buen rodillazo entre las piernas me permitió escapar de allí, para no volver jamás. Eso es todo. No quiero seguir hablando de eso. Acábese la comida, que voy a enjuagar los platos, y veré si el único vestido que tengo para salir se encuentra en condiciones. Creo que la falda estaba desgastada por debajo.

—Pero ¿cómo no me lo has contado antes? —prosiguió Josefa.

—¿Acaso no corrió la voz como la pólvora? Imagino que algo llegaría a sus oídos a través de las arpías de mi sección, puesto que a usted tardaron unos días en despedirla. Esas malnacidas envidiosas parecían estar deseando que me ultrajaran allí mismo, delante de sus narices. Algunas mujeres son asquerosas también, pero los hombres aún más. Los odio a todos. Bueno, menos a padre. Él no cuenta en

esto.

—Nunca quise creerme las habladurías. Y esperaba que tú me lo explicases para saber si era cierto. En esos días, tu padre había empeorado y yo andaba muy nerviosa por conseguirle los medicamentos. No pensé que…

—Nadie me defendió, madre. Nadie, ni siquiera usted. Y no la culpo, no tenga pena por eso. Lo que pasó ya pasó, y punto. Se acabó el tema —zanjó, dejando a su madre sentada en la mesa.

—Margarita, hija —insistió Josefa, aunque la joven ya no volvió a contestarle.

La mañana se presentaba oscura, igual que las horas nocturnas que ambas mujeres habían pasado sin apenas dormir. A Margarita le había revuelto las tripas recordar aquel episodio. Y, a Josefa, la constatación de aquellos comentarios, a los que había hecho oídos sordos, había recaído sobre ella como una sentencia de culpabilidad.

El cielo se desgarraba entre relámpagos y truenos en una de las tormentas más copiosas que los lugareños recordaban haber vivido. Madre e hija salieron de casa con tiempo de sobra, no querían retrasarse el primer día.

—Deberíamos habernos subido en el coche de línea —se quejó Margarita. Aunque se habían cubierto las cabezas y no había muchos metros que recorrer, se estaban empapando.

—¿Sigues enfadada?

—¿Por qué?

—Porque te fallé en un momento muy difícil y te tocó afrontarlo sola. No todos los hombres son iguales.

—Deje eso ahora y arrímese a mí. Vaya planta que voy a tener cuando me presente a los señores.

Tal y como se temía, aparecieron en casa de los Fuster caladas de la cabeza a los pies y una muchacha con aspecto asustadizo que les abrió la puerta se llevó las manos a la boca. Parecía una estatua entre el mutismo y la sorpresa, y ni siquiera las saludó.

—Buenos días, venimos a ver a doña Joaquima. Yo soy Josefa y ella es Margarita. ¿Puedes avisar a la señora? Si haces el favor, tráenos algún paño seco, que lo vamos a poner todo perdido —pidió Josefa, temblando de frío.

—Sí, un momento, por favor. Voy a avisarla ahora mismo. Ya me informó de su visita, pero qué pena con la tormenta que está cayendo.

Margarita miró a la doncella, que le sacaba más de una cabeza y ocupaba el doble que ella, aunque hablaba como una niña. La forma de gesticular, algo sobreactuada para su gusto, hizo que se preguntase si también tendría que ponerse el mismo uniforme. Le parecía

ridículo.

Transcurridos unos segundos interminables, la sirvienta regresó con unas toallas y, tras ella, Joaquima. La mujer sonrió, extendiendo los brazos a modo de bienvenida.

—Virgen santa, si vienen chorreando. Frasquita, date prisa y ve al armario de Eulalia. Todavía hay parte de la ropa que dejó, la pobre —comentó la señora, santiguándose—. La lavamos en su momento para donarla a las monjas y, un día por otro, ahí sigue. Yo creo que a usted, Josefa, le irá a la medida. Y a Margarita un poco grande, pero mejor eso que una pulmonía. Pasen, pasen, dejen aquí mismo las chaquetas, que la chica se encargará de secarlas durante la mañana.

—Señora, yo tengo algunas prendas que se me han quedado pequeñas, puede que a ella le valgan —se ofreció Frasquita.

—Cierto. Desde que llegaste, has engordado unos kilos que buena falta te hacían —sonrió Joaquima, presumiendo del porte de su doncella—. Anda, aligera y tráele algo a Margarita, que está cogiendo frío la pobre.

—Yo no tardaré en irme, que Mariano se pone de mal humor si se retrasa la faena —anunció Josefa, preocupada.

—Sí, pero déjeme que avise al cochero. Si se va como ha venido, no habremos arreglado nada. La tormenta tiene pinta de durar todavía un rato.

—Señora, no quiero ser una molestia —se apuró Josefa, negando con la cabeza.

—Ni yo que mi marido se quede sin una de sus mejores empleadas. No se hable más. Cámbiense, y dentro de unos minutos la recogerá el coche en la parte de atrás, en el patio.

—Que Dios se lo pague, señora.

—No creo que sea para tanto. Margarita, acompáñame. Te enseñaré la casa y cuáles serán tus tareas diarias. Si por lo que fuera no amaina, haremos como con tu madre. El cochero te dejará en casa esta tarde. Por cierto, luego conocerás a mis hijos. Todos comen aquí al mediodía y entran como elefantes en una cacharrería, dejándolo todo por en medio, además de hambrientos. Estos hombres —se quejó Joaquima al aire, sin esperar ninguna respuesta.

Margarita se sentía fuera de lugar y no solo por no saber si podría adaptarse al nuevo trabajo. Las obligaciones nunca habían sido su fuerte. Por un lado, la que iba a ser su patrona parecía una mujer sencilla, aunque de costumbres refinadas y educación de cuna. Todo estaba perfecto en esa casa. Tenía una buhardilla y dos plantas. En cada una había un aseo completo, hasta con bañera. Cuánto hubiese dado ella por sumergirse en el agua y disfrutar del lujo de extenderse por todo el cuerpo alguno de aquellos jabones y secarse con una de las toallas que acababa de acariciar, pensó. Se prendó de la cocina gigante

y de los utensilios que no había visto jamás, no le importaría quedarse toda la jornada ahí. Contó seis dormitorios, dos comedores, un salón, una biblioteca, un despacho y el patio, donde cabían hasta tres carruajes como el que se iba a llevar a su madre. La vivienda tenía entrada de servicio por la parte trasera y, aunque la señora no se lo había indicado, supuso que esa sería la puerta por la que debería acceder a partir del día siguiente.

Por otro lado, se le encogía el estómago imaginando la llegada de los hombres de la casa. Trataba de quitarse de la cabeza la idea de que todos eran iguales, pero en su interior se iba alimentando un recelo que la traicionaba.

Josefa bajó las escaleras y Margarita se despidió de ella con un ligero gesto de las manos y esbozando una sonrisa. La mujer respiró tranquila y movió los labios muy despacio para silabear sin sonido un «te quiero» que las unió en la distancia.

Cuando Margarita vio el rostro de su madre asomando entre las cortinas del carruaje, sintió un escalofrío. Lo achacó al rato que había llevado la ropa mojada pegada al cuerpo. Quizás era eso, un enfriamiento, pensó mientras la embargaba la soledad que la compañía de los extraños le causaba.

Había superado el primer día en casa de los Fuster, una larga jornada en la que había lavado, planchado, barrido y cocinado. Y aunque limpiar una parte del suelo de rodillas le había baldado los riñones, se sentía satisfecha. El sueldo no iba a sacarlas de pobres, pero supondría una gran ayuda y ambas podrían permitirse pequeños caprichos que hasta la fecha habían sido prohibitivos. Necesitaban ropa nueva.

Pese a que ya no llovía, Joaquima insistió en que el cochero la dejara en casa. Había anochecido y prefería asegurarse de que la muchacha llegaba sana y salva a su domicilio.

Margarita bajó del carruaje, dándole las gracias al conductor. La luna estaba oculta por las nubes que habían descendido por entre las calles y a duras penas se veía. A lo lejos, oyó un rumor. A medida que se acercaba hasta el portal, percibió que se trataba de lamentos. Aceleró el paso, inquieta por esas voces que se pisaban unas a otras y por esos llantos cada vez más intensos. Ya podía distinguirlas a la perfección. Eran de Experta, la que les había regalado la gallina; de Nicolasa, la más veterana en la finca, que algunas veces había cuidado de Margarita, aunque fuese medio ciega, y de Catalina, la más reservada de todas, pese a que Josefa la tuviera en buena estima. Tres vecinas con las que habían entablado algo parecido a una amistad.

Enseguida comprobó como algunas más se habían congregado alrededor de su puerta. Al llegar hasta ellas, se abalanzaron para abrazarla:

—Ay, hija, ¡qué desgracia tan grande! —exclamó una de ellas.

—No puede ser, Dios nuestro Señor nos manda pruebas de fe que hay que tomar con resignación —dijo otra, que, para estupor de Margarita, la besó.

—¿Dónde andabas, mujer, cuando tanto te necesitó? —soltó la última, sujetando a la joven por los hombros, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Qué lástima, mocita y huérfana —se escuchó una voz al fondo, que se fue apagando ante la reprobación de algunas de las miradas.

Pasaron unos segundos en los que solo sonaron los suspiros incapaces de acallarse. Aquella estampa se asemejaba a un sueño. Ella estaba cansada y lo único que quería era subir a su casa y explicarle a su madre que había sido un buen día, que la señora la había tratado bien y que le daba las gracias por ese trabajo que les auguraba prosperidad si lograba mantenerlo.

—Déjenme pasar, por favor —dijo al fin, intentando abrirse camino hacia los escalones—. Siento lo que haya sucedido, de verdad, pero estoy que no me tengo en pie.

—Tu madre… —dijo Experta.

—Mi madre ¿qué? —Margarita se paró en seco, harta de tonterías y medias frases.

—Mi niña —intervino Catalina—, parece ser que bajó del coche de línea y, unos metros más allá, en aquel lado de la calle, fue atropellada por otro conductor que no la vio cruzar. Apenas si se distinguía algo a dos palmos de nuestras narices.

La sangre se le heló y la piel se le erizó antes de sentir un vértigo que la tambaleó como un latigazo repentino. Se agarró a la baranda, notando como perdía el equilibrio. Todo se volvió oscuro. Y lo único que recordó, como en un sueño vaporoso que se disipaba frente a sus ojos, antes de que unas raíces fermentadas con fuerte olor a menta la despertasen, fueron los labios de su madre repitiendo aquellas palabras que se le quedarían grabadas en el alma: «Te quiero».

El entierro de Josefa fue tan discreto como su vida y unas cuantas flores adornaron el sitio en el que descansaría de nuevo junto el matrimonio. A la semana siguiente, Margarita volvió al trabajo. Ojerosa, más delgada, habiendo envejecido por dentro y para siempre.

En aquella casa, que más bien parecía el preludio de una tormenta que un hogar, había poco que hacer y ni se molestaba en limpiar los escasos enseres que adornaban la vivienda. Para su sorpresa, había descubierto en el doble fondo de la mesilla de la habitación de su madre algunos ahorros envueltos en un pañuelo que

llevaba bordadas las iniciales de su padre: jl. Ese dinero le permitiría pagar la renta durante un tiempo.

Al principio, sus vecinas procuraron visitarla, pero la muchacha las rehuía. Los días se juntaban con las noches, dejando pasar las semanas y los meses, que nada tenían de especial. Del trabajo a casa y de casa al trabajo, esa era la rutina que Margarita llevaba a cabo como una autómata. La luz no alcanzaba su corazón ni las paredes desnudas de esa casa lúgubre y vacía que habitaba solo para dormir.

Acababa de cumplir veintitrés años y había poco que celebrar.

Capítulo 8

Barcelona, 1894

La ausencia de cariño había transformado a la joven huérfana en un ser meditabundo y esquivo. Como era poco habladora por naturaleza, solo le arrancaba algunas palabras su *mestressa*, doña Joaquima. Rodeada de hombres la mayor parte del tiempo, Margarita era la única mujer con la que podía departir los asuntos femeninos, de cualquier índole e importancia, por lo que se pegaba a ella a ratos, apesadumbrada por la situación del negocio familiar y la escasa liquidez. Margarita recogía en silencio cada una de sus quejas, incluida la falta de servicio desde la partida de Frasquita: un novio la había preñado antes de hora y, tras casarse a toda prisa, se habían ido al pueblo. «Otro sietemesino», le había dicho la señora de la casa en más de una ocasión, algo que Margarita no acababa de entender.

Ya hacía un año de la muerte de Josefa, doce largos meses en los que había llorado su suerte vestida de negro, como mandaban los cánones y las costumbres. Una mañana, recién llegada a la casa de los Fuster, Joaquima se acercó a ella, sonriéndole. Escondía los brazos detrás de la espalda y sus andares resultaban cómicos.

—Buenos días, muchacha. ¿Cómo se presenta la jornada? —preguntó la mujer, abriendo la conversación mientras Margarita, de rodillas, se afanaba en limpiar el suelo con una bayeta.

—Buenos días, señora. Aquí estamos, como siempre. Tenga cuidado, no vaya a resbalarse.

—Mi querida niña —dijo Joaquima, demostrando la confianza y el cariño que le había tomado—, te traigo un regalo. Levántate y dime si te gusta.

Margarita dejó la tarea y Joaquima le entregó dos telas: una de colores pálidos y estampado y otra muy llamativa, de colores vivos. Las miró y se encogió de hombros. No sabía qué decirle.

—Parecen muy finas —pronunció al fin, esperando que ese fuera el comentario que se esperaba de ella. Había trabajado entre hilos. Aun así, no entendía de telas y no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien le había obsequiado alguna cosa.

—Lo son, muchacha, lo son. Y de muy buena calidad. Mira, he pensado que ya está bien de ir enlutada. Entiéndeme, no pretendo faltar al respeto a tus seres queridos, que a tu madre, pobrecita mía, Matías la tenía en buena estima. Habría sido una gran artesana y hasta

puede que nos hubiera sacado del embrollo en el que estamos ahora mismo. Mi hijo mayor es cabal y muy trabajador, pero Roberto y Martincito no dan un palo al agua. Yo no sé qué carrera haremos de ellos. En fin, no pretendo aburrirte con algo que ni te atañe. A lo que vamos: según el protocolo, ya has cumplido con el negro. Entre tú y yo —dijo, aproximándose al oído de Margarita—: el luto es para las viejas. El dolor se siente aquí, en el corazón. Si me oyera el párroco, válgame el Señor. —Juntó las manos mientras en sus orondas facciones se dibujaba una sonrisa pícara que a Margarita le hizo gracia—. Eres una joven bien guapa y mereces festejar aun guardando el respeto a tus mayores, que Dios los tenga en su gloria —asintió la mujer, santiguándose—. Ya está todo pensado. Conozco una buena modista que te podrá confeccionar unos vestidos bien bonitos. Hoy mismo vendrá a tomarte las medidas. No andamos muy boyantes, ya lo sabes, pero esto ya lo había reservado y casi pagado, así que… no se hable más —concluyó, convencida, antes de girarse y desaparecer sin que a Margarita le diera tiempo a agradecérselo.

La mañana tocaba a su fin cuando se oyó el timbre. Margarita estaba preparando la comida y esperó unos segundos antes de dirigirse a la puerta. Le fastidiaba tener que abrir ella y solía hacerlo Joaquima, pero a veces se despistaba o tardaba demasiado.

—Buenos días, ¿qué se les ofrece? —preguntó Margarita a la mujer que había delante de ella, que iba acompañada de un joven que miraba al suelo y estrujaba una boina entre las manos.

—Mariana, pero qué alegría volver a verte —se escuchó desde el fondo del pasillo—. Pasad, no os quedéis en la puerta —los invitó a entrar Joaquima mientras Margarita se apartaba a un lado y la recién llegada la examinaba de arriba abajo, sin recato alguno.

—Esta debe de ser mi clienta. Por la descripción que me diste…

—Exacto. Esta es Margarita. Es una ocasión especial y estamos muy contentos con ella. Además, la pobre está sola en el mundo, con la falta que hace una madre en esta edad suya.

Margarita había retrocedido unos pasos y había puesto cara de malas pulgas expresamente. Le parecía una insolencia que hablaran de ella como si no estuviera presente. Apretó las mandíbulas y centró la vista en un punto fijo, buscando la manera de disimular la rabia. No le gustaba dar pena a nadie, y esas mujeres la analizaban como si fueran a devolverle la suerte que la vida no había querido concederle. Ella no era un mono de feria, decía para sus adentros, aunque sabía que la señora Fuster no pretendía violentarla. Por ese motivo, se ayudó de una respiración lenta y profunda para calmar las ganas de atravesar el aire con el puño.

—Tráenos algo fresquito a Mariana y a mí. Una limonada, por ejemplo. ¿A ti qué te apetece, Cristóbal? —le preguntó al joven, que

no despegaba los ojos de los zapatos.

—Lo mismo si no es molestia, muchas gracias —pronunció con una voz sonora y melodiosa que no concordaba con su apariencia asustada.

—Ponte una tú también, Margarita. La beberemos en el salón de aquí abajo, junto al patio. Así Mariana podrá tomarte las medidas y le explicarás cómo quieres los vestidos.

Ruborizar a Margarita era difícil y, sin embargo, la visita lo había conseguido. Lo último que deseaba era convertirse en el centro de atención de nadie, y menos de dos extraños. Tras una actitud hostil y una mirada fría, se ocultaba una mujer frágil e insegura. Desde el incidente en el telar, años atrás, llevaba el cabello recogido y la mayoría de las veces lo tapaba con una pañoleta para pasar desapercibida, como en esa ocasión. Forzada por las circunstancias, obedeció las órdenes y abrió la puerta de la sala donde la estaban esperando.

—Qué color de pelo tan… —Fue lo primero que escuchó al depositar la bandeja de los refrescos encima de la mesita auxiliar.

—Pelirrojo, es pelirrojo —contestó Margarita, sin ni siquiera volverse a mirar a Mariana.

—Sí, es precioso —añadió Joaquima, sabiendo la vergüenza que estaba pasando su empleada—. Pero vamos a lo que vamos, que tengo muchas ganas de que esta moza se quite el luto.

—Ven, muchacha, que no muerdo. —La modista se levantó del asiento—. Cristóbal, acércame el metro y ve anotando lo que yo te diga. Lo llevo en el bolso —apremió a su hijo, gesticulando como si sus órdenes tuvieran que ser atendidas antes incluso de ser pronunciadas.

Margarita se tensó como una vara verde, paralizada ante la idea de que esa mujer fuera a rodear algunas partes de su anatomía con una cinta. Desde que su madre había muerto, nadie la había tocado.

—¿Has cogido la libreta y el lápiz? —volvió a dirigirse Mariana a Cristóbal, que parecía hasta más crispado que la doncella—. Ay, qué chico, no tiene sangre en las venas —se quejó, indiferente ante la incomodidad que acababa de crear.

—¿Y dice que su hijo trabaja como cochero? —quiso saber Joaquima, rellenando el silencio que se había instalado en la sala—. Es una profesión de mucha responsabilidad.

—Lo será, lo será —suspiró la modista, llevándose unos alfileres a la boca—, pero de momento me ayuda y me lleva y me trae, que no es poco. Mi marido no consiente que ponga el taller en casa. Dice que hay demasiados en la ciudad. Y ya me ve, paseándome a diario de un sitio a otro como si servidora fuese una titiritera. Qué le vamos a hacer. Todo sea por no renunciar al oficio que me enseñó mi madre y

que con tanto orgullo ejerzo.

La mujer tenía una habilidad pasmosa para sujetar alfileres entre los labios y, al mismo tiempo, seguir hablando. Mientras iba y venía, agitaba las manos, observando el cuerpo de Margarita, unas veces con ojos profesionales y otras por pura curiosidad.

Joaquima había varado en su propia sonrisa. Y, apoyada en el respaldo de la butaca, su inmovilidad se asemejaba a la de una estatua. Estaba encantada con la escena, que recordaba más a la de uno de los innumerables talleres de costura que se habían abierto en la Ciudad Condal que a una vivienda llena de machos con la sensibilidad justa.

—Y dime, jovencita: ¿cómo te gustarían los vestidos? —preguntó Mariana, y la interrogada se sobresaltó—. A tenor de las medidas, no parece que sepas lo que es un corsé —añadió, ante la vergüenza de la muchacha.

—Yo creo que algo moderno, ¿no, Margarita? —se adelantó la anfitriona—. La falda con mucho volumen y la cintura marcada, ahora que puede lucirla. Y colorido, sobre todo colorido —repitió la *mestressa*, restándole importancia al trato que estaba dispensando a su empleada—. Y, como serán dos mudas, uno más sobrio y el otro más festivo, que las telas ya las compré con esa intención. Esperad, que voy a por unas revistas que nos servirán para ver ejemplos. Me las trajo mi mayor, Esteban, de París. Este sí que se está forjando un futuro. —Se levantó con algún esfuerzo—. Este reuma va a terminar conmigo —se quejó mientras salía.

Margarita no soportaba seguir ahí, pero debía hacerlo por respeto y porque en realidad no tenía nada que ponerse, más allá de las prendas raídas y negras que llevaba vistiendo el último año. Aunque fueran un regalo, el precio de dos vestidos estaba resultando caro, pensaba con la mirada fija en uno de los cuadros que adornaban el salón. Mariana la irritaba hasta el punto de apretar los puños para no golpearle en toda la cara. Ya había tocado varias veces los mechones que asomaban por la pañoleta. Bajo la apariencia de modernidad, ella veía a una chismosa. Como la dueña de la casa no llegaba, se dirigió a la costurera sin disimular su desagrado:

—No deseo nada con puntas ni encajes. A ver si ahora voy a parecer un fantoche. Soy lo que soy, así que ya lo sabe. La señora es muy generosa, pero no soy su muñeca de porcelana.

Por primera vez, Mariana se quedó muda.

—Aquí las traigo —anunció Joaquima con la respiración entrecortada y los mofletes encarnados, como si viniese de las antípodas.

—Echaremos un vistazo si así lo quiere, pero creo que su criada tiene los gustos muy claros —arremetió Mariana.

—Ay, sí, las chicas de hoy son más, no sé cómo expresarlo…, listas.

—Si usted lo dice —contestó la costurera con el gesto torcido—. Donde se pongan la decencia y el decoro de una mujer como Dios manda, que se quiten las listezas y las tonterías. Eso decía mi madre, que en gloria esté —afirmó al tiempo que se santiguaba.

Margarita, deseando que la pantomima se acabara ya, buscó un punto en el que fijar la vista y se topó con los ojos de Cristóbal, que en todo ese rato no había dicho ni mu. Se sostuvieron la mirada durante un segundo, atravesándose. No era mal parecido, pensó Margarita. A ella nadie la llevaba al baile, ni a tomar un refresco, ni a dar un paseo por los lugares de moda de la ciudad. Y, sin darse cuenta, su boca dibujó una sonrisa. La misma que esbozó el muchacho. Volvió a ruborizarse, dos veces en el mismo día, se dijo. Ni le gustaba ni le dejaba de gustar. No sabía lo que era el amor y, aunque había leído algo al respecto, consideraba a los hombres seres primitivos, casi despreciables, que no podían aportarle nada. Lo había comprobado en sus propias carnes. No pensaba echarse novio, y mucho menos casarse o tener hijos. Eso se reservaba para las demás, había reflexionado innumerables veces en la soledad de su habitación, la que había sido de sus padres y ahora ocupaba ella. Y todavía de pie, esperando a que esa inaguantable mujer terminara su trabajo, se dejó llevar por la imagen vaporosa de su madre besándola. Empezaba a olvidar algunas facciones de su cara y, en un intento vano de aferrarse a ellas, a menudo tomaba las prendas que todavía conservaba, cerraba los ojos y aspiraba con fuerza, trasladándose al recuerdo. No percibía su perfume, porque nunca se había puesto, sino la mezcla de lavanda y cítricos de sus pastillas de jabón, que, en contacto con su piel, emanaba un aroma inconfundible que siempre había encantado a Margarita. Aunque Josefa le había permitido usarlas, en ella no olían igual.

Su corazón seguía roto, pero había pasado lo peor. Y, aunque al principio le daba miedo, de alguna manera la relación con su madre permanecía viva. Pensó en Catalina, una de sus vecinas, y en esa especie de magia que le había enseñado.

Absorta en sus pensamientos, oyó decir a Mariana:

—Bueno, pues ya estamos. Tengo muchísimo trabajo, pero creo que la próxima semana podré venir a hacer las primeras pruebas. Cristóbal, recoge las telas y llévalas al coche. Yo me quedo a tratar unos asuntos con doña Joaquima. Y tú, muchacha, no sabes la suerte que tienes con una señora tan buena como ella —soltó, sonriéndole a la dueña de la casa, que agradeció la lisonja con una pequeña reverencia.

—Muchas gracias —dijo Margarita, obligándose a una cortesía

con la dichosa costurera que hubiese preferido ahorrarse. Pero sabía guardar las formas. Se dirigió hacia la *mestressa*—: Yo vuelvo a lo mío, que todavía hay que enlucir el suelo de su habitación y terminar la comida. Hoy se nos ha hecho tarde.

—No sufras, niña. Hoy solo estamos las dos. Matías no vendrá a comer y los chicos tampoco. Así que menos trabajo.

Las mujeres se ausentaron y Cristóbal se entretuvo doblando las telas una y otra vez. Margarita se había fijado en el detalle y sonrió, comprobando su torpeza. Se disponía a salir cuando una mano le sujetó con suavidad el brazo. Se giró, sobresaltada, y lo vio ahí, pasmado delante de ella, con la mirada baja, en silencio.

—¿Ocurre alguna cosa? —preguntó, molesta.

Pasaron unos segundos antes de que el joven lograra pronunciar las primeras palabras:

—¿Qué día de la semana libras?

—El domingo —respondió ella—, por la tarde.

—Me gustaría invitarte a dar un paseo. También podemos tomarnos un refresco en la plaza si lo prefieres. Bueno, eso si no tienes compromisos con alguien más.

—Muchas cosas me parecen —respondió Margarita, dándole pocas esperanzas a Cristóbal, que parecía más nervioso que ella—. Está bien, te espero aquí a las cuatro en punto. Si no llegas a la hora, me iré a mi casa.

—Aquí estaré. Ahora, si me permites, voy a llevar los encargos al coche —afirmó Cristóbal, volviendo sobre sus pasos.

—Sí, sí. Que si no tu madre te liará una buena —sonrió Margarita, extrañada de haberse dejado enredar. La voz del joven le había gustado y solo era un rato de paseo al aire libre, se dijo.

Cristóbal se puso la gorra, Margarita lo acompañó a la puerta y ambos inclinaron la cabeza a modo de despedida. Detrás salió Mariana, quien no perdió la oportunidad de repasarla de nuevo de arriba abajo, despreciando su condición y su suerte. Margarita la retó con la mirada, sintiéndose ganadora de una batalla que solo había comenzado y que la mujer desconocía. Ya llegaría el momento de la venganza, pensó, imaginándose de paseo con su hijo, el futuro conductor de carros.

Capítulo 9

Barcelona, 1894

No había sido un buen día y la aparición de la modista y de su hijo la había puesto nerviosa. Se arrepentía de haber aceptado una cita con un hombre al que no conocía. Los fantasmas del pasado y la imposibilidad de borrarlos de su mente la habían convertido en una persona desconfiada. Aquel desliz con el joven no era propio de ella, se repetía con pesadumbre. No había nada que hacer, se dijo al fin, sentándose en el sillón que la vecina tenía junto a la única ventana de la casa.

Había acudido por petición expresa de Catalina y esperaba con recelo la llegada de las otras personas, que se estaban retrasando. Odiaba que la gente no respetase un compromiso y menos cuando afectaba a terceros. Además, era la primera ocasión en la que iba a compartir una práctica que llevaba en el más absoluto secreto.

Al principio, cuando Catalina le había hablado sobre «el asunto», como ella lo denominaba, Margarita se había resistido. Tendía a creer solo en aquello que pudiera ver, oír y tocar, por lo que contactar con los muertos siempre le había parecido algo fuera de toda lógica. Nadie volvía del más allá para explicarlo, solía decirse. Pero la curiosidad y su confianza en esa mujer la habían animado a ceder después de unos cuantos intentos. Y se había convertido en una asidua. La visitaba varias veces cada semana y, aunque en ocasiones no era posible, Margarita llegaba con la muda esperanza de saber de su madre. La echaba de menos y desde su muerte había dejado de creer en Dios, ese ser infinito que tanto mentaban las beatas, incluso su señora, que nada tenía de misericordioso, pues había permitido que una pobre mujer muriera en la calle, en mitad de la fría oscuridad, sin socorro alguno. Se sentía culpable por ello, no podía remediarlo, y confirmar que estaba bien la reconfortaba. Deseaba abrazarla de nuevo, aunque solo fuera una vez más, se decía, derramando lágrimas.

Catalina, entrada en la cincuentena, sola en el mundo como Margarita y poquita cosa en apariencia, se crecía delante del tapete negro que depositaba con mucha parsimonia en la mesa, junto a una vela que después sustituía por un artilugio redondo en uno de los extremos y picudo en el otro, como una punta de lanza. Lo llamaba *planchette*. Era una palabra gala, le había dicho el primer día. Parecía sucio, pero el brillo de algunas de sus partes indicaba lo contrario.

Estaba decorado con relieves de filigranas simétricas y símbolos en forma de ojo y estrella y contaba con un agujero centrado en el vértice, sobre el que las dos posaban sus índices después de algunas frases que Catalina susurraba con los ojos cerrados, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Sus mohines y sus gestos eran extraños, como si le pasase algo por dentro.

Las sesiones siempre eran iguales. En la sala reinaba la penumbra y ambas, concentradas en el centro de la mesa y en sus elementos, tentaban con la yema de los dedos el broche de adivinación, esperando que se obrara aquel milagro que la llevaba hasta la oscuridad de los espíritus en la que habitaba Josefa Cluet. De repente, la púa empezaba a desplazarse y Margarita experimentaba un cosquilleo nervioso que la hacía temblar. No tenía miedo, ya no, pero quería saber alguna nueva de su querida madre.

—Catalina, ¿cree usted que tardarán mucho en presentarse? Tengo que llegar a casa y prepararme algo de cenar para acostarme pronto. Estoy molida —se quejó Margarita al ver que pasaban los minutos, iba anocheciendo y ahí no aparecía nadie—. Además, ¿para qué me ha pedido usted que viniera? Si ya son un grupo, no me necesita.

—Has aprendido mucho en estos meses, muchacha, y quiero dar buena impresión a los señores de hoy. Me pagarán muchas perras y seré generosa contigo, eso no lo dudes. No podremos contactar con tu madre en esta sesión, la dedicaremos al chiquillo del matrimonio, su único vástago y heredero de la familia, que falleció de unas fiebres casi de repente, sin que ningún galeno pudiera salvarle la vida. Están destrozados y una amiga mía que vive en el otro extremo de la ciudad les habló de nuestra magia.

—En todos lados cuecen habas —dejó caer la muchacha, no habiéndole calado la desgracia de la pareja que no acababa de llegar—. ¿Y vienen de muy lejos? —preguntó Margarita por matar el tiempo.

—Pues no lo recuerdo. Mi contacto me lo refirió, pero ya sabes que la memoria de esta vieja merma cada día que pasa. Por eso y porque he visto que tienes un don, me gustaría que tomaras cartas en el asunto y condujeras tú algunas de las sesiones que habrá en el futuro.

Margarita saltó de la silla, como si un resorte bajo su asiento la hubiera catapultado, desbaratando los elementos dispuestos sobre el tapete. La vela volcó, prendiendo la tela. La mujer se abalanzó para sofocar el inicio de las llamas, y todo su cuerpo se desparramó sobre la mesa, tambaleándose hasta trastabillar con una de las sillas. Margarita alargó los brazos y sostuvo a Catalina durante unos segundos hasta que recobró el equilibrio.

—¡Tú estás loca, niña! —le gritó la mujer, presa de los nervios—. Menudas maneras gastas. Cualquiera diría que has visto el rabo y los cuernos del mismísimo demonio —añadió, zafándose de ella.

—No me nombre usted esas cosas, se lo suplico. Pero es que yo… no creo que pueda… —se excusó Margarita, arrepentida de no haber controlado su reacción.

—Ya haremos el poder, ya lo haremos. Ahora arregla esto de inmediato, que he oído ruidos en la escalera. Voy a atenderlos. Compórtate y actúa como siempre. A mi señal, repite conmigo todo lo que yo vaya diciendo y déjate llevar por las energías que acudirán a la mesa. ¿Estamos?

La mujer no esperó respuesta. Desapareció de la sala mientras Margarita se afanaba en darle la vuelta al tapete y colocar nuevamente las letras en orden. Apagó la vela y puso el broche en el centro. Se alisó la falda con las manos y atusó el discreto recogido que se había hecho ella misma antes de bajar. Lo había sujetado con varias horquillas, tras peinarse bien hacia atrás, aunque el brillo de ese color anaranjado resaltaba en la oscuridad que envolvía la habitación.

—Adelante, por favor —oyó decir al otro lado de la puerta entornada. Un instante después, apareció Catalina dando paso a un hombre y a dos mujeres.

El matrimonio observó a Margarita y disimularon su contrariedad.

—Buenas tardes —saludó el hombre, inclinando levemente la cabeza, a lo que se sumaron dos susurros apenas audibles que provenían de las mujeres.

Los tres miraron a la anfitriona y luego a Margarita. Catalina les sonrió antes de hablarles:

—Es casi como una hija para mí. La vi nacer, como quien dice. No conozco persona más discreta que ella, eso se lo garantizo. Es mi asistente en las sesiones y tiene una sensibilidad especial para estas cosas. Pero pasen, por favor. Margarita, cariño, ¿podrías traer un poco de agua y otra silla de mi alcoba? —pidió Catalina, como si la joven se hubiera convertido, además de en su adjunta en ese embrollo, en una especie de criada—. No esperábamos más que dos personas.

Margarita clavó sus ojos enrabiados en el suelo.

—Perdone, señora Lombarte, ella es mi madre —dijo el caballero, señalando a la mujer de más edad—, no ha querido dejarnos solos en este día tan importante —se justificó, sonriendo con condescendencia—. Ya sabe, las abuelas son como las madres y nuestro pequeño la adoraba. Insistió en que si había alguna posibilidad de saber de él… —añadió antes de que un hipo sostenido y amortiguado con un pañuelo sobre la boca delatara a la esposa, que ya

derramaba lágrimas.

—No se preocupen, pondré todo mi empeño en ayudarlos. Verán, nuestros fantasmas no siempre acuden a la llamada, pero debido a las circunstancias en las que se fue la criatura y al vínculo tan vivo que mantienen con su recuerdo, es muy posible que en esta ocasión lo consigamos.

»También les advierto que entre nosotros habitan almas de todo tipo y, cuando invocamos, a veces se cuelan algunas que nada tienen que ver con quien estamos llamando. No obstante, he sanado la habitación con un palo santo que nos asegura las buenas intenciones de aquellos que quieran manifestarse entre nosotros.

—¿Debemos hacer alguna cosa? —preguntó la abuela, afrontando la situación con más valor que la propia madre, que no dejaba de llorar.

—No, no. Solo les pediré silencio, que estén calmados y no se asusten si notan cualquier sensación poco habitual para un espacio cerrado.

—¿A qué se refiere? —preguntó el padre de familia, abarcando los hombros de su esposa con el brazo—. Es que Tránsito es muy aprensiva y lleva varios días indispuesta, desde que supo que vendríamos.

Margarita entró con la silla justo en el momento en que pronunciaba el nombre de la mujer que gimoteaba, y no pudo más que aguantarse la risa. Ella había salido bien parada, pensó, pero aquella señora… Llamarse Tránsito y venir a una sesión para hablar con los espíritus… La curiosa coincidencia aminoró su enfado y la vergüenza que le daba exponerse ante unos extraños que trataban de contactar con su ser querido.

—En algún momento, puede ser que los objetos del salón se muevan, que perciban algún olor desconocido o que las cortinas ondeen. La ventana está cerrada —mintió Catalina ante el asombro de Margarita; la vieja colgadura que ocupaba buena parte de una de las paredes de la sala era un adorno. Ahí no había más ventanas que la situada al fondo del pasillo y que daba justo al lado de la alcoba de la mujer. La vivienda era igual que la suya—. No soy una médium que entre en trance, de manera que estaré consciente durante toda la sesión. Lo digo por si eso los tranquiliza. Siéntense, por favor. Cuando quieran, comenzamos.

Si bien Margarita estaba acostumbrada a las puestas en escena de Catalina cuando contactaban con Josefa y las respuestas se formaban a través de las letras, se sorprendió de la transformación de su vecina ante esa familia ávida de saber sobre su pequeño. Siempre la había considerado una persona humilde poco dada a las explicaciones superfluas y a los adornos verbales, pero esa tarde sus facciones se

dotaron de un halo misterioso que imponía a los presentes. Segura de sí misma, con los ojos cerrados casi todo el tiempo y una respiración tan pausada como profunda, hizo preguntas a los espíritus puros, repitiendo el nombre del hijo fallecido al que se quería invocar.

Durante unos minutos no ocurrió nada y la familia, aparte de mantenerse alerta frente a cualquier movimiento extraño, intercambió miradas. Estaba claro que no creían en esas prácticas y que habían ido más por la madre, que no paraba de llorar, que por el padre y la abuela, que parecían a punto de abandonar la sesión por la falta de actividad. Pero, de repente, ante el estupor de todos, la insignia se movió sobre el tapete, tímidamente al principio y más rápida segundos después.

—Si eres Eustaquito, manifiéstate con la inicial de tu nombre —insistió Catalina—. Si eres otra persona, dinos qué deseas y en qué podemos ayudarte.

La figura sobre la que se posaban las yemas de los dedos de los asistentes se dirigió con toda claridad hacia la letra e. La madre del niño, asustada, había retirado la mano y miraba atónita el movimiento del punzón que deletreaba el nombre de su hijo.

—Si necesita agua, tenga —ofreció Margarita al ver la cara de cera que se le había quedado a la mujer.

—No, muchas gracias —contestó, cruzando las manos sobre el pecho—. Es que me cuesta creer que ahí —alzó la vista hacia el techo— esté mi pequeño.

—Siento su energía —dijo Catalina—, aunque algún otro espíritu se ha colado en la sala. Esperemos que quien responda sea Eustaquito. De lo contrario…

—¿Te sientes solo? ¿Necesitas algo para vivir ahí donde te encuentras ahora? —preguntó la madre ante la sorpresa del resto.

Durante los segundos que se hizo esperar la respuesta, todos los ojos se fijaron en la *planchette*. La insignia giró sobre sí misma y dio tumbos de un lado al otro sin formar palabra alguna. Cada vez era más difícil que los asistentes la siguieran con los dedos y las únicas que consiguieron dominarla fueron Catalina y Margarita. La joven sudaba, nunca había pasado nada semejante y, aunque se moría de ganas de abandonar la sala, solo se atrevió a mirar a su mentora, buscando en su gesto algo que la consolara. Sin embargo, Catalina continuaba concentrada en el dichoso punzón, que no dejaba de moverse.

—No se asusten. A veces, los espíritus que hace poco que han transicionado al otro mundo todavía se muestran enfadados o confundidos. Algunos no entienden por qué están ahí y no aquí entre nosotros —señaló la médium, más falta de convencimiento que de voluntad.

—Creo que ha sido una equivocación venir —dijo el hombre al ver que su mujer lloraba sin consuelo—. Si no le importa, nos retiramos. No se preocupe por sus honorarios, se los pagaré completos aunque no hayamos podido contactar —aseguró con reparo—. Quizás en otra ocasión.

Los tres invitados se disponían a levantarse cuando la vela que los alumbraba se apagó. No había corriente de aire, no podía haberla porque la estancia no contaba con ventilación. Tras el susto inicial y en medio de la penumbra, Catalina les rogó que esperaran a terminar la sesión conforme a un mínimo protocolo. Y así lo hicieron, aunque a regañadientes. De nuevo, la joven aprendiz y su maestra trataron de dominar la insignia y esta pareció hacerles caso.

—Dinos quién eres y por qué estás tan enfadado.

Margarita tomó nota de las palabras que se fueron formando y todos pudieron leerlas: «No es mi sitio ni era mi hora. Deseo volver al lugar que me pertenece. Él está bien y está a mi lado».

—¿Eres tú, mi amor? ¿Hijo mío? —preguntó la madre del niño, ignorando el primer mensaje, y se inclinó hacia el centro de la mesa, donde imaginaba que había algún poder.

—No es él, no es su hijo —le aclaró Catalina antes de que alimentara mayores esperanzas.

—¿Y entonces? —quiso saber el hombre, harto de la situación y con ganas de salir de ahí.

—Lo desconozco. Lo siento, no puedo darles esa información. Algún espíritu atrapado entre los dos mundos todavía cree que puede volver a este. A veces pasa —les dijo, disimulando que tenía el estómago revuelto.

Mientras se disculpaba, la *ouija* volvió a tomar las riendas de la insignia, solo con la imposición de los dos dedos de Margarita, para formar tres palabras que emocionaron a todos: «Quiero mis juguetes».

Un grito desgarrado retumbó en la sala, que se llenó de los sollozos de la madre.

—Mi niño, mi niño —repetía.

El hombre la abrazaba, tratando de tranquilizarla. La sesión se había convertido en un esperpento. Margarita estaba a punto de perder los estribos y Catalina la miraba con la mandíbula apretada, lanzándole una orden muda: permanecer serena para ayudarla a despedir a la familia. No escapaba a la observación de la chica que, desde el mensaje extraño del espíritu errante, su mentora había palidecido.

—Está bien, no se preocupen, se lo suplico. Quizás debí de advertirlos antes. No les cobraré nada por la sesión y espero que más adelante, cuando haya pasado algún tiempo, puedan charlar con él con calma. La que su estela aún no tiene porque era muy joven.

Las caras del trío hacían presagiar que no volverían a verse. Una mala experiencia como esa tampoco le convenía a Catalina, ya que solo asistía a personas que llegaban a ella a través de una recomendación discreta. La médium suspiró, intentando apaciguar los nervios que la atenazaban.

—Los acompaño a la calle —se brindó la muchacha—, y espero que todo les vaya muy bien.

Ninguno le correspondió al buen deseo en la despedida.

Volvió al piso y se encontró a Catalina sentada en una mecedora que había en uno de los rincones de la sala. Se balanceaba con la inercia, porque los pies no le llegaban al suelo. Parecía ausente, con la mirada perdida en una línea invisible que terminaba más allá de las cuatro paredes que las rodeaban.

—Catalina —dijo Margarita tras un largo suspiro que le infundió el valor para cuadrarse delante de ella con los brazos en jarra—, una cosa es que yo me preste a hablar con mi madre de vez en cuando, por decirlo de algún modo, y otra que me tome usted por una loca de esas que adivina lo que las almas en pena quieren de nosotros o qué sé yo. Me quedo con mi señora Joaquima, los cafres de sus hijos y el bueno de su marido, que me quiere enseñar a hacer sillas de enea. Y puede que hasta con el pánfilo de Cristóbal, con el que he concertado una cita, para remate de mis males. Para mí, se acabaron las sesiones. Las nuestras y, por supuesto, las que usted tuviera pensadas con terceros. He pasado miedo, ¿sabe? —Catalina parecía en trance, más de lo que lo había estado en cualquiera de las sesiones a las que había asistido la joven con ella, y solo entonces, cuando vio que su vecina se tapaba los ojos para que no viera su llanto, se preocupó—. ¿Quién era? —le preguntó, sujetándole las muñecas.

—Es una larga historia —contestó la mujer. Unas marcas violáceas se habían formado bajo sus ojos.

—Pues a mí se me ha quitado el hambre, así que tengo tiempo hasta que llegue la hora de acostarme —respondió Margarita, acercando una de las sillas para sentarse junto a su demacrada vecina.

—Benancio. Pensé que no volvería a molestarme. Ni muerto me deja vivir —se lamentó Catalina, mirando al frente como si estuviera viéndolo—. Él… Yo… Bueno, fue un accidente, aunque bien sabe Dios que lo agradecí. Aquella noche estaba dispuesta a todo, lo juro, y la providencia se hizo cargo. Pero de igual forma arrastraré la culpa el resto de mis días.

—Benancio… ¿Era su hermano, su padre…?

—Mi marido —confesó la mujer—. Un ser despreciable y maldito, el responsable de mi ausencia de hijos. Sus palizas eran tan grandes que en una de ellas arrancó de mis entrañas lo único que podía hacerme feliz. Tramé despacharlo de este mundo, tal y como lo

oyes. Pero una noche en la que iba muy borracho tropezó con un cubo que yo había olvidado en medio de la cocina y cayó de espaldas. Se dio un golpe en la cabeza y hubo suerte: se fue al otro barrio. Eso me ahorró el trabajo y, quién sabe, hasta el garrote. Si llegan a encontrar lo que tenía para él, quizás no me habría librado.

—¿Qué le había preparado? —le preguntó Margarita, asombrada por la confesión de la única persona a la que apreciaba de verdad.

—Un matarratas que me había vendido una conocida que trabajaba en una botica. Eficaz y que no dejaba rastro. Como si le hubiera dado un cólico miserere.

—No tengo idea de qué es eso. ¿Me lo explica? —dijo Margarita, más preocupada en que Catalina siguiera hablándole, a ver si recobraba el tono, que de saber en qué consistía.

—Un dolor en la tripa que, al parecer, te lleva al otro mundo. Nadie hubiera sospechado. Pero mira, la suerte, aunque un poco tarde, estuvo de mi parte. Esa es mi historia, la de una mujer yerma desde aquel aborto, cuya estirpe acabará cuando lo haga su miserable existencia.

»Cuando tus padres se mudaron aquí y a tu madre no le cuajaban los niños en el vientre, hasta pensé que era mi culpa, que estaba maldita por lo sucedido. Después naciste tú, y aunque no eres de mi sangre, te quiero como si fueras… mi hija. Tu madre a menudo te dejaba a mi cuidado para irse a buscar el jornal con José, otro bendito. Los dos te adoraban, niña. Siéntete afortunada por ello aunque se fueran muy pronto.

»Desde que recuerdo, tengo la capacidad de conectarme con el más allá, la heredé de mi madre, que en paz descanse. Empecé a practicar el espiritismo de joven, pero nunca como medio de vida. No me gusta que me tachen de bruja. A tu madre, la pobrecita, le di la oportunidad de contactar con tu padre. Hablaron poco, porque, si en la Tierra no era hombre de muchas palabras, en el otro mundo tampoco.

La mueca de sus labios y las marcas de la frente se iban tornando en la estampa del llanto contenido. Sus razones eran de peso, pensó la muchacha. Sentía su dolor por no haber formado una familia, como si el maltrato lo hubiese recibido ella misma. La estrechó contra su cuerpo y, sobre el hombro de Catalina, vertió las lágrimas que nadie la había visto derramar desde que quedara huérfana.

—Lo siento mucho, Catalina. Desde hoy cuidaré de usted y, si quiere, intentaré de nuevo esto de hoy, pero no le aseguro nada. Eso sí, dentro de un tiempo. Otra cosa —expresó Margarita con gesto de preocupación—, ese marido suyo, que en el infierno esté, ¿volverá a

molestarnos?

—Nunca se sabe. A veces, vienen a dar por saco porque en el más allá no hay maldades que hacer, y las quieren replicar aquí. Tú no te preocupes, que de eso me sé cuidar. Ahora mismo hago una limpieza espiritual en todo el piso con mi fórmula de sahumerio, y listos.

»Todavía recuerdo algunas de las sesiones en ca'l Nicolau, ¿sabes? Era un curandero muy venerado en el barrio. Tanto que incluso se hizo un edificio que llevó su nombre hasta el día de su muerte. En fin, me pongo con la purificación. ¿Quieres que te enseñe a hacerla, muchacha?

—Prefiero no saber de qué se trata, Catalina. Me da mucho respeto.

—Nada, tú sube a casa y estate tranquila. Por cierto, me ha parecido escuchar que tenías una cita —Catalina sonrió por primera vez desde hacía rato—, ¿con quién me has dicho?

Margarita, aún sobrecogida por el hipo que le había venido después del llanto, agachó la cabeza. Le daba mucha vergüenza, pero si había alguien a quien podía explicarle sus planes esa era Catalina.

—¿Se te ha ido el habla, niña? —la apremió la mujer.

—No. Verá, es el hijo de la modista que ha ido esta mañana a casa de los Fuster. Doña Joaquima se ha empeñado en que me quite el luto…

—Bien, bien —la interrumpió la vecina con una palmadita en la rodilla.

—Pues eso, que me quiere regalar dos mudas. No he podido decir que no. Ya había comprado la tela y la modista ha estado tomándome medidas. Esa mujer tiene la lengua más larga que la de un sapo y es más fea que un dolor de barriga. Iba con su hijo, que parecía lelo. Ella lo ha mangoneado todo el tiempo. Y cuando ya se marchaban, el muy tunante se ha hecho el despistado y me ha pedido si lo quería acompañar a no sé cuántas cosas. Estaba bien nervioso. Y yo, tonta de remate, le he dicho que sí. Mañana, después del trabajo. Y como no se me ocurre la manera de deshacer la cita, pues allí estará, esperándome. Todavía no entiendo por qué he consentido.

—¿Y qué tiene de malo, chiquilla? Eres joven, aunque ya no tanto —afirmó Catalina, medio en broma, medio en serio—, y es hora de que festejes con algún muchacho que vaya con buenas intenciones. Sobre todo eso, es lo más importante —asintió la mujer—. No querría yo que te quedaras para vestir santos, y estás a punto de entrar en la capilla para eso —volvió a bromear.

—Muy fácil parece —se quejó Margarita—, pero… ¿cómo se sabe si sus intenciones son buenas o malas?

—Eso se sabe, te lo digo yo.

Margarita la miró, reclamándole otra respuesta, y Catalina atendió su demanda:

—Yo me vi obligada a casarme con aquel bestia sabiendo que era más malo que la quina y que nada bueno me esperaba, porque mi padre había perdido hasta los calzones en una apuesta y mi madre y mis hermanos quedaban desamparados si yo no accedía a casarme con Benancio, mi verdugo. Él me trajo aquí, a Barcelona, y me alejó de los míos. Al principio, no se portó mal del todo, pero ya te he contado cómo acabó la historia. Y ahora vete a casa, que se ha hecho tarde y tengo cosas que arreglar por aquí, muchacha. Si me necesitas, basta con que me piques a la puerta.

—La vida no suele ser justa para los justos, Catalina. Demasiadas veces, diría yo —aseguró Margarita, ya en el rellano.

—Los pobres debemos conformarnos. Yo soy vieja y poco puedo hacer por cambiar las cosas, pero tú debes mirar por tu porvenir. En casa de tus señores, con tanto macho de por medio, cualquier día… Y si formas una familia con un buen hombre, él traerá el sustento y tú te limitarás a criar los hijos que vengan.

—Parece un poco tonto, ya se lo digo, pero tiene una voz muy bonita. Ya le contaré, ya le contaré —se despidió Margarita antes correr escaleras arriba.

En silencio, ambas sonrieron.

Capítulo 10

Barcelona, 1895-1904

Después del consabido disgusto que Cristóbal le dio a su madre al anunciarle sus intenciones con Margarita, celebraron la boda en la iglesia parroquial de Santa María de Sants, mismo nombre que había ostentado el barrio antes de anexionarse a Barcelona. Margarita puso como condición continuar sirviendo en casa de los Fuster. Cristóbal, parco en palabras, no había visto razones para impedírselo, aunque las otras mujeres deseasen dejar de trabajar en cuanto se casaban.

Pocos asistieron a la boda en la que la novia, sin parientes cercanos, se dirigió al altar del brazo del marido de Experta, el enjuto y vergonzoso Eliodoro. El hombre le seguía el paso a ella, como si fuese él mismo el que iba a contraer matrimonio. Nunca se había visto en ese brete.

La pareja se estableció en la calle Riego, a pesar de la infructuosa resistencia de la madre de Cristóbal a distanciarse de su único heredero, que manifestó casi a diario y hasta el día de la ceremonia. Y allí, en aquel espacio angosto y sombrío, habían nacido los hijos. Los primeros meses, los intentos de la pareja habían resultado baldíos, algo que extrañaba a todos los que trataban con ellos. Ávidos de noticias frescas por estar rodeados de vidas con pocas nuevas, cuestionaban la posibilidad de descendencia de la pelirroja y su reservado esposo.

José había sido el primero, después de poco más de un año de la unión entre Margarita y Cristóbal. Todos en la finca participaban de la alegría de que el matrimonio hubiera decidido vivir ahí y, sin verbalizarlo, habían esperado con ansia la llegada de su hijo.

El instinto maternal de ella no se mostró ni siquiera tras el alumbramiento. Aunque se dedicó a amamantarlo durante las primeras semanas y a prestarle los cuidados necesarios, en cuanto pudo se lo cedió a Catalina. La abuela residía fuera de la Ciudad Condal y las visitas, en una u otra dirección, escaseaban. Ni la nuera soportaba a la suegra ni la suegra era capaz de respirar el aire viciado de aquella vivienda.

Cristóbal y Margarita acababan cansados en sus respectivos trabajos y coincidían en las tardes. Sus encuentros íntimos se limitaban a algunas noches en las que, más por vencimiento que por convicción o deseo carnal, ella le prestaba su cuerpo y él se afanaba a

verter su esencia dentro de ella. Había accedido al matrimonio y no tenía queja de ese hombre que parecía estimarla. Pero el amor, esas sensaciones de las que había oído hablar a su señora, nunca la habían embargado. Sería cosa de los folletines, se decía Margarita, preguntándose si su madre habría notado ese hormigueo en el estómago alguna vez. No lo amaba, o no sabía si lo amaba, pero la estremecía cuando, ya en el lecho, la tomaba entre los brazos y la ponía encima de él, invadiendo el espacio entre sus piernas. Y Margarita, de un modo instintivo, lo cabalgaba hasta que, igual que le ocurría a él, algo parecía derramarse en su cuerpo.

Cuatro años más tarde, en 1899, y fruto más de un descuido que de la pasión, nació Mariona. Así fue bautizada la segunda hija de la familia Moreno León.

—Es una niña —anunció la comadrona cuando se disponía a cubrirla con una sábana y lavarla.

—¿De qué color tiene el pelo? —Margarita estiró el cuello en vano, no veía nada.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿El color de pelo de tu hija? —se extrañó la partera, acercándole a la recién nacida, para observar el alivio con el que la madre volvía a recostar la cabeza sobre la almohada.

—Me preocupan muchas cosas. Pero no quiero que ninguna de mis hijas herede este color. No les traerá nada bueno. Démela, que me asegure.

La mujer, tras retirar el sebo blanquecino que envolvía a la criatura, la dejó en sus brazos.

Leoncio Moreno, como así se llamaba el esposo de Mariana, había muerto de repente, poco después de que su hijo y Margarita contrajeran matrimonio. Su marcha había sido silenciosa, igual que él, al que la nuera apenas le conocía la voz. La viuda falleció a los pocos meses del alumbramiento de Mariona. Cristóbal, hombre de pro y padre de familia, ya era huérfano. Una gran pérdida —se oía decir a los convecinos que se congregaron en el sepelio—, unas manos de oro —decían otros—, lástima que nadie hubiera aprendido su profesión —se lamentaban algunos. Margarita no se mostraba contenta ni tampoco triste. Aquella mujer no había perdido ocasión para poner a Cristóbal en su contra y no la iba a echar en falta.

La herencia no fue la esperada. La mujer había dejado más deudas que activos y la vivienda era de la familia de su difunto, algo que Cristóbal desconocía. Una caja llena de hilos, agujas, corchetes y tijeras, junto a un cofre con retales con olor a naftalina, fue todo lo que trajo el hombre después de la lectura de las últimas voluntades.

La *mestressa* de los Fuster había conseguido casar a dos de sus tres hijos y en la casa familiar las tareas habían mermado bastante.

Margarita intentó dejar el trabajo en varias ocasiones, ya que con el sueldo de Cristóbal podían salir adelante y estaba harta de limpiar, pero el llanto desconsolado de la señora, a la que apreciaba, la había hecho desistir.

—Trae aquí a los niños —le había ofrecido a menudo Joaquima—. A mí me gustan mucho y ya ves que me aburro como una ostra desde que Esteban y Matías no viven aquí.

—Ni hablar. José es muy travieso y Mariona no se quiere despegar de Catalina. Parece más hija de ella que mía. Además, le queda su hijo Roberto, que da faena por tres. No me explico por qué se cambia varias veces al día. La ropa se lava limpia. Tanto que el olor a perfume permanece en ella.

La mujer sonreía y bajaba la mirada para ocultar el brillo que le enturbiaba los ojos. Hablar de Roberto y de su futuro como esposo y padre la incomodaba. Era el más simpático, el que siempre dedicaba una palabra amable a su madre y también a Margarita, a la que le costaba aceptar con buena cara los cumplidos de un hombre. Alto, esbelto, culto, trabajaba como contable de una empresa de exportaciones. Ya tenía edad de sobra para casarse y, sin embargo, nunca se le había conocido novia. Solían venir a buscarlo los amigos y todos se comportaban de un modo que a Margarita le gustaba: la miraban y le sonreían sin insinuaciones. Roberto y la gente de la que se rodeaba eran distintos.

Se estrenó 1902 y con él llegó a las vidas de Margarita y Cristóbal su tercera hija, a la que bautizaron con el nombre de Ángela, aunque se quedó como Angelina. Otra niña, pensó la madre, sosteniéndola sobre el regazo. Con treinta y dos años se sentía mayor, falta de energías para comenzar otra vez. Pero la chiquilla crecía entre sus hermanos y Catalina sumaba a sus quehaceres la carga de un nuevo miembro en la familia. Solo cuando ella tenía alguna de sus «sesiones de espiritualidad», como solía llamarlas para no alimentar las sospechas entre el vecindario, los niños se quedaban con Experta. La mujer había enviudado y la presencia de los chiquillos la alegraba.

Recién cumplidos los treinta y cuatro años, en 1904, Margarita quedó encinta cuando nadie lo esperaba ya. Tanto era así que quiso deshacerse de la criatura. A espaldas de Cristóbal, más beato cada año que pasaba, y conchabada con su inseparable Catalina, que la apoyó a regañadientes, ingirió durante varias semanas unas pócimas elaboradas con perejil y otras hierbas que malograban el feto. Ya eran cinco, más bocas de las que se podían alimentar en una ciudad que no paraba de crecer y encarecerse para las clases obreras. Su estado suponía un problema y había que terminar con él, se decía Margarita cuando, con los restos sólidos de aquellas mezclas que bebía, se untaba sus partes para asegurar el éxito.

Y, a pesar de su insistencia, semana tras semana, su vientre se abultaba sin que nada pudiera remediarlo.

—Será una niña fuerte —le dijo su fiel vecina—, a esta no le va a poder ninguno de sus hermanos.

—¿Y cómo sabe usted si es una niña o un niño? —contestó Margarita, malhumorada.

—No lo sé, pero lo intuyo. Somos más fuertes que los varones aunque estos insistan en lo contrario. Y, si no, a los hechos me remito. ¿Qué dice Cristóbal de tu nuevo estado?

—Está contento, o eso parece, nunca dice nada en concreto. No lo entiendo. No le preocupa que no nos lleguen las perras, no nos alcanza ni siquiera con la generosidad de la señora. Si no fuera por ella, estaríamos pasando hambre. Bueno, usted también me ayuda mucho —rectificó Margarita, ante la mirada fija de la mujer—. La faena de Cristóbal ha bajado. Los coches sustituyen a los carros de caballos, y eso irá a más. Son los tiempos que avanzan. Y nosotros, en vez de ir hacia delante, vamos para atrás, como los cangrejos.

—Todo tiene arreglo, muchacha. Ya nos las apañaremos como podamos —dijo Catalina, acariciando los hombros de su pupila.

—De una cosa estoy segura —anunció Margarita como una promesa que debía cumplirse.

—¿Y qué es, si puede saberse?

—No pienso dejar que Cristóbal vuelva a tocarme un pelo. Él se niega a poner remedio a sus… Bueno, usted ya me entiende.

—A su instinto varonil, quieres decir —terminó la frase Catalina ante una avergonzada madre de familia que, si bien era eso y mucho más, mantenía cierto pudor en algunos temas.

—Eso mismo —afirmó, aliviada—. Aunque no tengo queja de él ni en ese sentido ni en ningún otro, no puedo permitirme seguir pariendo. Ni soy joven ni me apetece volver a pasar por esto en cuanto nazca la criatura.

—Pero ¿cómo le vas a negar el uso de su derecho matrimonial, muchacha? —le recriminó Catalina con cariño mientras Margarita negaba con la cabeza—. Lo que no encuentre en casa lo buscará fuera, ya sabes a lo que me refiero.

—Como si se va a la China —dijo Margarita, segura de una decisión meditada durante las últimas semanas.

Los meses pasaron y el alumbramiento se produjo un frío y húmedo Día de Todos los Santos. Josefina Moreno León, a la que llamarían Pepita, llegó al mundo con el llanto de los inocentes. Sus ojos se abrieron por primera vez a una claridad aún desconocida y, para tranquilidad de la madre, el cobrizo tampoco teñía su cabeza.

Ni siquiera había transcurrido la cuarentena, tiempo prudencial para que madre e hija fueran descubriéndose, cuando Margarita dijo

sentirse recuperada, más por necesidad que por ser cierto. A pesar de los entuertos que la doblaban desde las entrañas, en apenas quince días se puso a trabajar de nuevo, desatendiendo los consejos de su marido y de Catalina. Se ausentaba desde bien temprano y regresaba caída la tarde. No soportaba el jaleo que había en esa casa llena de la vida que daban los niños; a ella seguía pareciéndole un pasillo sombrío del que nunca lograría escapar. Ahí la ataban los recuerdos y el espíritu de su madre, a la que todavía añoraba.

En los últimos meses del embarazo, cuando su prominente barriga la obligaba a descansar cada varias horas de sus tareas, había tentado su pericia con la enea y, para su sorpresa, tenía más que de sobra. Su nuevo cometido, de vuelta a la rutina y tras el parto, fue aprender el último oficio de su madre para combinarlo con las labores domésticas. Lo había visto hacer cuando se brindaba a acercarse hasta el almacén para darle un repaso a los montones de pelusas y polvo viejo con los que convivían el dueño y los tres empleados que trabajaban allí por aquel entonces.

El señor Fuster había envejecido prematuramente a causa de un mal en la sangre y solo el hijo menor, Matías igual que su padre, se había puesto al frente del negocio familiar. El mayor vivía fuera y el mediano no tenía arrestos de empresario; desde la partida de su gran amigo a tierras cubanas, una melancolía profunda le impedía salir de su habitación.

La industria textil y sus derivados atraían mucho más a los jornaleros que el oficio de sillero. Y, de no poner un remedio a tiempo, tendrían que abandonar una actividad que habían llevado a cabo dos generaciones antes que la suya.

Los primeros días, Margarita probó en la sala, junto a Joaquima. Esta la enervaba con su cháchara continua y no la dejaba concentrarse en la labor de entrecruzar en la estructura de madera las fibras que el nuevo patrón le había traído para conformar un asiento.

—Muchacha, qué manos tienes —alabó la señora, prendada de la rapidez con la que Margarita aprendía.

—Llenas de grietas, así es como las tengo, pero no me quejo —contestó ella sin apartar la vista de la tarea—. Acérqueme el punzón, hágame el favor, que si suelto el trenzado se afloja.

—Qué paciencia, muchacha.

—¿Paciencia dice usted?

—¿Y el punzón para qué sirve?

—Para encordar los bordes de la enea o para abrir hueco entre las cuerdas cuando queda poco sitio. Pero no me desconcentre, señora, o no seré capaz de terminarla y todavía me esperan unas cuantas ahí, en la habitación de la costura.

—Nunca se me dieron bien las manualidades —se lamentó la

mujer, cruzándose de brazos—, así que voy a preparar unas hierbas, que al menos eso sí sé hacerlo. Para ti y para mí. Como le he dado la tarde libre a la otra muchacha, lo haré yo misma. Qué mal está el servicio —iba relatando como en un rosario—, no sé a dónde vamos a llegar. Todo el mundo quiere trabajar en fábricas, no sé por qué tanto empeño. Hoy estoy que no me entra el cuerpo en caja. Desde esta mañana, el dolor de cabeza me tiene trastornada. Será la edad —se quejó de camino a la cocina.

Los minutos siguientes fueron un bálsamo para Margarita, que dio los retoques finales a un asiento que se le había resistido. También ella pasaba los días mejor o peor, según se viera. Llevaba varias noches esquivando las manos de Cristóbal, que, como siempre, esperaban aliviar el fuego que vivía entre sus piernas. Y ella, firme en su propósito, lo había rechazado. Las excusas de los primeros días la habían redimido de su obligación de esposa. Y no es que le importara demasiado lo que la Santa Madre Iglesia dijera o dejara de decir. Lo lamentaba de veras cuando su cuerpo, ávido de aquellas caricias que tanto placer le habían procurado hasta entonces, debía resignarse a la abstinencia.

Ahí, abstraída en esos pensamientos mientras las manos trabajaban inconscientemente, un golpe seco la sobresaltó. Puso las cuerdas a un lado y miró a su alrededor. Solo el gorgoteo del agua hirviendo rompió la calma en la que se había sumido la casa. Temió hasta respirar cuando sus pasos la llevaron a la cocina. Su corazón latía con fuerza, no queriendo imaginar lo que pocos segundos después presenció: Joaquima estaba en el suelo, lacia, con las piernas encogidas y los brazos estirados. Y se abalanzó sobre ella para abrazarla.

—¡Joaquima! Despierte, despierte, por Dios se lo pido —gritó frente al pálido rostro que, para su sorpresa, abrió los ojos.

—Llama a Matías. Me muero —fue lo único que su *mestressa* dijo antes de dejarse caer sobre sus brazos.

Y lloró su muerte, porque la vio aparecer en su cuerpo. Y porque al menos Joaquima no había abandonado el mundo sola, como le había ocurrido a su madre.

Los meses que siguieron al sepelio, Margarita enseñó a la nueva asistenta de los Fuster. No volvería a trabajar como fregona. A partir de entonces, su oficio sería el de sillera.

Capítulo 11

Barcelona, 1909-1914

La gran revuelta popular que los periódicos llamaron La Semana Trágica se saldó con múltiples daños civiles y eclesiásticos, centenares de muertos y heridos, a los que se sumaba casi una veintena de fusilados. La clase obrera no estaba dispuesta a dejarse llevar por un gobierno conservador que, después de haber perdido las colonias de Filipinas y Cuba, la arrojaba al enfrentamiento con Marruecos. Siempre era y sería lo mismo. Los pobres contra los ricos: aunque los jornaleros echaban diez y doce horas diarias, sin descanso semanal, y los empresarios textiles y metalúrgicos contaban con todos los privilegios, eran los primeros los que tenían que engrosar las filas de una batalla que se libraría en el Rif.

La familia numerosa formada por Cristóbal y Margarita había capeado con mucha suerte un destino que presagiaba lo peor. No sabían cómo se habían liquidado los seis mil reales que libraron a Cristóbal de una muerte casi segura. Más tarde se enterarían que debían agradecérselo a Matías Fuster hijo. Administrador del negocio que durante años había sido muy boyante, había logrado expandir sus inversiones fuera de la península. Tras la llamada a filas de su marido, Margarita, en un momento de debilidad y desesperación, se lo había contado al señorito. Y Matías había movido los hilos precisos para evitar su partida. Días después, cuando todo parecía perdido, se obraba el milagro y llegaba la carta que eximía al reservista. Fue un gesto de generosidad que Margarita nunca olvidó, poco habituada a pedir favores y menos aún a recibirlos.

A pesar de la tranquilidad que les daba esa buena noticia, los Moreno León permanecieron en su casa entre el 26 de julio y el 2 de agosto, esos peligrosos días de 1909 en los que el pueblo de Barcelona declaró la guerra a la guerra.

Habían pasado cinco años desde entonces. Mariona, la segunda hija, contaba con quince años y se hacía cargo de sus hermanos, incluido José, de diecinueve, que no por ser el mayor sabía valerse solo. El primogénito trabajaba en los telares, como lo había hecho su madre. Cuando llegaba a casa, solo quería asearse, comer algo y dormir hasta el turno siguiente. Angelina, la tercera, había cumplido doce y ya apuntaba maneras. Taciturna y encerrada en su mundo, había

heredado el mal carácter de Margarita y gustaba de andar sola casi todo el tiempo. Pepita, la más pequeña, tenía diez años escasos. Y su cuerpo, resistiéndose a otorgarle la altura que por su edad le correspondía, se encorvaba ante la resignada mirada de los suyos.

Experta, Catalina y hasta Nicolasa, la más longeva de las vecinas, habían aportado su granito a los Moreno León, que, como tantos otros, se veían obligados a dejar solos a los hijos durante las horas de trabajo. Entre todas habían vigilado a los chiquillos mientras corrían por las calles a su antojo y los habían instruido fuera de las pocas horas que asistían al colegio.

Eran años de movimientos populares, de industrialización, de repoblación y de modernidad para una ciudad en la que todo avanzaba, ajena al conflicto bélico que se extendía por Europa. España se había declarado país neutral en la Gran Guerra. Para Barcelona, el verdadero enemigo nada tenía que ver con las armas, sino con la contaminación de las aguas de algunas fuentes y la epidemia de tifus declarada en el otoño de 1914. Decenas de miles de personas se intoxicaron o fallecieron. Corrían tiempos de renovación, pero no del mismo modo para todas las clases sociales. Y, una vez más, la suerte no estaba de parte de los pobres.

La vida seguía su curso, también en la finca de la calle Riego. Y todos, jóvenes y viejos, sortearon la muerte, excepto Catalina, que cuando la epidemia llegaba a su fin sufrió un golpe de calor con el cambio de estación.

En sus últimos momentos, Margarita se postró a los pies de su cama y la médium le hizo prometer que se verían en el más allá, el que exploraban juntas desde hacía años. Ella aceptó con lágrimas en los ojos, sabedora de que debía cumplirlo. En silencio, ante la mirada atenta de la enferma, metió en una raída bolsa de viaje los utensilios de los rituales que, a partir de entonces, serían suyos. La anciana le había enseñado todo lo concerniente a los espíritus, advirtiéndola de aquello que no debía permitirse en caso de encontrarse ante alguna incursión no deseada. Pocas veces habían tenido que lidiar con entes ávidos de hacer el mal o almas en pena buscando la forma de regresar al mundo. Y había más de las que nunca habría imaginado.

Tomadas de la mano, recordaron anécdotas y la mujer se fue con la misma discreción que había caracterizado su existencia. Margarita volvió a sentirse sola. Ni su marido ni sus hijos llenaban el vacío en su corazón roto.

Todos en la finca, como una familia unida, velaron a Catalina y rezaron por su alma.

—Madre. —Mariona apretó el brazo de Margarita, que permanecía con los ojos cerrados entre los que se congregaban ante la difunta.

—¿Qué quieres, niña? —contestó, malhumorada por la falta de respeto de su hija, como si acabase de interrumpir el último adiós a su amiga.

—¿Me da usted permiso para salir mañana por la tarde, después del entierro? —preguntó de carrerilla con un hilo de voz que casi no se escuchaba.

Ella era la que se ocupaba de la intendencia de la casa, de comprar y cocinar, de ir al lavadero con los montones de ropa y de los recados que fuesen menester. Sus ausencias no se habían cuestionado en ningún momento. Con la muerte de Catalina, llevaban dos días dedicadas al asunto mortuorio. La visita del galeno, la mortaja, el velatorio, las indicaciones del párroco de Santa María de Sants y los interminables rezos del rosario, que adormecían a los presentes, habían impedido que acudiera a los encuentros con un chico que la rondaba desde hacía unos meses. Se había enamorado, al menos eso creía por lo que había escuchado hablar a algunas muchachas del barrio sobre ese particular y las relaciones con los hombres, porque cuando el joven la miraba fijamente y alargaba las recias manos hasta tocar las de ella, experimentaba un ligero calambre que le recorría el cuerpo y le aceleraba el corazón.

—¿Acaso te falta comprar algo?

—No, está todo, no se preocupe. No es eso…

—Si tienes que salir, sales y listo, mientras todo esté preparado como es debido. Y no sé a qué viene la pregunta, si no sé ni a qué horas vienes ni a qué horas vas.

—Gracias, madre —contestó Mariona, escondiendo una sonrisa triunfal entre las manos que se disponían a un nuevo rezo por la finada.

La sombra de un noviazgo abrazó el pensamiento de Margarita, que sospechaba alguna cosa, pero no había querido investigar al respecto. Su hija era mocita y ya tenía cuerpo de mujer. El duro trabajo diario haciendo sillas y las sesiones espiritistas no le dejaban tiempo para más cavilaciones, pero no le gustaba que se expusiera por ahí. Ella había vivido el abuso de poder de un indeseable. Tener hembras traía esos problemas, ¿quién sería el que desgraciaría a su hija?, se dijo sin perder el hilo del rezo. Prefería no darle vueltas, al menos durante los días que le costaría reorganizar el poco espacio que les quedaba en casa para recibir a los extraños. No lo había hablado con Cristóbal porque ni siquiera le importaba lo que él opinase, pero sabía que el hecho de que el segundo piso en el que moraba con los suyos se convirtiera en un lugar de peregrinaje acarrearía consecuencias.

Domingo Roig Agut, hijo único de una familia catalana de estibadores

portuarios, había continuado con el oficio. Su tamaño y fuerza daban fe de su aguante en las duras jornadas laborales. Con los ahorros reunidos, se había agenciado un carro y un caballo con los que ganaba buenos cuartos.

Contaba con veintiún años cuando vio por primera vez a Mariona. Era flaca, de curvas poco marcadas y facciones corrientes, pero sus ojos delataban energía pura y su sonrisa se dibujaba en unos labios que a Domingo le habían apetecido desde esa tarde en que se fijó en ella, mientras se dirigía con unos amigos a una de las tabernas de la recién renombrada plaza de Osca. Hasta hacía pocos meses, allí se congregaban las paradas de centenares de comerciantes y los lugareños en busca del mejor producto que llevarse en la cesta de la compra. Desde el traslado del mercado, la plaza había enmudecido durante el día, pero por la noche las tabernas se llenaban de hombres con afán de olvido, bulla y lo que fuera menester.

No la conoció hasta una ocasión en la que ella paseaba con una amiga por la calle principal del barrio de Sants. A punto de caer por trastabillarse con los pies de su acompañante, Domingo la sujetó por el brazo. Con las mejillas arreboladas por el ridículo, ni le dio las gracias. Salió corriendo de allí con su amiga, y tras bordear la esquina, ya en la carretera, ambas se echaron a reír.

—¿Te has dado cuenta de cómo nos miraba? —le dijo su amiga con retintín.

—¡Cómo voy a fijarme, Eduarda! Si he estado a nada de besar el suelo —contestó Mariona, todavía avergonzada del espectáculo que había protagonizado.

—No digo hoy en concreto. Ya nos cruzamos con este chico hace semanas…

—Déjate de tontadas y mira hacia delante o tropezaremos de nuevo —recriminó Mariona, obligándola a fijar la vista hacia el frente y no hacia el cielo como venía haciendo, imaginando cosas que a ella ni se le pasaban por la cabeza—. Además, creo que es muy mayor…

No había hecho más que terminar la frase cuando alguien le tocó la espalda, y se giró a la defensiva. La actividad económica creciente en el barrio hacía que acudiesen los carteristas. Numerosas familias, cada una de su condición, se habían instalado en las zonas colindantes y desde entonces los robos en la calle iban en aumento, incluso a plena luz del día.

—¡Se puede saber qué haces! —le gritó Mariona, distanciándose de él.

—Mujer, que no es para tanto, como vais tan deprisa…

—Vamos como nos da la gana —respondió Eduarda, pero el hombre solo tenía ojos para Mariona.

—Quería saber si eres de aquí, nada más.

—A ti te lo voy a decir —dijo Eduarda, que seguía contestando como si le hablase a ella.

—Vengo algunas tardes después del trabajo. Me reúno con un grupo de compañeros para… Bueno, para charlar de nuestras cosas. Somos gente de bien. Si quieres, te espero el domingo en este mismo árbol, a las doce del mediodía. Podemos pasear y tomar un refresco. Conozco un sitio cerca de aquí donde los hacen muy buenos. Me llamo Domingo, Domingo Roig, pero todos me llaman Mingo —añadió, pellizcando su boina al tiempo que se inclinaba cortésmente.

Mariona continuaba muda. Aquel hombre de aspecto rudo, voz amable y ojos brillantes la había hipnotizado. Eduarda, que por fin había entendido que la cosa no iba con ella, le atizó un codazo. Mariona la miró igual que si despertara de un hechizo.

—¿Quieres contestarle? —la apremió Eduarda—. Que no creo que tenga todo el día —añadió con un atisbo de celos por no ser ella la requerida.

—Eh… Se lo preguntaré a mi madre —respondió al fin.

La sorpresa se dibujó en la cara de Domingo, que a punto estuvo de soltar una carcajada.

—Está bien, yo estaré aquí esperándote. Los domingos son días de encuentro colectivo.

—Mariona —balbució ella, sintiendo como se encendía de vergüenza.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Que me llamo Mariona —aclaró la joven antes de emprender el paso ligero hacia la calle de Sants.

Y así se habían conocido Mingo y Mariona.

—Llegas tarde —le dijo él, acercándose a sus labios.

—Mingo, aquí no, que podrían descubrirnos —se retiró ella, a pesar de que necesitaba ese beso para seguir respirando—. No he podido venir estos días. Catalina, la vecina amiga de mi madre, falleció y…, en fin. Pero ya estoy aquí. No debo ausentarme mucho tiempo. Mi madre está rara, yo creo que sospecha. Hoy he estado a punto de decírselo, pero no era el momento.

—Mariona, llevamos meses viéndonos a escondidas. Yo creo que ya va siendo hora de formalizar lo nuestro, ¿no te parece? ¿Tan mal partido crees que soy para ti? Gano un buen sueldo y soy capaz de mantener a mi propia familia. Solo nos falta casarnos y… ya sabes —añadió, atrayéndola hacia él.

—No es eso —se excusó ella—. ¿Recuerdas que tengo quince años?

—Pero pareces mayor —replicó Mingo, sonriéndole.

Tras caminar hasta la calle principal de Sants, acababan de

adentrarse en un pasaje más estrecho por el que nunca habían ido. Mariona se paró, extrañada.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? Debo volver pronto a mi casa, te lo he dicho hace un momento. No quiero que nadie se pregunte dónde estoy. Bueno, mi madre, para ser exactos.

—Será poco rato, te lo prometo. Voy a recoger unos papeles. Antes nos reuníamos en el Raval, pero desde hace un tiempo nos encontramos en una taberna.

—No me estarás engañando, ¿verdad? —preguntó Mariona, tirándole del brazo para que no echara a andar de nuevo—. Mi madre dice que no hay que fiarse de los hombres. Que solo buscan una cosa. —Bajó la vista, sofocada por el atrevimiento.

—No seré yo quien contradiga a tu madre —él le alzó el mentón con el dedo índice—, pero es como todo: hay hombres buenos y hombres malos. Yo soy de los primeros, créeme. Espero que en los meses que llevamos juntos te haya quedado claro. Te quiero y deseo hacerte mi esposa cuanto antes. Y que tengamos muchos hijos.

—Anda, anda, no corras tanto, que no hay prisa. Los hijos te estropean —rio Mariona; eso se lo había escuchado a su madre en más de una ocasión.

Tal y como le había indicado Mingo, entraron en una taberna apenas reconocible desde la calle. La luz era escasa y el humo invadía todos los rincones. Las voces se sobreponían unas a otras y había varios grupos de hombres que charlaban acaloradamente. Mariona nunca había estado en un lugar parecido.

—Este sitio no me gusta —dijo, encogiéndose—. ¿Vamos a estar mucho rato? —preguntó, la inquietaba sentirse observada.

—Espera aquí un minuto. Subo al piso de arriba y bajo enseguida.

—De eso nada. Yo no me quedo sola. Voy contigo.

—Como quieras —dijo él, cogiéndola de la mano.

La planta superior era un pasillo con puertas cerradas en ambos lados. Mingo se paró ante una, llamó con los nudillos y, sin esperar respuesta, entraron.

—Buenos días, compañero —saludó una voz femenina sin levantar la vista.

—Buenas tardes, querrás decir —replicó él.

La mujer, sentada en una vieja mesa que a todas luces tenía carcoma, los observó a través de sus gafas diminutas. Torció el gesto y arqueó las cejas, clavando la mirada en Mariona.

—¿Quién es esta? ¿Acaso no conoces las normas? —lo reprendió con cara de malas pulgas.

—Esta es mi novia, y punto. Dame lo mío. Voy a pasar por la habitación a recoger algo que dejé el otro día y nos vamos. ¿Mañana a

la misma hora?

No hubo respuesta. La mujer alargó el brazo para entregarle un paquete envuelto en papel de estraza y atado con una cuerda. Él lo agarró y salieron sin despedirse.

—¿Qué te traes entre manos con esa? Mira, lo que sea a lo que te dedicas no me importa. Bueno, sí —rectificó, cortándole el paso a Mingo—, así que…

—No hacemos nada malo, pero ahora no es momento de explicaciones. Entra, será solo un minuto. —Se apartó a un lado después de abrir una de las puertas del final del pasillo.

Se trataba de una estancia similar a la de antes. Esta disponía de una ventana, una mesa, dos sillas, una lámpara y, en uno de los rincones, una cama sobre la que se arremolinaban sábanas usadas.

—A veces me quedo a dormir aquí si es necesario —se excusó Mingo ante la sorpresa de la joven—. Y no vayas a creer que traigo a cualquiera. Este es… mi lugar seguro —añadió, acercándose a ella—. Ahora que lo pienso, nunca hemos estado a solas. A solas de verdad, quiero decir.

Parecía haberle leído el pensamiento y se sentía extraña. Lo había deseado alguna vez en silencio, pero se lo borraba de la cabeza porque era pecado. Lo miró sin decir nada. Ante su escrutinio, vibró entera y un calor interior la violentó. No sabía qué era, o no quería imaginarlo. Domingo estaba muy cerca, quizás demasiado para seguir manteniendo el decoro. Él buscó su aprobación y la envolvió con los brazos, hipnotizándola con los ojos, sellándole los labios con los suyos. Y el calor se convirtió en fuego, y el fuego en un incendio desbocado; el de dos cuerpos enredados entre sí que, por primera vez, se enfrentaban al amor.

Capítulo 12

Barcelona, 2021

El verano había comenzado con fuerza y el calor no daba tregua ni de día ni de noche. Pegada al ventilador y concentrada en los personajes a los que ya me había presentado, sonreí al revisar una vez más las anotaciones que se arremolinaban sobre la mesa de trabajo.

A medida que conocía a la familia, me enredaba más y más en los entresijos de un árbol genealógico con el que ya incluso soñaba. Y eso, aunque resultara incómodo en algunas noches con riesgo de insomnio, solo quería decir una cosa: ya tenía un pie dentro de la historia. Ya había sentido el tormento de algunos de los protagonistas a través del recuerdo de mi propio dolor, y eso era buena señal. Me hallaba en medio de un gran puzle y había piezas que se resistían a encajar. Otras, sin embargo, lo hacían a la perfección, como si estuvieran esperando una mano que por fin las situara en su sitio.

El reto estaba servido y me disponía a bucear entre nombres castizos, enlaces y líneas sucesorias de una parte de la familia que se me antojaba antipática. Y es que todo lo que sabía de ellos parecía oscuro, casi tenebroso. Más aún que los rituales espiritistas del personaje de Margarita, la que tanto me fascinaba a pesar de sus rarezas.

Había releído decenas de veces las hojas arrancadas de varias libretas. Y otras tantas las anotaciones que poco a poco crecían en la página donde mis personajes, hombres y mujeres reales que habían escrito una línea en su propia historia, reclamaban su instante de gloria. Y así había ido a parar a Bernabé, Policarpa y Pelaya; menudos nombres, pensé. Ellos eran los primeros en la línea sucesoria conocida y en ellos había centrado mi atención.

Si en los tiempos de la Gran Guerra, la Barcelona industrial, ya cosmopolita en aquellos años, se caracterizó por la lucha de clases, donde la reivindicación continua fue ganando terreno a los grandes industriales y a los terratenientes, y por el sufrimiento obrero, que también tuvo que combatir epidemias como el tifus o la malaria, en Villavicencio de los Caballeros, localidad de Valladolid, el otro lugar en el que se situaba parte de la historia que me disponía a narrar, los vecinos vivieron el día a día de forma muy diferente.

Villavicencio de los Caballeros, 1914

Había sido un año de malas cosechas y de lluvias torrenciales en la provincia. Y también el año en el que el rey Alfonso xiii visitaba de nuevo la capital castellana, camino de Madrid.

Mientras en Europa se iniciaba un conflicto bélico sin precedentes, en la familia Barbero Rodríguez, muy al margen de todo lo que sucedía fuera, se mascaba la tragedia.

El vientre de Policarpa había dado de sí más de lo habitual, y a todos sorprendía y apenaba al mismo tiempo la deformación no solo de su abdomen, sino del resto de su cuerpo. Era su quinto embarazo. Cinco estados de gravidez en un lustro en el que apenas se la había visto desposeída de prominencia.

Bernabé y ella se habían casado en 1909. Una ceremonia sencilla en la que se contaban los asistentes con los dedos de las manos. Y eran felices a su manera. Un noviazgo corto, un cortejo escaso y miradas de deseo que pronto dieron sus frutos. Bernabé criaba ganado y lo vendía para la fabricación de cecina, como lo habían hecho las generaciones que lo precedían. Debido a sus largas jornadas de trabajo, se ausentaba de la casa todo el día.

Policarpa, versada en letras y números, era hija única de una familia de contables en La Perla, una de las fábricas de harina de la capital. Un incendio la había destruido, abocándolos a una quiebra que los padres de la muchacha, ya mayores, no habían logrado remontar. Unos primos segundos de don Beltrán, el padre, que vivían del campo, los habían acogido en Villavicencio de los Caballeros. Allí había conocido Policarpa al joven ganadero con el que compartiría los mejores años de su vida.

—Mujer, ¿no crees que deberías descansar un rato? Tienes mala cara y las piernas llenas de venas gruesas que ya no se esconden —dijo Bernabé nada más llegar a su hogar.

—Esto se pasará en cuanto dé a luz —respondió ella, disimulando el agotamiento—, y espero que nuestro Señor no nos regale más hijos. No sé si podré con ello otra vez —se lamentó la mujer, sujetándose el peso de la barriga con las manos.

—¿Cómo sigue Rafaela? —se interesó Bernabé por las fiebres que habían mantenido a su primogénita en cama durante varias semanas.

—Mejora, pero le haría falta un cambio de aires. Podemos dejarla en casa de unos parientes de mis padres que estarían encantados de cuidarla durante un tiempo, al menos hasta que estos nazcan —propuso, señalándose la barriga—. Además, conociéndolos, pagarán las medicinas mientras viva con ellos. Me quieren mucho y tienen dinero.

Bernabé no estaba muy conforme, aunque librarse de algunos

gastos no les iría nada mal. La situación era delicada. La mayor era una carga y Beridiana, de tres años, Amparo, de dos, y el pequeño Fausto, de un año recién cumplido y único varón por el momento, necesitaban atención completa. Apesadumbrado pero sensato, asintió, complaciendo los deseos de su exhausta mujer.

—Un momento… ¿Has dicho «estos»? ¿Acaso viene más de uno?

—Me lo ha confirmado hoy la matrona, doña Virtudes. Esta tripa no es normal, por más hijos que haya tenido antes. Estoy a mitad de embarazo y parece que vaya a explotar.

—¿Y eso es más peligroso?

—Traer la vida al mundo siempre lo es si las cosas no vienen a derechas, pero no hay que preocuparse antes de hora. Voy a preparar las cosas de Rafaela y pasado mañana, cuando salga el coche de caballos hacia Valladolid, la acompañarás. Mis parientes estarán esperándola en Castroponce. Yo no iré. No me veo con fuerzas para el viaje y es mejor que me quede con los niños. Tu madre no soporta tenerlos más de un rato sin quejarse.

—Bien. Déjame que solucione algunos asuntos y dé instrucciones a los braceros. ¿Le has dicho a la niña que se va? —preguntó Bernabé, nombrándola como lo hacían desde que había nacido y supieron que era hembra—. Con lo enmadrada que está, no sé yo si va a querer.

—Algo le he contado estos días, por si acaso. Sí, es mi niña grande. Incluso malita, intenta ayudarme con los pequeños cuando me ve desbordada. Con todo el dolor de mi corazón, la enviaremos a otro lugar, pero la tratarán muy bien. Felisa y Manuel no tienen hijos y su presencia les dará la alegría que proporcionan los niños en una casa.

—Aquí de eso nos sobra —rio Bernabé, acercándose a su mujer para besarla—: hijos y alegría. Dinero no tanto, pero Dios proveerá —añadió, esbozando una sonrisa agridulce antes de entrar en el dormitorio para cambiarse de ropa.

Beridiana, Amparo y Fausto apenas notaron la ausencia de su hermana mayor, y según las noticias que llegaban sobre su salud, parecía estable: apenas ganaba peso y la tos se resistía a abandonar sus pulmones. Bernabé continuaba trabajando largas jornadas en el campo y las visitas de la comadrona se iban incrementando. El estado de Policarpa era preocupante, no solo por el descomunal volumen de su abdomen en su séptimo mes de embarazo, sino por unas heridas que se había hecho en las piernas y no acababan de cerrarse. La sangre tardaba mucho en coagular y doña Virtudes le aplicaba unas vendas frías con unos ungüentos que ella misma preparaba.

—Todavía te faltan dos meses para que estas criaturas estén

terminadas ahí adentro —le dijo en la última visita—. Si no descansas lo necesario, las heridas no se curarán.

—No me habían salido antes —afirmó Policarpa, que se dolía de la curvatura de espalda a la que la obligaba el peso de la barriga—, le aseguro que van a ser los últimos. No me pienso preñar nunca más.

—Eso decís todas, pero luego bien que os ponéis a disposición de vuestros hombres. Llegan hartos de deslomarse y a veces también de vino. Después de unas risas en la taberna y unos dimes y diretes, el deseo llama a la puerta y ya la tenemos liada de nuevo. Y no digo yo que no, pero ya podíais tomar alguna precaución y no dejar que se vacíe dentro. Afuera, afuera…

Las risas se oían en toda la casa. La partera tenía esa forma de explicarse y, a pesar del agotamiento y de la falta de fuerzas de la joven madre, Virtudes era capaz de arrancarle todavía unas carcajadas.

—Mi Bernabé es muy atento con esas cosas, Virtudes, y no crea que no me he planteado vetarle su derecho de ejercer. Pero es que no sé qué me pasa. Entre que pienso en negarme, lo miro, lo veo y voy a decírselo, ya estamos en… Bueno, usted ya me entiende —explicó, sonrojándose.

—Pues tú misma, menos pensar y más actuar de aquí en adelante. Esta vez, con dos sí que necesitarás ayuda. Diría que uno viene de nalgas y no será tarea fácil ni siquiera para una veterana como tú.

—No me meta usted el miedo en el cuerpo, por Dios —rogó Policarpa, incomodándose.

—Eres una mujer de la cabeza a los pies y se trata de tu quinto parto. No creo que con esto te asuste. Solo pongo en tu conocimiento lo que puede pasar. Dile a tu marido que no trabaje tanto y que pase más horas a tu lado, por si esto se adelanta. Nada más. Yo ya me voy. No te quites estos emplastes de las piernas hasta la noche y mañana volveré. Ah, se me olvidaba: ¿tienes sed por las noches?

—Mucha, y siempre me dejo una jarra con agua fresca cerca de la cama. Entre eso y las ganas de orinar que me entran, no pego ojo.

—Ya me parecía a mí. —Virtudes chascó la lengua con un gesto retorcido que le afeaba la cara—. Siéntate un rato, anda, hasta que vengan los chiquillos de casa de tu suegra —le aconsejó antes de cerrar la puerta.

Policarpa no tuvo tiempo de llevar a cabo las recomendaciones de Virtudes. Esa misma noche, tras derramar un líquido sanguinolento por entre las piernas, unos dolores sordos, que la tensaban desde la espalda hasta el abdomen, y un sudor abundante, que se enfriaba en sus ropas haciéndola temblar, le rompían el cuerpo en cada

contracción.

Bernabé avisó a su madre y esta llegó tan pronto como pudo con una vecina dispuesta a ayudar también. La comadrona apareció después, junto con una joven que la asistía en ocasiones. Era su aprendiza y la que heredaría el puesto dentro de unos años. Al ver la estampa, evitó mostrarse preocupada, pero lo estaba y mucho por no haber sabido predecir la inminencia de un parto que se auguraba difícil.

La criatura que había decidido nacer de nalgas venía la primera. Todo estaba en su sitio en la habitación: ollas de agua caliente, gasas limpias, incluso unas tenazas que siempre llevaba la partera por si eran necesarias.

Virtudes se acercó a Policarpa y le acarició las mejillas. Vio el miedo dibujado en sus ojos y se dirigió a ella con una sonrisa que escondía su propia inquietud:

—Estos niños son impacientes, no quieren esperar más, así que vamos a ponernos a ello. Todo irá como tiene que ir, y cada una haremos nuestra parte.

—Esto duele mucho, Virtudes —susurró Policarpa, aferrándose a la mano de su única esperanza—, no parece como las otras veces. Siento algo ahí dentro que me quema. Me confío a usted —dijo con apenas un hilo de voz antes de apretar los dientes para atrapar con ellos el tormento que la atenazaba.

—Todo irá bien —le repitió la mujer, sentándose en una banqueta que habían colocado a los pies de la cama.

Fueron varias horas de trabajo intenso, de fuerzas y de flaquezas, de esperanzas rotas. El primero de los gemelos nació con vida, a pesar de que el cordón umbilical le había dado varias vueltas al cuello. Su llanto, aclamado por los presentes mientras Virtudes seguía concentrada en sacar al segundo, había enmudecido poco después. Los pulmones del segundo ni siquiera probaron el aire de la tierra. Pálido e inmóvil, no llegó a vivir ni unos instantes. Virtudes estaba exhausta y la hemorragia de Policarpa corría demasiado rápido. Tanto que la iba apagando poco a poco.

—Hay que llamar al médico… y también al párroco —anunció la partera con lágrimas en los ojos y voz pausada—, yo no puedo hacer nada más.

—¡Cómo que no puede hacer nada más! —gritó Bernabé, llevándose las manos a la cabeza—. No puede ser. ¡Ella no! ¡Ella no! —repetía, arrodillado y abrazándose a su mujer.

—En estas últimas semanas, Policarpa ha desarrollado una enfermedad en la sangre que padecen a veces las mujeres encinta y que luego desaparece. Por eso no se corta la hemorragia. Necesita un

coagulante y ni con esas estoy segura de que podamos…

—Es usted una…

—Cuida de los niños —escuchó el hombre en su oído. Era Policarpa, pálida como la cera y tranquila como ninguno de los presentes—. No le grites a Virtudes. Ella ha traído al mundo a nuestros hijos. Te quiero.

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Y, al día siguiente, ante la consternación no superada de la muerte repentina, del coche de caballos que todas las semanas transportaba viajeros por Valladolid, bajó Manuel, el pariente que se había hecho cargo de la mayor de los Barbero Rodríguez. La noticia aún podía ser peor que lo que ahí se estaba viviendo: Rafaela había empeorado la noche de antes y nada había podido evitar su muerte.

Cuatro cuerpos, una madre y tres de sus hijos, eran enterrados en Villavicencio de los Caballeros bajo un cielo plomizo que amenazaba con lluvia.

Aquella historia me había encogido el corazón, y de qué manera. Una madre joven, sus dos hijos neonatos y su primogénita muertos el mismo día. Me preguntaba cómo era posible tanta inmisericordia, tanto dolor en una sola vez. Y mis recuerdos de niña volvieron, resonando como en un eco lejano y vívido al tiempo que aquellos alaridos que nunca podré olvidar.

No hay muerte buena; no hay palabras de describan el rayo que atraviesa y fulmina el cuerpo tras el anuncio de una muerte súbita que no deja acompañar el último aliento de tu ser querido. Si, en lugar de uno, son una familia entera, no hay consuelo.

Como hacen los mejores cronistas, decidí desplazarme unos días hasta la pequeña localidad vallisoletana de poco más de doscientos habitantes. Y lo hice en coche para moverme a mi antojo si era necesario, con mi libreta de viaje, mis bolígrafos de la suerte y mi ordenador. Llegué temprano, así que aproveché para recorrer las calles empedradas del núcleo antiguo, aspirando ese olor a pueblo que solo algunos enclaves privilegiados todavía conservan, al abrigo de una lumbre o de un guiso hecho durante horas. Paseé hasta el portal donde había habitado la familia de Bernabé hacía más de un siglo y saludé a los vecinos que, al fresco de la mañana, ya caminaban hacia la plaza que yo había dejado atrás. Estuve tentada de llamar a las puertas en las que encontraría respuestas aunque las preguntas fuesen incómodas, pero preferí dejarlo para una ocasión más idónea, que seguro que llegaría. Me limité a fotografiar los detalles de las casas, de las calles y de los monumentos. Pasé varios días inmersa en el pueblo, despertando el interés de algunos que querían saber qué me había llevado hasta allí. Les mentí. De momento era mejor así.

Villavicencio de los Caballeros, 1915-1918

Después de algo más de un año, el corazón de Bernabé parecía latir de nuevo. Y la causante de aquel repentino estado de felicidad tras la tragedia era una joven llamada Pelaya. Había cumplido veinticinco años y eso era razón suficiente para que cargase con el apelativo de solterona. Según las creencias populares, a su edad ya llegaba tarde a muchas cosas. Pelaya había servido en la capital durante unos años, en casa de unos marqueses. Y, harta de permanecer lejos de los suyos, había vuelto al pueblo. No tenía hermanos y sus padres iban de camino a la vejez.

Durante las fiestas patronales de Villavicencio de los Caballeros, era costumbre que todos los aldeanos se juntaran en la plaza del ayuntamiento la noche del baile principal. Casi obligado por los amigos, Bernabé se acercó con la intención de dejarse ver unos minutos y regresar a casa. Había perdido las ganas de reírse y solo se consolaba con los chatos de vino que tomaba algunas veces en la taberna.

—Venga, que invito a una ronda —dijo Miguelón, el más joven de la cuadrilla que trabajaba las tierras de su familia.

—No seas pesado. Te aceptaré esta, pero después me voy al catre. Estoy molido y mañana hay que madrugar —contestó Bernabé, dando por cerrado el trato.

—Menudo aguafiestas. La música alegra el corazón. Y quien dice el corazón dice la vista, porque quiero que conozcas a una amiga mía de la infancia que ha vuelto después de servir fuera unos años. Ven.

El joven jornalero agarró a Bernabé del brazo y lo llevó a rastras hasta un corrillo de hombres y mujeres que había unos metros más allá de donde se encontraban ellos.

—Bernabé, te presento a Pelaya, una bella mujer, como puedes comprobar. Pelaya, este es Bernabé, ya te he hablado de él alguna vez —dijo Miguelón de carrerilla, creando un instante incómodo entre los del grupo.

—¿Y qué quieres que haga ahora? —preguntó Bernabé, violentando de igual modo al resto—. No se puede ser más imbécil. Y suerte tienes que vas achispado, que si no te daba una tunda que no se te olvidaría en varios días. Perdonen la falta de respeto de mi amigo, es un bruto —se excusó Bernabé ante todos—. Y ya se sabe: el morapio sin conocimiento no deja pensar con sensatez —añadió, dirigiéndose en exclusiva a la joven—. Buenas noches —se despidió de la muchacha con una leve inclinación antes de girarse y emprender el camino hacia su casa.

Pese al momento de vergüenza, ese hombre llamó la atención de Pelaya. Sabía de su tragedia, pero lo había imaginado distinto. Más viejo, más encogido, más feo. Y sonrió al comprobar que no era nada de eso. Curtido por el sol, el frío y las inclemencias del trabajo en el campo, Bernabé conservaba el atractivo de un joven robusto. Y era también educado, a juzgar por la forma de expresarse en la encerrona del tonto de Miguelón.

Meses más tarde, y pese a la opinión contraria de los padres de ella, la pareja contraía matrimonio en la iglesia de San Pelayo, ante familiares y amigos de ambos y la mirada extraña de unos niños que, de repente, volvían a tener madre.

Fruto del matrimonio, tres años después, en 1918, nacería Leonor, la única hija que tuvieron en común.

Capítulo 13

Barcelona, 1919

José estaba raro desde hacía varias semanas. Llegaba del telar y, apenas saludaba, se metía en su habitación, se aseaba y volvía a marcharse. No daba explicaciones y ni siquiera cenaba en casa la mayoría de las noches. Poco hablador como su padre, no terminaba de aceptar el hecho de encontrar su hogar ocupado por personas a las que ni conocía día sí, día también. La vivienda que había visto nacer a Margarita León se había transformado en un lugar de paso para unos, un santuario de sesiones espirituales para otros y en un espacio irrespirable para los que residían ahí. Y harto de tan poca intimidad, una tarde se acercó a su madre cuando se hallaba rociando un líquido por la estancia que a ellos les había prohibido utilizar. Por lo menos olía bien, pensaba cuando el aroma de esa pócima se expandía por toda la casa.

—¿Podría usted explicarme qué es este ir y venir de gente toda la semana? No sé qué bicho le ha picado de un tiempo a esta parte, pero esto parece una rambla. Nosotros también tenemos derecho a opinar, digo yo.

—A mí no me ha picado ningún bicho, como mínimo hasta la fecha, y esta es mi casa, así que creo que puedo decidir qué hago en ella y qué no —espetó Margarita, restándole valor a las palabras de su primogénito.

—¿Y padre? ¿No pinta nada en todo ese tinglado que monta usted en sus encuentros a oscuras con los espíritus? —José se plantó delante de ella—. Esto no es normal.

—Te repito que esta es mi casa —se reafirmó Margarita—. Tu padre opina lo justo, ahora que no nos oye, y es todo cuanto pienso explicarte. Tus hermanas no se quejan tanto —le recriminó—, y eso que ellas no disponen de un cuarto propio como tú. Por cierto, huele como una zahúrda, pero mírate… bien que sales cada día perfumado y a toda prisa. ¿Qué barruntas? —preguntó, echando a andar detrás de él, que había dado media vuelta, dejándola con la palabra en la boca.

—Yo no barrunto nada. Y no me cambie de tema, que es usted muy lista —añadió, amontonando calzones, calcetines y camisetas en un mismo sitio de su alcoba—. En todas las familias son los hombres los que llevan los pantalones —resopló José, negando con la cabeza—, en todas menos en esta. Vivimos en el mundo al revés. De verdad que

no se entiende, madre. Hagan lo que les plazca, pero esto se ha convertido en un circo. Usted urdiendo extravagancias todo el tiempo libre que le dejan las sillas y Angelina con cara de perro rabioso. Será por ese dolor de espalda que le provoca el oficio, todo el día encorvada. Y Pepita…, qué decir sobre ella. Su cuerpo se tuerce por momentos y aquí a nadie parece importarle. Además, desde que Mariona y Domingo han formado su familia, ella duerme en el pasillo —le echó en cara a su madre.

—No te metas con tus hermanas —lo recriminó—, que ellas no tienen la culpa de ninguno de sus males. Y, si eres tan caritativo, basta con que le cedas el sitio a Pepita, así que ya sabes.

Lejos de la calma del resto de los vecinos de la finca, en las lóbregas habitaciones que a veces acogían almas ingrávidas nocturnas, también se hacinaban cuerpos reales a la hora de dormir. Padres, madres e hijos compartían el mismo techo sin intimidad alguna.

—Lo que tienen que hacer María y Domingo es buscarse un lugar propio. Que el casado casa quiere, aunque aquí el refrán no se esté cumpliendo. ¿O no lo ve lógico? Jaume apenas ha cumplido seis meses, y el muy machote ya le ha hecho otra criatura. No cabemos, madre, no cabemos en un piso que se hace más pequeño cada día. No entiendo por qué siguen aquí. De verdad que no lo entiendo.

Tras unos años de noviazgo, Mariona y Domingo habían contraído matrimonio el año de antes, en 1918, cuando la Gran Guerra había finalizado. Lo habían hecho en la misma parroquia que Margarita y Cristóbal. Había dejado la faena de estibador, trabajaba de cochero y ganaba buen sueldo. Y, por aquel entonces, ya era un miembro destacado de la Confederación Nacional de Trabajadores, la cnt, sindicato en el que llevaba afiliado desde bien joven. Sus convicciones de izquierdas eran contrarias a las del mandato de la Santa Madre Iglesia, así que pasar por la vicaría le había costado lo suyo. Había accedido a una ceremonia eclesiástica en la que no lo obligaran a comulgar. Ahí no pensaba transigir y así se lo había dejado claro a don Jenaro, el párroco, y a su futura mujer.

Domingo había participado activamente en la convocatoria de huelga más grande que había tenido lugar en el país hasta la fecha. En febrero de 1919, la industria catalana se había paralizado casi por completo durante un mes y medio. Los responsables eran los empleados de La Canadiense, empresa eléctrica Riegos y Fuerzas del Ebro, que representaba en parte la cnt. Un cese tan extenso había afianzado la postura de los huelguistas, y su éxito significó también un triunfo para todos los sindicatos, que consiguieron por primera vez en la historia de España que la jornada laboral fuera de ocho horas. Todo un hito en las mejoras de los derechos del proletariado.

Domingo estaba eufórico y entraba y salía con más frecuencia de lo habitual. Tres días después de la victoria en La Canadiense, se había iniciado una nueva huelga general con otras reivindicaciones muy necesarias para los trabajadores. Y los gobernantes, hartos de tantas disputas, habían sacado al ejército a la calle. Eran tiempos difíciles para la política y todos querían sacar tajada.

Mariona, acostumbrada a sus discursos sobre la justicia, a sus alegaciones anarcosindicalistas y a la intensidad con la que se oponía a lo que él consideraba inadmisible, estaba preocupada por el ascenso de su marido en la dirección de un sindicato cada vez más influyente, que, si bien no paraba de sumar adeptos, también se hallaba en el punto de mira de pistoleros a los que el gobierno recompensaba con cuatro perras gordas por eliminar a los cabecillas del «peligro obrero», como llamaban al movimiento proletario. Allí mismo, en el barrio de Sants, a pocos metros de donde residía la familia Moreno León, se había reorganizado el sindicato unos meses antes, en 1918, en el Primer Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo en Cataluña. Ella estaba al corriente de sus pasos, de los que él le contaba, aunque el tiempo que podía dedicarle a su marido y a las causas sociales en ese momento era escaso. Un hijo de pocos meses y otro en camino no dejaban mucho margen para las reivindicaciones, se lamentaba Mariona mientras le daba la ropa limpia a Mingo para asistir a los encuentros con los camaradas de la cúpula sindical. Él le acariciaba las mejillas y, tras un fugaz beso, desaparecía, regalándole los oídos con lo de siempre:

—Pronto tendremos nuestra propia casa, te lo prometo.

—Y, si no te andas con cuidado, pronto puede ser tu último día. Recuerda que ahora tienes responsabilidades —le advertía su mujer, sin muchas esperanzas de que esa súplica fuera a colarse entre las prioridades de su marido. Y circunscrita a una realidad que distaba mucho de las luchas y las protestas, sonreía viéndolo marchar.

Había hecho bien en establecerse en la calle Riego, se decía Domingo, caminando al punto de encuentro con los suyos. Y aunque no le gustaba su suegra, parecida a una mancha que tapaba todo a su alrededor, ni su mirada ni la oscuridad de sus prácticas, sabía reconocerle el liderazgo como matriarca de esa familia tan rara. Ella ponía las normas, eso le había quedado claro desde el primer día. Se alegraba de que Mariona hubiera accedido a sus deseos de seguir viviendo ahí durante un tiempo. El nombre de Domingo Roig Agut resonaba en muchos círculos en los que un paso en falso por su parte podía significar el fin, y el anonimato que le brindaba esa casa y esa extraña parentela era el escondite perfecto.

—José, hijo —dijo Margarita, modulando el tono de voz—, tu padre y

yo nos las apañamos como podemos. Como todos los matrimonios, pienso yo. Cumplo una promesa y nada malo nos ocurrirá porque sé lo que me hago. Las personas que vienen aquí me necesitan y, aunque no tenga que darte explicaciones, espero que entiendas que voy a seguir ayudándolas. Tú eres el mayor y pronto te irás de casa. Las chicas también crecen y, cuando sea el momento, también encontrarán su camino. Así que dime dónde vas casi a diario después de la faena.

Era de las pocas veces que su madre lo había mirado a los ojos, frente a frente, mostrándole su lado humano. Desde la muerte de Catalina, se había centrado en el trabajo y en esas prácticas espiritistas que cada día atraían a más personas a una casa en la que apenas cabían los propios de la familia.

Observó a su hijo detenidamente, alargó los brazos y le tomó las manos con las palmas hacia arriba. Las miró queriendo averiguar, en las líneas que las atravesaban, qué era aquello que todavía no se había atrevido a decirle. Y, tras unos segundos de silencio, Margarita sonrió.

—Y bien, ¿quién es la afortunada? Porque hay alguien en tu vida, eso lo veo muy claro en el eje del destino. Y veo mucha gente alrededor vuestro. No habréis festejado antes de tiempo, ¿verdad?

El joven también sonrió, un tanto avergonzado y con ganas de guardarse las manos en los bolsillos. No iba a reconocerlo, pero le asustaba que su madre lo hubiera descubierto solo con mirar sus palmas. Y, al mismo tiempo, agradecía el contacto físico que en raras ocasiones le había dispensado. Su piel era suave y templada, al contrario que sus gestos, siempre ariscos y faltos de sensibilidad. Así que decidió dejar que se las sujetara.

Y sí, no podía negarlo, estaba enamorado de una muchacha que, como él, trabajaba en los telares y a la que cortejaba desde hacía unos meses, con el permiso de su padre.

—Se llama Lluisa, tiene quince años, aunque parece mayor. Es la segunda de varios hermanos, por eso imagino que ve tantas almas a su alrededor —comentó con cierta sorna—, pero no quiero traerla a esta casa. Desde que hace esas reuniones extrañas y ha tapado la única luz que nos entraba de la calle con esa horrible cortina de terciopelo granate, vivimos casi a oscuras. Esto parece cualquier cosa menos un hogar…

—Esas reuniones, como tú las llamas, nos dan un dinero que nos viene muy bien. Procuro aprovechar cuando salís a pasear o a trabajar para que haya las mínimas visitas en vuestra presencia. Ahora al fin sé el motivo del poco rato que paras por aquí. Es muy joven, una niña, ¿no te parece?

—¿Y padre? —insistió José, esquivando la pregunta de su madre.

—Lo que opine él me preocupa lo justo.

—¿Desde cuándo no duerme en casa?

—No te metas en lo que no te importa —lo cortó Margarita—. Pero te diré una cosa: se entretiene demasiado con la taberna y las cartas. Mientras no se juegue el jornal en el tapete, lo demás es cosa suya. Si está de acuerdo o no con lo que yo haga aquí, me da igual. Esta no es su…

Calló a tiempo, aunque su hijo entendió perfectamente a qué se refería. En mitad de la noche, las escasas palabras que se cruzaba el matrimonio atravesaban los tabiques que separaban las estancias de aquella estrecha vivienda. Nunca venían acompañadas de susurros o suspiros como los que años atrás habían oído alguna vez. Ahora los sustituían los gritos entrecortados seguidos de un portazo, de pisadas que se perdían por las escaleras y de un silencio sepulcral. De sobra sabía José que su padre, después de cenar, buscaba en la calle aquello que ya no obtenía en casa.

—No insistiré, madre, pero piense que Lluisa tiene unos padres y unos hermanos…, cómo diría…, normales, no como nosotros, y no se lo tome a mal. Trabajan en la fábrica. Dentro de poco, pienso pedirle que sea mi novia formal y me gustaría empezar a ahorrar para casarme con ella en cuanto pueda.

José era el único hijo varón y Margarita prefería no pensar en su marcha. Lo amaba más de lo que nunca sería capaz de demostrarle y había visto en las líneas de sus manos que no tardaría en dejarlos para crear su propia familia. Era ley de vida. Y, a un Dios en el que poco creía, rogaba que sus hijas permanecieran junto a ella para siempre. No le dolía del abandono de su primogénito; ni siquiera que su marido ahora la evitara, mirándola como si fuera una desconocida. Cristóbal Moreno había sido alguna vez el cabeza de familia, aunque su papel siempre había estado ensombrecido por el poder incuestionable de ella, esa joven pelirroja que un día lo había encandilado con sus modales más bien rudos. El cochero la había querido a su manera los primeros años. Y la había respetado durante el tiempo en el que albergó la esperanza de limar las asperezas que los habían separado desde su último parto, pero al ver que era imposible, había decidido aliviarse con otras hembras que, por unas perras, dejaban que entrara en la desnudez que habitaba bajo sus faldas.

—Me gustaría conocerla —pidió Margarita a su hijo—, quiero saber quién será la madre de tus hijos.

—Ya veremos —contestó José. Tras desprenderse del contacto de sus manos, dio un beso a su madre—. Tengo que irme. Vendré temprano —dijo desde el otro lado de la puerta.

Justo entonces aparecieron en el rellano unas personas que, jadeantes, se quedaron mirándolo.

—¿Es aquí donde vive doña Margarita? —preguntó la mujer que había detrás del hombre que encabezaba el grupo.

José dedicó un gesto de desaprobación a su madre, y ella, ignorándolo, contestó:

—Sí, aquí es. Acompáñenme, por favor —los invitó a entrar—, enseguida comenzaremos. —Se asomó por el hueco de la escalera y le dijo a José, que ya descendía por los peldaños—: Hablaremos mañana.

—Sí, descuide. Ya hablaremos —respondió él antes de salir hacia la calle.

Tal como había desvelado José a la matriarca, Lluisa Bou era la mayor de las chicas en una familia numerosa que residía en la calle San Medir. Antes de tener la edad necesaria para trabajar, ya se movía entre el ruido de los telares, aprendiendo el oficio de tantas mujeres, igual que lo harían dentro de pocos años Francisca, Paco y Sento, los tres hermanos que la seguían. Su jornal era imprescindible en una casa en la que había tantas bocas que alimentar.

Lluisa Joana, su madre, había nacido en Valencia, aunque era muy pequeña cuando se había mudado con sus padres a Barcelona. Ellos, como infinidad de familias en aquellas fechas, formaban parte del éxodo que los trabajadores del campo hicieron hacia las ciudades, en busca de un porvenir que las cosechas ya no podían ofrecerles. Y allí, en el mismo barrio, se había enamorado de Josep Bou, un joven contramaestre, con el que había contraído matrimonio.

El mayor de los hijos varones, Braulio Bou, había roto la costumbre de dedicarse a los telares y trabajaba como mozo de descarga en uno de los establecimientos más sofisticados de la época: los almacenes Jorba. De complexión más bien endeble y maneras sutiles, había logrado el empleo a través de un conocido con el que procuraba coincidir en la taberna. Entre ellos se palpaba la atracción y el brillo de sus ojos al mirarse era especial. Nadie sabía, nadie debía saber, qué sentían el uno por el otro.

Mientras el resto de los fornidos muchachos acarreaban los bultos sobre los hombros como si fueran plumas, él no demostraba la misma rapidez y se agotaba con facilidad. Sin embargo, disponía de una buena memoria para atender las órdenes de los encargados y colocar cada mercancía en el lugar idóneo para que no sufriera desperfectos. Gracias a esa habilidad, lo enviaron al departamento de telas, uno de los materiales más delicados que recibían a diario, primero como ayudante y después como dependiente responsable de la sección. El trato con las señoras y su capacidad para aconsejarlas era inusual y él se hallaba entre las féminas como pez en el agua.

Aquel año de 1919, los almacenes habían proyectado su expansión hacia Europa y se disponían a abrir una sucursal en

Bruselas, donde algunos trabajadores tendrían que establecerse una larga temporada, y Braulio rezó para ser uno de ellos aunque supusiera dejar de verse con su amigo el de la taberna. En su círculo social, se sentía obligado a esconder su condición y eso lo marchitaba. No fue uno de los elegidos y le tocó conformarse todavía un tiempo con su labor y sus clientas.

Era consciente de su estatus, pero soñaba con ser músico y viajar por todo el mundo. Restada la aportación que debía entregar en casa y después de pagar sus gastos, logró ahorrar unas pocas pesetas al mes hasta reunir el dinero suficiente para empezar a dar clases de trompeta en la escuela musical pública de Barcelona.

Capítulo 14

Barcelona, 1919-1927

Cristóbal Moreno desapareció una mañana, camino del trabajo, llevándose lo puesto y los pocos ahorros que Margarita guardaba en el mismo cajón que la foto de su madre. Y no regresó jamás. Nadie conocía su paradero y nadie salió a buscarlo.

A ninguno de sus hijos le sorprendió que la muerte súbita de una vidente que Margarita había convidado para resolver un caso lo hiciera tomar la decisión que llevaba tiempo cavilando. El revuelo de un cadáver, los lamentos lacerantes, los rezos, la aparición de las fuerzas de seguridad y un pestilente olor a cera quemada que envolvía toda la casa habían colmado un vaso casi lleno por el desdén y las desatenciones. Al escándalo y la vergüenza de verse señalado por la calle, le siguieron los gritos, luego los reproches y, por último, el silencio.

De eso hacía cuatro años en los que la vida continuaba sumando y restando sin que ni una cosa ni la otra procuraran la felicidad a la extraña familia de la calle Riego.

—Madre, no doy abasto para terminar los asientos que trajo ayer el mozo. Si no me ayuda, no podremos entregarlos en el plazo previsto —se quejó Mariona, taciturna desde que había puesto los pies fuera de la cama—, dígale a Pepita que se levante y me eche una mano, que bien que come cada día y no se lo gana.

—Eres muy lenta, no sé yo cuándo vas a aligerar los dedos —contestó Margarita, ignorando su preocupación—. Tu hermana no sirve para esto. ¿Acaso no ves su espalda, retorcida como un nudo?

—Con el cuento de la espalda no da palo al agua, y aquí ya hay muchas bocas que alimentar.

—La tuya y la de tus hijos, por ejemplo —soltó la matriarca sin miramientos, siempre dispuesta a clavar sus dardos.

—Domingo gana un buen salario y los niños nunca han sido una carga para usted, así que cállese sobre ese particular —la amenazó Mariona, defendiendo a Jaume, a María y a Minguet, los tres hijos del matrimonio.

—Pues a ver si se nota —insistió Margarita.

—Hoy se la levantado usted con el morro torcido, ya lo veo. Pero no vaya a pagarlo conmigo o con mi familia. No se me olvida qué día es.

—No sé a qué te refieres.

—Pues se lo voy a recordar: hoy se cumplen cuatro años desde que padre desapareció. Siempre me pregunto si estará…

—Estará en la gloria —la cortó Margarita—. Nadie lo obligó a marcharse, y no seré yo quien le llore. Buen viento y barca nueva. A su edad, pocos querrán darle trabajo y acabará pidiendo limosna.

Era ella, Margarita Moreno León, fiel a su esencia. Veneno contenido en sus venas queriendo estrangular el dolor que nunca iba a reconocer. Pasaba de largo los cincuenta, sumaba más penas que glorias y en su rostro ya se habían dibujado los mapas del tiempo. Un cruce de surcos que sombreaba su pasado y sus silencios. Y en su melena de fuego, que todavía resaltaba sus facciones pálidas, se entremezclaban ya los mechones plateados.

—¿De verdad no le preocupa lo que pueda haber sido de él? —la interrogó Mariona, fijándose en los ojos enrojecidos que se veían detrás de las lentes que su madre llevaba algunas veces—. Domingo dice que es probable que esté cerca. Que las personas como él no suelen distanciarse mucho de los suyos. Y los suyos somos nosotros. Desde que fallecieron el abuelo Leoncio y la abuela Mariana, padre no tiene a nadie más…

—¡Qué sabrá Domingo sobre las personas como él ni como nadie! —despotricó Margarita, indignada por la facilidad con que todos conocían las respuestas a su vida—, ¿ahora es adivino? —añadió llena de rabia—. Lo que pasa es que no tiene ni idea de algunas cosas y sabe demasiado de otras. Tanto que cualquier día lo apresarán. O le pegarán dos tiros en la cabeza, que es más barato. Tu marido no ha desaparecido, no, pero anda de aquí para allá, ausentándose más de lo conveniente, y tú deberías atarlo en corto. Vivir en mi casa le sale muy a cuenta, diría yo.

—Qué equivocada está, madre. Y no intente ofender con sus palabras, porque no lo merecemos. Hemos tenido la oportunidad de marcharnos a vivir por nuestra cuenta. Y no una ni dos veces. Domingo lleva tiempo pidiéndomelo, y yo dándole largas, así que no se crea tan lista. No me iré por ahora. La veo tan sola…

—¿Sola yo? —Margarita se carcajeó por la ocurrencia de su hija y, sumando todo el orgullo que le quedaba para rebatir la gran verdad que acababa de pronunciar, mintió—: No necesito a nadie, si es eso lo que te preocupa —tragó saliva amarga—, y menos a los hombres. Casi siempre están de sobra.

—Sé que no es cierto y que nos echaría en falta. Es usted difícil de tratar, eso no puede negármelo, pero la quiero. ¿Qué le voy a hacer? ¿Cómo voy a dejarla con Pepita, que cualquier día se parte en dos, y con Angelina, que está mal de la azotea? Que no me oiga —añadió, santiguándose—, pero reconozca que es extraño se pasee

por la casa con un gato negro encima del hombro. Parece cosa de brujería.

—No digas sandeces, muchacha. Aquí no hay nada de eso. Y la pitonisa, que los espíritus la tengan en su regazo, padecía del corazón, que todo hay que repetirlo cien veces. Se acabó la charla, que mira qué hora es y ni están las sillas acabadas ni la comida en la mesa. Y tus hijos llegan de la escuela con más hambre que el perro de un ciego.

Había conversaciones que no se podían mantener en ese piso lleno de gente yendo y viniendo. Y una era la de las actividades que Domingo llevaba a cabo en sus horas libres. Como bien había dicho Mariona, el cochero ganaba muy buen jornal desde jovencito, aunque parte de ese dinero nunca llegara a las manos de su mujer.

La persecución y la represión de la lucha obrera se había radicalizado, por lo que uno de los principales objetivos de la cnt, el sindicato mayoritario, era seguir creciendo. Los avances y la modernidad de la ciudad requerían bastante mano de obra y familias enteras venían desde el campo, en busca de una vida mejor. Y había trabajo para todos. El aumento de población favoreció que se concentrasen en nuevos barrios obreros esparcidos por el extrarradio y también que apareciera el barraquismo, ya que muchos no podían costearse una vivienda digna. Domingo contribuía al bienestar de estas personas facilitándoles un techo bajo el que cobijarse. Y su ayuda sumaba militantes a la causa proletaria. Su compromiso con todos ellos y con la conciencia colectiva del movimiento obrero era desproporcionado con respecto a su familia, a la que veía cada día más lejos de lo que él consideraba lo primordial. Había intentado varias veces salir de aquel agujero que parecía absorber las fuerzas y la salud de quienes residían en él. Sabía que su mujer no abandonaría esa casa antigua comandada por Margarita, la matriarca, y sus hijos todavía eran muy pequeños para llevárselos y hacerse cargo de ellos. En su camino hacia la libertad y el anarquismo, ninguno de los suyos se atrevería a seguirlo.

La vida de José y Lluisa transcurría con tranquilidad y Anita, su única hija, ya había cumplido tres años. Después de probar varios oficios, José se había hecho pescador, profesión que le encantaba y que daba para mantener a su familia y hasta para ayudar a sus suegros en las ocasiones en las que el mar se mostraba generoso con los marineros.

Los Bou San Pedro eran una familia peculiar. Braulio había sido el primero en alquilar un piso en San Medir para toda la familia. Y Lluisa y José, al independizarse, se trasladaron dos plantas más abajo, cerca de los suyos. A diferencia de los Moreno León, la energía que desprendía el vínculo entre ellos alimentaba las almas. Braulio había

dejado el trabajo en los grandes almacenes y ya vivía de la música. Tenía un don especial. Tocaba la trompeta y el piano en el teatro Apolo. La noticia había sido muy celebrada por todos, aunque no les gustaba que su hijo virtuoso se metiera en el mundo de la farándula. Anita se embobaba escuchándolo ensayar en el balcón que daba al patio de vecinos y siempre quería imitarlo.

Aquel ambiente ajetreado pero agradable que se vivía allí contrastaba con las visitas regulares a casa de la abuela Vica, como llamaba la pequeña a aquella señora alta, delgada y vestida de negro que se recogía el pelo en un moño mal peinado al que se le salían los mechones del color rojo. Siempre que se oía su nombre, Anita ponía la oreja, sin entender muy bien lo que sus padres decían. Lo único que ella sabía es que no le gustaba aquel sitio en la calle Riego.

—El sábado por la tarde iremos a ver a mi madre y a los niños —anunció José a su mujer.

—Como quieras, aunque me queda mucho trabajo aquí —contestó Lluisa, intentando excusarse de un compromiso que siempre se le atragantaba.

—No lo hago por ella, créeme. Ni siquiera por mis hermanas, que cada una va a lo suyo y bastante tienen ya. Lo hago por los chiquillos, para que no crezcan como extraños. Son primos hermanos de Anita.

—Esos niños se crían…, no sé ni cómo expresarlo. Son bastante más mayores que nuestra Anita y, qué quieres que te diga…, no la dejan en paz y le quitan los juguetes. Nuestra hija es muy reservada, ya sabes, y en esa casa siempre hay gente que viene y va. Cualquier día se llevarán otro susto.

José frunció el ceño. Prefería no escuchar esas quejas en boca de Lluisa, aunque no le faltara razón. A Margarita le molestaban los niños, sus carreras por el pasillo, sus gritos y sus disputas. La llegada de Anita, cogida de la mano de sus padres, siempre era tensa. La pequeña, vestida como una muñequita de porcelana y de aspecto angelical, se plantaba delante del bromista de Jaume, la cascarrabias de María y el callado Minguet, sin saber qué hacía ahí. Las diferencias entre ellos solo se limaban en el momento de la merienda, cuando Mariona preparaba una gran olla de chocolate y todos se arremolinaban a su alrededor, esperando su ración.

—Discúlpame, José. No debería hablarte mal de tu familia. Es solo que…

—Por cierto —habló él, queriendo zanjar el tema—, el otro día me encontré por casualidad con Domingo en la taberna de Perico. —Cuando Lluisa afirmó con la cabeza, prosiguió—: No sé, tuve la sensación de que al verme se violentó. Como si lo hubiera descubierto en una falta. Luego caí en que era media mañana.

—¿Y qué? La hora da igual, ¿no? —dijo ella, sin entender a qué se refería.

—Se supone que a esa hora debería de estar trabajando con el caballo, pero se encontraba en un rincón de la taberna, reunido con unos pocos. Como se sentaba de cara a la salida, lo reconocí. Me acerqué a saludarlo y vi en la mesa unos papeles. Unos planos me parecieron a mí. Se levantó como si llevara un muelle pegado al culo y encajamos las manos mientras los otros doblaban las hojas con nerviosismo.

—Siempre ha destacado por la convicción con la que defiende los derechos de los menos favorecidos, eso no se le puede negar. Es tan diferente a Mariona. Ella no habla por su boca, sino por la de tu madre. Está muy unida a ella —dijo Lluisa, aunque pensaba que su actitud tenía más que ver con la sumisión—. Pero dicen que los polos opuestos se atraen. Eso debe de ser —sonrió—. ¿Y qué dice hoy la prensa? —preguntó al ver que su marido plegaba el diario.

—Muchas cosas, como siempre.

—Déjamela en la mesa, que quiero ojear si hay anuncios para modistas. Creo que un sueldo extra nos vendría muy bien.

—¿No tienes suficiente trabajo ya? —preguntó José para disimular lo poco que le gustaba que su mujer pretendiese ganar un sueldo.

—Trabajo sí, más del que puedo abarcar. Pero *calers* no tanto —sonrió ella, removiendo el guiso—. Déjame ahí la prensa. Luego por la tarde la miraré, aunque sea por curiosidad.

—Hoy, en el descanso, hablé con un compañero nuevo que ha llegado con su familia desde un pueblo de Valladolid. Ahora no recuerdo el nombre. Da pena, porque él, su mujer y sus hijos, cuatro me dijo, viven en una chabola. Están pasándolo mal. Salen del campo pensando que aquí atamos los perros con longanizas y se encuentran con jornadas interminables encerrados en una fábrica. En fin, cada uno a lo suyo.

Villavicencio de los Caballeros, 1927

En las jornadas en el campo, estaba claro el inicio pero nunca el final. Los hijos de Bernabé y Pelaya crecían como flores silvestres y el único varón, Fausto, hacía las veces de responsable.

Aunque la ciudad parecía haberse convertido en el lugar idóneo para la supervivencia, a los Barbero García les habían contado algunos éxodos sin éxito, incluso historias de mozas que, empujadas por la necesidad y tras la promesa de servir en casas de alto abolengo, se habían visto engullidas por circunstancias de dudable honorabilidad. De todo se hablaba un poco y de nada se sabía mucho en un pueblo en

el que el trabajo escaseaba y la tierra daba lo justo para vivir.

Era una familia numerosa en la que, sin contar la desgracia del fatal desenlace de Policarpa y tres de sus hijos, todos habían salido adelante. Leonor, que por aquel entonces había cumplido nueve años, era el juguete de sus hermanas, Amparo y Beridiana. Fausto, un niño venido a hombre antes de tiempo, tenía catorce y, a diferencia de ellas, había aprendido a leer, a sumar y a restar, un cúmulo de afortunados conocimientos entre tanto analfabeto. Ayudaba a su padre con el ganado y en el campo, aunque ambos chocaban muy a menudo y rara vez estaban de acuerdo en algo.

Con los años, el carácter de Bernabé se había agriado. Sus mujeres habían parido demasiadas hembras y un solo macho, solía pensar cuando el trabajo lo desbordaba. Además de un buen rebaño de vacas, era dueño de algunas tierras fértiles, otra suerte en tiempos de minifundios en los que más brazos no significaban más jornales. En ellas cultivaba cebada y trigo. Aunque la cosecha de ese año no había sido favorable, tendrían suficiente para subsistir.

Era otoño y la mañana se había presentado ventosa. Los pastos habían salido volando a su antojo. Fuera, el frío ya calaba los huesos, y dentro, el fuego a tierra calentaba las paredes.

—Parece que este año el invierno se va a adelantar —anunció Bernabé, sentado a la mesa, frente a un tazón de leche migada con pan—. Hoy iremos al molino, así que date prisa porque tenemos más faena de la que podemos abarcar —dijo a Fausto.

—Yo pensé que no le haría falta mi presencia. Había pensado quedarme en casa y enseñarle a Leonor algunas letras —comentó el joven, contando los segundos que su respuesta tardaría en provocar los gritos de su padre.

—¡Tú te crees que aquí somos ricos o qué! —vociferó Bernabé, golpeando la mesa con el puño.

La taza saltó por los aires y se hizo añicos en el suelo. Eso no habría forma de pegarlo, se dijo Pelaya, silenciosa, acudiendo con un trapo para recoger los restos de loza y que nadie se cortase.

—En mala hora aprendiste tantas letras, que aquí te servirán para bien poco —maldijo Bernabé, levantándose con desgana—. Yo me voy a la forja, donde Antonio, con la mula —dijo, abrochándose los botones de la pelliza frente al portón—. Te quiero allí antes de lo que canta un gallo —lo amenazó sin ni siquiera girarse—, o tendrás que ir al molino andando. Ni los sacos de trigo has sido capaz de cargar en el carro, y eso que te lo dije anteayer. Pero nada, el señorito está muy ocupado juntando letras.

—Allí estaré, a sus órdenes, como siempre —afirmó Fausto, conteniendo la rabia de la derrota.

Todos se habían acostumbrado a los malos modos que el cabeza

de familia empleaba con los suyos desde hacía un tiempo. Pelaya no recordaba la última vez que la había besado con ternura, como sucedía al principio, cuando ella, joven y soltera, se había visto sobrepasada. Cuánto habían cambiado las cosas en pocos años, se lamentaba en silencio.

Todavía recordaba la primera vez que había entrado en la que sería su casa. Las contraventanas estaban cerradas y la única luz que se coló dentro fue la de la puerta cuando esta chirrió al forzarla. Amparo se abrazaba a Beridiana y a Fausto, inmóviles detrás de unos sacos de harina que había en una de las habitaciones, esperando la molienda. Ellos la observaban como animalillos acechados por su depredador. Y ante aquella estampa, Pelaya se había enternecido, compadeciéndose de ellos e imaginando la pena de la madre difunta si en ese momento los hubiera visto. Se acercó con una sonrisa, mostrándoles las palmas de las manos. Los chiquillos recularon hasta topar con la pared que les impedía salir corriendo y, como si de una aparición mariana se tratara, la voz de su padre pareció salvarlos.

—¿Qué hacéis ahí escondidos? Anda, venid aquí —les ordenó Bernabé con aspavientos—. Ella es Pelaya y, dentro de unas semanas, se convertirá en vuestra madre. Saludadla como gente civilizada. Después será a ella a la que tendréis que hacerle caso.

—Yo no quiero ser vuestra madre —puntualizó la joven, rebatiendo el torpe comentario de su prometido—, pero me esforzaré todo lo posible para cuidaros como lo haría ella. Ya conocéis mi nombre, soy Pelaya. Ahora me gustaría saber los vuestros.

Bernabé le había hablado sobre sus hijos en varias ocasiones y ella se los había imaginado, ya que hasta aquella tarde no había podido conocerlos. El primero en aproximarse fue el chico, demostrando valentía ante sus hermanas, Beridiana y Amparo, que debían de ser de edades parecidas a juzgar por la escasa diferencia de tamaño. La sonrisa de Pelaya se cuajó de asombro, llevándose las manos a la boca, al percatarse de los diminutos insectos negros que corrían por sus cabezas.

—Tienen piojos —dijo al fin, horrorizada.

—A mí no me queda tiempo para andar con esas cosas y a mi suegra le dan mucho reparo. Supongo que con un buen baño se solucionará —contestó Bernabé, restándole importancia.

El joven Fausto, sobrepasado por la autoridad de su padre y harto de cómo lo trataba, salió de casa sin desayunar. Le esperaba un largo paseo hasta llegar al molino de arriba, como así llamaban a uno de los dos que había en Villavicencio de los Caballeros, y arrastrando las alpargatas que ya le venían pequeñas, regó el camino de reniegos que

dejaban a su paso una estela mayor que su propia voz, en dirección a la herrería. La vida le quemaba por dentro y no entendía por qué su padre volcaba sobre él tanta inquina. Lo único que ansiaba era huir de ese pueblo, del frío que le amorataba el cuerpo durante los inviernos eternos y del sol sin justicia para él, que le abrasaba la piel en verano, cuando se deslomaba en el campo.

Había oído hablar de dos grandes ciudades, Madrid y Barcelona, aunque, en su anhelo de conocer el mar y bañarse en sus aguas inmensas y azules, ya había decidido. Solo se lo había contado a Beridiana, su hermana del alma. Ella lo conocía mejor que nadie, había compartido sus llantos tras la muerte de su madre. Y, en la oscuridad de las noches en las que se abrazaban para matar el frío mientras los demás dormían y Bernabé ahogaba las penas en vino, habían planeado futuros lejanos que alcanzarían juntos, surcando mares y montañas en busca de la felicidad que se había marchado de aquella casa.

Conforme las alpargatas se iban llenando de chinas y de tierra, mascullaba su venganza, sonriendo sin que sus labios llegaran a delatarlo.

—¡Hombre! Por fin apareces. Pareciera que te has pasado el camino pisando huevos —dijo su padre, dándole un pescozón—. Aquí tienes lo tuyo. —Bernabé entregó al herrero unas monedas que acababa de sacarse del bolsillo del pantalón.

El joven observó la escena y no se molestó en replicar. Sabía que no valía la pena.

Después de proveer al animal con sus nuevos herrajes, padre e hijo se dirigieron al molino. Ese sitio no le gustaba a Fausto. El polvo del grano recién molido se le colaba en la garganta y le provocaba un ahogo que solo remitía horas más tarde.

Bernabé bajó del carro y le indicó que descargara los sacos. Uno a uno, fue dejándolos en un rincón, junto a las enormes piedras que trituraban el grano.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —preguntó Fausto, caído de brazos, resignado, con la mirada perdida en un horizonte que traspasaba el círculo en el que se sentía preso.

—Échale un vistazo a la mula y dale agua. Luego vuelves y te encargas de la molienda. Voy a hablar de unos asuntos con este —dijo, señalando al molinero.

Fausto no contestó. Se limitó a afirmar con la cabeza y salió.

—Tú te quedarás aquí, cual borrico que eres, mula —dijo al animal, dándole unas palmaditas en el lomo—, y yo me largaré de este pueblo para siempre antes de lo que nadie espera —añadió, llevándose el cubo vacío hasta la presa.

Cargó el agua y fijó la vista en el mecanismo del artilugio. Un

escalofrío lo despertó del paréntesis en el que se había abstraído. Se dirigió de nuevo al molino, observando como su padre, junto a la caseta, gesticulaba para dar efusividad al regateo que le hacía a Antonio. Siempre se estaba quejando, pensó el muchacho, anudándose el tapabocas que le envolvía el cuello.

Resoplando, abrió el primero de los sacos, subió y vertió, con no poco trabajo, el contenido. El agua golpeaba con fuerza las paletas del rodezno que giraban la rueda que accionaba el mecanismo. Lo había visto muchas veces y, aun así, seguía embobándose con aquel ingenio de singular funcionamiento. Con mucho esfuerzo, a medida que la tolva se vaciaba, cargaba sobre los hombros más sacos. Buscando el equilibrio que durante unos segundos sintió que podía perder, se apoyó con los pies en el guardapolvo, la madera que cubría la piedra volandera. Esta giraba y giraba, triturando el grano que ya empezaba a salir hacia el cajón, donde luego lo recogerían.

Fausto se arqueó hacia atrás y, en su empeño por mantener el centro de gravedad y no desparramar el contenido del saco, se impulsó para inclinarse hacia delante. Había conseguido no perder parte de la cosecha, pensó, satisfecho. Pero la alegría de no haber caído se truncó al percibir que algo le apretaba el cuello cada vez más. Uno de los extremos de su tapabocas se había enganchado entre las dos muelas y estas estrujaban la tela, atrapándola. Fausto se arrodilló para tratar de frenar lo que parecía inevitable, y sin dejar de estirar de la prenda que lo estaba ahogando, llamó a su padre con todas sus fuerzas, sabiendo que era el único capaz de salvarlo. Y chilló hasta extinguir el aire de sus pulmones. Hasta el final.

Era un muchacho lleno de rabia, de vida y de sueños. La rabia con la que se había aferrado al mundo. Y la vida con la que había forjado unos sueños que nunca se podrían cumplir tras una muerte llegada a destiempo.

Cuando Bernabé acudió a su auxilio, extrañado por las voces que le había parecido oír, ya era tarde. El joven yacía inerte, agarrado al tapabocas que se había convertido en su verdugo.

Tras el velatorio, Fausto fue trasladado a hombros de sus convecinos hasta el cementerio de San Pelayo, donde descansaría junto a su madre y hermanos para siempre. Todos lloraban por ese mocito al que la suerte no había querido acompañar lo suficiente. Y todos callaban la culpa que, como la pólvora, se había esparcido en boca de unos y otros, juzgando al hombre que ahora, apoyado en la cruz que adornaba la lápida, penaba por lo que la misericordia podía haber evitado.

Bajo tierra estaban ya cuatro de los suyos, pensó Bernabé, girándose para volver a casa.

Capítulo 15

Barcelona, 2021

La muerte de aquel muchacho me había impactado. Nadie se merece acabar de esa manera, pensaba yo delante de mis notas, recordando la última conversación que había tenido con algunos de los personajes de la novela. Nadie debería dejar este mundo sin cumplir, al menos, algunos de sus sueños. Y Fausto Barbero se había encontrado con la muerte sin ver el mar, sin viajar a la ciudad como tantas veces había planeado con Beridiana, su hermana más apreciada, sin conocer a la mujer de su vida, sin hijos a los que educar… Y todo aquello me llevó al precipicio de mi pasado, al que siempre acabo volviendo.

Conozco en mi propia piel la sensación de peligro que se cierne sobre uno ante la inminencia de un posible final. Y no se siente nada. No duele, no aflige. De repente, la vida y la muerte entran de puntillas en la cabeza, y tú, como ser insignificante que desea sobrevivir, te rindes.

Delante de la pantalla, trascendiendo a mi pasado y a una experiencia que todavía hoy recuerdo con nitidez, me llevé las manos al pecho, recordando los llantos derramados frente a una lápida, la oscuridad de sus miradas frente a los muertos, los silencios que hablaban por sí solos, las persignaciones deslucidas y las risas inocentes que mi hermano y yo intercambiábamos, pegando nuestras narices a los vidrios antiguos de aquellas lápidas en las que se leían frases como «Tu esposa e hijos, que te quieren» o «Que la tierra te sea leve» junto a los apellidos de la familia tal o cual. No nos interesaban las palabras ni los ramos que acompañaban la escena enrarecida y rancia de cada nicho. Lo que realmente nos fascinaba eran las fotos enmarcadas que había en ellos. Algunas ya amarilleaban.

Las facciones de los difuntos, casi siempre anticuadas; la ropa y el peinado que lucían eran motivo de comentarios mediante gestos. Nadie podía escucharnos hablar mal de un muerto en un camposanto. No nos lo habían dicho, pero estaba mal. Y lo sabíamos por el ceño enfurruñado y los labios fruncidos de nuestra madre, que nos miraba como si quisiera atravesarnos como un rayo. Ella defendía el silencio de mi padre, para el que el mundo se había vuelto hostil después de aquella desgracia, la que le arrebató tantos seres queridos de un plumazo. Y lo entendimos con los años, pero no entonces.

También sabíamos que allí no podía uno reírse de las caras de

los vivos. Y, al percibir su tristeza, imaginábamos a los muertos dentro de los ataúdes. En alguna conversación de esas a las que no invitaban a los niños, habíamos escuchado que todos al morir iban a parar a unas cajas de madera que se depositaban en una especie de celdilla de un panal y que dos hombres, subidos a una camioneta, las tapaban con ladrillos. Nuestro juego se truncaba cuando en uno de aquellos espacios compartimentados encontrábamos la fotografía de un niño. Mi hermano y yo reconocíamos a alguien parecido a nosotros y no hacía falta hablar. Nos mirábamos extrañados, quizás con pena, porque en el cementerio que todas las semanas visitábamos había tres niños, tres muertos más jóvenes que nosotros. Y, percibiendo a nuestra manera el alcance de la tragedia, continuábamos nuestro camino con la esperanza de que el siguiente fuera alguien muy viejo.

La vida de alguien no debería terminar antes de cumplir alguno de sus sueños. Y qué triste que tu padre o tu madre no te quieran, añadí a mis reflexiones sobre Fausto y el más allá cuando el ladrido de un perro y los nietos de mi vecina corriendo escaleras arriba y abajo me devolvieron a la realidad. Y esta no era otra que avanzar en la novela e investigar más sobre las personas que conformaban el árbol genealógico que iba desmigajando en los últimos meses.

Hacía semanas que se había producido eso que yo llamo la inmersión del escritor. Estaba sumergida en sus lugares de residencia, en sus vidas y en los sentimientos que Anna había sabido transmitirme en su relato. La historia no venía hacia mí, sino al contrario: yo entraba en ella como un personaje más, defendiendo mi papel en ese entramado del que ya resultaba difícil separarse. ¿Y cuál era? Empezaba a vislumbrarlo, aunque todavía era pronto para anunciar un veredicto.

Di el último sorbo a mi té y entonces sonó el teléfono. Tomé aire, todo el que me cabía en los pulmones, conté hasta el siete, mi número favorito, y miré la pantalla. Se trataba de una vieja amiga con la que mantengo una relación sincera. No tenía ganas de hablar, esa era la verdad, no en ese instante en el que el recuerdo de los muertos, los propios y los ajenos, aún me martilleaba la mente. Y tampoco disponía de mucho tiempo. Debía vestirme para una cita con mi fuente, Anna. Dejé agotar los tonos y, tras pensármelo dos veces, decidí devolverle la llamada. Sabía que la conversación sobre el viaje que habíamos programado con nuestras queridas amigas de la infancia me despejaría.

Y así fue. Ya se había solucionado el tema del alojamiento, algo que a algunas nos preocupaba menos que a otras. Y pensé: a otra cosa, mariposa.

Me arreglé, me subí al coche y me dirigí hacia el cementerio de Montjuic, donde habíamos quedado para visitar el lugar en el que

Anita descansaba desde hacía dos años.

Y durante el trayecto recordé cómo había sido su infancia y su juventud en la ciudad de la que nunca llegó a moverse: Barcelona. Anita había marcado la vida de «mi chica», expresión que usaba yo de forma interna para identificar a mi principal fuente de información y culpable del lío en que me había metido. No paraba de pensar en los abandonos, los amores y las circunstancias de los personajes que componían una sinfonía completa. A partir del año 27, en el que los había dejado, habían sucedido muchas cosas. Algunas muy significativas para un país que, degustando las mieles de la modernidad, había vuelto a las cavernas, al mito que Platón había definido con tanto acierto para los que en aquel momento, prisioneros en su propia historia, observaban el mundo desde las sombras.

Barcelona, 1939

Barcelona había sido uno de los últimos reductos republicanos que habían tomado las tropas sublevadas. Tras la ruptura del frente de Aragón, la batalla del Ebro y la retirada de las Brigadas Internacionales, en la primavera del año 1939 se dio por concluida la Segunda República española.

Corría ya el otoño y, aunque las bombas habían dejado de caer sobre la ciudad, el olor de la pólvora permanecía en las calles como un recuerdo imborrable. El nuevo gobierno militar, bajo el mando del dictador Francisco Franco, se había hecho cargo de un país en ruinas. Y los pobres, de uno u otro bando, no podían quitarse de encima el hambre y el miedo.

Barcelona, dominada por el desorden tras el exilio de su gobierno republicano, se había vaciado, pues miles de simpatizantes se habían ido a los Pirineos para huir hacia Francia. El caos abrazaba la ciudad y mientras unos alzaban el brazo celebrando la victoria, para otros el drama acababa de comenzar.

La finca de la calle Riego continuaba en pie, hecho meritorio después de los innumerables bombardeos. Entre sus vecinos había habido bajas, aunque ninguna vinculada a la contienda. Nicolasa, la más anciana, había muerto por unas fiebres, y nadie había ocupado su piso desde entonces. Experta había corrido la misma suerte y su casa ahora la habitaban unos primos suyos cuya vivienda se había quedado sin techo durante el invierno.

Las circunstancias habían dado al traste con parte de los ingresos de los Moreno León. En los años de guerra, las visitas al piso de Margarita habían ido menguando. Nadie quería hablar ya con sus muertos porque eran muchos, demasiados.

A la marcha de Cristóbal y de José, que había formado su propia familia y vivía fuera de la influencia de su madre, se sumó la desaparición de Domingo Roig Agut. Este hecho tampoco mortificó a Margarita, aunque convivir con la pena de su hija le molestaba. La historia se repetía, pensaron todos los que permanecían en la finca. Aquello nutrió de más hiel el corazón roto de la matriarca, que consideraba que ningún varón valía tantas lágrimas como Mariona estaba derramando por el anarquista.

Domingo, dirigente destacado de la cnt desde antes de conocer a su mujer, se debía a la causa, aunque esta fuera la de los que ahora habían perdido. Los últimos meses antes de su partida, habían sido un infierno en la pareja. Un tira y afloja que acabó de rematar a una relación herida de muerte. El temperamento de Domingo era incompatible con la falta de personalidad que demostraba Mariona, que vivía a la sombra de su madre. Y aun así la había querido. Una nota breve escrita en un sobre y tres mil pesetas, mil para cada hijo, eran el precio que él había puesto a su libertad. Eso le pareció a ella, que a punto estuvo de romper en pedacitos, uno a uno, esos billetes que le quemaban en los dedos. Domingo se había ido, y ahí, en la finca de la calle Riego, bajo un influjo extraño que los atrapaba, se habían quedado su mujer, Jaume, María y Minguet, sus tres hijos.

Mariona pasaba las noches en vela esperándolo. Y, en varias ocasiones, se había armado del valor que no tenía para presentarse en la taberna y hallar las respuestas que ninguno podía darle. Solo recibía miradas esquivas, silencios forzados y gestos negando saber de él.

Todos lo daban por muerto, aunque en realidad residía en Valencia, la ciudad a la que se había trasladado el gobierno republicano tras la ofensiva militar fascista en Madrid. Allí habían requerido su presencia. Ni que decir tenía que la misión debía permanecer en secreto para su familia, ajena a la verdadera esencia de su actividad política.

Durante las primeras semanas, se había alojado en varias pensiones, dando siempre una identidad distinta. Y así fue hasta que Francesca, una camarada de la cnt, le había ofrecido su casa. Ella era viuda, vivía a las afueras de un pequeño pueblo costero donde todos se conocían y se protegían, y tenía dos hijos adolescentes. Habían coincidido en varias reuniones y ambos parecían ser partidarios del radicalismo que ya caracterizaba a la formación anarquista. Para ellos, revolución y guerra eran términos inseparables. Francesca destacaba por su carácter combativo y valiente, con juicio propio y arrestos para enfrentarse a lo que hiciera falta. No en vano había visto como su compañero, el padre de sus dos chicos, había sido abatido en una refriega hacía pocos meses. Y esa beligerancia con las clases opresoras fue lo que le atrajo de ella. Aunque también las curvas de sus caderas

y sus cautivadores ojos verdes.

Transcurrido un tiempo y casi sin apercibirse, se había acostumbrado a ella. A su alegría natural, a la energía que desprendía su mirada, a su cuerpo tibio bajo las sábanas, a su espíritu libertario y a la ausencia de cualquier autoridad que mermara su pensamiento, no como a Mariona. Domingo había respetado a su esposa; siempre lo había hecho hasta conocerla a ella. La viuda era la fuente que había despertado la sed que él había padecido durante años, aun sin saberlo.

Su existencia en el pequeño pueblo pesquero no pasaba inadvertida, pero nadie enjuiciaba que viviera en casa de los Torrent. Y él se dejaba querer por esa familia que, sin ser la verdadera, hacía las veces.

Sus misiones encubiertas lo movilizaban de un sitio a otro, y al cabo de año y medio, una de ellas lo llevó a la capital catalana, donde fue apresado junto con otros camaradas. Los trasladaron al castillo de Montjuic, un lugar emblemático de la ciudad, que no conocía de bandos ni de contiendas y que, después de la entrada de las tropas sublevadas, volvía a ser escenario de consejos de guerra y ejecuciones. Domingo Roig, acusado de alta traición a la patria, hallaría ahí el final de su camino.

La noticia no tardó en llegar a oídos de su familia. Habría un juicio, de esos que se saldaban con un tiro. Lo sabían y poco podrían hacer para evitar su destino, el que él mismo se había buscado. Tuvo suerte y se le permitió ver a los suyos unos minutos; un cruce de palabras distantes que reabrió las heridas. Desde entonces, Mariona había dejado de llorar y ni siquiera había preguntado si podría visitarlo de nuevo.

Una tarde, Lluisa y Anita se encontraron en su portal de San Medir a Dionisio, el cartero, que se disponía a subir las escaleras. El hombre se giró, agarrado a la baranda, y sonrió.

—Qué bien, voy a librarme de estos peldaños. Menos mal, porque llevo un día…

—¿Trae usted algo para nosotras? —preguntó Anita, cantarina.

—No, bonita. Es para José Moreno León—afirmó él, comprobándolos apellidos que constaban en la parte posterior—.Quizás otro día tengas más suerte—dijo, guiñándole un ojo.

—Yo misma se la entrego—se ofreció Lluisa, alargando la mano para recogerla.

—Está un poco manoseada y la cola del sello se ha despegado por los lados, aunque es normal desde… Y el sobre tiene unas manchas…, ya sabe —el emisario dejó la descripción a medias.

Ni Lluisa ni Anita añadieron nada a sus palabras y lo miraron

incómodas, aguardando impacientes que les entregara la misiva.

—No se preocupe. Yo se la daré sin falta en cuanto llegue. Debe de estar a punto —añadió, revisando la hora en su muñeca.

—Muchas gracias —se despidió el cartero.

Y madre e hija se apresuraron escaleras arriba, con la intriga dibujada en los rostros.

José había ido al puerto como cada día, aunque el trabajo escaseaba desde los bombardeos en la ciudad, que habían mermado la flota pesquera de forma considerable. Aquello sería su ruina. No le había dicho a Lluisa que sus últimos ahorros los había cedido a su hermandad de pescadores para contribuir a la restauración de los barcos que todavía contaban con la posibilidad de salir al mar, que eran los menos. Si no lo lograban, ya podían olvidarse de faenar. Por el momento, solo algunos privilegiados podían pescar para ganarse un jornal que, después de la guerra, también se había visto reducido. Pronto no tendrían con qué ir a comprar lo necesario para alimentarse.

Al entrar en casa, José colgó la chaqueta en uno de los ganchos de la puerta y se acercó hasta la salita, donde lo esperaban ambas.

—Buenas —dijo sin más, con aspecto derrotado.

—Hola, José. ¿Qué tal el día?

—Estoy cansado, creo que hoy ni siquiera comeré. ¿Y esas caras?—preguntó al percatarse del aspecto circunspecto de las dos.

—José, el cartero ha traído esto. Este mediodía. ¿Qué puede ser?

—Mujer, yo veo una carta. No sé qué crees tú. ¿De quién es?

José no deseaba hablar con esa impertinencia a su esposa, pero estaba enfadado con el mundo y la ratonera en la que parecía haberse convertido su propia vida. Miró a Lluisa y, en silencio, volcando la intención sobre la tristeza de sus ojos, le pidió disculpas. Ella, que apretaba los labios para no echarse a llorar, inclinó la cabeza, regalándole la clemencia que él buscaba antes de abrir la misiva.

—Es de Domingo —dijo ella—, lo dice atrás.

—¿De Domingo? ¿Y por qué la envía aquí? Este hombre nos traerá la ruina, ya verás. No le basta con avergonzar a su familia que ahora también tiene que señalarnos a los demás. ¿Lo sabe mi hermana?

—¿Cómo va a saberlo, hombre? Pero debemos llevársela y cuanto antes mejor, ¿no crees? ¿No piensas leerla? Al menos que sepamos si es seguro que guardemos esas letras aquí en casa siquiera unas horas.

José no contestó. Tomó el sobre, fijándose en su mal estado, y chascó la lengua al imaginarla procedencia de esas salpicaduras. No dudaba de que eran manchas resecas de sangre.

Desplegó la hoja muy despacio, como si temiese que las letras pudieran desprenderse. Durante unos minutos, ignoró la impaciencia con la que lo observaban madre e hija. Parecía leer, pero solo miraba los trazos largos, oblicuos e irregulares escritos con mano trémula. No quería profanar su contenido y, sin averiguar lo que decía, volvió a doblarla por el mismo sitio. Supuso que no habría nada comprometido en ella porque, de lo contrario, no habría llegado hasta sus manos.

—¿Y bien? —lo exhortó Lluisa, viendo que no compartía con ellas sus impresiones.

—Es para Jaume. Él es el único que no fue a verlo a la prisión. Se la entregaremos a Mariona y que ella haga lo que considere. Es lo correcto.

—Ni creo que quiera ahora—intervino Anita por primera vez, nerviosa con todo aquello—, bastante vergüenza han pasado ya los pobres. Y la peor parte se la llevó él, Jaume. Además, no sé por qué tienes que dársela a su madre, si está dirigida a mi…—No llegó a pronunciar esa palabra que todavía se le hacía gigante y la sonrojaba.

—Después de tanto tiempo, no sé cómo se lo tomarán—añadió Lluisa—. Y, si quieres que sea sincera, ya hizo bastante daño. Sus ideas revolucionarias y sus actos lo han arrastrado hasta donde está y mira, a estas alturas no sé qué pretenderá, con la que se nos ha venido encima —apuntilló Lluisa, soliviantada por la escasez a la que sobrevivían y por ese nuevo dilema al que debía enfrentarse una familia tan desdibujada como la suya—. Y no digo yo que estos sean buenos, que no lo son —aseguró, señalando con el dedo índice hacia el exterior de la vivienda—. Pero qué, ¿qué hemos logrado con tanto odio entre hermanos? Pues lo que tenemos ahora. No hay más que ver lo que ha sucedido en casa…—la voz se le quebró y las lágrimas le acudieron a los ojos—. Ni Sento ni Juanito volverán jamás. Para ellos ya se ha terminado todo. Y Paco…

—¿Preferirías que hubiéramos estado en el bando de los fascistas? —se enojó José.

—Yo no he dicho eso. Sé perfectamente cuál es mi sitio —arremetió su mujer, apuntándolo con el índice—. La duda ofende, ¿sabes? Y creo que no es pecado llorarle a los míos.

—Lo lamento, Lluisa. Todos hemos perdido algo en esto —dijo, acordándose de la complicada situación de la flota pesquera—. Aunque yo no haya ido al frente, no tienes que explicarme nada, porque lo he vivido aquí, contigo, ¿recuerdas? Fabricando barricadas con todo lo que pudiera obstruir el paso a esos fascistas —añadió bajando el tono de voz—. Así que, si no os importa, necesito unos minutos de silencio y tranquilidad—pidió, volviendo a desplegarla misiva.

Madre e hija respetaron, como siempre, la última palabra de

José. El pronto le venía de casta, pero era un buen padre y un buen marido. No frecuentaba tabernas y le entregaba a Lluisa la semanada para que la administrase con buen criterio. Solo alimentaba un vicio, el de fumar. Cada vez que se sofocaba y tosía el humo que le fondeaba en los pulmones, despertaba el estruendo de una tormenta que no presagiaba nada bueno.

Se concentró para leer las líneas de tinta azul impresas en la cuartilla arrugada, preguntándose cómo habría conseguido el material, puesto que sabía que los presos políticos tenían pocos derechos, y menos si no eran relevantes para el sistema. Domingo no lo decía, pero él interpretó que era su último adiós para redimir su falta. Y a pesar de conocer el sufrimiento que su partida había provocado a Mariona, sintió la rabia en el estómago al intuir que sus huesos pronto irían a parar a la fosa donde otros antes habían visto su fin.

Eran tiempos de paz, aunque la guerra habitaba en las calles, en las casas y en las tumbas abiertas de los que ya solo abrazarían la vida eterna.

—Voy a acercarme un momento—anunció José, dirigiéndose a la puerta.

—Yo voy contigo —dijo Anita, descolgando la rebeca de la percha—, así veo a Jaume. A estas horas ya habrá venido del taller.

Anita amaba a Jaume. Y él a ella, aunque no hubieran hecho oficial su compromiso. El suyo no había sido un flechazo. Se habían criado en la misma familia, eran primos, y sus padres hermanos, pero muy diferentes. La abuela Vica, que parecía tener ojos en todas partes, había intuido que entre aquellos dos había alguna cosa más que el parentesco. Y no se había equivocado. Sin ser mujer de misa, reprobaba que los jóvenes pudieran llegar a asuntos mayores en su relación, y así se lo hizo saber a Mariona de malas maneras.

—A estos dos hay que atarlos en corto, te lo digo yo. Cualquier día nos traen la desgracia a casa. Los muy…

—Ya está bien, madre—cortó Mariona, perdiendo la estoica paciencia con la que siempre la escuchaba—, deje a los jóvenes en paz. Trata con mucha dureza a los de su familia. Jaume es mi hijo y un hombre hecho y derecho, así que no se meta donde no la llaman.

—Cría cuervos —Margarita, llena de rabia, alzó el brazo derecho con el dedo índice erguido en señal de advertencia—, y te sacarán los ojos— sentenció agravando el tono de voz.

—No hable así, que no estamos en una de sus sesiones —la reprendió su hija, quitándose de su vista.

Jaume era cinco años mayor que Anita y en el último año de la guerra había sido llamado a filas. En las levas del 38 y del 39,

conocidas popularmente como La Quinta del Biberón, la república, a la desesperada, había reclutado niños de poco más de catorce años y ninguno superaba los diecisiete.

Durante los primeros meses, el mayor de los Roig había realizado tareas auxiliares para los más veteranos. Pero a finales del 38 tuvo que enfrentarse, junto con miles de jóvenes con escasa experiencia, a la batalla del Ebro, una de las más sangrientas de aquella guerra. Muchos lloraban a escondidas, avergonzados de su miedo, rogando por volver a sus casas. Otros ni siquiera tuvieron tiempo de verter lágrimas. Jaume, más versado en letras que muchos de sus compañeros, redactaba algunas notas para los que, agradecidos de corazón, le pedían el favor. En sus ratos libres, con las hojas y el lápiz que llevaba en el petate, le dedicaba unas palabras a su amada. Las primeras las había enviado a María, su hermana, que salvaguardaba un amor secreto que todavía no era oficial. Y la joven enamorada lloraba su ausencia, temiendo a cada instante que se lo arrebataran. Una tarde, angustiada por la falta de noticias en las últimas semanas, Anita le habló a su madre. Ambas llegaban de los telares, cansadas y con pocos ánimos.

—Madre, quiero contarle algo. Es importante.

—Voy a asearme un poco y a preparar la cena. Ya no sé qué vamos a inventarnos para llevarnos a la boca una comida en condiciones. Y tu padre…

—Madre, tengo novio —disparó Anita, esquivando la mirada de su madre.

—¿Novio? ¿Y dónde lo has conocido si no te separas de mí ni de tus primos?—se extrañó Lluisa, pensando en qué se les habría escapado a José y a ella.

—Es Jaume. Mi primo. Ea, pues ya está, lo he dicho. —Anita se echó a llorar tan pronto hubo confesado.

—Ya hablaremos. Y, desde luego, hay que decírselo a tu padre. No voy a cargar con esto yo sola —dijo Lluisa, santiguándose.

—Claro, madre —contestó ella—, aunque nada cambiará. Ambos lo sabemos. Sabemos que nos queremos desde hace mucho tiempo —añadió, rememorando la primera vez que había pensado sin trabas en él como algo más que un primo hermano.

La noticia fue propagándose por el resto de la familia y no todos reaccionaron igual. Alegría, indiferencia, sorpresa y desacuerdo. Hacían buena pareja, pero aquello del parentesco no era cosa menor y a nadie le pasaba desapercibido que habría que solicitar una dispensa si acababan formalizando la relación.

Capítulo 16

Barcelona, 1937

Los bombardeos no daban tregua desde principios de año y la población civil era el blanco perfecto para el enemigo. No había con qué defenderse. La aviación italiana, establecida en la isla de Mallorca como si se tratase del porta aviones del dictador Mussolini, tenía como objetivo principal el litoral catalán y el valenciano.

Barcelona seguía sumando miles de víctimas, regada de sangre y muerte. El gobierno de la Generalidad republicana alertaba de los ataques aéreos y todos acudían a los refugios subterráneos, donde permanecían durante horas e incluso días. Algunas familias abandonaban sus casas al atardecer, en busca de cobijo en los montes o en cuevas cercanas. Otras huían de los núcleos urbanos, al amparo de familiares que disponían de sitio para acogerlos.

Anita, con trece años recién cumplidos, sufría cada aviso como la mayor de las torturas. En ocasiones, había llegado a esconderse debajo de la cama para escapar del horror que le causaban los largos pasillos de techos abovedados donde se hacinaban hombres, mujeres y niños. El continuo titilar de las bombillas, el olor de la humedad que empapaba las paredes y el llanto de algunas criaturas que, desconsoladas, expulsaban el miedo desde los pulmones, podían con ella. Sonaban las alarmas y la parálisis petrificaba sus músculos y su voluntad mientras la férrea mano de su madre la arrastraba escaleras abajo, entre el tumulto.

Pasado el peligro, la vida proseguía en los comercios, en las fábricas, en las casas, como si nada hubiera ocurrido. Y sí ocurría. Porque Lluisa no siempre lograba tapar los oídos de su hija para evitar que escuchara los lamentos que se extendían por las calles después de estallar las bombas. Eran los gritos de los que lloraban a los que no habían conseguido refugiarse a tiempo. Casi todos encajaban la guerra en sus rutinas, pero a ella la atenazaba el miedo a no cumplir todos los sueños que anidaban en el mundo imaginario que solo existía en su cabeza. Quería crecer y hacerse mayor como su abuela Lluisa Joana, a la que adoraba a pesar de lo fea que se había puesto por culpa de una enfermedad que se había apoderado de sus facciones; quería casarse con un hombre que la amara y quería tener muchos hijos. Niños guapos a los que cuidar siempre en un lugar donde reinara la paz.

La sombra de esa tarde la trasladó a la visita que hacía unos

meses habían hecho sus padres y ella a casa de Margarita.

Por aquel entonces, Jaume, el mayor de los primos, era la persona más estúpida del mundo, no podía caerle peor. No entendía cómo sus absurdas bromas hacían que sus hermanos, Minguet y María, a carcajada limpia, exagerasen unos ruidos guturales que a ella le parecían esperpénticos.

La casa continuaba siendo el mismo lugar extraño lleno de gente, y cada uno iba y venía a su antojo. Se acordó de una insólita pareja, un hombre y una mujer sentados en sendas sillas situadas en el pasillo. Solían mirar a todas partes y a ningún sitio. La señora Angustias y el señor Fulgencio, recapituló, rememorando sus nombres y hasta sus caras. Bajos, orondos y vestidos como si fueran a misa, sonreían a todo el que pasara por delante. Un día desaparecieron y Anita nunca quiso preguntar, por miedo.

Sus tías, Angelina y Pepa, ajenas al griterío de los niños, se afanaban en la labor de la enea. Fabricar asientos era el pasado, y a pesar de todo seguían vendiéndose. Desde luego que no daban para un jornal, pero era lo único que sabían hacer y lo que habían hecho siempre. Margarita, algo encorvada por los años, las corregía, sin haber perdido un ápice de su genio. Sus ya ancianas manos se habían deformado y carecían de la fuerza de antaño para sujetar las cuerdas. La matriarca y ellas vestían de negro, un detalle que nadie había querido explicarle a Anita ni ella había osado preguntar. La joven sabía que ese era el color de cuando se moría la gente; del respeto hacia los muertos.

Mariona solía estar entre fogones y vestía con una bata larga de estampado indefinido, repleta de manchas. Las sombras cavernosas bajo sus ojos y la mirada triste eran su habitual estampa y a Anita le daba pena, sobre todo cuando sonreía. No se trataba de una risa sincera, Anita lo intuía, aunque nadie le había contado qué había ocurrido con el tío Domingo, al cual no veía hacía mucho. Durante un tiempo, pensó que él era el muerto. Y de ahí el luto.

A diferencia de sus primos, vestidos con poco esmero, Anita iba hecha un pincel. Pese a la escasez, su madre se las ingeniaba para que su hija pareciera una niña bien, de las que tenían de todo. Era capaz de convertir los restos de dos vestidos que se le habían quedado pequeños en un precioso modelo digno de una revista de moda. Hacía milagros con las telas.

Los adultos animaron a los más jóvenes para que se fueran a jugar a la calle. Un poco de paz y silencio en la casa no iría mal a nadie.

—Anita, hija, cuidado con el vestido. Es el más nuevo.

—Madre, ¿y qué hago? Los primos son unos brutos y solo saben

correr, dar patadas y decir palabrotas. ¿Se has dado cuenta de cómo me miran? Bueno, María no cuenta. Ella es mi amiga.

—Ella es tu prima, Anita. Igual que los demás. Y Jaume ya es mayor y puede cuidar de vosotros.

—En efecto, soy el mayor y debéis hacerme caso —sonrió Jaume con gesto triunfal.

—Ya lo sé, madre, me refería a que…—quiso contestar Anita, ignorando las palabras de su engreído primo.

—Vamos, niños, id saliendo, que la abuela espera visita —anunció Mariona—, y ya sabéis que no se puede hacer mucho ruido cuando vengan esas personas…

Los chicos corrían delante, compitiendo para ver quién de ellos bajaba más deprisa. Las muchachas descendían despacio, escalón a escalón, observándolos mientras negaban con la cabeza. María solo tenía un año más que su hermano, aunque no lo pareciese.

—Jaume necesita desahogarse. Por eso hace las mismas tonterías que Minguet. Y tiene una fuerza enorme para lo poco que comemos —dijo su hermana María, enfatizando la escasez de las raciones con las que lidiaban cuando las tripas decidían manifestarse—. Al poco de irse mi padre, le tocó dejar la escuela y ponerse a trabajar, aunque a mi madre no le guste referirlo. Mi hermano es muy inteligente y podría haber estudiado, pero…, bueno, está en el taller de Pedro, ¿sabes cuál te digo?

Anita asintió, desconociendo por completo de qué taller le hablaba. En realidad, le interesaba que su prima siguiera explicándole más cosas de él que ella ignoraba.

—Yo ayudo en casa, que ya es bastante. Y, en cuanto se acabe esta guerra, querría casarme… con el muchacho con el que me veo— soltó María, a la que se le escapó una risilla aguda que escondió tapándose la boca.

Anita se sonrojó. Le daba vergüenza compartir con su prima temas que le parecían de mayores.

—No digas nada a nadie, ¿eh? Mis padres… Bueno, mi madre todavía no lo sabe. Y esperaremos a que todo esto pase para anunciarlo.

—¡Eh! Vosotras, no os quedéis rezagadas, a ver si os vais a caer en alguno de los socavones que han hecho los alemanes —gritó Jaume, riéndose de su propia gracia.

—Tu hermano es un poco…

—¿Sabiondo?

—Yo no he dicho eso —se quejó Anita, mirándola con malas pulgas.

—Es la persona más buena que he conocido y demuestra una paciencia infinita con Minguet y con la abuela, los más raros de la

casa. No le tiene cariño a nadie esa mujer. Y su voz a veces parece la de un hombre, ¿te has dado cuenta?

Claro que Anita se había dado cuenta, pero no pensaba confesárselo a María. También le daba vergüenza.

—Mi hermano pequeño es muy retraído y duro de mollera. Eso no se le escapa a nadie. Pues Jaume ha conseguido que lea y escriba como Dios manda, quitando algunas faltas que se pueden perdonar. Y le ha enseñado las cuatro reglas. ¿Tú las conoces?

—Por supuesto —afirmó Anita, ofendida ante la duda sobre su habilidad con las matemáticas elementales—. Mi madre no sabe mucho, la pobre, y papá está fuera todo el día. En la escuela se aprende lo que se aprende, pero mi tío Braulio, que toca la trompeta y el piano, me ha enseñado todo eso. Es más bueno… También tenemos un gramófono y, cuando le sobra tiempo, practicamos algunos pasos de baile. Mi padre me dice que de poco me van a servir, pero a mí me encantan. Conoce muchas músicas del mundo. Ahora estamos ensayando…

No pudo terminar la frase. El sonido creciente y menguante de la sirena emergió entre las calles, avisando de un nuevo bombardeo. Era media tarde y la luz del sol todavía alumbraba lo suficiente. Con la charla, las primas habían caminado más de lo que creían. Ni Jaume ni Minguet estaban a la vista. María y Anita se detuvieron, mirándose a los ojos, sin saber qué hacer. Las personas, convertidas en hormigas asustadas saliendo del agujero, se dirigían hacia ellas, apresurándose a llegar al refugio más próximo, el de Sants. Anita, ante la idea de no encontrarse cerca de su casa ni de sus padres, seguía petrificada, erguida como si sus pies fueran las raíces de un árbol viejo. Y el eco de unas voces, que de repente le gritaban en la oreja, la despertó de su particular catatonia.

—¡Vamos, al refugio! ¡¿Se puede saber qué hacéis paradas como dos tiestos?!

María echó a correr, empujada por un impulso instintivo. Anita no contestó. Miraba a su primo Jaume y este, con los ojos desencajados, la sujetó de los brazos, zarandeándola hasta que ella se puso a llorar. Se sentía indefensa y solo ansiaba desaparecer de ahí; no volver a escuchar esos sonidos metálicos, augurio de destrucción y muerte, que la atormentaban.

Una mano cálida y robusta apretó la suya y la arrastró calle arriba hasta llegar a unas escaleras por las que se subía a un puente que desembocaba en la otra calle, donde un agujero parecía tragarse a las personas.

Saludos austeros y miradas fugaces que, unidos al murmullo de aquellos que ya se habían visto en ese lugar otras veces, daban vida a las galerías en las que hombres, mujeres y niños se amontonaban

ordenadamente. Era lo de siempre, y rezaban para que de vuelta a la superficie sus casas continuaran en pie.

Anita seguía en trance, inmóvil, al calor del abrazo de su primo, que la arropaba como a una niña. Y a Jaume lo embargaron unas sensaciones que nunca habían sido tan vívidas y que había ocultado pese al atisbo de verdad. Él era un joven convertido en hombre antes de tiempo. Llevaba un jornal a casa y, junto a su madre, era el responsable de sus hermanos. Nunca había pensado en novias, aunque ya hubiera descubierto las artes de la autocomplacencia, atraído por las formas de alguna muchacha del barrio.

Cuando el sonido de la sirena se tornó constante, aflojó el cerco con el que sujetaba a Anita y la miró:

—¿Estás bien? Ya he terminado todo y creo que podemos salir.

—¿Y mis padres? —preguntó ella, martirizada por ese único pensamiento.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Bastante que te he traído aquí. ¿Siempre eres igual? —dijo, distanciándose de Anita con cara de malas pulgas.

—No sé a qué te refieres —contestó ella, contrariada por su tono agriado.

—No es necesaria una reverencia, pero al menos podrías dar las gracias por haberte salvado, digo yo, en vez de preguntarme eso como si yo fuera un adivino.

—Tampoco hay que ponerse así. Además, yo no te he pedido que me salvaras de nada ni de nadie —replicó la joven con altanería, haciéndose la ofendida, cuando lo cierto es que tenía mucho que agradecerle a su primo.

—Pues nada, yo me voy. Ya sabes el camino de vuelta —añadió Jaume, adelantándose a paso ligero por unos de los túneles.

—¡Jaume, espera! —gritó ella.

Entonces una voz conocida la llamó:

—¡Hija! Por fin te encuentro—Lluisa la sujetó por los hombros—, no sabíamos dónde os habíais metido. Qué susto nos has dado.

Se abrazaron y lloraron juntas. José también estaba ahí. Y Mariona había localizado a Minguet y a María. Margarita, Angelina y Pepa no se habían refugiado con ellos. Aunque habrían llegado a tiempo y siempre era más seguro, la matriarca caminaba muy despacio y había decidido que no saldría nunca más de su hogar. Sus hijas menores, como réplicas subyugadas al poder invisible de su progenitora, permanecerían con ella aunque una explosión se las llevara por delante.

—Volvemos a casa. Quiero saber cómo están los míos—anunció Lluisa a Mariona.

—Claro, claro—asintió su cuñada—, a mí también me preocupan mi madre y mis hermanas. La una por terca y las otras por estúpidas. Prefieren tentar a la suerte antes que ponerle sentido común a la vida. Allá cada quien. Jaume, hijo, vámonos a casa, a ver cómo está tu abuela.

Jaume asintió, pero primero fue hasta Anita.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, sonriéndole.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? —contestó ella con aires de suficiencia. No quería dar su brazo a torcer, pero suspiró, sujetándole la muñeca antes de que él se girara—.Gracias por todo, Jaume.

—De nada, lo hubiera hecho por cualquiera. Por ti también, prima.

Aquella tarde, Anita había discutido con su primo el bromista; el mismo que la había salvado de Dios sabe qué suerte. Seguía cayéndole mal, aunque por primera vez había sentido un vacío y un vuelco extraño en el estómago al mirarlo. Había conectado con sus ojos nobles, casi hipnóticos; con el calor de su cuerpo, cuando la había abarcado entre los brazos. Recordando esa cercanía, cogió su rebeca y aspiró el singular aroma que se había impregnado en ella. Cerró los ojos y sonrió, imaginando que quizás, y solo era una posibilidad entre muchas, su primo llegara a gustarle.

Capítulo 17

Barcelona, 2021

Había terminado de darle forma a un encuentro que me parecía enternecedor. Debió resultar difícil convivir con la incertidumbre permanente de las bombas, con los altercados callejeros y con los edificios en ruinas, en esas ciudades que se iban desdibujando ante la vista de los que las habitaban cada día. Y qué agotador codearse con la escasez de dinero y de alimento; este último, motivo de intercambio de favores peregrinos, pagados en especias más de una vez. Y, aun así, la vida continuaba, superviviente eterna, inclusive para aquellos que despertaban a la agitación que procura el amor a cualquier edad y en cualquier circunstancia. Dicen que es ciego, y es cierto. Anita y Jaume se habían enamorado en aquel abrazo, aunque todavía no lo supieran, pensé, sonriendo frente a los apuntes que había recabado sobre ellos.

Era tarde y el dolor de cabeza me palpitaba en las sienes. Sentía la presión sobre todo el cuerpo y las dudas me acechaban como hienas hambrientas que sonríen de medio lado, viendo el miedo en los ojos de su presa. Esa era yo en las últimas semanas, un ser frágil, vacilante y temeroso viviendo del revés mientras en mi cerebro se iban trazando las historias de aquellas personas con las que a ratos no sabía qué hacer. Y no quería precipitarme, pero mis descubrimientos sobre las raíces de ambas familias me incrementaban las prisas por llegar. ¿Pero a dónde? Esa era la incógnita que me asfixiaba.

Hacía unas semanas que había regresado de mi segunda visita a Villavicencio de los Caballeros y aún no había tenido tiempo de revisar las anotaciones hechas durante ese viaje. Estaba cansada, me abrumaba la cantidad de información que debía ordenar para seguir dándole sentido a la historia que unas veces amaba y otras hubiera deseado no conocer.

Anna y yo habíamos charlado en varias ocasiones, antes de irme y a mi vuelta, y aunque no nos habíamos podido ver desde que llegué, le había explicado algunas de las sensaciones experimentadas en la casa que me había prestado durante mi estancia en el pueblo de su padre. Era una herencia familiar de su marido, oriundo del lugar. Una vivienda antigua, de aspecto sobrio, fachada estrecha y gruesos muros, con dos plantas y un desván diáfano que allí denominan «dobles». La habían restaurado y estaba cuidada con esmero, eso saltaba a la vista. En ella vivían ahora algunos de los recuerdos de

Anita y Jaume, dos almas enamoradas hasta su último aliento, que habían dormido en la misma cama que yo escogí en esos días que permanecí en el pueblo castellano. Ya delante de mi ordenador, sonreí al rememorar los detalles.

—Espero que no te dé cosa —dijo Anna—.¿Ya has recibido las llaves?

—Sí, sí. Hace unos minutos. Y no te preocupes, no estaré sola.

—Anda, no sabía que vas acompañada.

—Es que no viene nadie conmigo —sonreí al otro lado del teléfono, imaginando su gesto.

—¿Entonces?

—Cosas mías. Te dejo. Salgo ahora y así llegaré antes de que anochezca. Cuando me instale, te llamo.

El trayecto fue tranquilo. Pesado pero tranquilo. Más de setecientos kilómetros en dos tiradas. Solo había parado para tomar un tentempié, ir al servicio y beberme un café largo. Después de casi nueve horas de viaje, ya ni la música ni las voces de la radio lograban entretenerme. Entré en el pueblo y solté un «¡Aleluya!» a voz en grito. Lo había logrado.

Aparqué el coche en la misma calle. Resultaba extraño, porque no había ningún otro en las inmediaciones, pero así lo hice, como Anna me había indicado. Respiré hondo y expulsé el aire de los pulmones junto a los nervios que se habían apoderado de mi ánimo en esas horas. No me siento cómoda viajando sola y, al mismo tiempo, me alegro de haberlo hecho cuando alcanzo mi destino.

Saqué del bolso la carpeta que había preparado para la ocasión. En ella, además de algunas libretas llenas de anotaciones y el manido árbol genealógico en el que siempre descubría algún dato nuevo, iban las instrucciones para dar el agua y la luz y conectar el wifi; un croquis del camino, porque a Anna le preocupaba que fuera a perderme, y una fotografía de la casa para que no tuviera dudas de cuál era. Miré al cielo, comprobando que pronto se haría de noche. Chasqué la lengua. Debía darme prisa. Rebusqué de nuevo en el bolso hasta encontrar el manojo de llaves. No tenía intención de usarlas todas, pero ella había preferido enviármelas por si acaso.

Salí del vehículo y volví a mirar al cielo. No había ni una nube y me dio frío. Durante unos segundos me abracé, sintiendo la tiritera que me recorría el cuerpo. Abrí uno de los portones y por fin entré. Todo parecía en su sitio, aunque qué sabía yo, si nunca había estado ahí. Esa tontería me hizo encogerme de hombros y sonreír. Quizás la quietud me había llevado a pensar eso.

Tanto las llaves del agua y de la luz como el *router* se encontraban en los lugares que me había indicado Anna en las instrucciones, me dije, maravillada de mi propia estupidez.

La esencia de las casas cerradas es, cómo decirlo, similar a la nostalgia. En ellas huele a olvido, a rancio, a cierto, a recuerdos de otro tiempo que todavía conservan el rumor de las voces que un día existieron. Y yo iba recreándome en esas sensaciones, como buena observadora, mirando hacia todos lados. Sabía que aquella no había sido la casa del joven Fausto, el muerto en el molino, pero estaba cerca. Y también sabía, porque los había visto antes en algunas fotos, que muchos de esos muebles habían pertenecido a Anita y a Jaume.

Recorrí las estancias para confirmar que no había nadie más que yo. Aunque no quería planteármelo ni en pleno día, me acordé de las experiencias que me abordan en la noche desde hace años: susurros repentinos en el oído, caricias casi imperceptibles bajo las sábanas y sonidos opacos que me desvelan, cada vez que trato de recordar palabras indescifrables. Estaba convencida de que hasta ahí también habían viajado mis muertos, los que me protegen desde siempre.

Ya en el piso de arriba, busqué la puerta. Me acerqué hasta ella y la abrí despacio, temiendo que salieran a recibirme. No se puede ser más boba, me dije, pero estaba encogida. Y algo sucedió entonces. Un golpe de frío me traspasó. Y aspiré fuerte, llenando los pulmones de aire helado mientras cerraba los ojos. Tras un mareo fugaz, llegó la calma. Sonreí, comprendiendo que mi presencia ahí resultaba grata. Ya más tranquila, dejé el equipaje sobre la cama que había visto en fotos y alcé los brazos para repasar con los dedos el perfil de la virgen que colgaba de la pared, encima de una de las mesillas de noche. Un armario de cuatro cuerpos y un tocador completaban el mobiliario de un dormitorio casi octogenario en el que pasaría la noche.

Estaba agotada. En una de las bolsas traía la cena y bajé a la cocina para comérmela y tomar una infusión de esas que dicen que relajan. Era hora de acostarse, y así lo hice.

Los sonidos se magnifican de noche, y más cuando estás sola, igual que las sombras alargadas de los objetos que te rodean, que, en la penumbra y a través de la luz que entra por las ventanas, parecen cobrar vida. No soy miedosa por naturaleza, pero reconozco que entre los crujidos de la madera, el rumor del aire que se colaba por las tejas y los espíritus que habitaban en la casa, no pegué ojo esa noche y tuve que ayudarme de la ciencia en las siguientes. Debía mantener la cabeza despejada para conocer qué había sido de ellos, de los que venía a visitar entre los recuerdos.

Fueron unos días en los que aproveché para empaparme de pueblo, como nos dicen a los de ciudad. Más allá del efecto terapéutico que la visita me proporcionaba, mi objetivo era seguir indagando qué había pasado con la familia de Fausto, el hijo de Bernabé, que había muerto pidiendo auxilio sin que nadie acudiera a

socorrerlo. Ya sabía cómo acabaría la cosa, pero quería experimentarlo desde la primera línea, pisando los lugares en los que otrora habían vivido ellos.

Durante mi estancia, hablé con mi informadora casi a diario, como no podía ser de otro modo. Le preocupaba que me sintiera sola en aquella casa tan grande. Y no era así. Los fantasmas habían aparecido, sí, pero los viejos: los que charlan conmigo en la parra a la que me subo cuando lo que hay abajo deja de gustarme. Reconozco que uno de mis fantasmas cotidianos reside en un jarrón de barro centenario que preside el ala del extractor de mi cocina. Carmen era una gran cocinera y buena amiga. Desde su muerte, la pequeña antigüedad, regalo suyo, se ha convertido en mi medio para contactarla. A ella le confieso secretos que nadie sabe.

Anna, por suerte, seguía viva, y también continuaba siendo el núcleo desde el que pivotaba aquel galimatías en que se había transformado mi cabeza, no muy cuerda de por sí desde los vértigos, desde que empecé a desempolvar a los vivos y a los muertos. Poca broma. Su anhelo y sus palabras, las primeras que había escuchado de su boca el día en que nos conocimos, estaban presentes en mí. La emoción, las lágrimas, el deseo de hacer justicia. Y sonreí, porque iba llegando ese momento.

Con una taza de té en la mano, me dejé llevar por la música instrumental, que me trasladó de nuevo hasta el final de una guerra que cada día me resultaba más cercana.

Villavicencio de los Caballeros, 1930-1939

Había pasado más de una década desde que los sueños de aquel muchacho, caído en el olvido de las malas conciencias y recordado por los que todavía referían aquella macabra historia, permanecían ahí, en el limbo de los propósitos nunca cumplidos.

Amparo continuaba soltera y junto a Leonor, la más joven, cuidaban de Bernabé y de Pelaya en la casa familiar. Beridiana había formado su propia familia.

Su primera hija, Vidala, nació sin contratiempos, pero el siguiente pereció en sus entrañas al final del embarazo. El malparto tuvo lugar en presencia de Germán, su marido. Como la partera se retrasaba, él mismo la asistió, temiendo que los dolores y la sangre que le salía de entre las piernas se la llevaran por delante. Al extraer el bebé, lo cogió entre los brazos. De aspecto violáceo, el aire nunca llegó a rozar sus pulmones. No pudo ser bautizado y su diminuto cuerpo viajaría al limbo, lugar donde la misericordia divina lo acogería. Aunque mortinato, su madre lo llamó Fausto y fue enterrado en el cementerio municipal.

Un segundo Fausto nació bien para regocijo de la pareja, pero vivió solo unos meses y murió en sus brazos, los de ambos, sin que nada pudiera evitarlo.

Aquel había sido un duro golpe para la madre. Lloraba a diario, varias veces, y hasta había dejado de asearse. Cocinaba lo justo y no se hacía cargo de su hija ni del resto de las labores de la casa. Los remedios del galeno más bien la atolondraban. Germán se debía a las obligaciones del campo, como todos en el pueblo, y sobre los males del alma entendía poco. Estaba preocupado por el abandono al que se había entregado su mujer y no comprendía que se hubiera convertido en un fantasma viviente. Entre unos y otros alimentaron a la pequeña, que se criaba sin el cariño ni las atenciones que tanto necesitaba a su edad.

Así pasaron algunos años hasta que, fruto del derecho conyugal que obligaba a toda esposa, Beridiana volvió a quedarse embarazada. Grávida de nuevo y sin fuerzas para afrontar otro fracaso, a escondidas se procuró remedios para no llegar a término, y todos fueron en vano. A medida que su barriga crecía, en su rostro se dibujaba la condena que la vida le había impuesto al negarle el varón que tanto deseaba. Y ese deseo íntimo consistía en honrar la memoria de su hermano con un niño que llevara su nombre.

Y entonces empezó la guerra. El pueblo, alejado de los escenarios más sangrientos, parecía la estampa de un lamento mudo. Los hábitos de sus moradores cambiaron poco, excepto para los que vieron marchar a alguno de los suyos como soldados, petate al hombro, sin saber si regresarían. Germán fue uno de ellos. Y marchó con escasas esperanzas de ver a su vástago, después de las dos pérdidas anteriores.

El marido de Beridiana contaba con treinta y un años y sirvió a la patria durante dos años. La suya era una de tantas historias de hombres llamados al frente que obedecían órdenes sin más. Ni en la batalla, escondidos en trincheras, ni en los catres, donde apenas descansaban unas horas, hablaban sobre sus ideas políticas. Las conversaciones versaban sobre las siembras, el clima, las mujeres que habían dejado atrás…Temas fundamentales para la supervivencia, más allá de las bombas republicanas que habían asolado la capital vallisoletana en diversas ocasiones.

Germán formó parte de las milicias de la Falange sin que en sus creencias cupieran ni la brutalidad de unos ni el desquite de los otros. Todos hicieron lo posible por vencer y solo hubo un ganador en la contienda. El caso es que él, hombre de campo, volvió sano y entero junto a su familia, valiéndose de un uniforme que le otorgaba la suerte que otros paisanos no habían tenido. El escarnio, sin justicia o con razón, estaba a la orden del día para los rojos, a los que señalaban sin

recato aquellos que habían abrazado el régimen.

Su hija Vidala contaba ya con nueve años. La naturaleza no había sido generosa con ella y, en esas formas infantiles que empezaban a marcar pequeñas curvas, se intuía una incipiente mujer poco agraciada. Las facciones sobrias y su expresión siempre esquiva hacían el resto. Era reservada y, al mismo tiempo, participaba en los juegos brutos de los niños, queriendo igualarse a ellos.

Fausto Rodríguez Barbero, el tercero, había llegado al mundo pocos meses después de que a Germán lo llamasen a filas. Y tenía dos años cuando vio la figura de aquel señor de cabello oscuro y rizado y ojos verdes, que se acercaba a él por primera vez y lo tomaba en brazos, estrujándolo contra los botones de la capa con la que iba ataviado. El chiquillo no paraba de mirar la boina roja que cubría la cabeza del extraño. Y este, conmovido por la buena nueva que nadie le había anunciado durante su ausencia, lo contemplaba.

—¿No es un milagro? Si hasta se parece a mí—dijo, sosteniéndolo entre las manos, suspendido en el aire, como quien presencia un prodigio.

El niño, si entender a qué se refería el gigante que lo había apresado de repente, abrió mucho los ojos mientras en sus labios se precipitaba el rictus del llanto.

—Un milagro, sí. El peor parto que he tenido—dijo ella, elevando la vista en busca del pasado—, y casi no lo cuento. Pero aquí estamos, ambos —recalcó—. Y déjalo en el suelo ya o se orinará encima. El pobre tiene miedo, ¿es que no lo ves? No te conoce —se justificó la madre, sonriendo al chiquillo, que, de nuevo libre, corrió a esconderse detrás de sus faldas.

—¿Y está… sano? —preguntó Germán para aplacar su curiosidad.

—¿Acaso no lo ves? Está bien, cómo si no iba a ser —contestó ella, malhumorada.

—Nunca me habías nombrado al niño. Es… igualito a mí, ¿no? —afirmó emocionado.

—Nunca me preguntaste. Bastante teníamos cada uno con lo nuestro —dijo Beridiana, restándole importancia.

Vidala escuchaba tras la puerta y no podía controlar una sensación que crecía dentro de ella y le amargaba la garganta. Había añorado mucho a su padre, llorando su ausencia durante noches y noches mientras sus tripas rugían bajo las sábanas, reclamándole el alimento que tanto escaseaba en aquellos meses. Y ahora, embelesado con «el nuevo», como solía referirse a él cuando nadie la oía, ni siquiera había preguntado por ella. El mundo era injusto, pensó y, para su sorpresa, en ese instante dijo su nombre:

—¿Dónde está Vidala? No la he visto.

—Por ahí andará, jugando con los mangurrinos. No hago carrera de ella. A ver si tú la metes en vereda ahora que has vuelto, porque yo no puedo con todo.

—Vaya —dijo Germán con cierta preocupación—, ¿y no será que tiene pelusilla de este angelito?

—Ni idea. Lo que tenemos aquí es mucha miseria —se quejó la mujer, cogiendo al niño en brazos—.Voy a darle algo de leche, que al menos este toma varias veces al día.

—Padre —se oyó detrás de la puerta—, he sabido por Sagrario que había llegado y he venido corriendo —dijo la niña, acercándose despacio.

—¿Y te parece que muerdo? —contestó Germán, ofreciéndole los brazos abiertos—. Anda y ven aquí, muchacha, que pareces un espárrago con patas. Mira que has crecido —corroboró mientras la izaba sin esfuerzo y se aferraba a ella.

Aquel abrazo apretado y la sonrisa del que Vidala creía el hombre más guapo del mundo lo significaban todo. Desde el nacimiento de su hermano, las atenciones solo eran para él y los celos se apoderaban de ella, y con razón.

Germán la dejó en el suelo y fue a besar a Beridiana. No lo había hecho todavía.

—Ya estoy aquí y esto se acaba, mujer —dijo, refiriéndose a la guerra—. Hemos perdido y hemos ganado, ambas cosas a la vez. Y espero que la vida me dé el tiempo suficiente para cuidar de mi tierra y de los míos —parafraseó, emocionado, frenando un golpe de tos que le arrebataba el habla.

—Que así sea, marido —respondió ella—, aunque para sembrar hay que tener la tierra y las perras con que comprar el grano. Y ni de una cosa ni de la otra disponemos.

Germán había partido a la guerra con dos grandes preocupaciones. Una era que había apalabrado la compra de unas tierras y no había podido cerrar el trato antes de su marcha. Y la segunda era su mujer. Las dos criaturas malogradas la habían convertido en una persona esquiva y supersticiosa con la que apenas compartía un plato de comida y techo.

Ahora todo sería distinto. Tenía un motivo por el que seguir luchando: Fausto, su heredero, para quien se harían realidad todos los planes con los que no había osado fantasear en el frente, al pensar que ese hijo habría corrido la misma suerte que sus hermanos, los otros Faustos.

El niño, ajeno al pasado y al bálsamo que había supuesto su existencia, crecía sano. Sin saberlo, siempre acarrearía sobre las espaldas el sarcófago invisible de los muertos que, antes que él, habían llevado su nombre.

Capítulo 18

Barcelona, 1939-1942

Jaume nunca accedió a leer la última carta que su padre, Domingo Roig Agut, fusilado en los calabozos de Montjuic poco después de acabar la guerra, había escrito para él. Anita, su prometida, sí lo había hecho y supo guardar silencio. Hablar de ella era traspasar los límites de una puerta que el primogénito de la familia había decidido cerrar para siempre.

En la misiva, el hombre versado en números, mal bebedor y adalid de causas, que había arruinado la vida de los suyos, buscaba el perdón que no consiguió pedir a tiempo con las palabras precisas. Su condena por traición a la patria se había finiquitado con dos balas metidas en el cuerpo en su propia celda, arrebatándole así el derecho a mirar de frente a sus verdugos. Su viuda, Mariona, había llorado su muerte junto con Minguet y María. Pero Jaume, avergonzado por haberse convertido en el hijo de un rojo que los había abandonado por seiscientos duros, ahogó el recuerdo de su padre en el pozo del olvido y trabajó duro para lograr lo que más ansiaba: casarse con el amor de su vida.

Anita y él habían luchado durante años contra un sentimiento que crecía entre ellos desde lo sucedido en el refugio, hasta el punto que ella había determinado dejar de verlo. La impudicia la invadía en las noches, imaginándose entre sus brazos, prendiéndose en el calor que le nacía en las entrañas. El suyo era un amor imposible, se decía, sofocada.

Solo algunas situaciones los habían obligado a compartir espacio y casi siempre había sido en casa de la abuela Vica. Sus miradas esquivas la llenaban de inquina, vaticinando un futuro que únicamente una amiga de las ánimas podía atisbar.

Una tarde de tormenta, Jaume se encontraba con sus tíos José y Lluisa, ayudándolos con unos desperfectos que había en el piso desde el final de la guerra. Anita trabajaba en la empresa textil Cáñamo, en Pueblo Nuevo, un barrio un tanto alejado, y aunque hacía más de dos horas que su turno había concluido, ella no había vuelto. Ante el nerviosismo de sus padres, Jaume se brindó para ir a buscarla.

Ya era de noche y el aire soplaba con fuerza. Ni el paraguas ni el chubasquero evitaron que el joven llegara empapado a la puerta de

la fábrica. Y ahí no había nadie. Miró a su alrededor y, como si un hilo invisible lo arrastrase, caminó unos metros hasta que, encogida en el poyete de un portal que la resguardaba del aguacero, pudo reconocerla. La llamó por su nombre y ella alzó la vista bañada en agua y en lágrimas. Jaume se agachó al percatarse de la mancha de sangre que traspasaba su falda. En el último tramo de la jornada, de manera fortuita, se había clavado unas tijeras y la herida no paraba de sangrar. Viéndola tan indefensa, se la llevó en brazos. Ella se agarró a su cuello, sintiéndose a salvo, y apoyó la cabeza en el pecho de su primo, asombrada por la fuerza que demostraba. Él, acunando su cuerpo delicado, supo que el único modo en el que la vida tenía sentido era así, junto a ella.

Ese día renunciaron a los besos que habrían sellado lo irremediable, pero ambos, en el silencio de las verdades que solo el corazón conoce, se juraron amor eterno.

Desde entonces, había pasado una guerra, el primogénito de los Roig había combatido y, a pesar de la bala que lo había alcanzado, había vuelto del frente con energía y con la esperanza de solventar las vicisitudes que se interponían en la relación con su prima hermana. Su matrimonio violaba el derecho canónico por vínculo de sangre. Eso era ley. Y solo la solicitud de una dispensa al arzobispado de Barcelona, y la suma de un dinero que no tenían, podrían remediarlo. Fueron años de trámites, de nervios y de congoja en los que, además, hubo que sacrificar el deseo de verse.

Jaume seguía en el taller de reparación de vehículos y era el cabeza de familia, aun sin quererlo. Su madre, siempre a la sombra de la abuela Vica, todavía entrelazaba asientos junto a sus tías. El olor a enea y el polvo en el aire fruto de su manipulación ya formaban parte de la escena; la vieja escena en la que la penumbra y la falta de ventilación sumía en un ahogo silencioso a sus convivientes. La matriarca, aún con reaños para mover los hilos del kafkiano lienzo en que se había convertido la familia, continuaba ejerciendo sobre los suyos aquella influencia extraña que los mantenía con vida.

Jaume era diferente. Siempre lo había sido. Su sonrisa bien parecía la de un artista de cine y sus maneras nada tenían que ver con las de su hermano Minguet. Jaume era pura alegría, arrojo y fuerza; esta última cualidad le había valido la admiración de quienes trabajaban con él. Y también era la prestancia y la curiosidad por saber, a la vista de la cantidad de libros que ya de joven había sido capaz de acumular y leer. Si las cosas no se hubiesen torcido, pensaban todos, habría llegado muy lejos.

En 1941, recibieron la tan ansiada noticia.

—¡Jaume! —avisó María a su hermano en cuanto lo oyó

entrar—, tienes correspondencia del arzobispado. Caray, qué sobre más pomposo —añadió a voz en grito.

Se le aceleró el corazón y la garganta se le secó de golpe. Apretó los puños y cerró los ojos, poniendo todas sus esperanzas en la voluntad divina y en que esa fuera la resolución que esperaba. No resistiría una negativa más.

María le entregó el sobre, mirándolo con solemnidad. Sabía que era muy importante para su hermano, tanto que en los últimos meses había perdido peso e incluso el buen humor que lo caracterizaba. Esperó a su lado, juntando las manos, concentrada en el recorrido que hacían sus ojos al buscar la respuesta a sus plegarias y a todos los ahorros que Anita y él habían gastado.

Tras unos segundos de tensión y silencio, Jaume tragó saliva. Estrujó la misiva en su pecho y alzó el mentón, aspirando el aire turbio de una casa que, de repente, le parecía serena, hasta luminosa.

—Por Dios, Jaime, que me tienes en ascuas, ¿son buenas noticias? —preguntó María, casi rogándole, utilizando el nombre en castellano por el que habían empezado a llamarlo en muchos sitios.

Él la miró, y de sus ojos se desprendieron las lágrimas de un hombre valiente al que no le daba vergüenza mostrar su emoción. Resopló varias veces y abrazó a su hermana, que, contagiada por él, también se echó a llorar.

—Me alegro por ti, cariño —dijo, acariciándolo—, te lo mereces tanto… Os merecéis toda la suerte del mundo. Podéis llevar la cara bien alta y solo espero que seáis felices siempre.

—Muchas gracias, hermana. Voy ahora mismo a avisar a Anita. Quiero que pongamos fecha para nuestra boda hoy mismo —dijo él, despidiéndose de María.

Unos meses después, el 25 de julio de 1942, contraían matrimonio en la parroquia de la Virgen de los Dolores, en el barrio de Sants, ante la emoción de unos y la resignación de otros, que acataban lo que la Santa Madre Iglesia había dictaminado, valiéndose de la firme convicción y el indulto que otorga un puñado de dinero.

El convite, como era habitual en las familias humildes, se celebró en casa de los padres de Anita. Allí festejaron el enlace junto a los suyos y allí se entregarían como marido y mujer por primera vez, uniéndose en uno solo.

—Enhorabuena, muchacho —le dijo José.

—Gracias, tío —contestó Jaume, alzando la copa—. Hoy es el día más feliz de mi vida.

—Ahora también soy tu suegro, no lo olvides. Y recuerda esto —se acercó al oído de Jaume como si quisiera confesarle algo—: por lo que has pagado para poder casarte con mi hija, en Arabia te

agenciarías varias mujeres y todas te harían más caso que ella.

A Jaume le extrañó el comentario y pensó que José iba achispado y se le había soltado la lengua. Era un hombre serio aunque le gustasen las bromas.

—No me mires así, chico. Anita es mucha mujer y nunca te obedecerá del todo —sentenció, enseñándole los dientes en una sonrisa abierta—. Aunque creo que te quiere más de lo que nunca habría imaginado. ¡Ven aquí! Un abrazo. —Lo acogió entre los brazos mientras soltaba una carcajada que corroboraba el perjuicio que el vino había provocado en su voluntad.

Jaume se dejó llevar. Era su día. El de Anita y él, y nada ni nadie podría enturbiar el paso que acababan de dar.

Unos se iban y otros llegaban al piso de la calle Riego, ahora Zumalacárregui en honor al general carlista, después de la victoria de Franco. Y en esos movimientos que acontecen en las familias, María, la única hembra de Domingo y Mariona, ya había contraído matrimonio. El afortunado era Amable Josep, un joven viudo, veterano de guerra, que había perdido mujer e hija en el alumbramiento, y que aceptó de buen grado instalarse con el clan Vica.

Minguet había superado la veintena y, para sorpresa de su familia, se había ennoviado. Manela, que así se llamaba, era el espíritu del hambre. Delgada en exceso, de gesto afligido y poquita cosa, deambulaba por la casa como un fantasma. Para todos pasaba desapercibida. Incluso para su novio, al que no se le veía un cariño expreso por la relación.

Nunca había buscado trabajo. Siempre al cobijo de la matriarca, su abuela, no lo habían dejado madurar como habían hecho sus hermanos, aun a la fuerza. Le interesaban más las tabernas y los prostíbulos que formar una familia. Las quejas continuas de su madre y de sus hermanos lo habían forzado a emplearse en una carpintería en la que se encargaba de la sierra de mesa. A duras penas cumplía con su jornada y en más de una ocasión había sido amonestado por vago.

Excéntrico, alcohólico y fumador, la semanada se iba en vicios y en las invitaciones a los efímeros amigos que se arrimaban a él. Y, entre esas singularidades que alimentaba ya desde niño, estaba una excesiva compasión por animales o personas que encontraba en la calle y recogía.

Una mañana, Margarita y María discutían sobre las dificultades para hacer frente a los pagos y las obligaciones que había en la casa. En la trifulca, como tantas otras veces, salía a relucir su nombre:

—Siempre te quejas de él. Déjalo tranquila, mujer. Tú a lo tuyo

y cada uno a lo suyo —dijo Margarita.

—Claro, qué fácil le parece a usted todo. Flojera y vicio, eso es lo único que le gusta a este holgazán —replicó María, tras poner en conocimiento de su abuela que, una vez más, su hermano no aportaba el dinero que tenían acordado.

—¿Acaso no ves que el sueldo no le da para más?—lo excusó Margarita—. Anda y no des más la murga con eso.

—¿Y el gato negro? ¿Qué me dice del gato negro del otro día? ¿Cuándo va a dejar de llevar la tía Angelina un bicho lleno de pulgas en lo alto del hombro, como si fuera un loro? ¿Estamos locos o qué? —preguntó enfurecida, sin esperar respuesta alguna.

—Aunque parezca ridículo, peores cosas he visto. Como por ejemplo tu hermano casado con una prima carnal. Casi un incesto —Margarita aprovechó para expresar la rabia con la que pensaba en aquella pareja de tortolitos pecaminosos—. Y a tu tía el animalito le gusta, qué le vamos a hacer—añadió con una risa burlona.

—No me ofende, abuela. Y esto no puede quedarse así —gruñó María, golpeando la mesa.

—¿El qué no puede quedarse así?—se oyó después de un portazo.

Las dos permanecieron en silencio, les violentaba que Minguet las hubiera escuchado. El menor de la familia Roig Moreno era de esos que, mostrándose en calma, se encolerizaban por cualquier cosa.

—Hablábamos de la organización de la casa y de las aportaciones que todos debemos hacer para que esto funcione, de eso hablábamos —se sinceró María, plantándose frente a su hermano, brazos en jarras, cuando de repente se vio sorprendida por la presencia de una extraña que los miraba desde el vano de la puerta—. ¿Y esta mujer? —lo interrogó, señalándola con el dedo.

—Ella es Isabel. Isabel, estas son mi abuela y mi hermana—dijo Minguet, gesticulando en una y otra dirección—. Ya irás conociendo al resto —añadió ante el estupor de las presentes.

—¿Y eso qué significa? —se adelantó Margarita, escrutando a la recién llegada sin pizca de disimulo.

Se trataba de una joven bajita, menuda y de facciones armoniosas que sonreía, avergonzada por el análisis visual de ambas. Sus ojos eran oscuros, grandes y expresivos. Tras el moño se intuía una melena castaña. Pero no se habían sorprendido por su figura, sino porque se acariciaba el vientre respingón que le empinaba el vestido. Estaba encinta.

—¿De dónde sales, muchacha? —preguntó María, acercándose a ella.

—Pues de aquí y de allá, y de ningún sitio —contestó Minguet en su lugar, situándose delante de Isabel en un gesto protector—. Le

he dicho que se puede quedar aquí hasta que tenga a la criatura.

—¡Tú estás loco de remate! ¿Acaso no ves que aquí ya no cabe un alfiler y que no somos las hermanitas de la caridad? ¿La vas a meter en tu cama contigo? A ver qué piensa tu novia cuando venga.

—Se queda aquí, la cama de Jaume está libre —dijo Minguet, convencido de una decisión que no iba a debatir con nadie.

—¿Acaso no tienes familia, chica? ¿Te han echado de casa y aquí el buen samaritano te ha recogido de cualquier esquina?—se dirigió María a la joven, ignorando las palabras de Minguet—. Para que lo sepas, el irresponsable de mi hermano no tiene dos dedos de frente y esta casa no es suya. Además, aquí no hay camas libres. La de Jaume la ocupo yo desde hace algunos meses. Ni cuenta te has dado, ¿verdad, hermanito? Podemos ayudarte, si quieres, a buscar un sitio —añadió, bajando un poco los humos—. Preguntaremos en la parroquia, a ver si hay algún lugar donde…

—¡Se queda aquí, he dicho! —gritó Minguet, alterado como se ponía a veces cuando discutía con Manela y esta salía del dormitorio tapándose como podía la mano que él le había marcado en la cara—. No hay nada más que discutir.

—¿Y no será mejor que lo haga antes del parto? ¿Quién es el padre de ese niño que llevas dentro? ¿Y tu familia? —preguntó Margarita, que hasta el momento no había querido intervenir.

—No tengo familia, señora —mintió ella—. Ya le he dicho yo a su hermano que no hacía falta que… —habló mirando a María esta vez.

—Isabel, no hay por qué dar más explicaciones. Cuando tengas a la criatura, ya veremos qué hacer. Mientras tanto…

—Esto es una casa de locos. ¿Usted va a permitir esto? —preguntó María a la matriarca, que parecía estar en otra parte.

—Todo tiene un motivo en esta vida —contestó la abuela Vica—. Y el tiempo coloca las cosas en su sitio. Pon orden y el orden vendrá a ti. Pon desorden y este se volverá en tu contra. Tiempo al tiempo, solo digo eso.— Tras esas frases que sonaban a sentencia, Margarita se dio media vuelta. A punto de salir de la estancia, añadió —: Esta tarde vienen unos señores y pretendo recibirlos con cierta paz. No quiero gente pululando por aquí a partir de las cinco, ¿entendido? Hay que recogerlo todo, que esto está hecho una escombrera. —Y sin esperar respuesta, se metió en su habitación.

Así quedaron las cosas durante los pocos meses que precedieron al nacimiento de una bebé que vio la luz en esa casa oscura donde faltaba el aire y sobraban almas. La casa castigada sin sol que conocía el llanto, el paso de la vida y la llegada de algunas muertes. Una casa que acogía a propios y ajenos en una familia donde sus miembros se multiplicaban en núcleos desmembrados sin identidad. Solo prevalecía



el estandarte eterno del poder y la gloria de Margarita Moreno León, la abuela Vica.

Capítulo 19

Barcelona, 1943

Anita llevaba varios días constipada. Tosía sin parar y en ocasiones la flema le subía hasta la garganta, provocándole el vómito. Lluisa, con su habitual prudencia, había tardado en preguntar, pese a la preocupación que le rondaba por la cabeza.

—Hija, ¿no quieres que vayamos a ver a don Felipe? Esa tos y ese estado de ánimo no acaban de gustarme.

—No es necesario gastarse los cuartos, madre, que no nos sobran. El médico me dirá lo mismo que estoy haciendo por mi cuenta. Es época de resfriados, nada más. ¿Por qué me mira usted así? Parece que tenga monos en la cara. He preparado el bocadillo de Jaume, lo he dejado sobre la mesa. Voy a despedirme de él y salgo rápido para el taller, que queda a un buen trecho y si pierdo el autobús estoy lista.

—¿No crees que sería bueno cambiar de faena? Sagrario, la vecina del primero, me ha dicho que hay un nuevo taller cerca de aquí que da trabajo cosiendo camisas. Podríamos probar. Así la abuela también estaría acompañada todo el tiempo, ¿te parece?

—Luego lo hablamos, madre. Que llevo prisa y…

Las arcadas aparecieron después del golpe de tos y Anita salió corriendo a la fregadera. El único aseo, construido en el balcón, en ese instante lo ocupaba su marido.

Como cada mañana, Jaume se afeitaba tatareando alguna canción, feliz de despertar junto a su mujer, de compartir sus días y sus noches con ella, el amor de su vida. No necesitaba más.

Ataviado con su camiseta blanca modelo imperio y con la toalla al hombro, entró en el salón silbando una tonadilla. Saludó a Lluisa y, al fijarse en su cara, le preguntó:

—¿Pasa algo?

Su suegra señaló con el mentón hacia la cocina y abrió mucho los ojos. No había nada que decir, al menos en presencia de Anita. En ese momento apareció ella carraspeando y recolocándose la rebeca. Acababa de vomitar lo poco que había desayunado.

—Me voy. Me llevo una manzana para después.

—¿Y la comida? —le preguntó su madre, alarmada por su aspecto.

—La comida también, que está en todo —se quejó con

sutileza—. Ni que tuviera diez años —regañó a Lluisa con cariño, acercándose a Jaume para besarlo—. Por cierto, querías ir a casa de tu madre hoy, ¿no? —preguntó a su marido.

—Sí. Si te apetece, vamos juntos. Luego tengo una sorpresa para ti —dejó caer, sin darle más pistas.

—Claro —dijo de camino hacia la puerta—. ¿Una sorpresa? —reaccionó de repente—. Bueno, ya me contarás, que no quiero perder el autobús.

Ambos la vieron partir. Menuda coqueta, con los labios pintados de rojo como cada día y la sombra de unas ojeras que no había podido esconder. Al quedarse solos, Lluisa reunió el valor que en los últimos meses le había faltado y se lanzó:

—Jaume, quería comentar contigo un asunto que me da… vergüenza. No sé ni por dónde empezar.

—¿Y eso? Mujer, que hay confianza. ¿Hay algo que no esté haciendo bien? Esta casa está llena de almas, igual que de donde provengo, pero aquí es distinto. Aquí hay un orden, una paz que pocas veces he visto a lo largo de mi vida. Un deseo de gustar y respetarse. No sé cómo expresarlo. Pero dígame, Lluisa, no se inquiete y cuénteme.

—Allá voy. —Respiró hondo, frotándose las palmas de las manos en la falda, sin saber dónde ponerlas—. ¿Vosotros habéis pensado en la cuestión de los hijos? Me refiero a…

Lluisa se ruborizó. No iba a reconocer que, a veces, en el silencio que invadía el descanso durante la noche, en el eco de las sombras se oían gemidos cuando la pareja retozaba. No pensaba confesarlo. Con su hija no había abordado más que nimiedades, pero algunos temas escabrosos le martilleaban en la cabeza desde que la dispensa les había dado permiso para unirse en matrimonio.

Jaume la miró con benevolencia, casi clemente, comprendiendo su pudor.

—Es algo que colmaría de felicidad nuestra unión, no vamos a negarlo. Y sabemos que más tarde o más temprano llegarán las preguntas, las especulaciones… En fin, contábamos con ello, todo se andará.

—Pero…

—Sé lo que va a decir—cortó Jaume—. Y aunque querríamos olvidarlo, no podemos. Anita es muy consciente de ello, y yo también, pese a que quizás me preocupe un poco menos. Somos primos carnales y lo hemos tenido en cuenta en todo momento… No sé si me explico —añadió Jaume, pintando una media sonrisa con la esperanza de no entrar en detalles con su suegra, que además era su tía.

—Sí, sí, lo sé. Bueno…, quiero decir que… Ay, madre, qué apuro —confesó la mujer, aturullada por el embrollo en que se había

metido.

—Nos encantaría ser padres. Y hemos abordado la cuestión, aunque ignoramos qué pasos habrá que dar para conseguirlo. La vida es un poco injusta. Sin ir más lejos, ahí está mi hermano. Recogió hace unos meses a una muchacha de procedencia desconocida y preñada de a saber quién, todo un enigma hasta la fecha, y la instaló en casa de mi abuela como si tal cosa. Hace unos días dio a luz una niña. En La Maternidad se encargan de estos casos, si no tengo mal entendido, pero no sé qué harán con ellas. Ahí la única que me da pena es Manela. Minguet se echa una novia para andar después tonteando con una que…No sé.

—Cierto. Yo no he querido preguntar a tu madre. Y mucho menos a tu abuela. Siempre está liada con una cosa o con otra —la justificó Lluisa, a sabiendas de que era el mal humor permanente de la matriarca lo que repelía a todos los que vivían con ella.

—Ya digo, todo un poco raro.

—¿Una niña, dices? —se interesó Lluisa, que no conocía la buena nueva.

—Sí. Eso me contó mi hermana la otra mañana. Esta tarde Anita y yo visitaremos a mi madre, que se ve que anda pachucha. Luego he pensado ir a un estreno. Al cine Fémina, que está en el paseo del General Mola. *Esta es la fecha,* se llama la película. A ver qué tal. Daremos un buen paseo, eso sí, aunque valdrá la pena.

—Pero si es martes—se extrañó Lluisa.

—Cualquier día es bueno para regalarse algo de ocio. El fin de semana cuesta más caro y siempre está lleno.

—Los jóvenes podéis con todo.

—No se crea —sonrió Jaume, echando un ojo a su reloj—.Voy a vestirme, que ya debería haber salido de casa.

—Claro, hijo, ve, ve…, que estoy aquí entreteniéndote con mis tonterías.

—Y no se preocupe por Anita. No está embarazada, si es eso lo que quería saber. Hoy mismo le ha venido la sangre —la informó Jaume para su tranquilidad—. Creo que ha debido de contagiarse de un virus que anda por la fábrica. Por lo visto, ha afectado ya a varias trabajadoras. Por miedo a quedarse sin empleo, acuden enfermas a su puesto, y luego pasa lo que pasa. Hará usted bien, tía, en convencerla para trabajar más cerca de aquí —le dijo Jaume, tratándola como lo había hecho siempre antes de que Lluisa se convirtiera en su suegra.

Después de sus respectivas jornadas, fueron juntos a la casa de Margarita. El portal estaba abierto y se dispusieron a subir los dos pisos. Desde el descansillo de la primera planta se oían voces masculinas y femeninas que se pisaban. Y entre ellas destacaba una, la

de la abuela Vica. Jaume y Anita se miraron, sorprendidos. No porque no hubiera hecho más veces alarde de su potencia de voz, sino porque en esa agitada maraña se entreveraba un llanto.

—¿Qué pasará? —dijo Anita, a la zaga de su marido en el último tramo de escaleras.

—Estamos a punto de averiguarlo —contestó él, repicando con los nudillos en la puerta—. En esta casa todo es posible —añadió, feliz por haber tomado distancia—. Vaya, parece que está abierta. Como aquí entra cualquiera y a todos se ofrece cobijo… —ironizó, y se adentró en el pasillo, siguiendo el sonido de las voces, que los llevaba hasta la habitación del fondo—.¿Hola?, ¿hay alguien?

De repente, por una de las puertas salió Manela. Enrojecida por las lágrimas que apresuradamente iba secándose con un pañuelo, los miró como quien contempla a un extraño, agachó la cabeza y pasó entre los dos a paso ligero, sin decir una palabra.

—¿Ha ocurrido alguna cosa? —preguntó Jaume.

—Ojalá y me muera, eso es lo que pasa —contestó ella, abrigo en mano, escapando de ahí con un llanto que ya no podía disimular.

—Por Dios, Jaume, vamos a ver qué sucede.

Antes de que pudiera contestar, de la misma habitación en la que se había hecho el silencio, salió Minguet. Llevaba la tacha de un cigarrillo en los labios y caminaba con torpeza. Al verlos, elevó las cejas al tiempo que intentaba sonreír, exhalando el humo sobre los rostros de la pareja.

—Sois vosotros… ¿Habéis visto a mi estúpida novia? —preguntó, masticando las palabras.

—Se acaba de ir —le contestó Anita, agarrada al brazo de su marido—. Pobre muchacha —susurró entre dientes, sabiendo que la joven se había equivocado al prometerse con el trápala de su cuñado. Todavía estaba a tiempo de retractarse, pensó al imaginarla desposada para siempre con él.

—¿Qué está pasando aquí, Minguet? —lo interrogó Jaume, tenso.

—Lo que tenía que pasar, ni más ni menos. Pero entrad. Esta también es vuestra casa, al menos hasta que la vieja decida lo contrario. No sé cómo la aguanto —profirió, llevándose de nuevo el cigarrillo a la boca.

—Anda, ve a buscar a Manela y atiéndela como es debido. Vamos, Anita —dijo a su mujer, cogiéndola de la mano.

Abrieron la puerta del fondo con sigilo, sin saber qué iban a encontrar al otro lado. Isabel estaba concentrada en amamantar a su hija, una labor que parecía natural en ella, como si la hubiera hecho toda la vida, por la destreza con la que se sujetaba uno de los pechos para dirigir a la boca de la pequeña el pezón que le procuraba el

alimento. Las manitas semiabiertas de la bebé se apoyaban en ese volcán caliente y majestuoso que la proveía y hasta esbozaba algo semejante a una sonrisa. Flanqueándola, como dos guardianas, Margarita y Mariona miraban la estampa.

—Hola, no querríamos molestar. Madre, podemos volver en otro momento. —Jaume retrocedió sobre sus pasos.

—Hemos escuchado el llanto de la criatura, pero ya se ve lo que necesitaba —añadió Anita, sonriendo.

—No molestáis. Además ya estáis aquí, ¿no? —contestó Margarita con su seco carácter de siempre—. Pero vamos fuera, que igual se le corta la leche a esta y a ver lo que pasa luego.

—Tenemos un problema —intervino Mariona—: Isabel se marcha en cuanto acabe de darle de comer a la desdichada de su hija.

—¿Y dónde reside el problema? Creía que era justamente eso lo que estaba causando ciertas… desavenencias entre Minguet y su novia. Que vaya futuro le espera si el insensato de mi hermano no se centra de una vez por todas —se aventuró a opinar Jaume.

—No has entendido nada, hijo—soltó Mariona con aires de suficiencia.

—No sé yo qué habrá que entender de una cosa tan simple como que esa muchacha se va por donde vino, y a buena hora—recriminó Jaume.

—Eso no es del todo así.

—Creo que alguien nos tendría que aclarar las cosas, ¿no les parece? —las instó a hablar Jaume.

—Habría hecho usted un favor a esta familia si desde el principio se hubiera puesto en su lugar, como sabe hacer de sobra —reprochó Mariona a su madre, mirándola con gravedad—. Este hombre nos quiere llevar a la ruina. Anoche, como si tal cosa, nos soltó que la mosquita muerta tiene familia. Marido e hijos, quiero decir. Y no pocos, por lo que contó. Que su marido, que es feriante además de un buen cornudo, estaba de viaje con unos marchantes cuando todo sucedió, no sé si me explico. Y que la gitana no podía presentarse en su casa desde que se le notó la carga, así que desapareció y hasta hoy. A ver, ¿cómo se entiende eso? —dejó la pregunta en el aire, agitando las manos en señal de desesperación.

—¿Gitana? —repitió Jaume, desconocedor del dato.

—Gitana…, paya… ¿qué más da eso ahora?

Jaume y Anita se miraron, extrañados y nerviosos. Aún no sabían qué decir cuando, por delante de ellos, pasó Isabel con gesto serio, dando a entender que lo había escuchado todo. En una de las manos llevaba una chaqueta y en la otra una bolsa de viaje demasiado ligera para ser invierno.

—¿A dónde te crees que vas? Vuelve a la habitación y llévate a

tu hija —exigió Margarita a la recién parida, señalándole con el pulgar el cuarto del que acababa de salir—. Además, ¿no piensas esperarlo? ¿Tan poca vergüenza tienes después de lo que ha hecho por ti mi nieto? —reparó la matriarca, pronunciando con mucho detenimiento esas últimas palabras.

—Entre su nieto y yo las cosas han estado claras desde el principio. Yo tengo mis obligaciones y debo marcharme —dijo Isabel con una seguridad que hasta entonces nunca había manifestado.

Podrían haberla detenido. Podrían haberla insultado porque lo que menos imaginaban, por más peculiar que fuera aquel enrevesado clan, era que se desprendiera de la carne de su carne, de esa hija que había alumbrado apenas unos días atrás. Y no hicieron nada de eso. La dejaron partir, sabiendo al oír el portazo que no volvería y que ahí abandonaba a la pequeña a su suerte. Pero ¿cuál era su suerte? Unos se sentían incapaces de concebirla. Otros ya habían sentenciado su final.

Durante unos segundos, Jaume observó a su madre, su madre miró a Anita y esta fijó la vista en la matriarca, una mujer de armas tomar que había desaprovechado la oportunidad de demostrar el poder que siempre había tenido en esa casa.

El sonido de la puerta, que de nuevo se abría, los sacó de la ensoñación que los había atrapado.

—¡¿La has visto?!—gritó Mariona a su hijo, que llegaba tan ebrio como había salido hacía un rato.

—Por favor, madre, un poquito de calma —pronunció despacio, como si las palabras le cayeran de la boca—, ¿a quién tenía que ver?

—¡A esa mujer!, que pareces tonto, ¿a quién va a ser? Aquí ha dejado a tu… Bueno, a la niña. No podemos permitirnos más gastos en esta casa. Piensa en lo que quieres hacer con ella, porque no es nuestro problema, ¿lo he dicho bien claro?

La situación se tensaba por momentos y a Anita le entraron ganas de llorar. Desde que se habían casado, albergaban una esperanza secreta, casi prohibida, de que ella se quedase embarazada. No era imposible porque, en el ímpetu de su pasión y en sus juegos amorosos, resultaba difícil contenerse y alcanzaban el límite del no retorno. Pero había vuelto a sangrar, como cada mes, y lo que a la vista de las mentes cautas era una buena noticia, ella se lo tomaba como una nueva decepción. Siempre se había imaginado como una madre porque en su naturaleza residía el deseo de cuidar. Lo hacía con su abuela, la anciana Lluisa Joana, a la que desde pequeña había ayudado en la cocina, en las tareas menores y asistiéndola en una enfermedad cruel y dolorosa que se la iba llevando de este mundo sin remedio, esa que desfiguraba sus dulces facciones.

Anita había fantaseado con una casa llena de niños riendo,

gritando, enganchados a sus faldas porque en ellas se sentirían protegidos. Y nada de eso parecía que fuera a materializarse. Se querían como los amantes infinitos, se adoraban aún sin saberlo desde que sus cuerpos se intercambiaron el calor bajo la lluvia, sellando el amor verdadero; sin embargo, su parentesco cercenaba su anhelo de trascender. Habían leído sobre ese particular y no en todos los casos el vínculo familiar era sinónimo de descendientes malformados. Pero… ¿y si tentaban a la suerte y esta no se apiadaba de ellos? El pensamiento la había sacado de ese pasillo en el que se discutía el futuro de una infeliz cuya única culpa era nacer en el sitio equivocado, exenta del cariño que los inocentes merecen por el hecho de existir.

Gesticulaban al compás de las palabras gruesas e hirientes que se iban lanzando. No podían alimentar más bocas y reprochaban a Minguet su falta de hombría y de responsabilidad por haberlos metido en esa historia que hasta la fecha solo había dado de qué hablar: una extraña, un embarazo llevado a término, una familia al margen, un abandono repentino a los pocos días del parto… ¿Acaso era él el padre de la recién nacida? Las piezas empezaban a encajar en el puzle.

De repente, una frase cogida al vuelo la devolvió a la escena en la que solo había dejado el cuerpo. Se trataba de una decisión atroz que los marcaría para siempre: desentenderse hasta que Dios se apiadase de su alma, sin ser librada del pecado original.

—¿Estoy escuchando lo que estoy escuchando? —intervino por primera vez en la gallera en que se había convertido eso.

—Cuñada, no te metas en esto, que es muy serio y no sabemos…

—¿En qué no debo meterme? ¿Queréis que esta pobre criatura, que ha llegado al mundo sin que nadie le pregunte, muera como una proscrita? ¿Acaso ya la habéis condenado? Os oigo y me parece mentira que seáis cristianos.

Anita estaba fuera de sí y, dispuesta a enfrentarse al mayor de los conflictos, se cuadró delante de esas personas que ahora le parecían extrañas e injustas, entre las que se encontraba Jaume.

—Yo he cumplido con mi deber, así que nada se me puede recriminar. —Minguet se sacó un papel del bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Margarita, acercándose al beodo de su nieto—. Trae aquí, que todavía lo vas a vomitar antes de que nos enteremos —añadió, arrebatándoselo de las manos.

Se hizo un silencio y todos fijaron la vista en la matriarca, que estaba leyendo para sí las dos líneas escritas. Nadie se atrevía a preguntar y fue Jaume quien finalmente tomó la palabra:

—¿Puedo leerlo?

Margarita lo miró, y sin mover un músculo de la cara, alargó la

mano y cedió el documento a su nieto mayor. Jaume se dispuso a revelar su contenido en voz alta:

—Es un acta de nacimiento firmada —aclaró—, y dice así: «En fecha 27 de diciembre de 1943, nace en Barcelona, en el domicilio de la calle Zumalacárregui, número 13, Josefa Roig Olaria, hija natural de don Domingo Roig Moreno e Isabel Olaria Vargas».

—¿Veis? La he reconocido. He hecho lo que había que hacer —declaró, triunfal.

—Pero… ¿entonces? —preguntó Anita, necesitando saber a qué punto les llevaba todo eso.

—Entonces nada. La madre se ha largado, como habéis podido comprobar. Y la niña…, pues no sé.

—Yo creo que lo mejor es dejarla en la parroquia y que la manden a la inclusa —dijo Margarita—. En la Maternidad de las Cortes, las monjas acogen expósitos a diario.

—Josefa no es un expósito. ¿Acaso no ha leído que está reconocida? —dijo Mariona.

—Pues sí que estás tú al día de todo esto —le recriminó Margarita, rabiosa porque su hija echase por tierra la solución que para ella era viable.

—Aquí no se lleva a nadie a ninguna parte. Lo que tenga que ser será —añadió Minguet.

—Anita, vámonos. No reconozco a esta familia —se soliviantó Jaume, agarrando de la mano a su mujer.

—Pero… —balbuceó ella, resistiéndose a abandonar el pasillo desde donde ya se oían unos gimoteos provenientes de la habitación.

Con la vista clavada en el suelo y las lágrimas salpicando el dibujo de las baldosas, Anita se dirigió hacia la puerta, con gran pena en el corazón. No podía ser que ellos fueran su familia y eso estuviese ocurriendo. No quería volverlos a ver si sucedía lo que tanto se temía.

La oscuridad y el frío de la noche envolvieron sus figuras silenciosas mientras regresaban a casa. Jaume se subió el cuello del gabán y la abrazó. Ella caminaba con la mirada extraviada.

—Cariño, siento lo incómodo de la situación. Menos mal que tú también los conoces. Y no pensé que fuera a decir esto, pero en ocasiones me avergüenzo de mi propia familia.

Avanzaban a paso ligero, como si necesitaran alejarse de aquel piso, en el que siempre faltaba el aire, para seguir respirando. El vaho que les salía de las bocas se elevaba hacia el cielo, reuniéndose con la niebla que empezaba a cubrir las terrazas más altas.

—Anita, discúlpame el despiste. Ni siquiera te he preguntado cómo has pasado el día. Te marchaste después de vomitar. ¿Te encuentras mejor? La sorpresa que pensaba darte es que fuéramos al cine, ¿te apetece?

Anita frenó de golpe y se giró hacia él, mirándolo con los ojos enrojecidos. Intentó hablar, pero sus labios apenas dibujaban algunas muecas torpes que no lograban convertirse en palabras. Y le temblaron las manos al tomar las de su marido.

—Jaume —pronunció antes de tragar saliva—, ¿eres consciente de que nunca tendremos hijos propios? ¿No en nuestra condición de primos de sangre? Así será si Dios y la ciencia nos lo impiden. Y soy feliz a tu lado, no podría serlo más. Pero… —rompió a llorar, desconsolada—, no me conformo con eso, no puedo por más que trate de alejar la idea de mi mente. Lo siento, yo… Me encuentro mejor, y no. No quiero ir al cine —respondió, apretándole las manos.

—Desearía que no hubieras venido esta tarde. No merecemos esto. —Jaume negó con la cabeza—. Sé que es difícil de asumir lo que planteas, pero…

De repente, se le abrieron los ojos tanto como la boca en un mudo movimiento, buscando las señales de Anita que conectaban con las suyas. Le acarició las mejillas húmedas y sonrió al hallar esa sintonía con la que ambos siempre habían planeado el futuro.

—Sí, Jaume. Es lo que estás pensando. Solo hay que dar la vuelta.

Como si de un baile se tratara, tensaron los brazos sin soltarse las manos y retrocedieron un paso a la vez, atrapando en la estampa un instante irrepetible; la antesala de su salto al vacío juntos. Después, impulsados por la fuerza que los unía, se abrazaron. Y la noche fue testigo de uno de los días más importantes de sus vidas.

—No hay tiempo que perder —le dijo Jaume a Anita.

—¿Crees que accederán? —preguntó ella, temiendo que el castillo que acababan de construir en el aire se derrumbase en cualquier momento.

—Lo vamos a comprobar ahora mismo.

Solo habían transcurrido unos minutos desde que dejaran a Margarita, a Mariona y a Minguet pendientes de un dictamen que habían querido esquivar. Era ruin. Eran ruines. El portal estaba abierto y Jaume tomó la delantera al subir al segundo piso.

Anita lo seguía, a pesar de sentirse fatigada y respirar con dificultad. El corazón le latía desbocado y toda ella temblaba como una hoja al viento. En unos minutos había vislumbrado el resto de su existencia y, a pocos pasos de hacer la pregunta crucial, temía que una negativa la llevara al dolor más absoluto. La había visto de refilón, moviendo las manitas y los pies al aire, ajena a su destino, y hasta había girado la cabecita hacia ella, como si pudiera verla. Y no era así, pues apenas tenía unos días y sus gestos eran instintivos. Pero se la imaginaba en sus brazos, ofreciéndole todo lo que por las circunstancias de su parentesco iba a serle arrebatado.

—¿Vosotros? ¿Otra vez aquí? —preguntó Mariona, dirigiéndose a su hijo con el semblante crispado.

—¿Podemos pasar? —pidió Jaume al apoyarse en el vano de la puerta.

—Cada día hablas más raro. ¿Qué pregunta absurda es esa? ¿Alguien te ha vetado el paso en esta casa?

Jaume negó y agachó la cabeza. Anita y él entraron pegados el uno al otro y atravesaron un pasillo que, de repente, se les antojaba angosto, casi amenazante, infinito. Mariona iba detrás, custodiándolos. Las voces habían enmudecido, también la de la pequeña. Y, alarmados, se miraron sin saber por dónde iban a empezar.

Transcurrieron unos segundos antes de que Margarita saliera de su dormitorio. Por la habitación contigua apareció Minguet. Eran familia y, sin embargo, parecían desconocidos, pensó Jaume.

—¿Y bien?, ¿qué pasa ahora? —preguntó Margarita en tono irónico, encorvándose en clara muestra de cansancio y hastío de vida.

Su cuerpo no era tan viejo, pero su alma era muy antigua. Lo había sido desde niña. Y las canas habían cubierto el color de su cabello. Ese color que siempre había pensado que no le había traído suerte y que ninguna de las hembras de la casa había heredado. Se quedó mirándolos con la profundidad que la oscuridad otorga cuando se ahonda, y sonrió, convencida de por qué habían vuelto.

—¿Estáis seguros del paso que queréis dar? —preguntó ante la sorpresa de unos y la ignorancia de los otros, que no sabían a qué se refería la matriarca—, porque esto no es un hoy sí y mañana no. Os he visto las caras. Solo era cuestión de tiempo que regresarais —añadió la mujer, valiéndose del don que llevaba años alimentando—. Pero no me miréis a mí. No soy yo quien tiene que otorgar, sino él —dijo, señalando al pequeño de sus nietos.

Anita, a la que sus padres siempre habían mantenido al margen de «las cosas» de la abuela Vica, no daba crédito: por arte de magia, acababa de predecir algo que todavía no había salido de sus bocas. Seguía temblando, encogida; el peso de las piernas le imposibilitaba moverse. La reconfortó el apretón de la mano cálida de su marido antes de dirigirse a Minguet:

—Nosotros podemos cuidar de la niña y darle todo lo que se merece. Nos la llevaríamos hoy mismo a casa.

—¿Cómo? —interrogó Minguet, dejando caer la ceniza del cigarrillo que sujetaba entre los dedos—. Esto sí que no me lo esperaba. —Esbozó una sonrisa en la que se entreveían algunas manchas fruto de la nicotina que le amarilleaban la dentadura.

Mariona se santiguó, juntó las manos y se las arrimó a la boca, como si lo que acababa de escuchar fuera la respuesta a sus plegarias

para no sentirse la persona más mezquina sobre la tierra. No tenía fuerzas para rebelarse, las había perdido todas en el pasado, achantándose ante lo que el cafre de su hijo y de su madre habían decidido, pero ella no estaba de acuerdo. Angelina y Pepa no contaban para nada, ellas iban a su aire. Vivían y dejaban vivir, algo que a la pequeña recién nacida podían no haberle concedido.

—Me gustaría…, nos gustaría hablarlo contigo, Domingo —dijo Jaume, pasándole el brazo por encima del hombro a su mujer—. Nos haría muy felices ofrecerle un hogar y una educación a… a la bebé —rectificó Jaume.

—Y todo nuestro amor —añadió Anita con un hilo de voz, queriendo demostrar el valor que le faltaba en ese momento.

—No sé —intervino la matriarca—, por mí está bien lo que decidáis. Yo no quiero estar presente en este… trato ni saber nada más antes de que acordéis lo que tengáis que acordar; así que venga, cada uno a lo suyo. —Señaló la habitación donde habían visto a la pequeña—. La niña está dormida y más vale que no nos dé la lata ahora. Entrad ahí y os arregláis —ordenó—. Mariona, vámonos a buscar agua, que no sé de dónde vamos a sacarla como esto siga así —dijo a su hija, apuntando hacia unas garrafas que siempre estaban detrás de la puerta—. Venga.

Terminaba 1943, un año que ni los Roig ni los Moreno olvidarían jamás.

En pocas horas, se habían obligado a encajar las piezas de aquel puzle, aunque el precio que hubiera que pagar por ello fuese muy alto.

Esa tarde, después de las palabras justas entre los hermanos, la decisión se hizo firme y el destino de sus vidas cambió para ser reescrito. Domingo Roig Moreno, el que había puesto su semilla, habría preferido dejar morir a su hija antes que entregarla a un hospicio. Isabel Olaria, la madre biológica de la inocente, había cerrado una puerta que nunca debió abrir. Y Margarita y sus hijas se limitaban a ser espectadoras de una historia que acababa y de otra que no hacía más que comenzar.

Jaume y Anita cumplían así su deseo: se convertían en los padres de Josefa Roig, la niña de sus ojos que culminó de amor sus vidas hasta el final.

Capítulo 20

Villavicencio de los Caballeros, 1943

Fausto Rodríguez, el tercer Fausto, había cumplido seis años y todo apuntaba a que lo peor ya había pasado. El pequeño viviría una larga vida como todos, si nada se torcía en su destino.

Beridiana era su sombra a todas horas; incapaz de quitarse el miedo, lo protegía en exceso. Fausto gozaba de buena salud aunque se criaba enclenque. Era su naturaleza. Y corrían tiempos de escaseces en una España resquebrajada en su esencia, que se removía entre sus cimientos buscando con qué alimentar tantas bocas como habían sobrevivido. Mientras, en Europa, la Segunda Guerra Mundial seguía provocando devastación y muerte.

En las grandes ciudades de un país que se había proclamado neutral, las posibilidades de subsistir parecían mayores y la industria daba de comer a innumerables familias, pese a que la sequía persistente en la mayoría de las provincias empezaba a evidenciar problemas difíciles de solventar. La maquinaria era el futuro y también necesitaba agua.

Germán solo recordaba su paso por el ejército cuando abría el armario y se encontraba con el uniforme que su mujer conservaba con esmero.

En escasos años, la familia se había hecho con una treintena de vacas, una docena de cerdos y otras tantas gallinas. Germán había comprado una bodega muy cerca de la casa. Era su propósito desde joven y por fin lo había cumplido. Beridiana se encargaba de la becerrada y contaba con la ayuda de un joven burgalés que se había asentado en Villavicencio de los Caballeros tras la contienda y del que se sabía poco. Vidala se ocupaba de los gorrinos y de las aves de corral. Cada uno tenía sus obligaciones, excepto Fausto, a diferencia de otros niños del pueblo que, a su edad, ya se responsabilizaban de muchas tareas adultas.

Germán salía con la primera luz del día, habiendo comido una sopa de ajo que todas las mañanas preparaban, y regresaba al ponerse el sol. En su zurrón no faltaba una hogaza de pan moreno, que horneaban ellos mismos, tocino curado, queso y vino de la tierra. Lo mismo en verano que en invierno, esa era su rutina. Con él iban varios braceros, a los que pagaba con unas monedas y algunos terrenos para que pudieran cultivarlos y autoabastecerse.

La alegría de tener un varón había sido mucha, aunque pronto se vería mermada por la falta de atenciones que veía en su mujer. Todos los cariños y arrumacos se dirigían a un único destinatario, y ese era el pequeño Fausto, que siempre iba detrás de su madre como un polluelo buscando el cobijo bajo el ala protectora. Beridiana recurría a excusas cada vez más enrevesadas para mantener a raya a Germán, lejos de las tentaciones de la carne. Hablaba de la virtud del espíritu y rezaba a diario, encomendándose a sus muertos, a su madre, a su padre, a sus hermanos y a los pequeños que nunca pudo criar.

Y en ese afán de protección desmedida hacia el chico, Beridiana también había desatendido la crianza de su hija y las necesidades que esta empezaba a reclamar por ser mocita.

La joven vivió con pánico la noche en que, tras algunos días de malestar en la tripa y de ganas de vomitar sin venir a cuento, había teñido de rojo la ropa interior y el camisón. La chiquilla se presentó en el cuarto de sus padres, anunciando poco más o menos que iba a morir desangrada, y mostró a su madre la mancha que se había extendido en la parte delantera del camisón. Germán la miró con pena y Beridiana rio por primera vez en mucho tiempo, una reacción poco afortunada para una niña que desconocía lo que le estaba pasando. Luego, se levantó, fue a buscar unos paños limpios, acompañó a su hija hasta el patio, sacó agua del pozo y la obligó a asearse sin que el agua alcanzara sus partes, que no se podían mojar.

Vidala lloraba, avergonzada de su propio cuerpo, y muerta de frío se lavaba, cabizbaja, maldiciendo eso que le estaba ocurriendo. Oía la ristra de consejos de su madre, que le advertía que a partir de entonces tuviera cuidado con los muchachos del pueblo, que no dejara que ninguno se sobrepasase y, mucho menos, que la tocara por donde salía la sangre; pero apenas le prestaba atención, ni siquiera cuando escuchó una frase que no acabó de entender y que no se preocupó de discernir en ese momento: no debía traer una barriga a casa. Renegaba de esa sangre oscura, caliente y viscosa que le producía un dolor punzante bajo el vientre y que, para colmo de males, se repetiría cada mes.

Las pandillas de zagales se juntaban por barrios: en el paseo, en la plaza mayor o a los pies de las ruinas de la iglesia de San Pelayo, de la que solo quedaba una mole de ladrillos que algunos llamaban el Faro de Campos por su tamaño y majestuosidad. Días después de lo que había sucedido, Vidala hizo un aparte con las muchachas y les contó el episodio. Haberse convertido en mujer fue motivo de atención y respeto. Al parecer era la primera. No recordaba haber sido centro de interés de nadie desde que su memoria alcanzaba, y esa sensación le resultó agradable. También que algún muchacho se le acercara más de la cuenta.

Esa tarde, Vidala llegó feliz a casa. Su madre estaba esperándola detrás de la puerta, con los brazos cruzados y enfurruñada.

—¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas? —le preguntó, dando una zancada que la situó a pocos centímetros de su hija.

—Del paseo, madre. ¿De dónde va a ser? —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Y tu hermano?

Los nervios se apoderaron de Vidala. Entre sus obligaciones estaba la de atender a Fausto y hacía mucho rato que no sabía nada del pequeño. Lo había dejado jugando con otros niños algo mayores que él, cerca de la Casa del Priorato, donde las monjas. No había vuelto y, si lo hubiera hecho, el muy chivato se habría quejado del abandono de su hermana. Buscaba alguna razón con la que excusar su descuido cuando un golpe seco y sonoro se estampó en su mejilla. Vidala se tocó, sorprendida por un picor que pronto se transformó en calor. Le ardía la cara. También de rabia. La reacción de su madre, que siempre le había profesado un afecto más bien escaso, era exagerada.

¿Dónde podía estar el niño, si aquel era un pueblo en el que todos, más o menos, se conocían? Cierto que, en los últimos años, las lindes habían crecido y el número de almas rondaba ya casi el millar. Por ende, las actividades comerciales habían aumentado. Tenían carnicería, panadería, dispensario médico y tres bares, entre otros servicios. Ese pueblo agrícola y ganadero sobrevivía a los primeros años tras la guerra mejor que lo hacían las ciudades.

—Madre, yo…

—¿No te da vergüenza andar por ahí, mostrándote como una fresca, mientras dejas a tu hermano a merced de quién sabe qué peligro?

Vidala honraba a su madre y a su padre, tal cual decía el cuarto mandamiento de la fe católica, pero algo en sus entrañas se rebeló. No podía seguir toda la vida a la sombra de su hermano, siendo ella la mayor. No debía permitirlo.

—No tengo nada de qué avergonzarme —respondió, adelantando el mentón—, así que no me venga con esas porque no se lo…

—Atrévete a decir una sola palabra más y te cruzo la cara otra vez. Descarada, que eso es lo que eres. Ni cuidar de tu hermano sabes hacer bien.

La relación con su madre no era nefasta, aunque tampoco podía igualarse a la de otras muchachas que veían en sus progenitoras el refugio en el que guarecerse ante cualquier incidente. Vidala era

observadora y aprendía sobre la marcha. Sabía de letras y de números más que todos los muchachos de su pandilla juntos. Sin embargo, era mujer, algo que parecía ser un impedimento para llevar las cuentas de la casa. La joven ansiaba que alguien la rescatara de la cárcel en la que se sentía atrapada, y en sus sueños se acariciaba hasta estremecerse con sacudidas que surgían en su centro y se extendían por todo el cuerpo.

—Voy a buscarlo—dijo al fin, girando sobre su eje para desaparecer.

—Más te vale que no se haya hecho daño. De lo contrario, no quiero ni imaginar…

Las palabras de Beridiana, pura amenaza, ya no se oían. Vidala caminó a paso ligero durante unos minutos por todo el pueblo, rezando por encontrar a su hermano en cada rincón al que se asomaba. Y nada. El niño no aparecía. Era invierno y ni siquiera iba muy abrigada, por lo que el frío ya le calaba los huesos. Sin embargo, estaba sudando. Y el sudor frío se le secaba en la ropa, haciéndola tiritar. Ya no sabía dónde mirar ni a quién preguntarle. Solo unos zagales que jugaban al escondite y que tendrían algunos años más que su hermano le dieron alguna información:

—Estuvo con nosotros al principio, sí. Pero no quería esconderse y se sentó un rato en aquel poyete —explicó el que llevaba la voz cantante en el grupo.

—¿Y después? —interrogó Vidala con un hilo de esperanza.

—No sé —dijo el chiquillo, encogiéndose de hombros—, le dijimos que se fuera para casa.

—A casa no ha llegado, al menos hasta hace un rato.

—Siempre está haciendo dibujos con un palo en el suelo. Él dice que son pájaros, pero no estoy muy seguro. —El niño sonrió, dejando ver los huecos de su dentadura.

La joven sabía de la fijación de Fausto por aquellos animalillos chillones que, por algún motivo que desconocía y que la llevaba a lo irracional, ella siempre había temido. Su madre prohibía machaconamente al pequeño que fuera al sitio donde de repente Vidala intuyó que podría encontrarlo. Corrió en dirección a su casa y la bordeó hasta llegar al portón trasero, donde las vacas. Dio unas zancadas y se plantó delante del viejo palomar. La construcción, de no más de ocho o diez metros de diámetro, era obra de su abuelo Bernabé, fallecido el año antes de que ella naciera. Había pasado dos meses después de que Pelaya, su abuelastra, también dejara este mundo.

Respiró hondo, se llevó las manos al pecho y se encomendó a lo divino por si al entrar no lo hallaba. Cerró los ojos, empujó la puerta y las bisagras chirriaron. Necesitó unos segundos para acostumbrarse a

la penumbra y ver por primera vez el interior. Dos alturas separadas por un suelo de madera y un hueco por el que se colaba la luz que provenía del tejado. Sobre las piedras que conformaban la pared, se apreciaba unas pequeñas hendiduras circulares. Eran los nidos de las palomas. Los que alcanzaba con la vista estaban vacíos, pero el zureo de fondo indicaba que no se encontraba sola.

—Qué asco, son como tumbas minúsculas —dijo en voz alta. Mientras se giraba, las suelas de las zapatillas se impregnaron de la amalgama de paja y excrementos viscosos.

Miró hacia arriba, evaluando la seguridad que le daba la escalera para ascender hasta la plataforma de palos entrelazados que tenía encima. Maldijo varias veces antes de pronunciar su nombre:

—¡Fausto! ¿Estás ahí?

Esperó, pero solo se oía el silbido desacompasado de varias parejas de palomas que permanecían junto a sus pichones. Hasta que un movimiento de paja sobre su cabeza la alertó.

—¿Fausto? ¿Eres tú? ¿Quién está ahí?

Nadie contestaba, y Vidala empezó a sentir miedo. Tragó saliva, respiró hondo y, reculando en dirección a la puerta, amenazó al aire:

—Salgo en busca de la benemérita ahora mismo.

Unos segundos más tarde, cuando Vidala había abierto la puerta del palomar, sonó una voz:

—Soy yo, Fausto. No me entregues a los guardias.

El compás de su respiración se paró. Segura de haber escuchado bien, se giró y, con la valentía que da el enfado, se apresuró a subir por la escalera. Al llegar arriba, se lo encontró de frente, con el miedo y la alegría dibujados en su cara a partes iguales; derecho como una vara, trataba de esconder algo entre las manos. Vidala se acercó a él, dispuesta a abofetearlo:

—Eres un desgraciado. Te estrangularía aquí mismo si pudiera, te lo juro. Por culpa tuya, me he llevado un bofetón que solo mereces tú. ¿Se puede saber qué haces aquí y por qué no esperaste a que yo volviera de mi paseo? Abre la mano y enséñame eso, anda —lo reprendió, empujándolo.

Fausto no hablaba y sus muecas, más bien burlescas, parecían una afrenta. Era pequeño, sí, pero se sabía el preferido de la casa; el que todo lo conseguía a la primera; al que todos miraban como lo que era: un superviviente. Y movido por el instinto que le nacía de las entrañas, llevaba días pensando cómo llegar hasta el lugar donde ahora estaba, con el propósito de retorcerle el pescuezo a los pichones y ver qué se sentía.

A Vidala la recorrió un escalofrío al comprobar que a los pies de su hermano había un montoncito de crías muertas.

—Eres perverso… y asqueroso. ¿Cómo se te ocurre hacer esto?

El niño se encogió de hombros, sonriendo. Había poco que decir.

—Padre lo hace, me lo ha dicho. Además, es divertido, y estará contento al verlos. Ahí he metido más. —Giró la cabeza hacia un saco que había detrás de él.

Vidala lo llevó a casa esperando que su madre reparara en el menosprecio que había tenido con ella y que, al menos en esa ocasión, el malicioso de Fausto cargara con la reprimenda que le correspondía.

Los padres se alegraron de que su hijo estuviera sano y salvo, y el desaguisado con los pichones se saldó con unas palmaditas en el hombro, con las que Germán premió la hombría temprana de su vástago.

Ante esa estampa, Vidala agachó la cabeza, impasible, recogiendo los reproches que, bien con palabras, bien con gestos mudos, recibió de sus padres, y comprendió que nada de lo que hiciera el pequeño sería reprobado.

Desde aquella tarde, los hermanos se miraron como extraños, no reconociéndose en el vínculo que los unía como familia. Vidala entendió que Fausto, el hijo deseado de su madre, próspero, dichoso y portador de buena suerte, ganaría todas las manos de una partida en la que llevaba las mejores cartas.

Barcelona, 2021

En lo personal, me sentía maravillada, si puede usarse esa expresión, volviendo atrás en el tiempo para dotar de vida los recuerdos de aquel pequeño diablillo que crecía en tierras vallisoletanas. En un primer momento, había consultado la etimología del nombre, algo que me entretengo en buscar como una curiosidad más. Y, aunque en algo se asemejaban los adjetivos sobre su origen latino al particular personaje de Fausto que estaba dibujando con ayuda de los datos y a la historia que precedía a esa parte de la familia, la esencia de aquel niño de ojos verdes y mirada esquiva y tragicómica que arrastraba el alma de dos difuntos era muy distinta.

Todos podríamos señalar entre los nuestros al que representa el mal y el daño, al egoísta, al interesado, al cobarde, al sumiso, al inconsciente que, a cualquier precio, rompe los lazos de sangre que ni siquiera el tiempo logra restituir. Me acordé de mi propia familia, de los feos remiendos que tapan bonitos agujeros, como decía mi abuela, que nadie pudo cerrar. Y me vino a la cabeza la leyenda de *Fausto* de Goethe que tanto tardó en gestarse, al igual que él, el pequeño verdugo de pichones indefensos. El tema había salido a relucir de una forma natural en esas conversaciones que tenemos nosotros, los escritores, cuando las dudas y el maldito síndrome del impostor nos

atrapan, aunque sea por un segundo, recordándonos que este lugar no es el nuestro. Tras la crisis momentánea y sorprendida por no haber caído antes en el detalle, resultaba imposible no acercarme a las páginas de la magistral obra.

En aquellas fechas, Fausto había ido en busca del conocimiento y había renunciado a la integridad que otorga la niñez, emulando al personaje del célebre autor. Había matado una docena de pichones a cambio de qué, me pregunté. ¿Del reconocimiento de sus mayores? No me convencía. ¿Quién había guiado al pequeño hasta el exterminio de aquellos animalillos vulnerables? ¿Quién había sido el Mefistófeles de mi Fausto? Aún no tenía las respuestas, aunque no pararía hasta averiguarlas. O quizás las encontraría de repente.

Volvía a la escena del palomar, creo que con el propósito de rescatar a la joven Vidala, la eterna arrinconada, de las fauces del perenne inocente en que se había convertido su hermano menor. Jugaba con ventaja, lo sé, ya que conocía lo que llegaría después. Y cerré los ojos, dejándome llevar.

Pero detuve mis pasos. No estaban allí, aunque podía escucharlos. Las voces de Beridiana reprendiendo de nuevo a su hija mientras él, el que quizás ya había vendido su alma al diablo aun sin saberlo, era agasajado por sus mayores. Aquella tarde no se había hecho justicia, pensé al verlos. Ni aquella ni otras muchas en las que cada uno iría formando sus propios sueños, lejos de allí.

Capítulo 21

Barcelona, 1943-1947

Aquella noche, Jaume y Anita no habían ido al cine. Tenían algo que explicarle a la familia y era muy grande. Algo que nadie podía imaginar horas antes y que ni siquiera habían pensado en consultar con el resto. Camino del piso de San Medir, los pensamientos se agolpaban en las mentes de ambos y un ciclón interior les provocaba un vértigo desconocido. No podían ofrecerle a la pequeña nada material. Ni una cuna, ni unas ropas, ni el alimento que cada pocas horas reclamaba. Tan solo el amor que se encontraba en sus corazones desbocados.

La conversación que tuvieron a solas los dos hermanos nunca llegó a trascender y la entrega, como así la había denominado Margarita, fue al día siguiente. Nadie supo discernir si los gestos de Minguet eran de resignación, de alivio o de la merma que caracterizaba la ausencia de alcohol en su sangre. El momento se produjo ante la atenta mirada de las mujeres de la casa, que observaban con recelo a Anita. La niña se removía incómoda entre sus brazos inexpertos, y la joven sudaba y sonreía al mismo tiempo, viéndose extraña, fuera de su cuerpo, avergonzada por la inseguridad que la atenazaba y que parecía culparla. Y solo podía mirar a la pequeña que, tras unos pucheros y varios espasmos, arrancó a llorar. Los hermanos habían vuelto a desaparecer y ella, sin su esposo, se sentía sola.

—Ese llanto es de hambre —dijo Mariona, tratando de tranquilizarla en vano—, es inconfundible —se reafirmó ante la mirada de auxilio que le lanzaba su nuera.

De todas ellas, era la única en quien había depositado un hálito de esperanza. Incluso conociendo lo que estaba dispuesta a consentir de no haber intervenido ellos, sometida al yugo de una madre dominante, Anita atisbaba su bondad.

—Todos los niños lloran. No saben hacer otra cosa. Eso, comer y cagar. Tendrás que acostumbrarte cuanto antes —dijo, señalando a Anita con el dedo—. No veo el biberón —añadió tras rebuscar en la canastilla que habían preparado con las cosas de Josefa. Una cestilla en forma de cofre de tela azulona, que, por el desgaste de los cantos, no debía de ser nueva—. El descabezado de mi hijo no ha puesto ni el biberón que traía la gitana. De sobra sabía esa lo que pensaba hacer

nada más parir.

—¿Pero era gitana? —preguntó Anita por curiosidad.

—No. Creo que no, pero la bautizamos así. Hemos averiguado que vive en las barracas, aquí en Sants, no muy lejos, por la riera.

—¿Y cómo es que usted sabe tanto de ella, tía?

—Valgo más por lo que callo y por lo que sé que por lo que hablo —le contestó Mariona con una sonrisa triste—. Voy al cuarto, y me da igual interrumpir a esos.

Avanzó por el pasillo y, cuando se disponía a abrir la puerta, la manija se giró. Los hermanos se desconcertaron al toparse con ella. Parecía que habían librado una batalla.

—No sé qué será eso tan secreto que no podéis hablar delante de nosotras —recriminó su madre, brazos en jarras—, lo mismo da. No será tan importante —se contestó a sí misma, pasando entre los dos—. La niña llora, tiene hambre y yo tengo mucho trabajo, así que acabemos con esto de una vez. Domingo, ¿dónde has dejado el biberón que puse aquí anoche?

—A mí qué me cuenta, madre. Yo no he visto ningún biberón. Pregúntele a Manela.

—¡Pero si ni ha estado contigo la pobre desgraciada! —le gritó a su hijo, harta de su falta de responsabilidad—. ¿Acaso no lo ves ahí, tirado en el suelo? No sé cómo aguanto tu torpeza y todos tus vicios. Cualquier día se te acaba la bicoca y te pongo de patitas en la calle.

Minguet agachó la cabeza ante la única persona que podía achantarlo, aparte de su abuela Margarita. Salió del dormitorio, cruzó el pasillo y pasó entre las mujeres. Ni un gesto, ni una mirada al pequeño bulto que se removía en brazos de su prima hermana. Sin despedirse de nadie, cerró la puerta y desapareció escaleras abajo.

—Tomad. Esto es todo lo que os podemos ofrecer para la pequeña —se disculpó Mariona—. Ya sabéis cómo es —añadió, refiriéndose a Minguet—, no se lo tengáis en cuenta. En el cesto van dos mudas y unas gasas viejas. Lo demás habrá que comprarlo. Y si en algo os puedo ayudar… —pronunció bajando el tono.

—Gracias. Desde este momento nos encargamos de ella. Hoy mismo iremos a por lo más urgente —dijo Jaume, echando la mano sobre los hombros a su mujer—. Esto es lo más grande que nos ha pasado jamás. La cuidaremos como a una hija y haremos lo posible para que crezca feliz —dijo con voz quebrada y ojos llorosos—. Y no se preocupe, vendremos regularmente de visita.

Anita ya no escuchaba. Miraba a la niña, que acababa de dormirse por primera vez en sus brazos. Apretó los labios y agachó la cabeza, tratando de evitar lo que ya era imposible. Las lágrimas le rodaban por la cara, muriendo en la toquilla que envolvía a la bebé. Esta, ajena a todo lo que le concernía, parecía soñar con los ángeles.

—Estoy muy nerviosa, ¿podemos irnos ya? —logró pronunciar con la voz rota—. Creo que le daremos de comer en casa.

—Claro, marchad tranquilos. Aquí no le esperaba nada bueno —se lamentó Mariona, visiblemente emocionada.

La sensación de ahogo fue disipándose a medida que se alejaban del piso oscuro que se llevaba el aliento y las esperanzas de quienes vivían en él. Y al salir a la calle sintieron el aire fresco en las mejillas. Ambos respiraron a la vez con esa sincronía que existía entre ellos.

El matrimonio y la niña llegaron a su hogar, donde los esperaba la familia, la otra familia que siempre los había protegido. Braulio, el músico, les entregó un regalo que habían comprado entre padres y hermanos. Y todos los abrazaron, dándoles a entender, entre risas, que a partir de entonces sumarían uno más. Si bien era recibida con mucha ilusión, despertaba en ellos algunas preguntas, y Jaume y Anita se las respondieron. Todos conocían el extraño caso de la gitana embarazada que Minguet había llevado a su casa con razones poco sostenibles, aunque nunca imaginaron el final de aquel capítulo en la vida del pequeño de los Roig Moreno. La pareja evitó referir las nefastas propuestas que habían hecho, aquello quedaría para el olvido. No querían que nada ensombreciera ese momento.

A pesar de la naturaleza tranquila de Pepita y de la buena suma de horas que dormía por las noches, ni Jaume ni Anita lograron conciliar el sueño hasta semanas después, cuando el agotamiento empezó a hacer mella en sus obligaciones. Uno u otro, o ambos a la vez, comprobaban a cada rato que todo seguía bien, que la niña respiraba y que aquello no era un espejismo. La criatura descansaba de costado, con la cara hacia la cama del matrimonio. Y ellos la contemplaban, absortos por el milagro que era tener a ese ser vivo que les parecía perfecto. Solo habían pasado unos días y ya había emergido el vínculo que los convertía en una familia.

La pequeña Josefa, Pepita para todos, acababa de celebrar su quinto cumpleaños. Un lustro desde aquel día en el que a Jaume y a Anita les había cambiado la vida. Y como cada mes desde que podía acordarse, la pequeña de ojos claros y sonrisa eterna se sentaba en la butaca favorita de su padre para mirar a través de los cristales que daban a la balconera, esperando la hora de irse.

Pepita era lista, dispuesta, obediente y observadora. Muy observadora. Y, aunque nunca había presenciado una palabra más alta que otra entre sus padres, sabía que aquellas visitas no eran de su gusto. Los alteraba, sobre todo a su madre, que ya desde temprano se ponía nerviosa. La niña no sabía cómo explicarlo, pero sentía como si las tripas se le hicieran un nudo. Llegaban allí, los tres en silencio, y

nadie parecía alegrarse de verlos. Un saludo, sonrisas forzadas y, rara vez, algún beso. La abuela Vica enseguida se escondía en aquella sala de cortinas moradas y tupidas y de decoración extraña, a la que los niños tenían prohibido pasar. Amable Josep, el marido de su tía María, casi nunca estaba; aunque, cuando lo veía, él se mostraba cortés. El nombre le hacía mucha gracia. Sus primos, hijos de la tía Manela, la miraban de reojo, malcarados, dándole a entender que no era bienvenida. Y Pepita, sujeta a la mano de su madre desde que entraba, rehuía al tío Minguet, que aparecía por sorpresa, observándola con aquellos ojos que le provocaban miedo. No soportaba que le despeinara las coletas y siempre acababa haciéndolo. Delante de él, dejaba de respirar. Olía fuerte, a una mezcla de humo, alcohol y sudor rancio, y a ella le daba asco. De cara huesuda, dientes oscuros y aspecto descuidado, resultaba repulsivo, aunque en otro tiempo había tenido buena presencia. Sin embargo, su padre solía encontrar algo de qué hablarle e incluso le ponía buena cara.

Al poco de estar allí, llegaba la mujer morena y sonriente que la miraba con lupa, como si estuviera buscando en su cuerpo algún desperfecto. Luego abría los brazos y la animaba a acercarse para estrujarla con fuerza. Pepita cerraba los ojos y aspiraba el olor dulce e intenso que desprendía su cabello. Anita, forzando la compostura, no se despegaba de la niña y, aunque trataba de disimular la rabia, el rostro se le arrebolaba hasta el cuello. La mujer le hacía preguntas y Pepita, educada como era, le contestaba. Como la mayor ni conocía algunas de las palabras que la chiquilla usaba, le entraba la risa, igual que a los niños que la acompañaban en cada visita, porque nunca iba sola. Pepita oía, pero no quería escuchar. La señora le mostraba de forma insistente a los pequeños y los nombraba con la palabra «hermanos», incluyéndola a ella, algo que la desconcertaba. Era guapa, pensaba Pepita, y muy pesada; y era la única que se tomaba la molestia de darle dos besos. Después de un rato, se reunía con su padre al final del pasillo, en la única ventana que había en aquella casa y por la que ya no se veía nada. La abuela Vica, en uno de sus arrebatos, la había pintado de oscuro.

—Pepita está muy bien, ya sabe leer y escribir casi todo. Es una niña muy lista —presumió Jaume una vez más—, queremos que tenga estudios. Por suerte, corren otros tiempos.

—No hace falta que lo digas, solo hay que ver cómo la lleváis vestida y cómo contesta. Parece una niña rica —dijo Isabel, desviando la mirada hacia los niños que llevaba agarrados—, yo no habría podido darle tanto. De todos modos, me gustaría que al menos los hermanos siguieran juntándose…

—Eso será cosa de ellos. Dejemos que lo decidan mientras crecen —respondió Jaume por cortesía—. Pepita es y será nuestra hija

por encima de todo —reafirmó, por si las dudas.

—Lo sé. Mi posición también es delicada. Esto se habló desde el principio, pero luego todo se torció. La niña se adelantó casi dos semanas, nació aquí y…, bueno, la historia la conoces igual que yo a partir de entonces. Lo único que quiero es que mi…, que vuestra hija conozca a sus hermanos y no me guarde rencor.

—Minguet nunca ha sabido cuál era el camino. Ni siquiera ahora que ha formado su propia familia. Pretendemos hablar de esto con Pepita en cuanto comprenda la situación —afirmó Jaume, escapándose de una respuesta que no estaba en su mano.

—¿Podemos irnos ya? —se oyó a Anita de fondo—, la nena se encuentra mal, creo que tiene unas décimas de fiebre.

En ese momento, Mariona salió del dormitorio de su madre y se dirigió a su hijo.

—La abuela no está bien —anunció.

—¿A qué te refieres?

—Lleva unos días que apenas come. Cuando se cree que no la ve nadie, se sujeta el vientre. Me preocupa.

—No sé en qué puedo ayudar —contestó Jaume, cauteloso—, sois vosotros los que vivís en la casa. Tendréis que llevarla al médico, ¿no?

—Ya sabes cómo es. Dice que los médicos están para rematar, y a la más mínima que se huele el plan, de su boca no salen más que lindeces. Era para que estuvieses informado, nada más, por si cualquier día nos da un susto.

Jaume arqueó las cejas. No estaba preparado para más incógnitas ese día.

—¿Qué le pasa a mi *nineta*? —Jaume se agachó para besar a su hija—, ¿estás malita?

Al rozar la frente de la pequeña con los labios, miró a su mujer. Anita hizo un mohín y se aferró al bolso que sujetaba por el asa desde que había llegado. Más nerviosa que otras veces, sus facciones hasta habían perdido el color.

—Sí, parece que le ha subido la temperatura —confirmó Jaume—. Marchémonos, no vayamos a contagiar a nadie si fuera gripe.

Pepita escuchaba a unos y a otros y ya sabía que los niños no debían meterse en las conversaciones de los mayores y, mucho menos, contradecirlos aunque no llevaran la razón. Así que se mantuvo en silencio, agarrada a la mano de su madre, rogando porque la afirmación de sus padres no fuera acompañada de aquellas odiosas agujas que don Fermín le había clavado en el culo algunas veces, cuando sí había estado enferma de verdad. La pequeña crecía más despacio de lo normal para su edad y su salud había sido muy

quebradiza durante los primeros años. Los tratamientos habían llegado a endeudar al matrimonio, capaz de todo lo que fuera menester por ella.

Tras una despedida breve, que se saldó con varios achuchones de Isabel, un tímido beso de los niños que la acompañaban y algunas palabras que todavía retumbaban en sus oídos, salieron de nuevo a la calle. Se había levantado una brisa agradable que logró llevarse el mal agüero que se pegaba a los cuerpos allí dentro.

—¿Te has fijado en Jaumet? —habló Anita, refiriéndose al mayor de su cuñado—, ese crío está enfermo.

—Eso no es nuevo. Ya nació enfermo —contestó Jaume, molesto por la forma en que lo había dicho.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella.

—Pepita está como una rosa. Es que no sé qué te ha dado para inventar que tenía fiebre. No has sido muy oportuna, Anita.

—No podía seguir ni un minuto más allí. Si es que parecemos monos de feria, siempre igual. ¿Hasta cuándo habrá que enseñarla como si fuera una mercancía para que den su visto bueno?

—Hasta que ellos quieran. Lo sabes, y preferiría no hablar de esto ahora. Espera a que lleguemos a casa —concluyó Jaume, señalando con los ojos que no debían discutirlo en presencia de su hija.

—Ha estado solo unos minutos con sus primos y con los hijos de… de ella, y lo único que han hecho es mancharle el vestido e intentar deshacerle las coletas. Por no hablar de las palabras que salen de esas bocas. Son niños, aunque a veces parecen…

Anita no terminó la frase. Pepita le apretó la mano y tiró de ella antes de decir:

—Sé quiénes son. Me lo han dicho ellos.

—¿A quiénes te refieres? —la interrogó su madre.

—Los primos me han chivado que tío Minguet es mi padre y la señora morena me repite muchas veces en voz baja que esos niños son mis hermanos. Y Antonio. Y Dolores también, la niña que traía la vez pasada. Entonces, ¿ella es mi madre? —preguntó ante la atónita mirada de los mayores, que no sabían dónde meterse—. ¿Y vosotros también sois mis padres?

—¡Basta! —le ordenó Jaume, levantándole la voz por primera vez en su vida.

La pequeña se sobresaltó y se agarró todavía con más fuerza a la mano de su madre. Miraba los adoquines de la acera sin atreverse a levantar los ojos. Nunca había visto así a su padre.

—La has asustado —regañó Anita a su marido—, creo que es el momento de ponerlas cartas sobre la mesa. Sí, aquí en la calle no es el sitio, pero en cuanto subamos a casa contestaremos a todas sus

preguntas. ¿Te parece bien? Ya sabía yo que esto llegaría más temprano que tarde. Esos niños no tienen educación ninguna ni nadie que los frene.

A Jaume le costó unos segundos asentir. La rabia se había apoderado de él. Más incluso que el miedo con el que llevaban viviendo los últimos años, deseando que cualquiera de las visitas que hacían a la casa de la Vica fuese la última. Su mujer tenía razón y no podía recriminarle nada de lo que había expresado. Respiró hondo, alargó el brazo hasta el bolsillo de la pequeña y buscó su mano. Pepita alzó la vista, tímida, reconociendo el gesto cariñoso de su padre.

Aquel día Pepita solo corroboró lo que había escuchado otras veces y no se había atrevido a preguntar. A su edad, no alcanzaba a comprender la complejidad de los vínculos familiares que se mezclaban en aquella casa oscura en la que nadie se reía; en la que nunca había visto libros, ni discos, ni abrazos, ni asientos cómodos. Solo los que hacían sus tías y su abuela, aquellas sillas de enea que se apilaban en un rincón del pasillo y sembraban el suelo de una pelusa blanquecina que había que bordear para no resbalarse.

Con cinco años recién cumplidos, se le acumulaban los interrogantes que no sabía cómo resolver. ¿Quién era ella? Si la mujer morena de cabello largo era su madre, ¿por qué no la había cuidado desde el principio? ¿Por qué Jaume y Anita la llamaban hija si no lo era? ¿Acaso ellos la querían más que los otros? ¿Cómo podía ser que Minguet, a quien le hacían llamar tío, fuera su padre? ¿Cuántas madres y cuántos padres podían tener las personas?

El gran secreto que con tanto celo habían guardado, con el único afán de protegerla, había salido a la luz. Y, en esa conversación que tuvieron alrededor de la mesa, algo cambió para siempre. Jaume y Anita abordaron un asunto delicado y las palabras fueron agolpándose dentro de la niña. Alguien, no lograba identificarlo con certeza, había tomado decisiones sobre ella. Alguien había aceptado otras para que los que ahora eran sus referentes la cuidaran y la amaran como a una hija. Y la nebulosa que cubrió las horas de aquella tarde tachó de su memoria lo que nunca debía haber sabido: su llegada al mundo había sido una equivocación para unos y una bendición para otros. Ella solo era el sujeto pasivo sobre el que recaían el amor y el arrepentimiento de su familia.

Aquel día marcó un antes y un después en sus vidas, y no solo porque Pepita conociera la verdad acerca de sus orígenes, sino también porque Margarita León falleció después de atender la visita de unos extraños que habían llamado al portal cuando ellos tres estaban marchándose.

La gran matriarca tenía setenta y nueve años y muchas penas en su haber, entre ellas no haberse despedido de su madre. Desde que

desapareciera, la había buscado entre los muertos. Margarita nunca había querido ser madre, ni abuela, ni esposa. No le habían gustado los hombres, ni las mujeres, ni los niños. En definitiva, no le había gustado el mundo de los vivos y, como a todos les acababa pasando, ya lo había abandonado.

El suyo fue un entierro sin multitudes ni llantos; un cortejo escaso en todo, incluso en halagos hacia la difunta que ya había traspasado al otro lado.

Capítulo 22

Barcelona, 2021

Conocía los hechos, los había escuchado de la boca de mi principal fuente en todo esto. Aun así, se me antojaba difícil imaginar la indiferencia, incluso la crueldad, con la que habían decidido el futuro de aquella criatura. Todos tenemos un precio y un lado oscuro, y en aquella familia había descubierto unos cuantos de estos últimos. Nadie se había atrevido a llamarlo por su nombre, aunque lo que estaban dispuestos a consentir solo tenía uno: muerte.

Pepita había nacido en el sitio equivocado: por culpa de una circunstancia pasajera, había llegado hasta allí. Ella era, sin duda, una de las grandes víctimas de esta estirpe familiar que ahora conozco tan bien. No había sido deseada ni querida por quienes la concibieron; ni siquiera estaba claro que la semilla de Minguet hubiese germinado en el vientre de la gitana, por mucho que él reconociera a Pepita al nacer.

Quise imaginar que entregarla a sus padres «adoptivos» había sido la mejor salida, la más humana, aunque, lejos de trascender en sus corazones, en aquel reducto de seres humanos de la antigua calle Riego, el amor seguía escaseando. La pequeña logró sobrevivir gracias al matrimonio de Jaume y Anita; pese a ello, Josefa Roig Olaria nunca sería Josefa Roig Moreno.

Yo nunca había llamado a Pepita y siempre nos habíamos visto en presencia de su hija. Pero necesitaba entender un porqué que quizás solo ella conocía y no había compartido. A veces los extraños son el socorro perfecto para desahogarnos. Ellos no nos juzgan, solo escuchan. Sabía que sus silencios habían causado mucho dolor, más del que algunos podrían perdonar. Y también sabía que aquella mujer, convertida ya en anciana, conservaba la memoria de su infancia, de su juventud y de su edad madura hasta que él se la había arrebatado para siempre.

Respiré hondo, la busqué en mi agenda, pulsé su nombre y esperé algo nerviosa a que su voz, todavía aniñada a sus casi ochenta años, me contestase.

—Hola, Pepita, no sé si me recuerda, soy yo…, la chica que está escribiendo…

—Ay, hola, *noia*. Sí, claro que sé quién eres —contestó ella sin dejarme terminar.

—Espero no molestarla —me excusé, confiando en que no

dijera que sí—. Verá, me gustaría saber algo que quizás solo pueda contarme usted.

Me la imaginaba al otro lado con su sonrisa habitual, balanceando despacio su cuerpo menudo y cerrando los ojos, como solía hacer cuando evocaba el pasado con cariño, con ese gesto complaciente en el que había algo que no terminaba de explicarme. Y curvé los labios, prediciendo lo que iría a continuación.

—Ah, sí, aunque tengo la memoria muy mala, hija. Unas veces está ahí y otras no. Pero dime, dime, en qué puedo ayudarte.

Y, sin más dilación, le pregunté:

—¿Por qué cree que sus padres nunca se hicieron cargo de usted? Porque sí que la reconocieron, según tengo entendido, aunque poco después la dejaron en manos de Jaume y Anita, a los que supongo que siempre ha considerado sus padres.

Tras un silencio corto y una respiración honda, escuché sus palabras:

—Desde luego, ellos fueron mis verdaderos padres. Los otros… Bah…, nunca los consideré familia, ya me entiendes.

—¿Entonces? —insistí, esperando una respuesta que pudiera incluir en mi relato.

—No estoy segura, *filla*, pero creo que todos tenían miedo. Cada cual el suyo.

Ahí estaba, el miedo que tantas veces había rondado un hecho tan irregular. Deseando que a mí sí me contara algún secreto que todavía no hubiera salido a la luz, esperé, paciente. Había puesto el teléfono en manos libres para tomar notas.

—Lo cierto es que una tarde los oí, ya cuando la abuela Margarita había muerto. No era mi abuela, sino mi bisabuela, pero todos la llamábamos así —me aclaró Pepita—. Tendría yo unos doce años, por lo que ya me enteraba bastante bien de las cosas. Estábamos en casa de ella, visitando a los tíos y a mi madre biológica. —Suspiró como si lo que fuera a contarme le trajese malos recuerdos—. Mis primos seguían sin tragarme y Jaumet ya estaba muy malito, los dejé en el rincón donde la abuela Vica hacía espiritismo y, al salir al pasillo, ellos hablaban. Anita lloraba muy flojo y Jaume discutía con su hermano Minguet. Se ve que el accidente lo había terminado de trastornar.

—¿Qué accidente? —pregunté, curiosa.

Ahí estaba mi primicia, me dije, triunfante.

—Ah, pues nada, que Minguet se había cortado una mano en la carpintería en la que trabajaba. Todavía llevaba vendado el muñón. Era muy extraño verlo de aquella forma. Se quedó manco. Imagínate el humor que se gastaba si, antes de ser tullido, ya era un borrachín, amante del cariño ajeno…, ya me entiendes —dijo esto último

emitiendo una risilla pícara que acabó por contagiarme—, y un malcarado con los suyos. Manela, su mujer, era una santa. La pobre aún lloraba la muerte de su primera hija, Margarita. Suerte que la otra sobrevivió al parto. También la llamaron Margarita, en honor a la Vica.

Yo tenía que concentrarme en lo mío, pero no podía. ¿Qué le pasaba a la gente en aquellos tiempos? A la gente, no, a aquella familia en concreto. Además, por ambas líneas sucesorias. Tres Faustos, dos Margaritas…A lo mejor estaba bien visto, pero a mí me parece un condena. Tendría que indagar en mi propia estirpe, no fuera a ser que hubiera otra Concha, otro Antonio…, qué sé yo.

Y toda la información que Pepita me ofrecía tenía valor, pero no llegábamos a lo que a mí me interesaba. Como me llevaba a su terreno, volví a la pregunta:

—Pepita, ¿y sabe usted…?

—Sí, hija, que me voy por las ramas. Pues escuché que decían mi nombre. Minguet le explicaba a Jaume que en mí mandaba él, le gustara o no…, o algo así. Y que no tensaran la cuerda o tomaría medidas…, más o menos eso. El rostro de mi tío, bueno, mi padre, ya me entiendes, era un poema. Miraba a Minguet con rabia, apretando los puños como si se contuviera para no estampárselos en la cara.

Qué lío me estaba haciendo, resoplé, tomando nota. No sabía si Pepita decía la verdad o aquello era fruto de su imaginación, bastante profusa, por cierto.

Ella había fortificado sus carencias. Las de una niña que, habiendo recibido el amor y la fortuna de unos padres que siempre se consideraron legítimos, había nacido sin música, sin base ni techo, parafraseando la cita de una de las novelas de mi gran amiga Pilar González, *El espejo egipcio*. La busqué entre mis apuntes. Y allí estaba: «El nombre nos sostiene, nos señala con su dedo de cristal transparente, dotándonos de base, de pináculo y de contorno, y emerge de su música nuestro ser distintivo. Los nombres contienen nuestra historia, fijan nuestro pasado en la memoria…».

Qué cierto era. Y la identidad de Pepita se había alzado sobre una mentira que todos querían tapar.

La conversación duró un buen rato. Ella tenía ganas de hablar y no parecía molesta, por mucho que sus frases se entrecortaran cada vez que volvía a ese pasado que no quería recordar. Estaba sola y, aunque no le faltaban ni las atenciones ni los cuidados de su hija, pasaba la mayor parte del día en aquel saloncito de un piso que se recorría al instante.

Separé la paja del grano una vez que revisé mis apuntes. La cuestión pecaminosa era que Jaume y Anita, primos hermanos, ya se habían enfrentado al juicio moral de la Iglesia para conseguir la

dispensa que les permitió casarse e incluso formar una familia con hijos propios. Poco le importaba al clero ese particular después de haber emitido una respuesta a cambio de una cuantiosa cantidad de billetes. A Pepita no la habían engendrado en el seno de un matrimonio formal, ni católico practicante, ni siquiera en una familia. De algún modo que hoy no puedo desentrañar, había sido reconocida en los juzgados y, por ende, ya tenía un padre y una madre. En aquellos tiempos de posguerra y heridas sangrantes, adoptar no era una práctica habitual, aunque la Iglesia valoraba la caridad que se hacía con las criaturas de los hospicios. No había sido esa la circunstancia de Pepita y un paso en falso podría haber llevado al calabozo tanto a los padres biológicos como a los «adoptivos». Y no los había frenado el miedo a lo largo de los años, sino la cordura. Hasta ahí el misterio. Otra cosa era que aquellos hechos, a pesar de que ella aseguraba que los asumía sin artificio, hubieran marcado sus actos para siempre.

Capítulo 23

Barcelona, 1958

Aunque el tiempo pasaba de puntillas, silencioso, casi inadvertido, las cosas habían cambiado mucho. El recuerdo de la abuela Vica seguía vivo en la memoria de todos casi diez años después de su muerte. Desde el suceso, Jaume y Anita habían ido espaciando las visitas a la antigua calle Riego. Los hijos de Isabel, igual que Pepita, se hacían mayores y en las últimas ocasiones iba sola, ojerosa y sin su característica sonrisa. Su melena oscura, larga y ondulada se había convertido en un moño a la altura del cogote. Su aspecto parecía más sofisticado, pero había perdido la frescura, el brillo y el color de las mejillas. Un día, les contó que tenía un problema de salud y que la iban a ingresar para una operación. Nunca más volvió. Si alguien conocía los motivos de su ausencia, no los refirió y todos, incluido Minguet, parecían aliviados por dejar de cumplir una costumbre que quizás nunca había tenido sentido.

Pepita estaba a punto de cumplir los quince años y su cuerpo, todavía menudo y aniñado, perfilaba algunas curvas que la encaminaban a la edad adulta. Decía que quería ser maestra, pero no había terminado los estudios porque lo de hincar los codos no iba con ella, de manera que le esperaba el trabajo en los telares.

Anita y Jaume habían preparado una sorpresa: esa tarde la llevarían por primera vez al Gran Teatro del Liceo. Era jueves, faltaba casi un mes para su cumpleaños, pero Braulio, que se codeaba con las mejores orquestas de la ciudad y tenía un nombre en el mundo de la música, les había conseguido unas entradas para ir a ver la obra *Otelo*, de Verdi. Anita guardaba el libreto en el bolso. Lo había ojeado con devoción, embelesada no solo por el privilegio de asistir al Gran Teatro del Liceo con su marido y su hija, sino por los anuncios de productos de cosmética, franceses la mayoría de ellos, que no estaban a su alcance y parecían milagrosos. Lo único que no faltaba nunca en su casa eran las pastillas de Heno de Pravia, un jabón espumoso con perfume a flores y un toque cítrico que le encantaba. Tampoco las medias de nailon, aunque solo las usaba en los días de fiesta. Y tenía muchas ganas de ir a la isla de Mallorca, pero que no se pudiera permitir esos viajes en barco de una empresa italiana no le quitaba el sueño. Su mayor deseo vivía con ellos. La pequeña Pepita, a un paso

de hacerse mujer, nunca la llamaba «mamá», aun así, recibía su cariño y su respeto.

—Pepita, hija, ¿te falta mucho? Necesito entrar al baño—la apremió Anita.

—Ya voy —se oyó desde el aseo, construido en uno de los extremos del balcón, fuera de la vivienda.

Jaume había llegado del taller. Hacía frío y, sin embargo, llevaba el chaquetón en la mano, un poco abultado. Saludó en voz alta y, antes de cruzarse con nadie, entró en la habitación de la costura. Como muchos días, traía un ramito de flores para su mujer. Era un detallista y un romántico. Se aseó, se perfumó y se puso la muda más nueva, que Anita le había dejado sobre la cama. Sus ojos grandes, el tupé y el bigote recortado le daban aires de artista. Ella pasó por su lado en el salón, buscando algo que parecía no encontrar, y él le estiró del brazo para que se sentara sobre sus piernas.

—Mira que eres bobo. Qué quieres, ¿que la niña nos vea de esta guisa? —sonrió Anita, removiéndose entre los brazos de su marido.

—Está acostumbrada. No hay que esconder el amor. Eso nunca. ¿Y esa mirada que me has echado hace un momento? —preguntó Jaume, haciéndole cosquillas.

—No sé de qué mirada me hablas —disimuló ella, girando la cara hacia la de él y despertándole las ganas de hacerla suya.

—Me ha recordado lo mucho que te quiero. Anda, dame un beso o moriré de pena.

—Nadie se muere de pena, tonto. No sé dónde habrás leído eso.

—Ya estoy lista —anunció Pepita, entrando en la sala—. Vaya, perdón. —Agachó la cabeza mientras Anita saltaba del regazo de su marido, avergonzada.

—Hija, qué guapa. Con ese peinado, pareces una actriz de cine. Al final seré yo la única con aspecto de pordiosera… Quiero decir… Ay, no sé. Voy a vestirme.

—¿Pero es que vamos a algún sitio? —preguntó Pepita, mirándolos a los dos—. Nadie me ha dicho nada y os veo algo alterados. Vamos de visita a ver a mi primo, ¿no?

—No, no… Bueno, sí, claro. Perdóname, hija, hoy he tenido un día largo y no me encuentro muy bien —se excusó Anita—. Me arreglo en unos minutos y salimos.

—En realidad sí que vamos a otro sitio —contradijo Jaume.

—¡Jaume Roig! —exclamó Anita, nombrándolo como solía hacerlo cuando quería regañarlo—, ¿pero no habíamos quedado en que era una sorpresa?

—Y lo es, mujer, lo es. Esa película de moda ahora… —Extendió el brazo, fingiendo que había olvidado el título—. Venga, terminad de arreglaros, que nos marchamos dentro de diez minutos

—añadió, girando la muñeca para comprobar la hora en su Festina, regalo de cumpleaños de Anita.

—Estáis un poco raros esta tarde, la verdad. Me pongo el vestido y estoy lista.

La visita fue descorazonadora. Todo seguía igual. Las tías Angelina y Pepa permanecían allí; embebidas por el tiempo y los achaques, se dedicaban a lo suyo, los asientos de enea, como si de la vieja escena de un cuadro se tratara.

Desde la muerte de su madre, habían acomodado varias camas en el antiguo altar donde la matriarca realizaba sus encuentros. Aquello se había acabado para siempre. Y aunque ahí nunca entrase la luz ni el fresco de la calle, en esa penumbra ahora podía percibirse un poco de paz. Paz y silencio. Un silencio que solo se rompía con el siseo de una voz que apenas se escuchaba: la de Manela rezando un rosario, sentada a los pies de la cama de Jaumet, que parecía dormido. Su pérdida de peso era tan grande que solo quedaban huesos y piel en ese niño que nunca había terminado de desarrollarse. Había cumplido los trece años, pese a que aparentaba menos. Su enfermedad se había agudizado y su madre, con una estoica desesperación, presenciaba como su pequeño se iba sin remedio.

Al verlos, la mujer se emocionó. Agachó la cabeza mientras con los dedos deslizaba las cuentas del rosario que llevaba enredado en una mano, y les dijo con un hilo de voz y desgana:

—Pasad, pasad.

—Solo veníamos a saludar. Nos dijo Mariona que… —habló Jaume, avanzando un paso hacia ella—. No queremos molestar.

Manela frunció los labios y posó el dedo índice sobre ellos, un gesto que todos entendieron. Se levantó y salió del cuarto, invitándolos a seguirla hasta el lugar por donde un día, en aquella casa, había entrado la luz: la única ventana, que, por expreso deseo de Minguet, seguía pintada, impidiendo que la claridad la traspasara.

—Se muere. Mi niño se muere —se lamentó, ahogándose en sus propias lágrimas.

—No digas eso, mujer. —Anita se contagió de su llanto. No debía haber nada peor que ver morir a un hijo, pensó, y no se atrevió ni a imaginar el dolor que tendría que soportar después, conviviendo con alguien como Minguet, un alcohólico que nunca había encontrado el norte—. Quizás los médicos puedan hacer algo más, no sé, algún medicamento… —sugirió Anita, enjugándose las lágrimas.

—Nada que no hayan hecho ya —cortó Manela—, además, sus medicinas son carísimas y estamos completamente endeudados. Creen que un cambio de aires le beneficiaría, un lugar más seco, más frío… Pero Minguet dice que él de aquí no se mueve. Y yo, ¿qué puedo

hacer?, dime, eh—preguntó, sabiendo que no hallaría respuesta.

El lunático, huérfano del referente que siempre había sido su abuela, inútil para trabajar desde el accidente en la carpintería y padre de ese niño víctima de su propio destino, no haría nada. Solo cabía esperar.

—No contamos con muchos ahorros, la verdad; pero, si podemos ayudaros, dínoslo —se ofreció Jaume.

—Se agradece. Qué suerte habéis tenido —expresó la mujer, con el rostro húmedo por las lágrimas que no paraban de salir.

—¿Y Margarita? —preguntó Anita, interesándose por la pequeña, que, aunque revoltosa, era la única alegría de aquella casa.

—Se la ha llevado una vecina que vive en la plaza de Huesca. Conocía a mis padres y el otro día, al explicarle el caso, se brindó a echarme una mano. Es viuda y sus dos hijos se han ido a Alemania. Vaya desgracia también. A mí no me quedan fuerzas para nada y debo aportar en casa, que aquí tu hermano se lo gasta todo en el pimple y en… Bueno, ya está —zanjó Manela, cruzándose de brazos.

—Anita y yo trabajamos todo el día, pero no dudes en avisarnos si podemos ayudar —insistió Jaume, avergonzado de un hermano tan ausente.

Notó el tirón disimulado que Anita le dio en la manga del abrigo. Se les hacía tarde. Pepita no se había separado de su madre. El rostro de Jaumet llamando a la muerte la había impresionado. Anita la sacó de sus pensamientos al agarrarla de la mano.

—¿Vamos? —le dijo, sonriéndole.

El tranvía los llevó hasta el plano de la Boquería y desde allí les tocó dar un paseo hasta el teatro. Pepita no se despegaba de ellos. Desde pequeña, su carácter había sido reservado y, aunque sus muestras de afecto escaseasen, permanecer junto a Jaume y a Anita era su tranquilidad. Estaba contenta de ver el ambiente que se respiraba en aquella parte de la ciudad, Las Ramblas, siempre tan ajetreadas. La anchura de la avenida contrastaba con la estrechez de las calles perpendiculares, donde los voladizos de los balcones parecían tocarse, y al imaginar que caminaba sola por alguna de ellas, Pepita sentía un pequeño escalofrío de miedo.

A otras jóvenes de su edad les encantaban los folletines románticos publicados en las revistas de la época o las tan famosas novelas de Corín Tellado, llenas de amor y finales felices. No era el caso de Pepita. Aunque fantaseaba con la idea de que un apuesto hombre viniese a buscarla y le prometiera amor eterno, prefería la música que sonaba en la gramola y la lectura de cualquiera de los libros que reposaban en las estanterías de casa, aficiones inculcadas por sus padres.

—¿No íbamos al cine? No veo ninguno por aquí—preguntó

Pepita.

—Paciencia—sonrió Anita.

—Venga, démonos prisa, que quedan pocos minutos para el comienzo. Hija, se trata de un avance del regalo de cumpleaños. Hoy se inaugura la temporada y es un lujo estar aquí —anunció Jaume, parándose delante del Gran Teatro del Liceo.

Anita miró hacia el interior de las puertas abiertas, que se mostraban majestuosas bajo los tres arcos que abarcaban la fachada, luego a Jaume y a Anita, y de nuevo hacia dentro. No podía creerlo ni pronunciar una sola palabra. Ellos eran trabajadores y, aunque su gusto por las letras y el arte era notorio, costear eso hubiera sido un dispendio que no se podían permitir. Entrelazó los dedos y se llevó las manos al pecho. Pepita estaba igualmente emocionada. Jaume reía, victorioso por el acierto.

—El tío Braulio nos consiguió las entradas. En realidad, eran para él y ese amigo suyo que lo visita a menudo —explicó Anita mientras sacaba un pañuelo del bolso para enjugarse las lágrimas.

—Miguel —dijo Pepita.

—Así que todo el mérito no es nuestro —dijo Jaume, queriendo pasar por alto que, en aquellos tiempos de represión, los hombres como Braulio, con tantas amistades masculinas, eran cuando menos señalados—. Pero vamos, o no nos dejarán entrar. Dale el libreto a Pepita para que sepa qué vamos a ver —pidió a Anita.

—Lo he visto en los carteles de la fachada. Es *Otelo*—señaló la joven, evidenciando la torpeza de sus padres.

—Quizás te hubiera gustado algo más… liviano, por decirlo de algún modo.

—Es perfecto, de verdad. No podía tener mejor regalo que este. Mañana se lo contaré todo a Minín.— Así llamaban en su círculo familiar a Braulio.

—Volveremos, te lo prometo —afirmó Jaume a su hija.

Al traspasar la puerta, Pepita se detuvo en el vestíbulo y admiró las columnas y las escalinatas que subían hasta el escenario. Las pinturas en los techos abovedados, los colores ocre y oro, el olor de las alfombras, todo parecía un sueño. Y, al entrar en la zona de butacas, se llevó las manos a la boca, impresionada por la belleza de un lugar que ni en sus mejores sueños habría imaginado. Se veía diminuta, sin saber a dónde mirar. Tuvo que ser Jaume quien, cogiéndola del brazo, la guiase hasta los asientos reservados. No eran los mejores ni estaban en el centro de la sala, pero aquel día Pepita se sintió feliz, poderosa y afortunada. Y los interrogantes que la acompañaban desde niña se desvanecieron al abrirse el telón.

De vuelta a casa, conversaron sobre la obra, magistralmente interpretada tanto por la orquesta sinfónica como por los cantantes y

el coro. Todo en su conjunto, a pesar del drama y el fatídico final, había sido fascinante. Disfrutando del momento, no se dieron cuenta de que una sombra acechaba en la esquina, esperándolos.

Como si de humo se tratara, se abalanzó sobre ellos. Cuando cubrió la espalda de Jaume, las mujeres gritaron, presas del pánico, hasta que, tras varios movimientos bruscos, los hombres se separaron. Jaume se giró y, de un empujón, casi estrelló al extraño contra el suelo. Y, a punto de propinarle un puñetazo, se paró en seco.

—¡¿Se puede saber qué haces, desgraciado?! —le gritó a su hermano, completamente borracho y desencajado.

—Qué feliz eres, ¿verdad, Jaume? Un hombre con suerte, diría yo. Hasta con ella —dijo, avanzando el mentón hacia Pepita.

—Anita, hija, subid. Voy a acompañarlo a casa, no sea que encima tengamos una desgracia. Mira que si llego a noquearte de un derechazo. —Jaume negó con la cabeza varias veces—. ¿Acaso no recuerdas la fuerza que Dios me ha dado?

—Mi hijo ha muerto. Esa es la última novedad, esa es. Él aún era inocente y ha muerto. Ha muerto —repetía, y se echó a llorar como un niño desvalido.

Anita y Pepita se llevaron las manos a la cabeza y se santiguaron al mismo tiempo. Aquel muchacho estaba sentenciado y ya había llegado su hora.

La alegría y la tristeza se juntaron dentro de Pepita. No sentía nada por Jaumet ni nunca había pensado en él como lo que en realidad era, su medio hermano, pero notó un desgarro en su interior al conocer la noticia. Minguet, ese hombre de sangre helada, derribado por la vida, el alcohol y los errores, y que también era su padre, la traspasaba con la mirada, como si ella, tan inocente como el fallecido, fuera culpable de algo.

Dos días después, tenía lugar el sepelio del pequeño Jaume Roig Martínez. Su cuerpo dormiría el sueño eterno en uno de los nichos de la montaña de Montjuic.

Y unas semanas más tarde, José Moreno León, padre de Anita, fallecía en su alcoba, rodeado de los suyos, víctima de una enfermedad pulmonar que el tabaco había acelerado.

Ambos descansarían en el mismo lugar.

Todos lloraron su ausencia: viuda, hermanos e hija.

El marinero había zarpado a la mar para no volver, dejando a Anita sumida en una pena que no se podía arrancar. Pensaba en él a diario y en las bromas que su padre siempre había hecho respecto a su último adiós. En más de una ocasión le había referido a su hija que, si había un más allá, cuando muriera vendría a visitarla. Anita, respetuosa con la parca, nunca se lo tomó en serio.

Al poco de haberse ido, noche sí y noche también, soñaba que

José llegaba a la alcoba, le tocaba los pies por encima de la manta y la llamaba despacito. Ella se despertaba y lo veía ahí, mirándola con la misma sonrisa de siempre y haciéndole señas. Anita se levantaba y lo seguía por el pasillo, en dirección al balcón. Y solo cuando el aire le enfriaba el cuerpo y encendía la luz, José desaparecía. Le resultaba tan vívido y tan extraño que no se atrevía a contarlo.

Una mañana, animada por una vecina que apreció las ojeras que se le habían formado, tuvo el valor de relatárselo. Esta la advirtió de que su padre podía estar atrapado en ese limbo que no dejaba en paz a las almas y le sugirió que rezara tres padrenuestros todas las noches, al irse a la cama.

Con el paso de los días y los consabidos rezos, la figura de José pareció morir en paz.

1958 se había convertido en un año de ausencias para la familia.

Capítulo 24

Villavicencio de los Caballeros, 1958

Como en tantos lugares de la vieja España que renacían de entre sus cenizas, el duro trabajo agrícola ofrecía oportunidades según el capricho de la naturaleza. La tierra, al igual que el ganado, estaba en manos de los de siempre, y esos eran los menos. El campo suponía vida y también hambre cuando venían mal dadas. Y en busca de algo mejor, hombres, mujeres y niños salían del pueblo que los había visto nacer. Las bocas de propios y ajenos se llenaban hablando de fábricas, de vehículos de motor y hasta de singulares máquinas que viajaban por el subsuelo. El éxodo hacia otros horizontes era una realidad.

A los veintiún años, Fausto Rodríguez Barbero acababa de volar del nido, dejando atrás una vida regalada que nunca había valorado. La familia contaba con algunas tierras y animales, todo lo que Germán y Beridiana habían podido comprar a lo largo de los años, pero como Fausto no valía para el campo, pensaron que lo mejor era enviarlo a Barcelona a probar suerte. Seguía siendo su hijo intocable, protegido por un halo de luz invisible y bendecida. De una manera o de otra, había salido airoso de todas las bromas, trastadas y fechorías. Desde pequeño había gustado de juntarse con mayores, aprendiendo de ellos más lo malo que lo bueno.

Parecía que en las urbes todo relucía más. Y así era para muchos que, como él, marchaban con la consigna de enviar dinero a casa. Un año antes, en 1957, Germán había sufrido una embolia y se habían visto obligados a arrendar las tierras a terceros. Su situación económica era delicada y esperaban saldar sus deudas con la aportación que les haría el que siempre habían considerado el heredero.

Vidala y Beridiana se despidieron de él al pie del autocar que lo llevaría hasta la capital vallisoletana. Allí tomaría el popular Shanghái, el tren con la ruta más larga en aquellos tiempos, que iba desde Vigo o La Coruña hasta Barcelona. En ese trayecto, Fausto se sintió solo por primera vez entre la gente, que, como piojos en costura, se aferraba a los asideros de los vagones, soportando de pie las cerca de treinta horas que tardarían. En el aire se condensaban los olores a empanada y cebolla, a humo y sudores, a la vez que los gritos infantiles preguntaban cuánto faltaba para llegar. Los asientos de tercera eran un lujo. Y él, el elegido de entre los suyos, los otros

Faustos, percibió el descaro de los que se asoman al precipicio de un futuro tan incierto como prometedor.

Con todas las ganas del mundo, unos billetes cosidos en el forro de los pantalones, una dirección y una maleta de cartón piedra casi vacía, Fausto se apeó en Barcelona en la primavera de 1958, dispuesto a sumarse a los miles de personas que, en aquellos años, se convertían en la mano de obra que tanto necesitaban las grandes ciudades.

Durante las primeras semanas vivió en la calle de los Juegos Florales del barrio de Sants, en casa de unas primas de él, entre ellas Marieta, hija menor de Leonor, que se habían mudado a la Ciudad Condal pocos años antes. Transcurrido el periodo en el que las miradas incómodas delataban la falta de intimidad para todos, Fausto alquiló una habitación en un piso de la calle Teniente Flomesta, cuyos dueños eran unos parientes lejanos con los que sus padres habían contactado desde el pueblo. Allí permaneció hasta el día en que se casó. La familia, formada por el matrimonio y dos niñas pequeñas con las que Fausto siempre hizo migas, lo acogió como a un hijo.

Al principio, Fausto se quedó casi sin fuerzas, absorbido por la vorágine de verse desubicado entre tanta gente. Al pasear por las calles, le sorprendía la cantidad de tiendas de víveres, de ropa, de coches…, de bares. Todo parecía excesivo.

Una mañana, doña Paca, la *mestressa* de la casa, le habló de una fábrica en la que se necesitaba personal.

—Pregunta por Manuel, el encargado, él te dirá—dijo la mujer—. No sé en qué consiste la faena, pero trabajo es trabajo —afirmó, convencida de esa reflexión tan cierta—, aquí te dejo las señas. —Le entregó la nota escrita por Fernando, su marido—. Tendrás que coger el tranvía y luego caminar un rato, no hay pérdida. Además, preguntando se llega a Roma. ¿Llevas dinero?

Fausto sacó del bolsillo un manojo de billetes arrugados. Ella abrió los ojos y se echó las manos a la cabeza.

—Pero, bueno, ¿cómo se te ocurre ir con todo eso encima?

—Aquí están seguros, doña Paca —sonrió él, palpándose el bolsillo.

—Eso es lo que tú crees, ingenuo. Mucho porte, unos ojos verdes que habrán enamorado a más de una muchacha, pero pocas luces. Guárdalos en tu dormitorio, en casa estarán a buen recaudo; ahí fuera, no, te lo digo yo. Hay mucho raterillo suelto aprovechando el ir y venir de almas tanto de día como de noche.

—De noche la gente duerme, doña Paca —se vanaglorió Fausto con una seguridad incierta.

—Ay, si sales de noche…, siete ojos serán pocos. Hay partes de la ciudad que se llenan de una fauna que, créeme, no son de buena encomienda. Hazme caso y no lleves nunca mucho dinero encima.

Fausto asintió, pero hizo caso omiso de la advertencia y retuvo aquello que le había referido sobre la fauna. Tenía que comprobarlo, se dijo, abrochándose la chaqueta. Se despidió de ella y se dirigió al tranvía que le había indicado. Era la primera vez que subía en uno. Todo iba al vuelo. La gente se movía rápidamente y cabizbaja, mirándose los pies, y pocos se saludaban al cruzarse. No sabía si la ciudad, aquella u otra cualquiera, llegaría a gustarle, pensó al bajarse en la parada señalada.

Era allí, se dijo tras leer el nombre que figuraba en el cartel que colgaba sobre dos persianas a medio subir: «Hierros y Aceros Hnos. Pío sl». Se asomó, discreto. La nave le pareció mucho más grande, alta y profunda de lo que se podía imaginar desde la fachada. Entonces una mano se posó en su hombro, asustándolo.

—¡Qué, muchacho! Aquí en medio, como el jueves. Anda, apártate, que tengo que descargarlo todo antes del almuerzo y traigo prisa —lo instó un hombre, sin quitarse el puro que sostenía entre los labios.

Fausto se hizo a un lado en silencio y observó cómo entre dos acarreaban unas barras metálicas desde un camión hasta el fondo de la nave, sin descanso.

—¿Quieres ganarte unas perras? Te veo muy finolis para esto, pero puedes intentarlo —le dijo el del habano, que parecía el jefe.

—Vengo de parte de Fernando. Es por el trabajo.

El hombre lo miró de la cabeza a los pies, queriendo intimidarlo, e intuyó su genio.

—Tienes manos de pianista y mirada de tunante, muchacho. ¿De dónde vienes?

—De Villavicencio de los Caballeros, Valladolid —afirmó Fausto, orgulloso de su origen.

—Y qué más da —balbuceó el otro, dándole una palmadita en el hombro—. Venga, entra, pide unos guantes a un calvo que verás por la nave, cerca de la letrina, y vuelves rápido. Si aguantas lo de ahora, hablamos del trabajo ahí enfrente, donde Los Torreznos —señaló en dirección a un bar que había en el otro lado de la calle.

Aquel fue el primer día de trabajo del joven Fausto. También su primer bocadillo de butifarra y las primeras risas con el que sería su jefe durante algunos años.

La faena era muy dura. El polvo en suspensión que quedaba tras lijar los metales y el óxido de hierro se pegaba en la ropa, en la piel y en los pulmones, por lo que durante aquella época Fausto bebió leche como no lo había hecho ni de niño. Pero el abultado sobre de su semanada compensaba el esfuerzo. Al cabo de unos meses, empezó a enviar dinero a casa. El necesario para abonar las letras mensuales de las últimas tierras que su padre había comprado.

Pocas eran las cartas que llegaban a Barcelona y menos las que viajaban hasta Villavicencio de los Caballeros. Los agotadores días llevaban a las asombrosas noches y estas a un nuevo despertar siempre distinto. En Valladolid nada había cambiado desde su marcha. Fausto, lejos de los suyos, sentía un ápice de añoranza, aunque se iba aminorando en el horizonte que se abría ante sus ojos. Nadie lo conocía en la ciudad. Nadie sabía de sus trastadas, de sus gustos o de la reputación que se había ganado entre las familias de su pueblo y algunas de los alrededores. La suerte y unos cuantos billetes lo habían librado de más de un entuerto por el que habría podido acabar con sus huesos en el calabozo.

En la gran urbe no era nadie, solo un joven anónimo que despertaba a las infinitas tentaciones que le ofrecía cada puerta que traspasaba con Olegario y Perico, compañeros de trabajo. Con ellos descubrió salas de baile muy populares entonces, como La Paloma, la más antigua de la ciudad; El Apolo, otra emblemática, o el mítico Paralelo, en el que el espectáculo de féminas sin ropa ni prejuicios dejaba poco espacio para la imaginación.

Todos aquellos lugares eran un oasis de libertad y libertinaje en una época llena de contrastes en la que, a ciertas horas de la noche, el telón se abría por igual para monárquicos, conservadores, anarquistas, ricos y pobres.

Fausto se sentía cómodo y ya había probado las mieles de algunos panales. Tenía éxito con las mujeres, aunque también era verdad que a todas había que invitarlas. Eso le gustaba menos. Unas parecían modernas, otras se exponían en los bailes cual mercancía, esperando que algún varón tuviera a bien alejarlas del corrillo, pero nada más.

Perico era inquieto como él. Conocía muchas zonas de la ciudad como la palma de su mano. Siempre se enteraba de chismes y de nuevas oportunidades que se guardaba para sí. Una mañana, mientras descargaba y Fausto se disponía a su tarea, lo llamó aparte.

—Oye, el mes que viene pido la cuenta. —Abriendo mucho los ojos, se encendió un pitillo.

—No me fastidies, ¿y eso? ¿Me dejas aquí solo? No tienes perdón —se quejó Fausto, fastidiado porque él había sido el primer amigo que había hecho—. ¿Te ha salido algo mejor?

—Sí, claro, si no, de qué. Debo enviar dinero a casa todos los meses, igual que tú. Mi mujer se ha hartado de estar en el pueblo y no hace más que insistir en que busque un piso para todos.

—¿Todos? —preguntó Fausto, sorprendido—. Ni siquiera me habías dicho que tenías mujer. Qué tunante eres. —Le dio un codazo en el estómago, guiñándole un ojo.

—Mujer y dos hijos. Cuatro y tres años, niño y niña. Tres bocas

que alimentar, además de la mía. Y no sé durante cuánto tiempo podré vivir como ahora… Ya me entiendes —aclaró con pesadumbre.

—Lo tuyo es de traca, Perico. ¿Dónde es ese trabajo? Y dime, ¿no hay algo para mí también? Las malditas virutas de hierro me hacen polvo la garganta y he aborrecido la leche. He pensado en irme, pero Manuel…

—Hace unas semanas, vinieron unos paisanos. Le propondré al patrón que los contrate. Yo he dado mi palabra en el otro sitio. Es un taller de mecánica, más lejos de la pensión, pero la semanada es mayor. Se trata de un oficio con futuro y, en cuanto pueda ahorrar, me compraré mi propio coche. Sueño con eso. ¿Te imaginas? Seríamos la envidia de muchos.

—Pregúntales a ver si necesitan gente. Y grande tendrá que ser ese coche para que lleves de paseo a tu mujer y a tus hijos, dando esa envidia de la que hablas —le contestó Fausto con ironía—. Ahora, vamos a la faena, que el jefe nos está clavando los ojos en el cogote y ya sabes cómo se cabrea si no sacamos a tiempo los pedidos —dijo al ver que Manuel se acercaba a ellos, puro en boca y con cara de malas pulgas.

—Y vosotros, ¿qué? Así se levanta un país. Luego dicen que los que vienen de fuera… Me voy a callar…Un segundo más de charla y os pongo de patitas en la calle —amenazó, sin que sus palabras fueran temidas ni por nuevas ni por ciertas.

Unas semanas más tarde, los dos hombres pidieron la cuenta. El patrón, aunque gruñía y gustaba de amedrentarlos, les había cogido estima. La justa para sustituirlos por los que Perico le había recomendado y para engrosar la última semanada de ambos en agradecimiento a sus esfuerzos. Eran tiempos en los que no faltaba el trabajo ni tampoco las ganas de los que, como Fausto y su amigo, habían llegado de otras tierras en busca de una mejora.

Viéndose acaudalados, antes de empezar en el taller mecánico, se dieron a la desmesura y quemaron el dinero a espuertas. Entre risas, camaradería y botellas de vino, invitaron a los compadres de todos los bares que fueron visitando. Les gustaba pagar las rondas, sobre todo a Fausto, como si no le hubiera costado ganar el dinero. Esa sensación de dominio y supremacía iba con él, con su esencia de castellano viejo. Era generoso, aunque sabía cuándo parar. Así había hecho algunos conocidos que él consideraba amigos, aunque la amistad se resumiese en el coste de la derrama que tuviera a bien pagar.

Fausto se hizo socio del Fútbol Club Barcelona, alardeando de un carnet que pocos podían costearse, y asistió con su colega Perico a uno de los clubes más caros y conocidos de la ciudad: un prostíbulo de postín donde el espectáculo estaba asegurado, aunque hubiera que

gastarse los billetes invitando a copas. En aquel entonces, Fausto se codeaba con un paisano al que llamaban el Chupi, un putero con mucha labia que lo había enredado en más de una ocasión. Fausto era una presa fácil de la fiesta y la complacencia, y, como las amistades, tenían un precio.

—La semana que viene llegan mi mujer y mis hijos —anunció Perico con voz beoda una noche.

—¿Tan pronto? —se sorprendió Fausto.

—No sé qué bicho le ha picado. Recibí carta suya anteayer. Ya ha conseguido los billetes y hasta un trabajo como planchadora por horas en casa de unos señores o no sé qué… Esto es el fin, amigo Fausto.

El vallisoletano no dijo nada y siguió bebiendo. Poco había que decir. Esa noche, antes de que sus caminos se vieran forzados a separarse, quemaron todos sus barcos. Habría otros, pensaron volviendo a sus casas, uno sin esperanzas, porque la vida de soltero se acababa en pocos días, y el otro sin una peseta con la que pagar la renta del cuarto que tenía alquilado a sus parientes.

Capítulo 25

Barcelona, 1958-1964

Al poco de empezar en el taller mecánico, Perico, su compañero de juergas y noches de bohemia, recibió una herencia, convirtiéndose en terrateniente, y lo dejó solo. Volvió al pueblo con su familia, una idea que nunca había pasado por la cabeza de Fausto.

Con veinticuatro años cumplidos, él también abandonó el taller. Había aprendido de coches hasta ascender a oficial de mecánica, un oficio que le gustaba. Los vehículos habían invadido las ciudades y quienes sabían repararlos tenían el pan asegurado.

Vidala solo había ido una vez a Barcelona. La visita, aunque la agradeció, lo trastornó, debido al carácter tosco de su hermana solterona, que más bien parecía una monja. Era de su sangre y, a su manera, la quería, pero tanta decencia lo sobrepasaba. Él cumplía en el trabajo y atendía sus obligaciones para con sus padres, lo demás había que disfrutarlo. Por ello, ahorraba lo justo, y un poco menos.

La vida pasaba en un instante, la ciudad era un enjambre de posibilidades cada vez más variopintas y el dinero estaba para gastarlo. Había tomado por costumbre rodearse de los que, al verlo entrar en los bares, se arrimaban a él como abejas a la miel, a la espera de las rondas que Fausto solía regalarles. Nada podía salir mal para el Tigre de Sants, apodo que le habían puesto, evocando al mítico baloncestista Roger Esteller.

—La última —anunció a los presentes—, y el que quiera acompañarme al baile tiene la noche pagada —añadió, chulesco, ante las risas y los rumores de algunos que ya se habían vuelto habituales.

—¡Eso es un tío como Dios manda, coño! —dijo uno al fondo.

—¡Vamos, Fausto, llévanos a donde las curvas! Tengo una cuenta pendiente con quien tú sabes y hay que saldarla —dijo otro, moviendo las manos mientras contoneaba las caderas, fruncía los labios y se miraba la entrepierna.

Fausto se sentía importante. Todos lo seguían. Y aunque conservaba un tanto de pudor y sentido del decoro, verse aclamado alimentaba esa parte de su ser fanfarrona y envalentonada que tanto le gustaba enseñar.

—A ver si te echas novia formal de una vez y dejas de malgastar el dinero en estos. Que pareces el rey Midas —dijo la mesonera, una mujer bajita, entrada en carnes y con mofletes

colorados que miraba cómo el joven vallisoletano no paraba de sacar billetes del bolsillo para pagar una ronda tras otra a los aprovechados que revoloteaban a su alrededor.

—¿Y ese quién es? —preguntó Fausto.

—Ay, si en vez de gastar los cuartos así, leyerais más… Cultura, señores, un poco de cultura nos os vendría mal —ironizó la mesonera.

—¿Y qué cultura se necesita si lo único que hacemos es trabajar diez horas al día? Dinos quién es ese Midas del que hablas y no nos marees, mujer.

—El rey que convertía en oro todo lo que tocaba.

—Pero eso es lo que desearíamos todos—gritó uno de tantos que bebía a la salud de Fausto, y se echó a reír.

—No estoy tan segura. —La mesonera se carcajeó, burlándose de la ignorancia de los presentes—. No queráis saber cómo terminó la cosa. Y ahora, venga, terminad vuestros vinos, que quiero limpiar ya y cerrar pronto. ¿Acaso nadie tiene aquí obligaciones?

—Me lo he pensado mejor y me voy a casa, que hoy estoy molido y mañana toca madrugar —comentó Fausto para decepción de los que ya se habían imaginado el final feliz de esa noche.

—No nos dejes así, hombre —se quejó Benito, uno de los habituales—, con la miel en los labios.

—Nada, otro día. Esperadme aquí sentados —rio Fausto, haciéndose el interesante.

Paca y Fernando, el matrimonio con el que vivía en Sants, le decían que con lo que ganaba bien podía formar una familia. Él asentía, no les faltaba razón, aunque en el fondo sintiese que no sabía qué era aquello de enamorarse. Su relación con las mujeres era la que era. Quería sentar la cabeza, pero ninguna muchacha le gustaba de verdad.

Por aquel entonces, Fausto frecuentaba una bodega de barrio, cerca de su casa, en la que echaba unos vinos o un vermú. También era un ultramarinos y se vendía bebida a granel. En un rincón, había un pequeño comedor en el que los hombres se reunían a jugar y ahí pasaban las tardes.

Un día de tantos, Fausto llegaba contento de la faena y, al pedir su chato y unas olivas, se acercó hasta el corrillo que se jugaba los cuartos al dominó. Iban en parejas y estaban a punto de cerrar la mano cuando uno de ellos lo invitó a sumarse.

—Juega conmigo, muchacho, que este es más torpe que un guardagujas.

Fausto se encogió de hombros, sonriendo, sin atreverse a preguntar qué quería ese; lo tenía visto, pero no lo conocía de nada.

—No soy muy bueno con esto—dijo, sin ganas de quedarse. Aunque la insistencia del parroquiano lo terminó convenciendo.

—Yo soy Joan. Bueno, Juan, no vaya a ser que nos busquemos un lío. ¿Tú no serás…?

—Déjalo ya, hombre, que vas a marear al joven —dijo otro de los que estaban sentados en la mesa.

—Él es Jaume, vecino de la finca de aquí al lado. Tampoco sabe jugar, pero nos anima mucho. Siéntate, que empezamos otra ronda. ¿Llevas dinero? Aquí se juega como se tiene que jugar —advirtió Joan.

Mientras los otros movían la cabeza, resignados a la perorata habitual del viejo Joan, Fausto sonrió, sintiéndose observado.

La tarde fue amena. A pesar de que Fausto no solía estrechar lazos con los mayores, estuvo cómodo. Los encuentros se repitieron en las siguientes semanas, en los que había tertulia, consejos y un ambiente muy distinto al acostumbrado.

—Fausto, dime, ¿qué tal en tu trabajo? —le preguntó Jaume, al que le caía muy bien el chico—. Mira que yo comencé en el sector cuando todavía no había tantos coches circulando. Si eres bueno, tienes el futuro asegurado. Donde estoy, pagan muy bien. Muy bien —insistió.

—No sabría decirle, señor Jaume. Yo estoy contento y he aprendido mucho. ¿Dónde es ese taller del que me habla?

—Buenos días, señorita, qué alegría para los ojos —se oyó al fondo, en el mostrador donde se guardaban los barriles.

—Buenos días, Teo —respondió una voz femenina y pizpireta que sonreía, sin poder evitar el calor creciente que notaba en la cara cuando, por el rabillo del ojo, se sintió observada—, venía a rellenar estas dos botellas.

—Cómo no, muchacha. ¿El de siempre? —preguntó el mesero, sabiendo quién bebería aquellos caldos.

Al escucharla, Fausto giró la cabeza y, al verla, se quedó prendado. Era bajita y morena, como a él le gustaban, y llevaba el cabello recogido en un gran moño. Vestía moderna, pensó, descartando la etiqueta de beatas que tenían muchas de las muchachas casaderas.

—Chico, que te va a entrar tortícolis —le dijo uno de los jugadores a los que la presencia de la joven no causaba ningún interés.

Fausto reaccionó y volvió al juego. Él no era un chico, pensó, molesto, él era un hombre. Esa muchacha lo había sacudido por dentro de una forma diferente y no estaba dispuesto a dejarla escapar, se dijo, buscando un motivo para levantarse de la mesa y abordarla. Pero, para cuando quiso hacerlo, ella ya se había marchado. No disimuló el gesto de fastidio que ese fallo en sus cálculos le causó. Donde ponía el ojo, ponía la bala, y pocas féminas, por no decir ninguna, se le escapaban.

—Es la hija de este —habló el compañero de partida,

sorprendiéndolo de nuevo—, así que ojo con lo que haces o dices —advirtió, echándose a reír.

Fausto asintió, buscando la mirada de Jaume, que se hacía el despistado, centrado en el juego. Si era hija de ese compadre, bien podría regresar otro día, se dijo, armándose de una paciencia a la que no estaba acostumbrado.

Desde aquella tarde, iba a diario por la bodega. Siempre había alguien con quien compartir un brindis o charlar. Ese día, se miró el reloj y comprobó que disponía de menos de una hora para acicalarse. Había quedado con unos amigos para tomar unas tapas antes de asistir a uno de los espectáculos que habían inaugurado en la zona del Paralelo. Allí siempre podía surgir algo. Las muchachas libres de culpa y de moralidad esperaban en los bares a sus pretendientes efímeros. Unas veces, jóvenes de la ciudad; otras, marineros de los barcos atracados en el puerto, que salían en manada a disfrutar de la noche. Estos eran los que tenían más éxito.

Fausto, convencido de su nuevo fracaso, se ganó el aplauso de los presentes al pagar lo suyo y lo de todos, como solía, pero cuando fue a salir, la vio llegar.

Ella andaba distraída y se sobresaltó al topárselo.

—¿Estás obstruyéndome el paso a propósito? No es buena idea —dijo la chica, plantándole cara.

—Nada de eso. —Fausto hizo una leve reverencia y se apartó para que ella pudiera entrar en la bodega.

Y se quedó fuera, aguardándola.

—¿Otra vez tú? —dijo ella, traicionada por una sonrisilla que le nacía en la boca de forma natural.

—Otra vez yo —respondió él, llevándose la mano al tupé—. Me gustaría invitarte a tomar un refresco. ¿Vives cerca de aquí?

—Eso no es de tu incumbencia —contestó ella, frunciendo el ceño—, y ahora hazte a un lado, que esto pesa lo suyo y me están esperando en casa.

Sin más, Fausto alargó la mano y cogió la bolsa de las botellas. Ella lo miró sorprendida. Sonrió, y juntos se encaminaron al portal.

—Ya estamos, vivo aquí. Muchas gracias por tu amabilidad.

—De nada —contestó Fausto con la vista fija en sus ojos azules. Era guapa, muy guapa, pensó mientras se despedía de ella—: Hasta otro día. Me llamo Fausto, ¿y tú?

—Josefa. Bueno, Pepita.

Y esas habían sido las primeras palabras que habían cruzado. Después, Fausto buscó en los buzones el nombre de Jaume para saber en qué piso residía la familia. Armándose de valor, le escribió unas letras y las metió en un sobre en el que puso «para Pepita».

Jaume recogió la carta y la dejó en la habitación de su hija. Con cierta nostalgia, pensó que ella ya había llegado a la edad adulta; pronto festejaría con algún joven y la vida, en su transcurso natural, la llevaría hasta el altar para formar su propia familia. Sintió el peso de los años, esos en los que Anita y él habían capeado el miedo y los silencios que rodeaban a los suyos. Y sonrió, dejando salir de la garganta un suspiro mudo, antes de ir a contarle a su esposa lo sucedido.

Días más tarde, mientras madre e hija cosían escuchando la radionovela, sonó el teléfono.

—Voy a ver quién es, aunque también podrías atender tú la llamada —dijo Anita.

—Para qué, si a mí no me llama nadie.

Las palabras de cortesía y la sonrisa bobalicona con la que se asomó su madre la intrigaron.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es para ti. Un chico llamado Fausto.

Al oír su nombre, un escalofrío la tensionó y la vergüenza le encendió la cara como una hoguera. Tenía edad, sí, pero nunca se le había acercado ningún pretendiente. Era tímida e iba acompañada de sus padres a todas partes. Se trataba de la primera vez que un chico se interesaba por ella y quería morirse. Su madre, cruzada de brazos en el quicio de la puerta, seguía mirándola.

—¿No quieres hablar con él? No sabía…

Antes de que terminara la frase, Pepita se levantó de la silla como un resorte, agachó la cabeza y se dirigió a paso ligero al comedor.

—Hola. ¿Cómo has conseguido este teléfono? —fue lo primero que dijo.

—Hola, ¿cómo estás? Perdona que te moleste. Hace unos días, te mandé unas letras y, como no he recibido respuesta, he buscado tu número para saber si te habían llegado. Soy un hombre de recursos.

—Sí —contestó ella, lacónica.

—¿Sí? ¿Te ha llegado mi nota?

—Sí —volvió a decir ella.

—¿Podría invitarte a dar un paseo el próximo domingo por la mañana? O por la tarde, como prefieras.

—Los domingos siempre voy con mis padres al cine. Si quieres acompañarnos… Es en el Balañá, ¿lo conoces? La sesión de las doce del mediodía.

Tras un breve silencio y una rápida valoración de las circunstancias, Fausto contestó:

—Allí estaré sin falta.

—Bien. Nos vemos el domingo, entonces. Adiós.

Aquella fue la primera cita de la pareja, poco habitual para los tiempos que empezaban a correr. Las muchachas de su edad iban con sus pretendientes al baile, a los teatros, a las cafeterías… La mayoría de ellas guardaban las formas y todas se recogían en sus casas antes de caer la noche.

Fausto llegó tarde a ese encuentro múltiple. Un mal comienzo, aunque nadie se lo tuvo en cuenta. Se había dormido, se disculpó ante la familia, refiriéndose al cansancio de madrugar cada día, aunque lo cierto era que había alargado la velada del sábado hasta el amanecer, como de costumbre.

Jaume y Anita lo vieron un buen partido. Se hacía querer, lo consideraban formal y discreto, tenía trabajo y edad para saber lo que le convenía. Y Pepita estaba enamorada de él. Ese chico de pueblo la convertiría en su esposa, solo había que esperar el momento en que pidiera su mano, igual que ocurría en las novelas que tanto le gustaban a ella.

Imaginar lo que vendría después le daba vergüenza, aunque lo desease. Sus caricias, sus besos y su mirada profunda la habían arrastrado en más de una ocasión a un precipicio al que solo se había atrevido a asomarse. El salto llegaría una tarde de domingo después del baile, cuando Fausto dijo las palabras mágicas:

—Pepita, llevamos tres años juntos. ¿No te parece que ya es hora?

Ella iba de su brazo, como era lo habitual. Se paró en seco y lo miró, sorprendida.

—¿Hora de qué? ¿Estás queriéndome decir algo?

—Claro. Quizás haya que esperar un poco. Todavía no he reunido el dinero suficiente para que podamos vivir en el sitio que mereces, pero lo lograré.

Ella no estaba segura de saberlo necesario para ser el ama de casa ideal, cocinar, cuidar de su marido, atender sus necesidades de hombre y traer niños al mundo. Pensar en todo a la vez la mareaba. Pero le decepcionó que Fausto no formulase la pregunta que toda muchacha deseaba oír.

Se detuvieron en el portal de la calle San Medir sin haber ahondado en el tema. Pepita se acercó a darle un beso en la mejilla y él, apretándola en un abrazo, le dijo:

—Porque quieres casarte conmigo, ¿verdad?

Ella lo miró, conteniendo las lágrimas que segundos antes eran de pena y ahora se tornaban de alegría. Tragó saliva, le cogió las manos y contestó:

—Claro que quiero casarme contigo. ¿Con quién si no iba a hacerlo?

—Pues no se hable más. Formalizaremos esto con una pequeña celebración en la bodega, tú y yo. Se lo contaré a tu padre la próxima semana. Y también a mi familia en cuanto pongamos fecha.

—Hay una cosa que debo decirte. No sé cómo empezar —anunció Pepita, temiendo desde hacía meses ese momento.

Fausto la miró sin que de sus labios desapareciera la sonrisa nerviosa que esbozaba cuando se sentía inseguro.

—¿Y bien? Me estás asustando.

—Mejor sentémonos ahí. —Al notar que las piernas le temblaban, le señaló un banco.

Se echó a llorar, presa de un desasosiego que la ahogaba. ¿Acaso tenía ella la culpa de ser quien era? ¿Acaso se elige dónde nacer? ¿Cómo decirle a su prometido que sus padres eran otros sin que él pensara que ella no lo merecía?

Había aprendido a vivir en el silencio de lo que se oculta, de lo que se grita cuando nadie escucha, hasta que, como una nube, se desvanece transcurrido un tiempo. Había dejado de imaginar que su madre, a la que no veía desde hacía mucho, quizás la había querido alguna vez, igual que parecía querer a los hermanos que siempre la acompañaban y que miraban a Pepita como a un bicho raro. Había dejado de odiar su suerte porque esta, junto a Anita y a Jaume, había sido la mejor y nunca les estaría lo bastante agradecida. Ahora, ante el que pronto sería su esposo, se enfrentaba a la verdad.

—Estoy poniéndome nervioso. Yo creí que… —insistió él.

—Permíteme que te lo explique, por favor. Si no lo hago ya, no podré hacerlo nunca.

Y así fue como Pepita, armada del valor y de las palabras justas, narró su origen a Fausto y la adopción de sus tíos, presentados como sus padres ante Dios y el mundo. Y él, que se había temido algún daño irreparable, la tranquilizó:

—No sé qué decir. A mí no me importa de dónde vienes. Lo que cuenta es quién eres. Y eres mi novia.

—He aligerado mi peso, no sabes cuánto. Y te doy las gracias. —Pepita lo besó en la mejilla—. El sábado por la mañana pediré a mi padre que hable con Minguet. Él es quien tendrá que acompañarme y firmar el consentimiento para que podamos casarnos. ¿No vienes a casa? Me encantaría que lo anunciáramos juntos —dijo ella, invitándolo a subir.

—Hoy no puedo. Estoy cansado y mejor será que me vaya a dormir pronto —se excusó él—. Descansa tú también. —Se despidió con un beso.

Ese día, Fausto conoció la verdad y dio uno de los pasos más importantes de su vida, a sus veintisiete años. Quería a Pepita, veía en ella a la futura madre de sus hijos, casi no quedaban amigos solteros y

todos a su alrededor lo animaban a casarse aunque a él no le apeteciera renunciar a los placeres a los que estaba acostumbrado. Era joven, era un hombre, era el Tigre de Sants. Su fama lo precedía y no resultaba fácil dejar atrás los corazones que terminarían rompiéndose cuando, al fin, contrajera matrimonio.

El 25 de mayo de 1964, en la parroquia de Santa María de Sants, se celebró la boda. Ella, radiante y vestida de blanco, apenas había pegado ojo la noche de antes. Él, con un traje oscuro confeccionado en una de las sastrerías más distinguidas del distrito, se sentía victorioso, asintiendo ante los presentes que una y otra vez les daban la enhorabuena.

Una única ausencia enturbió la dicha de aquel día tan especial: Anita había perdido hacía poco a su abuela Lluisa Joana San Pedro, y todavía la lloraban.

Para ellos comenzaba una nueva etapa llena de buenos propósitos. En el viaje de novios, estuvieron en dos lugares que ninguno de los dos conocían: el monasterio de Piedra, en Zaragoza, y la ciudad de Madrid. También fueron a Villavicencio de los Caballeros, visita obligada para que los familiares que faltaban pusieran rostro a la flamante mujer del vallisoletano. Pepita vio por primera y última vez a su suegro, Germán, que poco después falleció.

A su regreso, los acogieron en el piso de San Medir, brindándoles la habitación más espaciosa. Que aceptaran irse a vivir con Anita y Jaume fue un gran alivio para todos. Fausto aún no había ahorrado lo suficiente, Pepita temía separarse de sus padres y estos, a su vez, continuarían cuidándola, como si no hubiera terminado de crecer. Todos tenían algo que ganar, aunque el precio que pagarían, en un futuro que ninguno podía imaginar, sería muy alto.

Capítulo 26

Barcelona, 1964-1967

Durante los dos primeros años, la vida del matrimonio fue un mar en calma en el que cualquier tormenta habría querido habitar. Excursiones, partidos de fútbol, restaurantes afamados, bailes de moda… La pareja aprovechaba los momentos de asueto que la vida y sus respectivos sueldos les brindaba.

Las vacaciones de verano y la Semana Santa las pasaban en Villavicencio de los Caballeros, donde, por arte de magia, Fausto parecía otro. El juicioso e introvertido hombre que, al llegar del trabajo, hacía una parada para tomar unos vinos en la bodega, en el pueblo se convertía en un marido ausente con el que solo coincidía a la hora de comer. Día sí, día no, regresaba de madrugada. Algo achispado, buscaba a Pepita entre las sábanas, reclamando su derecho. Y ella otorgaba. La catalana, como la apodaban su cuñada y su suegra a sus espaldas, se veía obligada a pasar más horas de las que hubiese querido pegada a Beridiana, enlutada de los pies a la cabeza, y a Vidala, con la que nunca sabía de qué hablar.

La solterona, como la llamaban en los corrillos, había pasado de la treintena y pocas esperanzas de conocer varón le quedaban. Pepita había escuchado algunos comentarios sobre ella en la carnicería, historias de pueblo en las que por cada parte real había otras tantas inventadas. Las tierras, el ganado, el corral y hasta sus odiadas palomas, todo recaía sobre ella. Malcarada, con los labios apretados y una arruga profunda que le separaba las cejas, quién sabía si de la rabia acumulada, la suerte nunca le había sonreído. Algunas de las bromas que había sufrido siendo todavía zagala la habían señalado para siempre. Nadie la entendía. Era una mujer extraña, poco dada a tomarse confianzas. Y de esa guisa, la una por mayor y la otra por vieja, lograban que Pepita fuera descontando los días que quedaban para volver a Barcelona desde el primer día que llegaban al pueblo.

Para ella, vivir en su casa, junto a sus padres, era el cuento perfecto: una mujer casada que seguía disfrutando de los privilegios que otorga la soltería, una casada sin casa. Y, aunque todos procuraban ser discretos, para Fausto resultaba casi violento que, en presencia de sus suegros, Pepita le reclamase caricias. Ella se había criado viéndolos quererse, observándolos mientras se miraban, sonrientes, buscándose el uno al otro para abrazarse, persiguiéndose

alrededor de la mesa como si fueran dos niños. Se amaban, y lo hacían sin pretextos. Él venía de otras costumbres más rancias. Exponer el cariño en público lo soliviantaba y terminaba recurriendo a una palabra que a Pepita empezaba a molestarle: «Quita». Aquel «quita, quita» le enfriaba el corazón.

—¿Es que acaso te incomoda que tenga atenciones contigo? Eso es lo que desearía cualquier hombre al llegar a su casa. En cambio, tú parece que me rechaces.

—No lo entiendes. Lo hago por respeto a tus padres, no inventes donde no hay.

—Pues no, no lo entiendo, qué quieres que te diga. Ellos se abrazan y se besan sin sentir vergüenza. ¿Por qué deberían sentirla? No sé qué hay de malo en ello. Además, Jaume siempre tiene un detalle con ella, desde que recuerdo. Las flores de ayer, por ejemplo —señaló el ramillete que Anita había puesto en el centro de la mesa—, y estas figuras de porcelana. La que más le gustó a ella fue este pescador. Mi abuelo, bueno, el padre de Anita, era pescador, ¿sabes?

—Sí, creo que ya me lo contaste—respondió Fausto, mal disimulando lo poco que le interesaba la explicación—.Vamos, arréglate o, cuando lleguemos, la cola dará la vuelta al estadio.

Pepita no tenía amigas a las que contarlas dudas que su vida de casada le había despertado. No se trataba de asuntos que pudiesen airearse delante de cualquiera y a su madre no pensaba preguntarle.

Los meses iban pasando y en el ambiente de la casa sobrevolaba la esperanza silenciosa de que en cualquier momento recibirían la feliz noticia. Pepita siempre había sido muy irregular en sus sangrados y existía la creencia popular de que el matrimonio y sus obligaciones conyugales mejoraban esa singularidad. Ni era verdad ni nadie había referido tal asunto en la calle San Medir. Pepita vivía en su mundo, capeando las pequeñas nubes que a veces lo ensombrecían, sin preocuparse por más. Sabía cómo se gestaban los niños, lo había leído en los libros y Fausto y ella sí hacían «aquello» a menudo, pero nunca habían hablado de los hijos. Ella no tenía claro si quería ser madre. Le gustaba la vida que llevaba. Los niños eran un regalo de Dios, eso había escuchado, aunque no lo compartía. Solo había que conocer su caso. Y una tarde, yendo al cine, le preguntó a su marido:

—Oye, ¿y yo por qué no me quedaré embarazada?

Él la miró, incrédulo. La forma en que Pepita había formulado la pregunta le había hecho gracia. Sonrió y siguió andando.

—¿No piensas contestarme?

—Pepita, ¿qué te voy a decir? Ve al médico para averiguarlo, ¿no?

—Está bien, iré al médico.— Se aferró a su brazo, sonriéndole —. Pero esto es cosa de los dos. Quizás deberíamos ir pensando en

formar una familia.

—Todo a su tiempo. Además, a ti te tocaría dejar tu trabajo, y dices que te gusta. ¿Y quién cuidaría de los niños? Somos jóvenes —afirmó, esperando haber dado en el clavo con los argumentos que había expuesto.

—Tienes razón, pero Anita y Jaume deben pensar que no valemos —dijo, pareciendo preocupada.

—Eso no lo sabe nadie, así que zanjemos el asunto de momento y ya lo hablaremos con calma.

Ese domingo, venían de ver un partido del Fútbol Club Barcelona. Eran asiduos al Camp Nou y tenían buenas entradas. De vuelta, todavía con la sensación de la victoria en el ánimo y en la sonrisa, habían parado en uno de los bares de la plaza de Huesca, junto a la lechería de siempre, donde unos malhechores habían atracado unas semanas atrás. No era la zona que a Pepita más le agradase recorrer. Esas calles, tan cerca de la casa donde había nacido y que tan a disgusto se había visto obligada a visitar, le avivaban sentimientos agrios que el tiempo se había encargado de limar. Ni olvidaba ni perdonaba.

—¿Te pasa algo? —preguntó Fausto—, no has dicho ni una palabra desde que hemos salido del campo.

—No. Estoy bien. Es solo que se me ha revuelto el estómago. Me han sentado mal los cacahuetes que he comido.

—No te pongas mala ahora —advirtió Fausto, frunciendo el ceño al tiempo que abría mucho los ojos—. Yo estoy deseando ir al pueblo. Me esperan y no puedo defraudar a mis paisanos.

—Qué exagerado eres, ¿cómo me va a durar esto tanto tiempo? Estamos en junio. —Pepita dio un sorbo a la soda que había pedido—. Aquí hace mucho calor, ¿no?

Fausto volvió a mirarla. Pepita estaba distinta. Sin ser gruesa, tenía curvas y a él le gustaban, y al fijarse en el escote, notó que sus pechos parecían más voluminosos.

Ella, ajena al examen, se entretenía con el ir y venir de los transeúntes, cuando, por el centro de la plaza, vio pasar a Manela, la mujer de Minguet. Iba acompañada de su hija, Margarita, una muchacha de mirada ausente y pelo encrespado que no había corrido mejor suerte que todos los de su estirpe; le recordaba a la abuela Vica. En ambas estaba dibujada la pena de una vida anodina y triste, como no podía ser de otro modo en la casa oscura bajo el mando de Minguet. Sus tías y su madre, a las que consideraba ceros a la izquierda, se habían marchado años atrás. Pepa, casi inválida por culpa de no haberle dado tregua nunca a su espalda, vivía en una residencia. Las únicas visitas que recibían eran las de Angelina y

Mariona.

Los años y las piezas que él iba moviendo en la historia lo habían cambiado todo, aunque la esencia de los Moreno León había sobrevivido. Minguet, quemando parte de su vida en el alcohol, trabajaba entonces como acomodador en el cine Liceo, situado en el mismo barrio de Sants, y ganaba una perras extra haciendo fotocopias con una máquina que había llevado a casa un día, sin avisar ni a su mujer ni a su hija. Sus extravagancias no tenían parangón y por el pasillo del piso oscuro volvían a deambular propios y extraños, como en los viejos tiempos.

—No mires, no mires —susurró Pepita, sacando a Fausto de sus cálculos.

—¿Qué pasa? —le contestó, incómodo.

—Nada, míralas, Margarita y su madre. Acaban de cruzar por ahí delante, pero no mires. Parecen unas pordioseras, pobrecillas. Si en el fondo me dan pena.

Margarita era su medio hermana, aunque Pepita nunca la hubiera visto como tal. Dudaba que la joven supiera el parentesco real que las unía. Tampoco importaba, la crianza de la una y de la otra había sido distinta, muy distinta. Y la diferencia de edad que las separaba también era grande. No tenían nada en común.

Pepita continuaba con la vista baja, en silencio, esperando que las mujeres desaparecieran de la plaza.

—En qué quedamos, ¿miro o no miro? —Fausto chascó la lengua y se llevó la cerveza a los labios.

—Ya no están. Iban tan ensimismadas que no nos han visto. Anda, acábate eso y vamos a casa. Le diré a Anita que me prepare una infusión y me iré derecha a la cama. Malditos cacahuetes…

Los mareos habían cesado ese día, aunque Pepita no tardaría mucho en levantarse todas las mañanas con sueño. Un sueño profundo que le mermaba la calidad de vida y que no podía soportar. Pasaba de la risa al llanto y de este a una alegría repentina por cualquier cosa. Al ver que los indicios se iban sumando, antes de visitar al médico, utilizó un método predictivo casero y revolucionario que se vendía en las farmacias y que, para ahorrarse las explicaciones, había comprado lejos de su hogar. Albergaba la esperanza de no estar embarazada. Quería y no quería; se imaginaba y no se imaginaba. Todo era un baile de contradicciones que no podía controlar. Sin embargo, el aparato confirmó su estado de gravidez. Sin saber qué hacer con él, lo guardó en la mesilla de noche.

No era consciente de que, a pesar de las precauciones que habían tomado la mayoría de las veces, aquello pudiera suceder. Qué mala suerte, pensó un día después de que un olor la hiciese vomitar. Qué asco, qué asco, se iba quejando. ¿Cuándo pararía eso? ¿Así sería

todo el tiempo? ¿La querría igual cuando su barriga engordase y nunca volviese a ser la misma? ¿Qué iban a hacer ellos con una criatura? ¿Cómo la cuidarían? ¿Tendría que dejar el trabajo? Todo eran preguntas sin respuesta y nadie más conocía la noticia. De momento lo prefería así. Fausto se había cansado de preguntarle.

Anita había observado las ojeras de su hija y lo fatigada que llegaba cada día del trabajo, arrastrándose por el pasillo como un preso atado a sus grilletes. Pepita era una mujer, pero su madre no había olvidado la fragilidad con la que había crecido, entre resfriados y alergias. En casa nunca habían faltado jarabes y ungüentos para combatirlos. Su carácter había cambiado y temía contrariarla, pero Anita se armó de valor y la abordó en la cocina:

—Hija, me tienes preocupada, ¿no estarás cayendo enferma? Llevas días con un agotamiento poco usual.

—Es por la fábrica, quieren que vayamos más deprisa y no se bajan del burro—mintió.

—¿Y si te pido hora con el doctor?, me quedaría más tranquila. Recuerda que, hace unos años, cualquier resfriado podía convertirse en…

—¡He dicho que estoy bien! No me atosigue, por favor —le gritó—. Además, ya no soy una niña.

—No te atosigo, por Dios, hija. Y no son formas de hablar —contestó Anita con un nudo en la garganta—. Pero ya me voy. Te prepararé un vaso de leche. Tómatelo y descansa. He terminado de planchar ahora mismo, así que guardaré tu ropa y la de Fausto en el armario.

—Lo siento. No he querido ser grosera, pero es que no me tengo en pie. ¿Todavía no ha llegado mi marido? —preguntó Pepita, mirándose el reloj—. Cada día se entretiene más en el bar. No sé a qué se debe ese afán de quedarse por ahí en lugar de venir a casa.

Anita se sentía vulnerable. Los años pasaban por su cuerpo, sumando surcos, y por mucho que había luchado por su hija, con todo su amor y sus fuerzas, ahora reparaba en la falta de confianza que había entre las dos. El gesto dulce y complaciente de Pepita era igual que un muro que nunca había podido franquear. Pocas preguntas, pocas respuestas y el silencio como protagonista en una historia llena de fisuras y remiendos que todos querían ignorar.

Sacudió la cabeza, arrancándose las penas. Se enjugó las lágrimas y se dirigió al dormitorio de su hija. Pepita se había bebido la leche y tenía los ojos cerrados. Con sigilo, fue guardando la ropa de cama, las prendas más grandes y la ropa interior de ambos. Primero la de Fausto; luego la de ella. Al dejar sus prendas íntimas en el cajón, sus dedos toparon con algo rígido. Parecía un lápiz, aunque más grueso. La curiosidad hizo lo siguiente. No sabía lo que era, pero solo

tuvo que leerlo en la caja, que seguía ahí. Se llevó las manos a la boca y el llanto brotó de nuevo. ¿Por qué se había callado una noticia tan dichosa? La pena y la alegría se mezclaron. Pena porque ella, que tanto amaba a Jaume, nunca experimentaría el regalo de ser madre desde las entrañas. Alegría porque no era consciente de hasta qué punto echaba de menos la risa y la inocencia de los niños.

—¿Por qué tiene eso en las manos? —preguntó Pepita, dándole un susto.

—Yo… no sé… Lo siento… Tú…

Anita agachó la cabeza. Sus hombros subían y bajaban al compás de un llanto que ya no podía refrenar. Era gozo y era sombra. Pepita se incorporó y la agarró del brazo para sentarla junto a ella.

—No podré preguntarle muchas cosas, pero seguro que su ayuda será lo más importante. Me siento tan extraña…

Ambas se abrazaron. Un instante mágico que las unía, quizás por primera vez, en una sola. Aunque Anita no quería que terminara, una voz grave resonó en el pasillo, fuerte y enérgica:

—¿Hay alguien en esta casa? ¿Dónde están las niñas de mis ojos?—Jaume, como siempre, traía un ramillete de flores escondido tras la espalda—. Caray, ¿interrumpo algo delicado? —preguntó, mirando a las dos.

—Pasa y siéntate. Tenemos… Tiene algo que decirte —reveló Anita, levantándose a besarlo.

A los pocos días, las pruebas del médico confirmaron el estado de Pepita y el cava corrió en el piso de la calle San Medir. Era el primer hijo en la familia.

Tuvo un embarazo sin riesgos, aunque se sintió enferma los nueve meses. Primero fueron los vómitos. Cuando estos parecían remitir, un dolor persistente en la espalda le impedía dormir bien y la incómoda sensación de estar orinándose cada poco rato le resultaba insufrible. Más tarde, con la barriga prominente, no sabía en qué postura acostarse, el bebé se movía, torturando su descanso. No se atrevía a decirlo, pero nadie le prohibía pensarlo: no le gustaba el embarazo. Ni le parecía romántico, ni había sentido la llamada del instinto, ni se veía guapa. Una panza inmensa, varices en las piernas y manchas en la cara. Hacía muchas semanas que su marido apenas la tocaba.

Y a la espera de aquello que nunca acababa de llegar, al fin el 12 de febrero de 1967 nacía la pequeña Anna.

Bautizada con el mismo nombre que su abuela materna, la fortuna y el destino trazarían un hilo invisible que las uniría siempre. Así había sido desde aquella primera noche juntas, en la que los dedos de Anita atravesaron los barrotes de la cuna y la manita de su nieta se



aferró a la suya, buscando la calma que solo su calor era capaz de trasmitirle.

Capítulo 27

Barcelona, 1967-1970

Pepita tardaba en recuperarse del parto. Una anemia persistente y un estado de ánimo cambiante la habían convertido en una persona intratable. Fausto salía temprano y volvía tarde. Se habían distanciado y Pepita pensaba que era por culpa de su cuerpo.

Nada más llegar del hospital, habían trasladado la cuna a la habitación de los abuelos. Dada la ansiedad y la debilidad que presentaba la madre primeriza, a todos les había parecido lo mejor. Para Anita y Jaume, la historia empezaba de nuevo, después de algo más de veinte años. Habían criado una hija, pero su amor, si acaso podía concebirse, era más grande incluso que entonces. Cada noche, esas manitas se aferraban al calor que las de su abuela le daban, hasta quedarse dormida.

Solo habían pasado unas semanas del alumbramiento cuando, una tarde, Fausto apareció con la encargada de la fábrica donde trabajaba Pepita.

—¿Hola? —saludó al aire—, ¿hay alguien en casa?

—Shhhh—se oyó al fondo—, se acaba de dormir y… ¿Charo? —dijo Pepita, sorprendida al verla—, ¿pasa algo?

—¿Cómo estás? —La encargada se acercó a besarla—. Disculpa, es que tu marido me pidió…Enhorabuena, que no te he felicitado.

—Muchas gracias. Te la enseñaría, pero me ha costado mucho que se durmiera—se excusó Pepita, conteniendo las repentinas ganas de llorar que iban y venían por cualquier cosa.

—Buenas tardes —saludó Anita, que entraba desde el balcón.

—Ella es Charo. Charo, ella es…

—Encantada de conocerla, doña Anna. Fausto me ha hablado mucho de usted —afirmó la mujer.

—Vaya, espero que sea para bien —quiso bromear Anita, dirigiendo la mirada a su yerno—. No sabíamos de su visita, disculpe mi aspecto. Acabo de llegar y estaba aseándome. Mi marido no tardará. Pero siéntese. ¿Le apetece tomar un refresco o un café?

—Un café, gracias.

Anita se fue a la cocina y Fausto, Charo y Pepita empezaron a hablar. Aguzó el oído. Aunque el eco de sus voces era un susurro, en el tono se percibía cierta tensión. Para no interrumpirlos, al rato regresó al comedor con el café. En el ambiente ya no cabían más

frases de impostada cortesía. Anita sonreía, como hacían todos, y miraba su reloj, esperanzada en que Jaume por fin entrase y los acompañara. Los continuos gimoteos de la pequeña, en la habitación de al lado, mantenían en alerta a Pepita.

—Es que desde que ha nacido apenas puedo hacer nada. Solo come y llora. Y yo me siento tan…

—Anita, nos gustaría hablar con usted sobre un asunto —cortó la encargada, evitando que la escena sentimental fuera a mayores.

—¿Conmigo? —preguntó la interpelada, llevándose las manos al pecho—. Vaya, no sé qué decir. —De repente, se le enfrió el cuerpo.

—Hemos estado pensando que Pepita debería volver al trabajo cuanto antes. Nos parece lo mejor, para ella sobre todo —dijo Charo—. En la fábrica, se habla de reducir personal porque la producción ha bajado bastante en este último año. Ella tiene mucha experiencia y sería una pena que le tocara abandonarnos. Queríamos hacerle una propuesta…

¿Una propuesta? ¿Queríamos? Aquella mujer a la que no había visto antes hablaba en plural y se erigía en portavoz de un discurso preparado ante el que Fausto y Pepita solo asentían, validando sus palabras. Charo no dudó en plantear la situación: Anita debía dejar de trabajar fuera de casa y hacerse cargo de la pequeña; para no perder todo su sueldo, podría traer a casa los encargos de costura.

—Piénsenlo —dijo al final—, aunque yo creo que es una buena solución. Me vais a disculpar, pero tengo que marcharme. Se ha hecho muy tarde y estas cosas es mejor decidirlas en familia —resolvió la mujer, sonriéndoles mientras recogía el bolso.

—Ya estoy aquí —se oyó la voz de Jaume.

La tensión se palpaba en el ambiente y todos dirigieron la mirada hacia el recién llegado.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó, acercándose a su mujer.

—No, no pasa nada. Ella es Charo, responsable de la fábrica donde trabaja Pepita. Ha venido a visitarnos y a conocer a nuestra nieta.

—Encantada —asintió Charo—, yo ya me iba. Ha sido un placer. Pepita, Fausto…

—Te acompañamos—se brindaron estos, sonriendo incómodos.

Y así fue como Anita y su marido, una vez más en aras del miedo que nunca se habían sacado de encima, accedieron a cuidar de la pequeña, sacrificando parte de los ingresos que tanto necesitaban en la casa. Vivían sin excesos y estaban acostumbrados a conformarse.

No había dinero en el mundo capaz de igualar el cariño que volcaban en su nieta día tras día. Al ser ochomesina, visitaban continuamente al médico. Bronquitis, alergias, anemias… Todo se juntaba en aquel cuerpo menudo que se afanaba en crecer, aunque

fuera muy despacio. La pediatra, siempre atenta y servicial, era una de las mejores de la Seguridad Social.

Es inevitable encontrar algunos paralelismos con mis anécdotas de infancia. En casa éramos pobres, eso se lo había oído a mi padre desde que me acuerdo. Obreros llegados desde otras tierras en busca de un solo propósito: prosperar para darle a la familia que formaran lo que ellos nunca habían podido tener, la salud y el conocimiento. Yo nací sana y cumplida, aunque delicada cual brote tierno y quebradizo. Y rebuscando en aquellos años, me viene a la mente la consulta del doctor Gadea. Un médico de los buenos, según recuerda mi madre.

En la versión popular, la de los pobres, el facultativo pasaba consulta en el barrio, en un edificio enorme y bastante feo de la Seguridad Social. Todavía puedo traer hasta mi nariz aquel olor a alcohol que desprendían los pasillos. Sentado detrás de su mesa, inclinaba la cabeza al vernos entrar. Preguntaba lo justo y escuchaba sin moverse ni un centímetro. Yo me entretenía mirando a la enfermera, que siempre lo acompañaba sonriente, bolígrafo en mano, atenta a las instrucciones del doctor. Salíamos de nuevo a la sala de espera y, al poco, la sanitaria abría la puerta para darnos las recetas.

En la otra versión, aquel hombre parecía distinto. Unas calles más allá de donde vivíamos, tenía su consulta privada, en la que no lo acompañaba ninguna enfermera; su mujer se encargaba de abrir la puerta. En su despacho había una máquina de rayos x. Recuerdo haberlo visitado unas cuantas veces, hasta casi la adolescencia. El doctor, hablador y prolijo en explicaciones, sonreía todo el tiempo por debajo del bigotillo fino que muchos lucían en la época. Después, le entregaba a mi madre las recetas escritas de su puño y letra. Y ahí se quedaban los billetes que tanto les había costado juntar.

Anita y Jaume habrían querido detener el tiempo. Desde que su nieta había nacido, su felicidad era completa. Pero, un año después, Minguet cayó en cama. Hizo llamar a Pepita y ella, obediente por naturaleza con aquel hombre al que solo la ligaba el apellido, se presentó. Estaba enfermo, muy enfermo. Y mantuvieron una breve conversación llena de palabras lúgubres que le supieron a despedida. Unas semanas después, la noticia llegó a San Medir: Minguet había muerto. La cantidad de medicamentos ingeridos con una buena cantidad de alcohol se lo habían llevado, y se sumaba así a sus otros muertos. El sepelio fue rápido y poco concurrido.

El suceso tiñó de oscuro a la familia. Era el hermano de Jaume y, a su manera, se habían querido.

Para Pepita, el óbito resultó liberador al experimentar, al fin, una sensación interna de orfandad.

La pequeña Anna ya había cumplido tres años e iba a hacer su primer viaje en La Sofía, el flamante Seat 600 con el que Fausto se había pavoneado por el barrio hasta el aburrimiento. Tener vehículo todavía se consideraba un lujo y él, amigo de las apariencias, era uno de los españolitos que, aunque no se habían entrampado en una hipoteca, sí lo habían hecho en un coche. Lo veía como uno más de la familia y hasta nombre propio le habían puesto.

La compra del coche había sido una bocanada de aire fresco para la pareja. Todos los fines de semana viajaban como dos novios, desoyendo las responsabilidades que habían contraído siendo padres. La chiquilla crecía con sus abuelos, a los que acudía para cualquier cosa. Su madre, aunque ausente, le mostraba cariño. La cogía en brazos, la abrazaba y la llenaba de besos. A su padre, siempre más reservado, lo temía cuando se le acercaba. Esos ojos verdes tan abiertos le daban mucha impresión, sin ser consciente de que se parecían a los suyos. Anna se encogía y en su mirada se reflejaba el rechazo que le causaba esa persona que era su padre.

Aquel agosto, los cinco viajarían juntos por primera vez. El trayecto desde Barcelona hasta Villavicencio de los Caballeros, lejos de ser cómodo, se intuía eterno. Nada de restaurantes de lujo y nada de románticas puestas de sol. Aquellas serían unas vacaciones de cantimplora y nevera. Anita había preparado varios bocadillos para cada uno y bebida suficiente para no gastar más que lo necesario.

A las siete de la mañana, Fausto colocó las maletas en la baca de La Sofía. Le molestaba fatigar al coche con tantos kilómetros y les tocaría parar varias veces.

—Deberíamos haber salido al menos dos horas antes —gruñó—. Aunque había abierto la ventanilla, empezaba a tener calor.

La abuela, preocupada por las ráfagas de aire caliente que entraban, había envuelto el cuello de la pequeña con un pañuelo de seda que siempre llevaba encima. La niña no era de quejarse, pero iba sudando como un pollito. Soplaba y soplaba, levantándose el flequillo a cada momento. Pepita miraba de reojo a Fausto, inquieta. Sabía que el viaje se le estaba atravesando y que la paciencia no era su mayor virtud. Jaume, concentrado en el mapa con el que guiaba a Fausto, parecía no enterarse.

—Jaume, ¿no te mareas?

—No. Estoy bien. Anna, luego te leeré un cuento.

—¡Sí! —exclamó la pequeña, dando unos botes que sacudieron el asiento. No había nada que le encantara más que las historias que su abuelo se inventaba cada noche para que ella cayese en los brazos de Morfeo.

Fausto, al que le gustaba conducir en silencio, los miró

apretando la mandíbula. Y Pepita, agarrada a la maneta lateral, se clavó las uñas en la palma. Quería cerrar los ojos y que, al abrirlos, estuvieran en su destino. El viaje se iba a hacer interminable.

Solo hacía un rato que Anna se había dormido cuando un bache la despertó. Estaban a mitad del trayecto.

—Creo que pararemos en el pueblo que hay después de la gasolinera. ¿Te parece bien?—dijo Fausto, dirigiéndose a su mujer.

—Como quieras, aunque quizás sería mejor alguna zona de descanso.

—No, prefiero comer en un sitio como Dios manda. Una fonda mismo.

—Hemos traído comida suficiente para el camino. Y creo que a esta renacuajo le iría muy bien respirar el aire puro del campo, ¿verdad, *nineta*?

—Me parece una idea fantástica —reforzó Pepita, ante el disgusto del conductor, que se encontraba de nuevo en desventaja.

—Yaya, ¿falta mucho? —preguntó Anna, mirando a su padre a través del espejo retrovisor.

—Ya queda menos, cariño. Ven, recuéstate aquí y vuelve a dormirte.

—Es que hace mucho calor, yaya, y esto me aprieta. ¿Puedo quitármelo? —dijo, refiriéndose al pañuelo.

—Claro, hija, claro que sí. Pero es que no quiero que te pongas malita durante las vacaciones.

—A ver, Anita, que en el pueblo también tenemos médico. No estamos tan atrasados como puede parecer —intervino Fausto, ofendido.

Y Anna se asustó al escucharlo y cerró los ojos, como si durmiese, no fuera a ser que su padre la tomara con ella. Al cabo de unos minutos, se acercó al oído de su abuela y le preguntó otra vez:

—Yaya, ¿falta mucho?

—No, mi vida. Un ratito más —contestó, acariciándola—. ¿Has visto qué paisaje tan bonito?

—No sé —se asomó a la ventanilla—, yo solo veo verde.

Y las risas no se hicieron esperar. Anita y Jaume disfrutaban de su nieta en cualquier sitio, la consideraban especial. Teniéndola a ella, no necesitaban nada más.

La luna apareció en el horizonte, alumbrando la oscuridad que brindaba la noche.

—¿De verdad el hombre habrá subido hasta ahí? —preguntó Pepita, observando la esfera con manchas que parecía mirarlos.

—No debatáis ahora, que la niña se ha dormido. A ver si podemos llegar antes de que se despierte.

El vehículo había tomado el último desvío que los llevaría hasta

su lugar de destino. Al fondo de la calle principal, se erguía la torre de la iglesia de San Pelayo, estandarte histórico del municipio. Eran casi las once y algunos vecinos todavía charlaban a la fresca, sentados en los poyetes de las fachadas para resguardarse del relente.

Fausto tocó el claxon y sacó el brazo por la ventanilla, saludándolos enérgicamente.

—¡Qué pasa! ¡Vaya horas! Muchacho, que vas a despertar a los pichones —gritó Teyo, uno de los que se había criado con él y nunca se había movido de ahí.

—¡Espérame, que en cuanto descargue me bebo un chato contigo! —respondió Fausto.

—¿Ahora te vas a ir? ¿Has visto la hora que es? —le recriminó Pepita, señalándole el reloj.

Fausto la miró, abrió los ojos y apretó los labios. En presencia de sus suegros prefería no significarse, por respeto. En silencio, se encargó de bajar las maletas, de saludar a su madre, a su hermana y a su tía Amparo, la otra solterona de la familia que por aquel entonces vivía con ellas.

—Vuelvo dentro de un rato —anunció sin más—. Déjeme las llaves donde siempre, madre, por si ya están acostados —añadió, desapareciendo calle arriba.

—Pasad, pasad —los invitó Amparo, la única que parecía contenta con la llegada de los catalanes—. Supongo que vendréis muy cansados. Os hemos preparado las alcobas y un plegatín para la pequeña. Pepita, Fausto y la niña dormirán en esta. —La mujer señaló la primera—. Anita, tu marido y tú en esta otra —dijo mientras abría las cortinas de la segunda.

Anna reaccionó agarrándose a su abuela. La idea de no dormir con ella la aterrorizaba. Pepita se fijó y, avergonzada por cómo la contemplaban su suegra y su cuñada, se vio en la obligación de salir en su defensa:

—La cría es muy miedosa. Siempre ha estado endeble y nunca se queda sola. En Barcelona duerme con ellos. Así, Fausto y yo no la despertamos al levantarnos.

La viuda y la solterona se miraron entre ellas, entrelazando las manos sobre los delantales que ambas llevaban puestos. Y, tras unos segundos de silencio incómodo, Vidala tomó la palabra:

—A mí me parece raro, como tantas otras cosas que pasan en las ciudades modernas. Nunca he ido a ninguna y ningún interés tengo. Miento, una vez visité a Fausto cuando aún era soltero y también fui para vuestra boda, pero eso no cuenta. La familia es la familia, allá cada uno con lo suyo. Así, ¿cómo disponemos los colchones?

—Como están, Vidala, como están. Nos cambiamos de

habitación y listo.

Sin dar más pábulo a la cuestión, Pepita entró en el cuarto, se cambió de ropa y cruzó el patio hasta llegar al aseo. La casa apenas se había reformado y el inodoro todavía no se encontraba dentro de la vivienda. En cada dormitorio había orinales, una costumbre que le parecía trasnochada y poco higiénica.

—Me quedaré aquí, esperando a mi marido. No creo que tarde mucho, se ha marchado sin la chaqueta. Este hombre…

—Tú misma; pero, conociéndolo como lo conozco, dudo que aparezca antes del amanecer. El Teyo tiene mucho palique y, entre la charla y el morapio, les darán las tantas —advirtió Beridiana.

A Pepita no le hacía ninguna gracia el escenario que le pintaba su suegra, aunque no era nada que no supiera de otras veces. El año anterior, en un arrebato de cólera, había preparado las maletas. No pensaba pasar ni una noche más allí sola, junto a aquellas mujeres que, aun sin una mala palabra, la desairaban. Fausto había tenido en cuenta la amenaza y, pese a que sus costumbres habían variado poco, desde aquel día llegaba más pronto. Al menos, en esa ocasión, pensó ella, a oscuras en esa casa extraña y desaliñada, la acompañaban Anita y Jaume. El matrimonio regresaba del aseo con la pequeña en brazos de él, cual princesita a lomos de su caballo. Ambos sonrieron a Pepita.

—Dale un beso a mamá, que nos vamos a la cama.

—Sí, un beso, anda, que vaya viaje me has dado—la riñó con benevolencia—. Que descanséis.

Aquel fue un buen verano, el primero de muchos en que viajarían juntos. Un éxito que todos habían celebrado a su manera. Fausto volvía a ser quien era en la tierra que lo había visto crecer; Pepita estaba tranquila llevando todo el séquito que podía necesitar; Anita y Jaume, consortes inseparables, seguían ejerciendo la labor más bonita que existía y Anna vivía en su burbuja, imaginando que, cualquier mañana al despertar, se cumpliría su deseo: tener un caballo.

Capítulo 28

Barcelona, 1974

Pocos celebraban el cincuenta aniversario como lo habían hecho en San Medir el 23 de mayo de ese año, y es que en la familia Roig Moreno se aprovechaba todos los momentos que la vida les brindaba.

Por alguna razón, Anita no estaba animada y había advertido casi a diario a Jaume que no necesitaba que todos le recordaran la edad que iba a cumplir. Solo se trataba de un número más, y una cena a la luz de las velas sería más que suficiente.

Esa tarde, recogió del colegio a su nieta, que ya había cumplido ocho años, y se fueron de compras. A menudo disfrutaban de un tiempo juntas sin que el resto, aunque fuera en silencio, estuvieran observándolas. Volvieron riéndose, de la mano como siempre, imaginando que se encontrarían solas en casa, al menos durante un rato. Pero, al abrir la puerta, un olor dulzón recorría el pasillo y el rumor lejano de unos pasos las pusieron en alerta.

—Huele bien, yaya. ¿Has preparado alguna tarta por tu cumpleaños? ¿No va a venir nadie esta vez? Me encanta cuando el yayo y tú bailáis el *rock and roll*. Me gustaría aprender, aunque me da mucha vergüenza hacerlo delante de la gente—sonrió Anna, aún cogida de su mano.

—No, no he preparado nada. Pensaba ponerme ahora, contigo. Huele muy rico y, por lo que veo, tu abuelo me ha hecho poco caso… —elevó la voz, suponiendo que andaba escondido, a la espera de su llegada—. Este hombre… Mira que le pedí algo sencillo, pero mucho me temo que…

No pudo terminar la frase. En la gramola empezó a sonar una de las canciones favoritas del matrimonio: *Fly Me to the Moon*. Llévame a la luna.

—¡Sorpresa! —gritaron todos al unísono, saliendo de las habitaciones.

Corrieron hacia ella para abrazarla. Anita, sin lograr contener las lágrimas, se tapó la cara y lloró como no lo había hecho desde que su padre falleciera. Aún lo echaba de menos.

Lluisa, su madre, la aguardaba en un rincón, discreta como era su carácter y emocionada como le ocurría siempre. Anita se acercó a ella y se fundieron en un abrazo.

—Felicidades, cariño. Te quiero mucho —le susurró al oído.

—*I jo a vostè també, mare* —correspondió Anita, acariciándola.

—Por muchos años, mi amor—escuchó a su espalda.

Al girarse, un ramo de cincuenta rosas rojas se interponía entre Jaume y ella. Su marido no desaprovechaba la oportunidad de regalarle flores y, en esa ocasión, las había encargado en una de las floristerías más prestigiosas de la ciudad. Como quien entrega el corazón a su ser amado, Jaume dejó el ramo en sus manos y la besó con ternura. Ella le correspondió y luego se perdió en sus ojos, los mismos que la habían prendado siendo todavía una niña.

—¡Bueno! Que esto es una celebración de cumpleaños y no una pedida de mano, al menos que yo sepa —dijo Braulio, que esa tarde venía acompañado de un chico de cabellos rubios y bastante más joven que él, al que frecuentaba desde hacía varios meses.

Sobre ese particular nadie hacía comentarios. De sobra conocían los gustos del músico, aunque nunca se hubiera abordado el tema de forma abierta. Lo que importaba era su bondad, su carisma y la preocupación que siempre había tenido por los suyos. Cuando había apretado la necesidad años atrás, gracias a él habían seguido pagando los gastos de la casa y poniendo un plato de comida en la mesa a diario.

—¿Dónde está el espumoso? —preguntó María a su hermano—. Gracias por invitarnos, Jaume. Ya sabes que me encanta el aire que se respira aquí. —Aspiró como si pretendiese retenerlo en los pulmones.

—¿Y Manela? Con Margarita no contaba, nunca viene; pero con ella…

María se encogió de hombros. No sabía cómo excusarlas y tampoco le apetecía inventar cualquier motivo que sonara verdadero.

—Yo la veo poco, no creas. Y si quieres que te diga la verdad, no nos hacen falta. Ella está siempre mohína y la hija, qué te voy a explicar que no sepas ya. Voy a felicitar a tu mujer. Hermano, sois la envidia de todos. Eso que tenéis Anita y tú es tan especial que debe de pasar una vez cada millón de años —expresó María, emocionada al pensar que su vida estaba completa con Amable Josep, aunque nunca experimentase el amor con letras mayúsculas.

—¿Y tu marido?

—Ahora subirá. Este hombre se entretiene con cualquiera. Nos hemos cruzado con un compañero suyo del trabajo y ya se ha enfrascado en qué sé yo de las máquinas frigoríficas.

—Es que lleva el nombre impreso en el carácter —bromeó Jaume, sonriéndole a su hermana, a la que veía ojerosa—. ¿Tus hijos están bien, Pepito y Antonieta?

—Perfectamente. Se han quedado con una de mis cuñadas.

María y el bueno de Amable Josep habían residido en la casa de la antigua calle Riego durante diez años después de contraer

matrimonio. Margarita Moreno León también había ejercido su poder sobre ella, aunque solo un tiempo. La historia del viudo que la rescató de la soltería la había impresionado mucho.

Quinto en la batalla del Ebro, preso y desaparecido durante cuatro años en los que lo dieron por muerto, acabada la guerra civil española, Amable Josep pagó condena en las minas de Almadén. Luego sirvió en el norte de África y más tarde lo llevaron hasta Alsasua, Navarra, lugar tomado por los golpistas durante la contienda. Tras los trabajos forzados a los que parecía que no iba a resistir, lo amnistiaron junto con muchos otros, con la condición de que debía hacer el servicio militar.

En uno de los permisos, había conocido a su primera mujer, y con ella tuvo a su primera hija. Bernarda falleció en el parto y la pequeña, Antonieta, lo hizo con una semana de diferencia.

A los pocos meses de mudarse a la Ciudad Condal, solo y más triste que un velorio, se cruzó varias veces con María en la plaza de Huesca. No dejaban de mirarse cuando coincidían. Una tarde, él la abordó para pedirle un paseo, y una cosa llevó a la otra. Se casaron y fruto de esa unión nació la segunda Antonieta, que vivió pocas semanas. Unos meses más tarde, nació Pepito, el segundo parto para María y el tercer hijo para Amable Josep. La muerte se transformaba en vida, dando al matrimonio la alegría de ver crecer fuerte a su hijo. La última de las Antonietas, la tercera, llegaría más tarde.

—¿He oído mi nombre por aquí? —preguntó Amable Josep, acercándose a los hermanos.

—Sí, estábamos criticándote —bromeó Jaume con su cuñado, que además era una de las personas más buenas que conocía.

—Aún recuerdo las tardes en las que te sentabas aquí fuera —señaló la puerta del dormitorio—, aliviando la desesperación que me comía por dentro. Más de tres meses en cama, eso aburre hasta a las piedras.

—Desde luego, y sobre todo conociéndote. La verdad es que no sé cómo no denunciaste al desgraciado del médico que te pinchó con una aguja infectada. La hepatitis se ha llevado a más de uno al otro barrio —afirmó Amable Josep con cara de circunstancias—. Suerte que tú siempre has sido un sansón, en el taller no hay nadie que te gane en fuerza.

—Casi dos años, no me lo recuerdes. Y sí, debía haberle puesto una demanda, pero mira, bastante tenía con curarme. Nada es igual desde entonces y dudo que nunca vuelva a serlo—confesó Jaume; negaba con la cabeza, dando a entender que le dolía mencionar esa parte del pasado.

Desde la enfermedad, gracias a su carácter optimista y a cómo lo habían cuidado todos incluso después de superar lo peor, había conseguido remontar, aunque no al completo. El hígado le causaba molestias con frecuencia y se sentía agotado al mínimo esfuerzo, pero nunca se quejaba.

—Suerte que tu enfermera era de las buenas—añadió Amable Josep para suavizar el momento con un toque de humor, recordando cómo la pequeña Anna se plantaba disfrazada en la puerta del dormitorio de su abuelo, diciéndole que ella iba a curarlo.

Jaume sonrió, palmeándole el hombro a su cuñado. Tenía la mejor familia que un hombre podía desear, pensó.

—Celebremos el hoy, que al final es lo que importa—dijo Jaume.

La fiesta se alargó hasta pasadas las doce. Era viernes y solo unos cuantos estaban exentos de madrugar. La única niña de la casa, Anna, se había divertido de lo lindo y permanecía despierta. Estaba muerta de sueño, pero no quería perderse ni un minuto de la velada. Adoraba a sus abuelos y, aunque los había visto muchas veces bailar al son del *swing* del gran Sinatra, seguía asombrándose. Ese ángel con el que se movían sin dejar de mirarse resultaba hipnótico. Parecían artistas de cine, pensaba, comparándolos sin pretenderlo con sus padres. Ellos nunca se besaban, al menos delante de ella, no se hacían bromas, no la abrazaban como los abuelos ni la incluían en la mayoría de sus planes. Los quería, aunque de manera diferente. El parentesco que los unía no aumentaba ni el cariño ni la confianza con los que se dirigía a ellos. La distancia se agrandaba con el paso de los años y nunca eran las primeras personas a las que la niña contaba sus miedos o sus éxitos. En la escuela apenas conocían a Pepita. De Fausto solo sabían el nombre. Trabajaban mucho, le había dicho su abuela, acunándola cuando, todavía pequeña, sufría terrores nocturnos.

Mientras la homenajeada y su esposo habían resplandecido en un despliegue de felicidad que pocos podían alcanzar, Pepita y Fausto se habían dedicado a poner muecas de compromiso durante toda la fiesta. Parecía que nadie reparaba en la forma en que uno y otro se abstraían, como si deseasen estar muy lejos de ahí. Pero Anita había estado observándolos y, en la manera en que se comportaban, guardando la compostura, notaba que no estaban bien.

Fausto había adquirido responsabilidades en el taller mecánico y su salario había aumentado igual que sus escapadas. Se había hecho popular en el barrio y presumía de coche nuevo, de ser empresario, de ir siempre con los bolsillos llenos de dinero, de mujer y de tener muchos amigos, que se reproducían al ritmo en que su billetera se vaciaba. Era un hombre de éxito que podía comprarlo todo, se decía

entre ronda y ronda.

Hacía tiempo que Pepita ya no le pedía besos y sus encuentros bajo las sábanas cada día resultaban más forzados. Ella conocía sus deberes de esposa, aunque la pasividad con la que lo recibía era tal que él, aburrido, había dejado de buscarla. Ninguno abordaba el problema, permitiendo que la nebulosa que se había formado en la relación los distanciara. Aun así, seguían saliendo juntos algunos fines de semana. Lo acompañaba al fútbol o a comer en restaurantes de moda. Incluso habían aprovechado una visita de Vidala para ir al Paralelo. El espectáculo, un tanto impúdico para ojos de su cuñada, había sido de su agrado, aunque en más de una ocasión se tapase la boca por la vergüenza ajena que le provocaban las vedetes. A ella, que venía de un pueblo en el que no pasaba nada, la ciudad la sobrepasaba. Aquellos días habían sido de tregua, con risas impostadas y buen ambiente, al menos hasta su partida. Iban al campo, o al cine, o se reunían a tomar el vermú que Anita y Jaume habían instaurado como rutina los domingos.

Y mientras él se distraía con fugaces encuentros y generosas dádivas que lo engrandecían en falso, Pepita palpitaba, sintiéndose más viva que nunca, debido a un gran secreto que escondía desde hacía meses.

El enigma se llamaba Diego y era uno de los encargados del taller de confección en el que ella trabajaba. Un hombre corriente, casado y padre de familia.

Una mañana, Pepita batallaba con unos hilos que se habían trabado en la canilla de la máquina de coser, retrasándole la faena, y él se acercó a saludarla:

—Buenos días, veo que anda apurada. ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella se levantó de un respingo y las tijeras saltaron por los aires. Estaba enfadada, en casa las cosas iban a peor y solo le faltaba que le fueran detrás en el trabajo.

—Serán buenos para usted —dijo de mala gana—. Estoy muy atareada y preferiría que no me entretuviera… si no le importa —añadió, rebajando el desaire de su tono, ya que era un superior.

Él, ignorando sus palabras, agachó la cabeza y manipuló la máquina de coser con pericia. Ella se hizo a un lado solo unos centímetros y, por primera vez, inspiró su perfume. Era concentrado, embriagador, pensó ella. Le gustaba mucho.

—Verá, he hecho esto en más ocasiones. La diferencia es que usted es muy cuidadosa con la máquina y nunca se le atora, no como les pasa a otras.

—No sabía que usted… —dejó caer ella, cruzada de brazos y sonriéndole abiertamente.

—Está lista. Ha sido fácil —anunció Diego, manejando el volante manual—. Ya se mueve con soltura. Estas máquinas son caprichosas, como algunas mujeres.

Pepita comprobó con sus propias manos que el pespunte volvía a ser correcto.

—Si me permite, me gustaría invitarla a tomar un café cuando terminemos el turno —propuso el hombre con toda naturalidad—. Y solo si usted lo tiene a bien.

Pepita se soliviantó. Abrió y cerró la boca varias veces, sin saber qué decir, notando cómo el calor subía desde dentro y le salía por la cara. Debía de estar roja como un tomate.

—No, señor, yo no tomo cafés con extraños, si me permite decirle —le devolvió con solemnidad—. Además, soy una mujer casada —recalcó, fijando su postura.

—Por supuesto, eso ya lo sé. Yo también tengo familia. Solo es un café…Perdone si no me he expresado bien.

—No hay nada que perdonar. Y ahora, si me disculpa…, tengo mucha faena atrasada y no querría perder mi marca.

Ahí había terminado la primera conversación que Pepita y Diego habían mantenido al margen de las cuestiones laborales. Poco a poco, él había ido ganándose su confianza y ella se había ido prendando de sus atenciones. Era muy amable y le sonreía de una forma que le parecía especial. Hacía mucho tiempo que nadie la miraba así, se ruborizaba solo de pensarlo. Y, al hacerlo, su vientre se contraía, provocándole un vértigo que reconocía muy bien. En alguna ocasión, lo había descubierto observándola de lejos. Y ella, disimulando el interés que aquello le suscitaba, sonreía discreta. Hasta que una tarde, a pocos minutos de salir, se acercó de nuevo a saludarla:

—Doña Pepita, la invito a tomar un refresco, y no me diga que no, se lo pido por favor. Me gustaría explicarle un par de ideas que he tenido para mejorar la producción y desearía que me diese su parecer como experta.

Ella sonrió. No había nada de romántico en la propuesta, se repitió todas las veces que la conciencia y el sentido del decoro arremetían contra ella, queriéndole cuestionar lo que tanto deseaba.

—Está bien, llamaré a casa. Si no llego puntual, se preocupan por mí —mintió.

—Lo entiendo. La espero fuera.

Y así fue como habían tenido su primera cita, compartiendo risas, gustos y maneras de ver la vida, sin hablar de las ideas sobre la mejora de la producción.

Y así fue como los encuentros se habían ido alargando, convirtiéndose en costumbre. Cada uno conocía las obligaciones del

otro y, en lo extraño que tienen los vínculos invisibles que nunca se ven venir, se estaban enamorando como dos adolescentes.

Pepita regresaba a casa eufórica, pero su sonrisa se desvanecía al chocar con la realidad de la que se sentía presa. Anita era perfecta, siempre lo había sido a ojos de todo el mundo. Buena y perfecta. Cuidaba de Jaume, su amor eterno; cuidaba de su nieta, la niña de sus ojos, por la que había sacrificado su trabajo sin un reproche; cuidaba de Fausto y de ella, librándola de las tareas domésticas; cuidaba de Lluisa, su madre, algo impedida. Y Pepita se preguntaba: ¿y ella?, ¿dónde estaba su valor?, ¿quién era en esa ecuación completa, sino el ser vivo que nadie deseó traer al mundo?, ¿cómo habría sido si el manco de su tío y padre y la mujer de las barracas no la hubieran abandonado? Era entonces cuando los celos, el resentimiento, la rabia y la impotencia de verse condenada en una cárcel sin barrotes la carcomían, desparramando a su paso la amargura que la había acompañado desde que tenía memoria.

Había mucho que agradecerles, se repetía una y otra vez, como si fuera un mantra, pero… no sabía cómo nombrar a las personas que tanto la habían querido, convirtiéndola en una persona de bien. Una persona de bien que empezaba a alimentar una idea que, con solo imaginarla, la abocaba al abismo más oscuro.

—Hija, traes mala cara —observó Anita, saliéndole al paso—. ¿Cómo va todo en la fábrica?

—Pues como siempre, cómo va a ir. Tienes unas preguntas… Estoy cansada, solo es eso. No sé por qué tanto interés. ¿Ha venido Fausto del taller? —dijo, cambiando el tema de conversación.

—No, aún no. Hace tiempo que no llega a estas horas. Y te pregunto porque últimamente tú también vuelves más tarde. Por nada más.

—¿Ahora he de venir corriendo del trabajo? No sabía que estabas pendiente del reloj —ironizó Pepita, enfrentándose a su madre.

—Le habías prometido a tu hija que hoy irías a buscarla al colegio, aprovechando que tenías reunión con la tutora. Se te debe de haber olvidado. Aquí te dejo las notas para que las veas. Hay que firmarlas y meterlas en la mochila de Anna para mañana.

Una vergüenza repentina le recorrió todas las terminaciones nerviosas, empequeñeciéndola. Su hija en varias ocasiones le había pedido que la recogiera y, por una cosa o por otra, nunca lo había hecho. En el colegio apenas conocían a los padres de Anna, que siempre llegaba de la mano de su abuela. Priorizaba su trabajo y todo lo demás era de segundo orden. Anita lo hacía con gusto. Atesoraba cada momento con su nieta como si volviera a ser la madre joven que fue un día, aunque sabía que aquella no era su función.

—Es verdad… —carraspeó Pepita—. Últimamente no sé dónde tengo la cabeza. ¿Dónde está la niña?

—Ha merendado y, después de acabar los deberes, se ha tumbado en mi cama con un libro de los que le prestó tu padre ayer. Dedicaron la tarde a remover las estanterías, buscando novelas que fueran aptas para su edad. A ella le encanta leer porque dice que así sabe tanto como su yayo. Un día dice que será domadora de caballos, otro que será maestra y, cuando tu padre estuvo enfermo, aseguró que sería enfermera. Es una niña muy lista.

El peso de la responsabilidad que no ejercía le cayó sobre los hombros, aplastándola sin compasión. ¿Habría perdón si hacía lo que le rondaba por la cabeza en las últimas semanas? ¿La perseguiría la culpa hasta el final de sus días? No lo sabía, y tampoco quería saberlo. Era propio de su carácter no ver, no oír y callar. Como si las cosas que no se decían en voz alta no sucediesen. Así lo había hecho siempre. Y esa decisión que se iba materializando en silencio, quizás la más dolorosa de su vida, podría ser la primera importante que tomara.

—Mi mujer viajará con los niños el mes que viene y estará fuera varias semanas. Podríamos vernos en el apartamento que tenemos en la playa —le había propuesto Diego hacía unos días.

—¿Tú estás loco o qué te pasa? ¿Cómo voy a ir a ningún apartamento? Qué quieres, ¿que lo estropeemos todo? —lo había amonestado ella, entrando en pánico.

—Es un lugar muy apartado, te lo aseguro. Y Dora no quiere ir nunca porque dice que se aburre. No le gusta la arena ni el agua… No le gusta nada que yo le sugiera.

—Adoro el mar —había suspirado Pepita, fantaseando con que algún verano dejarían de ir al pueblo y visitarían la costa, aunque sabía que era imposible.

—Quiero estar cerca de ti, Pepita. Tan cerca que el calor de tu cuerpo y del mío encienda la llama de nuestro amor. Porque tú me amas, ¿verdad? Dime que sí —le había susurrado él en el oído, consciente de que, cuando su respiración le acariciaba la punta de la nariz, la agitaba sobremanera.

Y ella, estremecida, había cerrado los ojos, imaginándolo, deseando contestar que sí. Nunca había sentido aquella fuerza en su interior que la arrastraba hasta un hombre, que desataba la pasión callada que ansiaba liberar. Su consentimiento significaba dar un paso que temía y codiciaba a partes iguales. Un paso sin marcha atrás que la marcaría para siempre como adúltera si se enteraban de aquel asunto.

—No sé si podré—había confesado esa misma tarde, cuando Diego había insistido con su propuesta mientras volvían del mirador de Montjuic, en el que se habían regalado todos los besos,

prometiéndose que nunca se les acabarían.

Se veían siempre entre semana y en lugares donde suponían que nadie los encontraría, aunque, sin darse cuenta, cada vez eran menos precavidos. Se desplazaban en metro y paseaban por el centro. En algunas ocasiones, ella le permitía que le pasara la mano por encima del hombro en plena calle, como si fueran pareja. Incluso alguna vez, al salir del trabajo al mediodía, habían comido juntos por el puerto.

—Ahora no puedo contestarte. Se nos ha hecho muy tarde y deberíamos volver a casa —había afirmado, mirando su reloj—. Déjame aquí, que ya estoy cerca y no quiero arriesgar tanto.

—Entonces, hasta mañana, Pepita. Descansa y piensa en mí. Piensa en nosotros. Me siento tan desgraciado lejos de ti—se había despedido él, aproximándose para darle un beso que Pepita había frenado a tiempo.

—Nos merecemos ser felices, Diego, lo sé, pero debemos hacer bien las cosas. Y ahora vete, no te quedes ahí mirándome como un bobo. —Tras acariciarle el mentón, se había dado media vuelta, segura de que los ojos de Diego la seguirían hasta que ella girara hacia la calle San Medir.

Estaba pletórica, no podía remediarlo. Se sentía amada con mayúsculas, como nadie antes se lo había hecho saber. Y en aquel amor arrebatado se sostenía la ilusión que tantas noches, junto a Fausto, ya dormido, avivaba.

Y, ajena al mundo, sacó las llaves del bolso y abrió la puerta, suspirando, escalón tras escalón, una quimera que solo ella podría hacer realidad.

Ignoraba que unos ojos que la conocían bien habían presenciado los gestos que solo los amantes se regalan. Braulio volvía de un ensayo cuando los vio: la joven y lánguida Pepita junto a un desconocido con el que se mostraba en actitud cariñosa. Era ella, sin duda, se aseguró al mirarla de perfil. Con el hallazgo, se había resguardado para no ser descubierto bajo el dintel de un portal. Y allí, muy a su pesar, fue testigo de lo que nunca habría querido saber.

Capítulo 29

Barcelona, 1975

—Cariño, no sé si tú has notado algo —comentó Anita a Jaume una tarde en la solo estaban ellos y Lluisa.

—¿Algo de qué? —dijo él, que leía el periódico sentado en el balcón—, ¿te refieres a los muchachos?

—¿A quién si no? Cada día van más a su aire. No sé. Pepita llega tarde del trabajo día sí, día no. Y Fausto está ausente. No me atrevo a decirlo…, pero tengo la sospecha de que… Ay, no sé. No me hagas caso, serán cosas mías. Entra y ponte una chaqueta, que está refrescando y vas demasiado fresco. No quiero que te resfríes.

Desde la hepatitis, la salud de Jaume se había debilitado y con poco se ponía enfermo.

—Pues, si todo son imaginaciones, dejémoslos que ellos solos vuelvan a su ser. Todas las parejas pasan por momentos mejores y peores. Bueno, todas menos nosotros —soltó él, haciéndole una mueca mientras le guiñaba el ojo.

—Qué tonto eres —sonrió ella—. Eso haré: no pensaré en lo que no debo. Voy a hacer la cena, que mira qué horas son. Madre —le habló a Lluisa, que se había quedado traspuesta en el comedor—, despierte, que luego no hay quien se duerma.

Cuando sonó el timbre, Anita ya estaba en la cocina, enfrascada en los fogones.

—¡Jaume! Llaman a la puerta. ¿Puedes ir tú?

Unos segundos después, Braulio se asomó a saludarla.

—Siempre liada con una cosa o con otra. Huele muy bien —apreció el hombre.

—Estoy preparando un cocido, ayer hice caldo. ¿Quieres llevarte un poco para ti y para…? —le brindó ella—.Pero pasa.

—¿Te apetece tomar un vino? —dijo Jaume, dándole unas palmaditas en la espalda—.Qué caro eres de ver desde que te has convertido en un músico ilustre… Dime, ¿qué se te ofrece? —preguntó. Le extrañaba que permaneciera callado y que bajara a visitarlos entre semana.

—Nada en particular —mintió—. Te acepto el chato y te acompaño al balcón. Te he visto desde arriba.

—Yo me uno a vosotros en cuanto deje esto listo. Anna no tardará en llegar de su catequesis y siempre lo hace muerta de

hambre. Ya ves a qué horas anda por la calle la chiquilla. Como sus padres se han empeñado en que tenía que hacer la comunión este año… En fin, para eso son los padres. Y Fausto trabaja de más. Vuelve tardísimo y a veces ya ha cenado.

—¿Y Pepita? —se interesó el músico.

—La verdad es que ya debería de estar aquí. Me dijo que iba a ver tiendas con una compañera del taller, una tal Encarnita. No sé qué quería comprarse, no me acuerdo. Pero id al balcón, ahora me sumo yo y también os acompaño con ese vino.

El rumor de la conversación se oía de fondo y Anita no podía distinguir de qué hablaban. Cortó el pan y preparó una ensalada. Solo faltaba poner unos fideos en la olla. Se lavó las manos y, con una sonrisa, se acercó a los hombres.

—Bueno, pues ya estoy aquí. Hacedme un hueco, que voy a descansar las piernas. ¿Y ese vinito? —Miró a uno y a otro, sin entender sus caras de circunstancia—.¿Ocurre algo? Me estáis preocupando.

Jaume, con gesto severo, sostenía un vaso de agua que apretaba como si quisiera reventarlo. Anita, en voz baja y más despacio, volvió a preguntar:

—¿Qué me ocultáis? Braulio, dime de qué se trata o me va a subir la tensión.

Braulio, apesadumbrado a todas luces, movía a un lado y a otro la cabeza gacha, con la mirada perdida. Alargó la mano y sujetó la muñeca de Anita, que seguía a la espera.

—He considerado hacer o no hacer esta visita durante muchos días, de verdad. Y con todo el dolor de mi corazón creo que lo mejor es que lo sepáis. Es un disgusto, lo sé, pero…

—¡Pero qué, diantre! Dímelo ya, que tengo ganas de llorar y ni siquiera sé por qué.

—Pepita se está viendo con otro hombre —soltó Jaume sin más adornos, y se llevó el vaso a los labios—, eso es lo que ha venido a decirnos tu tío.

Como si le hubiera caído encima un gran jarro de agua fría, Anita abrió y cerró la boca varias veces, sin conseguir decir nada. El nudo en la garganta se lo impedía. Gesticuló con ambos brazos, queriendo borrar esas palabras que ya flotaban en el aire y que ahora le caían sobre el cuerpo, clavándosele como agujas afiladas. Sentía que le faltaba el aliento. Tragó saliva y apoyó las manos en el pecho.

—Braulio, ¿estás seguro de que era ella? —dijo Jaume con un hilo de voz.

—Tan seguro como que os tengo aquí delante. Vi cómo se despedían y ella entraba en el portal. Aunque no querría comprometer a nadie sin confirmarlo, diría que es uno de los encargados del taller

de costura.

—Quizás coincidían en el trayecto, nada más. Por Dios, que lo que estás diciendo es muy grave. Fausto, la niña…No puede ser que todo se venga abajo así, de un plumazo. Mi hija es una mujer casada y responsable —musitaba Anita.

—Si he venido a avisaros es porque los vi en actitud… cariñosa. Lo lamento profundamente, pero no me cabe la menor duda. Y lo que no entiendo es que se expusieran de esa manera y al lado de casa.

—¿Y Fausto sabe algo de esto? —preguntó Anita, echándose a llorar.

—Cómo va a saberlo, mujer —trató de consolarla Jaume.

—No sé. Los veo tan extraños que quizás…

—Si sabe algo, cosa que no creo, se habrá enterado por sus propios medios. Yo no he dicho nada hasta hoy, y solo a vosotros, por supuesto. Sois los únicos capaces de atajar el tema antes de que sea demasiado tarde. Hablad con ella, tal vez…

—Y qué podemos hacer, pobres de nosotros, si…

—¡Hola! —se oyó desde la puerta—. Huele bien y tengo hambre.

Era Pepita, que volvía con varias bolsas y una sonrisa de cumplido que pronto se desvaneció al fijarse en sus rostros.

—¿Ha ocurrido algo?

Todos la miraron y en cada uno de ellos se proyectaba una mujer distinta. Jaume veía a su *nineta*, la niña de sus ojos, como solía llamarla desde pequeña. Anita se desbarataba buscando en el corazón de su hija el amor que nunca le había dado a ella y que ahora parecía más lejano; no había conseguido ser su confidente ni su apoyo verdadero. Braulio la consideraba un ser frágil que ansiaba una felicidad que quizás no encontraría jamás.

—En serio, ¿es porque llego tarde? —preguntó de nuevo, ya que ninguno de los presentes movía los labios.

—No es por eso. Sabemos lo que está pasando, pero… ¿cómo no nos has dicho nada, hija? ¿Quieres tirarlo todo por la borda por… un capricho?

Pepita miraba a su padre, sin hallar nada a lo que sujetarse. Dejó las bolsas sobre la mesa, se sentó en el sillón y ocultó la cara entre las manos. Respiraba muy deprisa, quería salir de su cuerpo, volar lejos, muy lejos, desaparecer.

—Tu marido y tu hija están a punto de llegar —anunció Jaume, poniéndose en pie.

Como si de pronto la fuerza se aliara con ella, Pepita se levantó como un resorte, se acercó a ellos y, señalándolos con el dedo índice, sentenció:

—Esto es asunto mío. —Clavó la vista en Braulio, que ahora sí

la miraba de frente—: No se os ocurra decir ni una sola palabra a ninguno de los dos.

Sin darles opción a que replicaran, se encerró en su cuarto.

Ni Jaume ni Anita ni Braulio supieron qué hacer al oír el ruido de la puerta.

—Buenas tardes —saludó Fausto, que venía acompañado de su hija—. Me la he encontrado en el portal, la traía la madre de otra niña porque nadie ha ido a recogerla.

Anna parecía asustada y sus ojos se habían hecho más grandes.

—¿Te pasa algo, cariño? —dijo su abuela.

Anna negó con la cabeza. Delante de su padre siempre le costaba hablar. Él se dirigió a ella en voz baja:

—Ya tienes edad de contestar cuando te preguntan, hija. ¿Te pasa algo? —le repitió, sujetándola del brazo.

—No importa, Fausto. Ella y yo nos entendemos solo con mirarnos, ¿verdad, mi vida? Estará cansada y se habrá disgustado al ver que yo no llegaba. Pero sentaos. Yo vuelvo a la cocina a acabar la cena.

—Yo te ayudo, yaya —corrió la niña, librándose de su padre, que la miró molesto.

Con Fausto nunca se sabía a ciencia cierta si estaba de buen o de mal humor. Después de tantos años, aún no habían descifrado ese enigma. No era muy hablador y paraba poco en casa, cada vez menos. Sus ojos, heredados por la pequeña Anna, eran grandes y vivarachos. Los abría de un modo exagerado al tiempo que fruncía el ceño, cuando algo le causaba interés, pero también cuando se le atravesaba. Era un padre distante desde siempre, incapaz de hacerlo mejor. Quizás había acabado siendo un esposo desabrido, eso no podían asegurarlo. Y ahora, con el miedo pegado en sus cuerpos, todos conocían el secreto de Pepita menos él, se decían en silencio. La desgracia que se les venía encima se advertía en el ambiente.

Como la relación entre nieta y abuela le parecía desmesurada y fuera de lugar, Fausto chascó la lengua, negó varias veces y entró en el dormitorio, bisbiseando. Allí se encontró a Pepita tumbada en la cama, fingiendo que dormía, y cerró la puerta.

Mientras, los mayores aguzaban el oído, temiendo que la tormenta se desencadenara esa misma noche. Pero no fue así. Después de unos minutos, salieron del cuarto sin pronunciar palabra. Pepita había estado llorando y Fausto se sirvió un vino, como si lo que ocurriese no fuera con él.

Cenaron en silencio y, al terminar, Jaume comentó que iba a subir a casa de Braulio. Pepita lo miró con gesto de disgusto. Necesitaba que, al menos esa noche, tuvieran la fiesta en paz. Se tomó un calmante para el dolor de cabeza y volvió a su cuarto.

—No tardo ni cinco minutos, te lo prometo —le dijo a su mujer, y la besó en la frente.

—Te lo pido por favor —le rogó ella, susurrando con los dientes apretados—, no quiero escándalos. No somos de ese tipo de personas.

—Vengo enseguida —anunció Jaume en voz alta, antes de cerrar la puerta.

Fausto, de pie en el balcón, miraba a ninguna parte. Y Anita no se atrevía a interrumpirlo. Entró en la cocina, rezando para que Jaume volviera pronto. Solo habían transcurrido unos segundos cuando su voz la sobresaltó:

—¿Ha pasado algo con Braulio?

—Eh… No. No pasa nada. No sé. ¿Por qué? —respondió ella.

Los nervios estaban a punto de traicionarla. Notaba la boca seca y solo quería llorar. No sabía dónde mirar ni qué decirle al hombre engañado por su hija. Por suerte, al cabo de unos minutos, unas llaves en la puerta indicaron que Jaume había regresado. Respiró y se llevó las manos al pecho.

—Perdona, pero es que ando un poco sensible y me asusto por cualquier cosa—dijo a su yerno, que la observaba con aquellos ojos que parecían traspasarla.

—Ya lo he comprobado antes —corroboró Fausto, apartándose a un lado.

—Qué hay, Fausto—saludó Jaume, asomando la cabeza—, tengo que comprar unos recambios y sé que arriba han ido hace poco a…

—Jaume, no hace falta dar todos los detalles, que es tarde y todos tenemos que madrugar. ¿Te has tomado la medicación?

—Yaya, no puedo dormir —oyeron a sus espaldas.

—Pues cuenta ovejitas, hija, como se ha hecho siempre—contestó su padre, aunque a Anna no le gustó la broma.

—Acuéstate, cariño, que voy ahora mismo —se ofreció Anita con su mirada cómplice—, nos quedan unos cuentos por leer de los que el yayo te dejó.

Estaban exhaustos y solo querían cerrar la puerta, aislarse de aquello y dormir, esperando que al amanecer todo hubiera sido una pesadilla. Y así, como en la vigilia de un sueño consciente, pasaron los días. Se mascaba un silencio tenso y todos ejercían su papel. Pepita volvía a la hora, ayudaba en las tareas y se mostraba más atenta con su hija. En alguna ocasión, Anita la había descubierto acariciándole el pelo, contemplándola con ternura, casi con pena. Fausto llegaba más tarde de lo habitual. Olía a alcohol, aunque guardaba las formas. Anita sufría en silencio, como era su costumbre, y Jaume, ensimismado en sus libros, libraba una batalla interna.

—Mañana iré a hablar con ese encargado que ha confundido a

nuestra hija —le anunció a su mujer al meterse en la cama.

Ella se giró, incorporándose. Sus súplicas se habían hecho realidad.

—¿Estás seguro de quién es? A ver si vamos a tener un disgusto. Yo encuentro a Pepita más tranquila, no sé. Incluso más cercana a su hija.

—Esto debe acabar. Fausto no es un santo, me lo puedo imaginar, pero de ahí a romper la familia por un capricho que no lleva a ninguna parte…

—¿Y qué sabes tú de nuestro yerno que nunca me has contado?

—Lo que sea, sé, y punto. Ese no es el tema ahora. Mañana, cuando Pepita ya se haya ido, me acercaré al taller y le cantaré las cuarenta a ese donjuán. Hay que zanjar este asunto antes de que llegue a oídos que no conviene.

No habían dormido ni uno ni otro. Quizás ninguno de los que vivían en San Medir, a excepción de la anciana Lluisa, ajena al ambiente agitado de aquellos días.

—¿Aquí nadie trabaja esta mañana?—preguntó Pepita tras tomar el último sorbo de café—. Yo me voy ya. Hasta luego —dijo, cerrando la puerta de la calle.

Fausto se había marchado pronto y todos lo agradecían. Jaume estaba nervioso. Ese era uno de los momentos más delicados de su existencia. No sabía cómo enfrentarse a quien podía desmoronar la familia, su familia. Se cargó de razones mientras se vestía en silencio, haciendo de cada gesto el ritual del guerrero, y el espejo al que se miró de soslayo le devolvió la imagen de sus heridas. Las de un hombre curtido por los años que había sobrevivido a las bombas, al hambre y al abandono, como tantos de su quinta y de su condición. Y sobre las cenizas de una casa desamparada había construido un hogar propio firme en sus cimientos, que ahora se tambaleaba.

—Me voy con Anna al colegio —dijo Anita, acercándose a darle un beso—.Cuánto daría por evitar que pasaras por este trance. —Se giró para que su marido no viera sus lágrimas.

Jaume no pudo contestar. Solo le acarició las manos de soslayo. La tensión que tenía en el cuerpo le impedía hablar. Estaba nervioso y triste. Aunque llevaba varios días acusando un agotamiento intenso, se armó de valor y atravesó el pasillo, dispuesto a resolver aquello.

La verja que rodeaba la fábrica estaba cerrada. Llamó al timbre que había junto al buzón de empresa y esperó. No había marcha atrás, pensó mientras de una de las puertas salía un hombre con bata gris.

—Buenos días, caballero, ¿qué se le ofrece? —preguntó con una sonrisa agradable y las manos en los bolsillos.

—Verá —contestó Jaume—, necesitaría hablar con uno de los

encargados. Es una cuestión personal, si no le importa —se excusó, dando a entender que no iba a dar más explicaciones.

—¿De quién se trata? Al menos eso tendría que decírmelo, ¿no le parece?

—Claro, disculpe. Busco a Diego Subirats. Él no me conoce, pero tengo que decirle algo… Bueno, si es tan amable de avisarlo… Soy Jaume Roig, el padre de Josefa Roig. Ella también trabaja aquí.

Su sonrisa desapareció de repente. Cerró la boca, sacó las manos de los bolsillos y, cruzándose de brazos, contestó:

—Diego Subirats soy yo, señor Roig.

Sin haberse repuesto de la sorpresa, Jaume tragó saliva, lo miró a los ojos y dijo:

—Quiero que sepa que vengo en son de paz. Se lo puedo asegurar.

El encargado sacó unas llaves de la bata. Abrió la verja, se hizo a un lado y lo dejó entrar. Con voz solemne lo invitó a seguirlo. Traspasaron el jardín hasta llegar a la puerta principal, donde estaban las oficinas. Subieron dos tramos de escaleras y alcanzaron la planta superior, desde la que se veía la totalidad de la nave y a los empleados. Diego se fijó en su palidez y en que parecía fatigado.

—No se acerque mucho a los cristales, podrían vernos y no sé si ella sabe que…—le advirtió—. ¿Le pongo un vaso de agua?

—Se lo agradecería —contestó Jaume—, llevo mucho rato caminando y ya no estoy para estos trotes.

Durante el trayecto, había repasado varias veces todo lo que iba a decirle. Tomó un sorbo de agua, se sentaron y, sin más preámbulos, abordó la situación:

—Seré breve y conciso: no tiene ningún derecho a romper una familia, porque eso es lo que está usted a punto de hacer. Hable con mi hija, esto debe acabar en este mismo momento.

Jaume fue contundente, albergaba la esperanza de que iba a solucionarse. Diego lo dejó hablar, revolviéndose en la silla, hasta que se sintió en la obligación de intervenir:

—Señor Roig, permítame que le explique. Conozco a Pepita desde hace tiempo y no dudo de su decencia, aunque las cosas no son del todo cómo se las han contado.

—No le entiendo. Y no hace falta que me diga cómo es mi hija, lo sé perfectamente.

Una mueca de discordia se dibujó en la cara del más joven, y el ambiente se llenó de un silencio que ninguno quería romper. Tras unos segundos, Diego respiró muy hondo, se inclinó sobre la mesita que los separaba y disparó una palabra tras otra, como proyectiles sobre una diana.

Jaume salió del despacho, bajó las escaleras lo más rápido que

pudo y, con la mirada perdida, abandonó el recinto con el orgullo malherido. Había fracasado, iba repitiéndose sin parar. Necesitaba gritar, desgañitarse hasta agotar las pocas fuerzas que le quedaban.

Deambuló durante unos minutos, girándose hacia todas partes. ¿Cómo iba a explicarle a Anita que no había servido de nada? No, eso no, negaba con la cabeza. La rabia crecía en su interior cuando, de repente, sus pasos se dirigieron a un bar que tenía a pocos metros.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

Jaume solo bebía en las celebraciones de casa. Después de su enfermedad, su hígado había quedado dañado para siempre. Lo que estaba a punto de hacer era una temeridad.

—Un coñac doble, por favor.

Una copa y otra y otra más entraron en su cuerpo, buceando en los mares del lamento, atravesando su ira, lloviendo en su corazón, hasta que al calor de las brasas donde quemaba sus culpas se rindió, llorando las penas contenidas tanto tiempo.

Horas después, llegó al portal temblando como un hombre derrotado por la vida, como no se había sentido ni en sus peores momentos.

Capítulo 30

Barcelona, 1975

Amanecía y la luz entraba tímidamente a través de las persianas cuando unos gritos rompieron la calma de un día que iba a marcar el resto de sus vidas. La pequeña Anna, ajena a toda inquietud y a las conversaciones cruzadas que habían tenido los mayores, dormía en el cuarto contiguo al de Jaume y Anita, comunicados por una puerta interior.

Varios golpes y unas voces ahogadas la despertaron. Eran sus padres, podía reconocerlos. Aguzó el oído, aunque las palabras llegaban confusas. Se levantó y, muy despacio, abrió la puerta interior. Ahí, hecha un ovillo a los pies de la cama, se hallaba Anita. Lloraba sin parar.

La noche anterior, hasta la hora de acostarse, no había encontrado un momento de intimidad para hablar con Jaume. Él, con la voz entrecortada por la pena, le había explicado los bochornosos detalles que Diego le había referido, incluida la cita al día siguiente en el hotel Plaza. Su hija no era víctima de un arrebato, como acababan de comprobar. Pensaba irse y abandonarlos. Todo se venía abajo y Fausto no parecía que fuera a detenerla.

—Yaya, ¿qué te pasa?, ¿estás enferma? ¿Y el yayo? ¿Y mamá?

No hubo respuestas. Anita se incorporó y la acunó entre los brazos, lamentándose de su suerte.

—Vamos a tomar un vaso de leche, *nineta*. No te preocupes, que todo se arreglará.

—¿Están enfadados, yaya?

—Son cosas de mayores —fue lo único capaz de decirle—, vamos a la cocina.

Anna iba de la mano de su abuela al salir del cuarto. La puerta de enfrente, la de sus padres, seguía cerrada. Se habían callado.

—¿Nos vamos de viaje? —preguntó Anna al ver una maleta en el pasillo.

—No, hija. Nosotros no vamos a ninguna parte. Dios mío, qué vergüenza —musitó Anita—.Entra, que tu abuelo te está preparando unas tostadas como a ti te gustan.

La chiquilla no entendía nada, pero ya no se atrevía a preguntar por qué habían sacado entonces el equipaje que solo usaban en vacaciones.

—¡Es mi vida! —se oyó de nuevo en la habitación—.Y no, no quiero saber nada más de eso que me cuentas ni de tus historias. También tienes mucho que callar. ¿Un detective? No te creo. He dicho que me voy, y me voy.

Anita se apresuró a taparle los oídos a su nieta para que no escuchara nada más.

—Vamos, cariño, ve a vestirte y nos vamos enseguida al colegio. Hoy llegaremos temprano y después iré a buscarte a la hora de la salida.

Anna no cuestionó ni las prisas, ni los nervios, ni las ojeras que sus abuelos lucían mientras se tomaban el café. Todo era muy raro, aunque se mantuvo tranquila hasta que su padre irrumpió en la cocina. Su pequeño cuerpo se envaró, como siempre que él le clavaba esos ojos.

Fausto llevaba el cabello despeinado y, sin saludar a nadie, se sirvió una taza de leche y volvió por donde había venido. Jaume y Anita se miraron. Pepita seguía sin aparecer.

—¿A qué hora era? —preguntó Anita a su marido, haciéndole una señal.

—A las nueve y media. Iré a encontrarme con… —anunció Jaume, sobrepasado y sin fuerzas por lo que se le venía encima.

—No —sentenció Anita—. Dejaré a la niña en el colegio y esta vez seré yo la que enfrente la situación. No podemos permitir esto ni que tú vuelvas como lo hiciste ayer —le reprochó, tratando de no recordar que, por primera vez en su vida, Jaume había bebido solo en un bar, como uno de tantos que regresaba a casa oliendo a alcohol y a fritanga.

Jaume bajó la cabeza, avergonzado, y no fue capaz de rebatir a su esposa una decisión que, en el fondo de su alma, agradecía.

—¿Es que han sorbido el seso a esta hija nuestra? ¿Tan mal lo hemos hecho con ella, que nos paga de este modo?—se lamentó Anita.

—Ya estoy lista, yaya. Cuando quieras nos vamos.

—¿No vas a darle un beso a tu madre? —le propuso Jaume a la niña.

—Ve, cariño, ve. Despídete de ella y deséale buen día.

Anna caminó hasta la puerta entreabierta y se asomó. Al verla, Pepita se llevó las manos a la boca, rompiendo a llorar.

—Abrázame, hija. Hazles caso a los yayos y pórtate bien.

—¿Estás malita, mamá? —se atrevió a preguntar Anna, todavía agarrada a ella—, ¿por qué no vas al médico?

—Claro, luego me acercaré —afirmó Pepita, dejándola marchar.

Anna era una niña con mucha imaginación. Soñaba con tener un hermano que nunca parecía llegar. Jugaba sola y, en su mundo interior, fantaseaba con la idea de que sus padres eran en realidad sus

hermanos mayores y por eso nunca la llevaban con ellos, porque hacían cosas que los pequeños no podían hacer, como le pasaba a otras compañeras de la escuela.

Esa mañana, la maestra le llamó la atención varias veces. Ella quería concentrarse en la clase, odiaba estar en el punto de mira, pero no dejaba de pensar en la cara de su madre y en su llanto al abrazarla. Y en los ojos tristes de su abuela, la persona que más quería en este mundo.

Como cada día, Anita la esperó en la puerta del colegio, aunque sin su sonrisa habitual. Anna la abrazó y juntas volvieron a casa sin mediar palabra.

La maleta ya no estaba en el pasillo y reinaba el silencio.

—¿Se han ido, yaya?

Anita la miró, sonriéndole, pero el brillo de los ojos la traicionaba.

—No, mi vida. Tu madre está descansando y me crucé con tu padre por aquí al salir a buscarte. Hoy se lo han tomado de fiesta.

Anna se encogió de hombros, confirmando que algo raro pasaba, aunque no pensaba preguntar.

—¿Y el yayo?

—Ha bajado a la bodega y no tardará tampoco.

Anita miró el reloj, convencida de que su marido abriría la puerta en cualquier momento. No solía entretenerse.

Anna se entretuvo con un libro que le gustaba mucho: *El aprendiz de brujo*. Pasaba las páginas, fijándose en los dibujos, y no lo oyó llegar.

—Ven aquí —le dijo Fausto—, siéntate a mi lado, que voy a decirte una cosa y es importante.

El susto fue superlativo. Su padre nunca le hablaba así y, presa de una angustia inesperada, casi se echó a llorar.

—Hoy has visto una maleta en el pasillo, ¿verdad?

Anna asintió en silencio.

—Al parecer, tu madre tiene otro novio y se va a ir con él. Nos abandona a ti y a mí. ¿Entiendes lo que te digo?

La niña seguía asustada, sin saber dónde mirar. Se encogió de hombros, rezando para que la charla terminara cuanto antes. No pedía más.

—Bueno, pues solo quiero que sepas que, si ella se marcha, tú y yo nos iremos a vivir a Valladolid y ya no la verás más. Ni a ella ni a tus abuelos.

A través de los ojos de su padre, Anna pudo percibir la ira. Tembló, fijándose en su sonrisa pérfida. Y no era otra que la de un hombre ultrajado que ejecutaría la mayor de las venganzas: separar a su hija de sus abuelos.

Fausto tomó consciencia en ese momento de los celos que padecía desde hacía mucho tiempo. Y de que sus suegros eran los únicos culpables de haber malcriado a Pepita, la mujer que pensaba abandonarlo.

—Fausto, no pretendo molestar, pero la niña debe comer y regresar al colegio —dijo Anita, asomándose al cuarto.

—Ya he dicho lo que tenía que decir. Puedes marcharte, pequeña. Por cierto, hoy no comeré aquí. Vendré más tarde —le anunció a su suegra.

Anna quería llorar, pero ni siquiera eso se atrevía a hacer en presencia de su padre. Y no fue hasta perderlo de vista que se abrazó a su abuela.

—No hay de qué preocuparse, cariño. Te llevaré al colegio, como siempre, y ya he hablado con Benita, la madre de tu amiga Carmen, para que te recoja. Podéis hacer los deberes juntas y jugar un rato.

—Yaya…

—Atiende —la interrumpió su abuela—. Si te llamo a su casa, ven corriendo sin entretenerte, ¿lo harás? Es muy importante que vengas enseguida y no te pares con nadie.

Anna afirmó con la cabeza. Era la primera vez que volvería sola y eso la asustaba un poco. Tenía que estar preparada y no sabía para qué.

Esa tarde, como si los minutos se hubieran convertido en días y las horas en meses, Anna se hizo mayor.

La llamada se produjo y ella, obediente, empleó un tiempo récord en cruzar las tres manzanas que la separaban de casa. Deseaba llegar lo antes posible, pero ¿para qué? ¿Para marcharse al pueblo en el que apenas había niños de su edad? ¿Para que su abuela Beridiana y su tía Vidala, que le daban casi el mismo miedo que su padre, la acompañaran al colegio? ¿Y a qué colegio iría? Las preguntas sin respuesta se le agolpaban en el pecho igual que la respiración.

—¡Qué alegría, ya estás aquí! —exclamó Anita—. Pasa, hija, pasa, que te he preparado una merienda riquísima.

—¿Y mi madre?

—Ha ido al médico. A lo mejor necesita quedarse allí, pero se encuentra bien.

Anna no había dejado de pensar en aquello del novio y, aunque su padre lo había dicho sin alterarse, sabía que estaba mal. ¿Era posible que las personas casadas tuvieran novio?

—¿Es verdad lo que me ha contado mi padre? ¿Que mamá nos dejará solos y entonces me llevará con él al pueblo? —interrogó a su abuela, ahorrándose lo que más vergüenza le daba.

—Espero que no suceda, *nineta*, espero que no… —repitió

Anita—. Tú no te preocupes por eso ahora. Las cosas de los mayores a veces son complicadas, pero acaban arreglándose.

La bisabuela Lluisa, discreta por excelencia, no era ni juez ni parte, aunque lo sucedido también le iba a afectar. En ese momento, pasó por delante de su hija y de su biznieta con lo que parecía una manta.

—*Mare, deixi-ho estar*. Yo me encargo de llevar sus cosas ahora. ¿Por qué tanta prisa?

—Oh, es que si ya me traslado esta noche, tendré que ponerlo todo ahí, ¿no? —explicó, incómoda—. Y mover las cosas de Fausto a mi habitación, al menos lo imprescindible.

—¿Te cambias de dormitorio, *besàvia*? —quiso saber la pequeña.

—Eso parece, hija, eso parece —se quejó la mujer, caminando pesarosa.

Anna esperaba más detalles, pero todo indicaba que nadie se los iba a dar. Blindada por la abuela y por Lluisa, se acercó al dormitorio de Pepita.

—No quiero molestar, *filla*, pero necesito dejar esto. ¿Qué estanterías son las mías? —preguntó la mujer al entrar.

—Póngalo ahí en la silla. Ahora en cuanto pueda lo coloco —dijo Anita.

Cuando Anna se aproximó a la cama, Lluisa la cogió del brazo y, con una señal, le indicó que no lo hiciera. Ella obedeció en silencio, como tantas veces. Sobre la mesilla de noche había varias cajas de pastillas y un vaso de agua. Quizás su madre había enfermado de repente; sería por eso que su padre se mudaba a otro cuarto, para no contagiarse, fantaseó Anna, pero que la bisabuela Lluisa fuera a dormir con ella invalidaba esa teoría que acababa de elaborar.

—Mi niña, mañana será otro día. Mamá volverá pronto.

La pesadilla de alejarse de los suyos la había atormentado toda la noche. Por más que su brazo se alargaba y se alargaba, no alcanzaba la mano de su abuela, que lloraba, resignada al castigo que sufría aun sin cometer pecado. Con el corazón en vilo y un llanto entrecortado que le agitaba todo el cuerpo, se despertó bañada en lágrimas.

—Qué pasa, mi pequeña. ¿Qué tienes? —preguntó Anita—. Por Dios, no te pongas mala.

Anna la miró, comprobando que era la de verdad y no un sueño. Le acarició las mejillas y la abrazó. Era su yaya, la persona de la que nunca se querría separar.

—¿Y mamá? ¿Volverá a casa con nosotros? Yo no quiero irme al pueblo, y mi padre me dijo ayer que…

—Shhh—Anita rozó con la yema de los dedos los labios todavía

temblorosos de la pequeña—, todo está bien. Mamá llegó muy tarde y prefirió no despertarte. Se ha ido al taller de costura, como siempre, y vendrá a la hora de comer.

—¿Y mi padre? —se interesó Anna, temiendo encontrárselo al levantarse.

—También está en su trabajo. Solo quedamos la bisabuela Lluisa, tú y yo. Te he preparado el desayuno, así que vístete y dentro de un ratito te llevo a la escuela.

Anna se sintió aliviada, al menos durante un rato. No quería verlo y no quería volver a quedarse sola con él. Aunque a ella su padre nunca la había castigado como les ocurría a algunas compañeras de clase, su presencia la agitaba.

La habían saludado, como cada mañana al fichar el turno, y ninguna había preguntado el motivo de esas ojeras tan pronunciadas.

—Yo no sé cómo tiene el cuajo de volver a la faena —dijo una en voz baja, sin levantar la cabeza—, esta mujer no tiene dos dedos de frente.

—¿Acaso sabes lo que ha pasado de verdad? —le reprochó otra.

—Debes de ser la única que vive en la parra —se burló la primera.

—Cuenta, cuenta, tú que eres tan espabilada. Aprovecha que se ha ido al servicio —dijo una nueva operaria que se sumó al corrillo.

—Dicen que el padre de Pepita vino anteayer a hablar con Diego. El sinvergüenza este la tenía enamorada, y bien enamorada. No sé cómo se puede ser tan ingenua. Supongo que ignoraba la fama que lo precede. Si fuera la primera vez… Ella estaba dispuesta a dejarlo todo por él y se habían citado en el hotel Plaza. Parece de película.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Porque mi novio trabaja allí como botones y conoce a Diego, a su mujer y a sus hijos, del barrio. Al verlo ayer en la recepción, se extrañó. Y cuando se dirigía a saludarlo, apareció una mujer mayor que él y lo paró. Mi novio solo escuchó la mitad de la conversación, pero se ve que él se justificaba todo el tiempo, asegurando algo así como que Pepita se había hecho una idea equivocada… No sé yo. Y hoy míralos, cada uno en su puesto de trabajo como si tal cosa.

—A mí me da pena ella, qué queréis que os diga. ¿Por qué iría a desbaratar su familia? Algún motivo tendrá. Si esto hubiera cuajado, a él lo insultarían tres días y listo; pero a ella la llevarían a la cárcel por adúltera y por abandonar su hogar. Las mujeres somos unas desgraciadas.

—¡Vengo del servicio y se ha liado una buena! —exclamó una de las operarias que había estado ausente, perdiéndose la cháchara.

—¿Qué pasa? —preguntaron varias a la vez.

—Han encontrado a Pepita sin conocimiento. Ay, madre, qué calamidad. Han llamado a la ambulancia. ¿Estará muerta? En el suelo hay un bote de pastillas y parece vacío —anunció la mujer, santiguándose al terminar.

Esa mañana, pocas terminaron sus tareas. El revuelo de las costureras, el ir y venir de los encargados y la aparición de los sanitarios, que se llevaron a Pepita en la camilla, había removido conciencias.

Y ella, inconsciente hasta que la sonda que aspiró en su estómago la hizo vomitar, durante unas horas vivió en el limbo, buscando la calma que nunca volvería a recuperar.

—Hoy llega mamá del hospital. Prepararemos la comida que más le gusta —dijo Anita a su nieta al cabo de unos días.

La niña ignoraba el motivo por el que Pepita se había vuelto a ausentar. Solo veía, oía y callaba. Cualquier pregunta incómoda podía ser peor que los silencios que se habían apoderado de la casa.

Jaume no había ido al trabajo, se sentía enfermo y el dolor en el costado era punzante. Anita se movía de un lado a otro, aturdida. No sabían qué decirse, cómo consolarse, cómo creer que habían hecho lo correcto después de lo sucedido, y temían que Fausto cumpliera su amenaza. Después de pensarlo mucho, Jaume se había sincerado con él, revelándole partes de la conversación que habían mantenido con Braulio. Era de recibo que su yerno conociera los detalles, decidieron ambos, y así pudiera poner remedio a una situación que se les había ido de las manos.

Fausto, presumiendo de moderno, se había mostrado sereno, casi conforme, como si la noticia no le resultara nueva. Y no lo era. Escamado por algunos comportamientos de Pepita y por la distancia que se había impuesto entre los dos, había contratado a un detective para que la siguiera, por lo que sabía de aquella aventura que había llegado a su fin. Y, aun sabiéndolo, había dejado que Pepita preparara su equipaje, le gritara su verdad y confesase su intención de marchar. El encuentro de Anita con Diego minutos antes de que su hija apareciera en el hotel había sido la última evidencia que él estaba esperando. Lo habían herido en su hombría, sí, aunque nunca lo iba a reconocer. Podría soportarlo y, a partir de entonces, sería él quien tomaría las riendas.

—Ya vienen —anunció Anita.

El ruido de las llaves precedió a los pasos por el pasillo. Ambos lo recorrían sin hablarse.

Jaume se había sentado en la silla del balcón, como siempre. Anna acompañaba a su abuela en el comedor, hojeando unas revistas. No sabía si mirarlos, si no hacerlo… Se sentía inquieta.

—Qué alegría que estéis aquí. Ven, hija, dame un abrazo.

—Será mejor que se acueste, está muy débil. Yo me marcho al taller. Llegaré tarde —anunció Fausto.

Nadie osó replicarle, y asintieron. Pepita se encontraba bajo el efecto de los sedantes, se veía a la legua. Se disculpó y se encerró en el dormitorio.

—Fausto, espera —dijo Anita—, dinos qué podemos hacer por ella. Bueno, por los dos. Estamos muy preocupados.

—¿Y no creen que ya han hecho bastante? —soltó Fausto, elevando el tono de voz.

—*Mare*, llévese a Anna a la cocina y vigile el caldo —ordenó Anita a Lluisa, intuyendo que la discusión iría a más.

—Sí, llévesela, aunque ella y yo sabemos lo que ocurrirá si la cosa no se endereza, ¿verdad, hija?

—¿Qué hemos hecho que tan mal te ha parecido? —intervino Jaume, entrando en el comedor.

—Han criado a una hija caprichosa e inmadura, eso es lo que han hecho. Una mujer que, no sabiendo valerse sola, miren hasta dónde ha llegado. Tanto teatro, tantos libros, tantos mundos imaginarios que solo le han alimentado qué sé yo qué cuentos chinos. Y todo, ¿para qué? Para que se sintiera libre de irse con otro, abandonando a su familia a costa de que los suyos cargaran con la vergüenza para siempre. Ustedes tienen la culpa de ese comportamiento. Y, si yo fuera otro, dejaría que pasara las próximas noches en el cuartelillo, se lo aseguro, en vez de aquí en su cuarto, plácidamente.

—No te consiento que nos hables de ese modo. Te hemos cuidado como a uno más de la familia, como a un hijo. —A Jaume se le quebró la voz.

Las acusaciones de su yerno reabrían las heridas de su corazón. Recordó cuando su padre los había abandonado a su suerte a sus hermanos, a su madre y a él. Y se tragó las lágrimas, sabiendo que no habría perdón para lo que entre todos habían provocado.

—Nos vamos de aquí. Ya lo he hablado con Pepita. Hoy mismo haré algunas gestiones con unos conocidos. Y nos mudaremos pronto.

Y así, diciendo la última palabra, se dio media vuelta y salió de casa, dejando el miedo en sus cuerpos. El antes ya era el pasado y el futuro era una nube negra que sobrevolaba sus cabezas, anunciando la tormenta.

Ese año de 1975 también marcó un antes y un después en la historia del país: el dictador que había gobernado casi cuarenta años falleció en el mes de noviembre. Y mientras España cerraba una etapa y abría otra, la familia Rodríguez Roig hacía lo mismo: se mudaron a pocas

manzanas de San Medir, permanecerían cerca de Jaume y de Anita.

Hacía meses que Pepita se había despedido de la fábrica. Apenas salía de casa y a menudo padecía fuertes dolores de cabeza que la invalidaban incluso para las tareas más sencillas. Desde entonces era una mujer distinta. Sus ataques de ira, casi diarios, la habían vuelto un ser opaco y taciturno que asentía a todo lo que su marido tuviera a bien decidir.

Nadie sabía qué habían hablado los días posteriores al intento de fuga y al conato de terminar con su vida. El pacto, y ya era bastante, había calmado las aguas. ¿Qué condiciones se habían impuesto? ¿Fausto la había perdonado? Eran unas incógnitas que nunca despejarían. Pepita parecía haber aceptado el precio de un error que pagaría para siempre. Y Anna, convertida en un resto de la división, se movía intranquila por el piso, en busca de acomodo. Todo era nuevo, no había sofá y su madre, sentada en una de las sillas, miraba las imágenes del entierro de Franco.

—Anna, para de dar vueltas y ven aquí.

—Es que no sé dónde ponerme, mamá. Esta casa no me gusta.

—Ven aquí conmigo, anda. —Pepita la subió a su regazo.

Anna, en un acto reflejo de niña amedrentada, se abrazó a ella, sintiendo el calor de su cuerpo. Era agradable. Y, ajena a cualquier cosa que no fuera ese contacto, se ilusionó alimentando la idea de que estaban solas, de que por fin tenía una madre para ella, sin compartirla con nadie. Una de verdad que iría a recogerla al colegio; una que le prepararía meriendas ricas y la ayudaría a hacer los deberes; una madre joven igual que las de las niñas de su clase. Y, no queriendo que eso acabara nunca, surgieron las lágrimas. Lágrimas de encuentros y pérdidas, porque esa tarde, detrás del cariño efímero de unos brazos yermos, se escondían la soledad y el silencio que acompañarían a Anna durante años.

Capítulo 31

Barcelona, 1983

Era de noche y Anna regresó del instituto cansada. Por la mañana trabajaba en el taller mecánico que había comprado su padre, ocupándose de la contabilidad. Aunque nadie se lo había reconocido, se le daban bien los números y, con su ayuda, él se ahorraba un jornal. Y por las tardes estudiaba. Faltaban algunos exámenes para terminar el último curso y había que hincar los codos. Solo quería cenar algo y meterse en su habitación con los libros.

—Pruébate el jersey. Te lo he dejado encima de la cama —oyó desde la cocina, segundos después de cerrar la puerta—. Me ha costado muchísimo terminarlo y es casi igual que el de Paquita, la del cuarto.

Los vaivenes en un carácter de por sí endeble habían convertido a Pepita en un ser desdibujado y falto de criterio propio. Tras lo sucedido en el taller, casi no salía a la calle. Dependía de Fausto para todo, viviendo la vida a través de él, de sus gustos, de sus ausencias, bajo el yugo con el que la había esclavizado a su manera. Anna llevaba ocho largos años sufriendo sus arrebatos y apenas les hacía caso. Especialistas en nervios y fármacos habían tratado de paliar los cambios de humor repentinos y los accesos de ira que se agolpaban en el pequeño cuerpo de Pepita, más orondo en esas fechas, capaz de sumar en él la furia de los siete vientos.

Todos sabían por qué se habían mudado y todos callaban, haciendo del silencio el mejor socio. Fausto había vetado la presencia de Anita y de Jaume en su casa y tardaron muchos años en poder pisar el suelo en el que por primera vez vivían solos. Y sí, había perdonado la falta, la de la mujer adúltera que cargaría para siempre con la culpa en su memoria. Su gesto generoso, alabado por Pepita, no era baladí. Tapaba la vergüenza de ser un consentidor expandiendo por el barrio verdades a medias. A unos les contaba que su esposa le pedía más cariño; a otros, que sus suegros habían permitido aquel episodio.

Anna había transitado de niña a mujer. Todavía recordaba aquel verano, dos años antes, en que los chicos de la cuadrilla, con los que había jugado desde pequeña en Villavicencio de los Caballeros, no la habían reconocido. Recién llegados de Barcelona, el primer domingo que asistieron a misa, se encontró con su amigo David, y

también parecía otro. Un hormigueo la recorrió, dándole a entender que el amor había abierto las puertas de su corazón al joven villavicense, aunque se veía venir. Los muchachos siempre se habían gustado y el tiempo afianzaría sus lazos.

Desde lo ocurrido entre Pepita y aquel hombre, Jaume y Anita no habían vuelto al pueblo. Solo iban los tres y, al principio, Anna no podía evitar un pensamiento que incluso la desvelaba de noche: que su padre la dejara allí y no viera más a sus abuelos. Y eso, por suerte, nunca había sucedido. Anna pasaba los veranos allí, junto a su abuela Beridiana y su tía Vidala, soltera de profesión, sin que nadie sospechara que aquel interés creciente por ir a Tierra de Campos tenía un nombre. Excepto Anita, que, desde la distancia, estaba al corriente de los sentimientos de su nieta.

—¿Te lo has probado ya, *filla meva*? —Pepita volvió a preguntar sobre el jersey que ninguna muchacha de dieciséis años querría llevar. De punto calado y color verde botella, no podría combinarlo con ninguna de sus prendas. Era horroroso y anticuado, nadie iba ya por la calle con eso. Sopló y abrió los ojos hasta hacerse daño, mirándose en el espejo. No pensaba salir de casa como si fuera una cateta, pero no tenía más remedio que ponérselo y darle el gusto a su madre.

—Ven que te lo vea —pidió Pepita—, que voy justa de tiempo y tu padre estará al llegar, y con hambre.

Siempre la misma historia. Se pasaba el día en casa y siempre iba con prisas. Incomprensible, dijo para sí, resoplando. Con mucho pesar, Anna se acercó a la cocina. Se esforzaba en sonreír, pero los músculos de la cara no querían obedecerla. Fijó la vista en un punto muerto mientras Pepita no paraba de mirarla.

—¿No te gusta? Pero si es muy bonito.

—A ver…, es que…—balbuceó Anna, intuyendo en los ojos de su madre la tormenta que estaba a punto de desencadenarse.

—Está bien, ¡quítatelo y déjalo aquí en el sofá! ¡De desagradecidos está el mundo lleno y llevo semanas haciéndolo… para ti! —gritó, señalándola con el dedo.

Anna no quería riñas ni malas caras, solo deseaba vivir en paz, aunque sabía que eso no sería posible. La furia se había desatado.

Al mediodía había ido a comer a casa de sus abuelos, lo hacía a menudo. La muerte de Braulio un año antes había sido dolorosa. Todos lo apreciaban mucho y su pérdida había entristecido a Jaume y Anita; durante unos meses, apenas se había escuchado música en su piso. Qué distinto era todo en San Medir, se lamentó ella, oyendo los murmullos de Pepita y el ruido de la espumadera removiendo las patatas. Qué calma se respiraba en aquella casa, la de su abuela, en la que había sido feliz y en la que permanecerían para siempre todos sus recuerdos, y qué tenso era todo con sus padres.

En cuanto dejó la prenda en el sofá, Pepita la cogió. La miró, la apretó entre los dedos, se giró y abrió la puerta del balcón. Con todas sus fuerzas, lanzó el jersey, y lo vio caer en silencio, asegurándose de su destino.

—¡Ya está! Ya no tendrás que ponerte el horrible suéter que te ha hecho tu madre con todo el cariño. Eres una ingrata. Si ya me lo dice tu padre, que nunca estás contenta y que ni valoras que te dé la oportunidad de aprender. Con el esfuerzo que hacemos para que no te falte de nada.

La rabia y la impotencia se adueñaron de Anna. Su padre no le pagaba ni una peseta y encima la tildaba a ella de desagradecida. Con lágrimas en los ojos, se encerró en su cuarto sin cenar.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Fausto al entrar—, ¿qué es ese jaleo?

—No es nada. Cámbiate y ponte cómodo, que enseguida estará la cena —anunció ella con apuro.

—¿Y la niña? ¿Todavía no ha llegado?

—Sí, pero se ha metido en su habitación y no creo que salga.

—Muchos pájaros en la cabeza tiene esta, me parece a mí —sentenció Fausto, sentándose en el sofá—. Este fin de semana he quedado con los Martínez y los Osorio. Iremos a cenar y a tomar unas copas al Bahía.

El sábado era el día de ineludible felicidad en el que los hombres lucían a sus mujeres y estas se jactaban de la buena vida a la que las habían acostumbrado.

—Qué bien, me apetece bailar un poco. Y, ya que estamos, debería comprarme algo de ropa. La mía se ve muy gastada y no me gusta ir vestida siempre con lo mismo.

—Ya veremos —contestó Fausto—, hay muchos gastos en el taller. A lo mejor tus padres te pueden regalar esos trapitos de los que hablas —añadió sin ni siquiera mirarla, dando por zanjada la cuestión.

A Pepita no le quedaba más remedio que conformarse con esa respuesta. Le sorprendía la valentía de su marido poniéndose al frente de un traspaso que suponía tantos riesgos. No sabía que, en realidad, el negocio era boyante, más que suficiente para proporcionarles infinidad de comodidades. Ella se había despreocupado por completo. No tenía voto ni voz tampoco. Solo se acercaba al taller a pedir dinero para la compra. Era humillante, pensaba Anna cuando la veía entrar. Fausto la miraba igual que si fuera un caballo perdedor y, tras una sonrisa ladina, metía la mano en el bolsillo del pantalón, desdoblaba el fajo de billetes y contaba unos pocos para ella. Agarrada a su cestillo de esparto, Pepita se daba la vuelta, consciente de que todos los que observaban esa escena a diario intuían su vergüenza.

Fausto era un buen mecánico y conocía el sector como la palma de su mano. Se había hecho con los mejores proveedores al mejor

precio, aunque a algunos había que invitarlos a suculentas cenas, a copas sin límite y a los burdeles de más categoría de la ciudad. Lo hacía con gusto porque de ese modo se sentía grande. Era el más popular del barrio y se sabía que allí donde apareciera el gran Fausto corrían rondas gratis. Aparentar era clave para triunfar, eso solía decir el superviviente de una dinastía de muertos, llegado del pueblo y venido a más. Y aquellos billetes que, mes tras mes, entraban a espuertas, salían a golpe de reintegro.

Anna conocía algunos de los excesos de su padre, los lugares que frecuentaba y lo que era capaz de dilapidar en tiempo récord en un fin de semana cualquiera. ¿Siempre habría sido así?, se preguntaba cuando, en silencio, arqueaba la caja y cerraba una contabilidad que, a pesar de los ingresos, a veces rozaba los números rojos.

La joven fantaseaba con la idea de seguirlo hasta aquellos locales impresos en las notas de gasto que él dejaba en el despacho sin recato, aunque fuera su propia hija la que debía contabilizarlas. Cuántas mentiras y cuánto engaño, se decía en muchas ocasiones, queriéndole gritar a su madre que despertara de su letargo y se enfrentara, al menos por una vez, al compasivo Fausto que la había encerrado en una jaula de cristal desde la que veía el mundo. Ciega, sorda y muda, Pepita solo asentía, dejándose llevar por una vida plana de la que solo recogía las migajas. Y decía ser feliz.

La rabia se comía a Anna cuando su madre justificaba las faltas de Fausto y le ofrecía el cariño que a ella, desde niña, le habían negado. Tenía miedo de decirlo en voz alta: ella nunca había sido deseada, solo era el fruto de la obligación contraída con la sociedad.

Por más que se esforzase, no se acordaba ni de una sola vez en la que Fausto la hubiera alentado. Siempre al acecho, aprovechaba cualquier momento para menospreciar su valía o los logros alcanzados. Era cruel y sabía cómo herirla. Y como un témpano de hielo asoma de repente al moverse los cimientos ocultos entre las aguas, el recuerdo de aquel día emergió.

Con doce años, Anna acompañó a sus padres a un bingo. Pepita y Fausto mostraron sus documentos de identidad y la pequeña, siempre curiosa, se fijó en las fotos y, al leerlos nombres, algo la sorprendió.

—Josefa Roig… ¿Olaria? —pronunció en voz alta, buscando en los ojos de su madre una respuesta.

Y, como una flor marchita expuesta al sol, Anna fue encogiéndose ante la mirada de sus padres mientras los presentes no dejaban de observarla, y nadie decía nada.

Ya en casa, no podía olvidar lo que había visto y las dudas le impidieron dormir.

El domingo, al salir de su habitación, se encontró a su padre,

que parecía esperarla. Tragó saliva, arrepintiéndose de haberse movido de la cama, cuando Fausto la abordó.

—Vístete. Vamos a tomar algo —le dijo sin más.

Fueron a una cafetería en la carretera de Sants que Anna no conocía. Pidieron un café y un vaso de leche con una magdalena. Anna se mordía los labios y contemplaba el exterior a través de los cristales, esquivando los ojos de su padre, que tampoco se sentía cómodo. Trajeron la comanda, y poniendo las manos sobre la mesa, Fausto tomó la palabra:

—Tengo que contarte algo.

Anna se encogió de hombros, aterrorizada. ¿Volvería su padre con aquello de irse al pueblo con ella para siempre?

—Esas personas a las que tú tanto quieres no son nada tuyo. Jaume y Anita no son tus abuelos ni los verdaderos padres de tu madre.

Anna notó cómo una flecha se clavaba en el centro de su alma, hiriéndola de muerte. El cuerpo le perdía fuerza y el aire se resistía a entrar en los pulmones. Sus abuelos eran lo que más quería en el mundo y esa confesión le arrebataba el origen en el que sustentaba su existencia. Ella deseaba parecerse a Anita, a su abuela, y hasta llevaba su nombre, razonó.

Jamás podría olvidar la tristeza que se instaló en ella, el dolor que la quemaba por dentro cada día cuando, al verlos, recordaba las palabras de su padre. Y el silencio, de nuevo el silencio de su madre, de su abuela, de todos los que, pretendiendo protegerla, la habían dañado tanto. ¿Quién era ella entonces? ¿Y ellos?

El suéter nunca volvió a sus manos. Y tampoco preguntó. Anna se levantó al día siguiente, se tomó un vaso de leche y se despidió de su madre.

—No vendré a comer.

—Haces bien en decírmelo. Tengo que ir a la plaza, aunque antes pasaré por el taller. No llevo ni una peseta—dijo, señalando la cartera.

¿Cómo era posible que su madre estuviera tan ciega como para no percatarse de la mirada altiva de su padre y la indiferencia con la que le daba, uno a uno, los billetes? Ella los recogía, deteniéndose en el último, como si los contase. Y, en ocasiones, se veía obligada a volver porque eran insuficientes.

Anna respiró hondo varias veces. No podía callar más, su madre tenía derecho a conocer la verdad.

—Mamá, ¿tú sabes cómo está funcionando el taller? ¿Alguna vez te has parado a pensar si va bien o va mal?

—Ay, no —contestó Pepita, esbozando una sonrisa—, yo no

entiendo de negocios. No sé nada de eso. Pero tu padre es muy listo y saldrá adelante con todo lo que se proponga. Hay muchos gastos.

—Es que no entiendo por qué no quieres saber. Que tú no trabajes fuera de aquí no es motivo para que no puedas disponer del dinero sin necesidad de que papá te lo dé en mano. Me parece una falta de consideración. Además, el negocio va muy bien, mucho más de lo que tú imaginas. Y deberías saber…

—No, no quiero saber—cortó su madre—, bastante tengo ya con lo que tengo.

—Pues deberías—insistió Anna—, deberías preguntarle en qué se gasta el dinero, y ya te digo que no es precisamente en material para las reparaciones. Creo que estás en tu derecho.

La sombra de la duda siempre había acechado a Pepita, aunque nunca con tanta claridad como en ese momento.

Unos días después de aquella conversación con su madre, Anna llegó al trabajo. Por la tarde tenía examen y quería avisar a su padre para irse antes. Faltaba poco para su cumpleaños y lo único que pedía era aprobarlo todo para poder celebrarlo.

Fausto no estaba, había salido a desayunar. Concentrada en los números, no lo oyó entrar. Él la agarró por el cuello de la camisa con tal fuerza que la obligó a levantarse.

—¡Qué haces!—preguntó, alterada, viendo que su padre no la soltaba y la sacaba del despacho.

—¡A la puta calle! No te quiero aquí ni un solo día más —gritó él, juntando las cejas mientras sus ojos centelleaban chispas de rabia—, así aprenderás a no meterte donde nadie te llama.

—Pero…

No hubo alegato, porque Fausto le cerró la puerta y giró sobre sus pasos. Y allí, en la calle, las piezas del puzle empezaron a ordenarse en su cabeza. Lo que le había dicho a su madre debía de ser la razón de esa furia.

En los últimos meses, él se había gastado más de tres millones de pesetas en cenas, casinos y clubes privados. Pepita no sabía nada, nunca iba a descubrirlo, aunque el intento de su hija de animarla a enterarse merecía un castigo.

Unos días más tarde, Anna cumplió diecisiete años y ninguno de los dos la felicitó. Ni una palabra ni un gesto de cariño en una fecha tan señalada. Solo en casa de Anita y de Jaume encontró el abrazo que la anclaba a los suyos, a los que la querían de verdad.

Capítulo 32

Barcelona, 1985-1987

Barcelona había empezado a recuperar los colores del modernismo, enterrados en fachadas oscuras que todavía recordaban unas décadas que todos querían olvidar. «Barcelona, *posa't guapa*» fue el lema que acompañó a la transformación de una ciudad que pretendía ser más limpia y abierta al mar.

Anna y David ya eran novios formales y las familias se habían enterado de la noticia por medio de un chisme. Ellos habían mantenido su amor en secreto, o eso creían; pero los ojos de los vecinos de Villavicencio de los Caballeros parecían multiplicarse.

Hasta que llegaban Fausto y Pepita en agosto, Anna pasaba unas semanas con su abuela y su tía. Ninguna era como su yaya. Vidala se había ido acartonando con el tiempo, igual que las prendas grises y azules que siempre llevaba. Había superado ya los cincuenta y no conocía varón. Beridiana solía estar enfadada y eso la avejentaba más que los propios años que caían sobre su cuerpo todavía enlutado. Aun así, Anna se divertía. Le agradaba el tipo de vida de los pueblos, más real y sin apenas horarios, no como en su casa.

Deseaba ir con frecuencia y para ello solo tenía que ocultarlo. No convenía que ni Fausto ni Pepita supieran lo que le gustaba el pueblo ni aquel muchacho de la pandilla que le hacía sentir escalofríos con solo rozarle la mano.

Felisa y Digna, las hermanas solteronas encargadas de la centralita de telefonía de Villavicencio de los Caballeros, sobrevivían al aburrimiento. Su trabajo no requería pensar y se entretenían tratando de conocer los entresijos de unos y otros cuando los vecinos se acercaban a llamar a sus parientes. Lo habitual eran charlas anodinas que dejaban poco espacio a la imaginación. Lo de siempre. Todos los domingos después de la siesta, Anna y Vidala acudían allí.

—Buenas tardes. Felisa, ponme una conferencia con mi hermano.

—Buenas tardes nos dé Dios. —La telefonista miró a Anna, asintiendo como solo lo hacen los cómplices, y le sonrió.

A la joven le extrañó. Pocas sonrisas gastaba esa mujer con cara de sargento y algunos pelillos negros en el bigote, que la afeaban mucho. Se encogió de hombros y se sentó, esperando que la una o la otra les dieran indicaciones.

—Buenas tardes, conferencia desde Villavicencio de los Caballeros. ¿La acepta?

Qué tontería, pensó Anna, como si sus padres no supieran de sobra que llamaban todos los domingos casi a la misma hora.

—Los conecto en un segundo… ¿Sí? Ya imagino… Está bien, entonces nada, hasta más ver. Que tengan buen viaje. Por cierto, cuando hagan las maletas, metan también un traje de novia.

Tía y sobrina se giraron a la vez, cuestionándose lo que acababan de oír. ¿Esa cotilla había dicho «traje de novia»? Anna no sabía dónde meterse y el rubor de las mejillas le iba quemando la cara, como si dentro del cuerpo viviera el fuego del mismo infierno. Ardía de la vergüenza y no se atrevía a mirar a su tía. Esta, torciendo el gesto, la contempló unos segundos antes de acercarse a saludar a su hermano y a su cuñada.

—Claro que cuidamos bien de ella. ¿Cómo va a ser si no? Yo no sé nada… Que no, que solo son estas con sus habladurías —insistió Vidala, ante la repetición de las mismas preguntas—. Mira, mejor que os lo explique la niña cuando lleguéis. Hoy se ha quedado merendando con la hija de Juanita y Saturnino, no está aquí conmigo —mintió—. Nada… Sí, sí… Viene a su hora todos los días y madre y yo estamos pendientes de ella… Ea, buen viaje y hasta la semana que viene—dijo Vidala, dando muestras de complicidad con su sobrina por primera vez.

»Niña, a ver si nos vas a poner en un compromiso ahora. Luego hablaremos tú y yo —susurró al salir del locutorio.

Anna, sofocada, en ese momento odiaba a las chismosas de las telefonistas. Conociendo a su padre, sus días en el pueblo igual estaban contados.

Y, de esa manera, ambas familias empezaron a trabar los lazos que años más tarde acabarían estrechando.

Corría el mes de diciembre de 1984 y llevaban meses sin verse. Ni las cartas ni las largas conversaciones que se regalaban casi a diario sustituían los besos que los dos atesoraban en su recuerdo.

Anna languidecía porque, una vez más, no tomarían juntos las uvas ni podrían desearse, cuerpo a cuerpo, un feliz año nuevo. El frío riguroso de Villavicencio de los Caballeros y la falta de comodidades en la casa del pueblo no invitaban a ir por esas fechas.

Como era costumbre, Anna estaba ayudando a su abuela con los adornos. Anita adoraba la Navidad y engalanaba su hogar con luces de colores, guirnaldas, un árbol enorme y el belén.

Nada era como antes, nunca volvería a serlo. A pesar de los inconvenientes y los reproches, seguían celebrándola en familia. Las tripas y el corazón firmaban un pacto los domingos y las fiestas de

guardar. Y, con su mejor cara, hacían lo posible por no romper las partes de un todo que vivía a la deriva.

El timbre sonó varias veces seguidas. Lluisa, Anita y Anna se miraron.

—Vaya con las prisas. ¿Quién será a estas horas? —preguntó Lluisa.

—Ya voy, yaya —dijo Anna, recorriendo el pasillo.

Abrió la puerta sin mirar por la mirilla, imaginando que era su abuelo, que volvía de unos recados. Sin creerse lo que veían sus ojos, ahogó un grito. David, apoyado en el marco, sonreía.

—¿Quién es? —se oyó una voz al fondo.

El silencio preocupó a las mayores, que a paso ligero se plantaron en la entrada.

—¿Y este chico qué quiere? —preguntó Lluisa, que no conocía al joven. Le fallaba la vista y con los años se había vuelto desconfiada.

—*Mare, és el xicot de la nena*—contestó Anita, sonriéndole—. Pasa, no te quedes ahí. Anna, ¿no le ofreces algo a este buen mozo?

Aquel fin de año, el primero que pasaban juntos, fue el más especial. David pronto se haría quinto. Para él era el primer viaje a Barcelona, a una ciudad llena de gente, bloques, coches y ruido. El trasiego de la urbe lo abrumaba, aunque también había mayores posibilidades de prosperar que en el pueblo.

Un año y medio después, su deuda con la patria se había saldado y ya era libre. Con su petate al hombro y la vida por vivir, regresó a Villavicencio de los Caballeros. Meses más tarde, el pequeño de los Panera, como así se conocía a la familia, anunció su deseo de mudarse a Barcelona. En ese tiempo, Anna había terminado el instituto y trabajaba llevando la contabilidad en una empresa de automoción.

Nada era fácil en las ciudades, aunque la juventud y las ganas podían con cualquier percance. Todos los empleos eran válidos y, mientras no salía nada acorde con sus estudios, David trabajó en una churrería, propiedad de unos conocidos. Estaba medio destartalada y hubo que restaurarla para ponerla en marcha. No había forma de quitar el olor a fritanga que se calaba en la ropa y en la pensión barata donde se alojaba solo disponía de una habitación en la que apenas cabía su cama y de un baño por planta, que debía compartir con varios representantes, una señora mayor y otros jóvenes que, como él, buscaban dónde ganarse el pan.

En aquellas fechas, Vidala había venido de visita a Barcelona y estuvo ayudándolo. La edad y la simpatía que despertaba en ella la pareja parecían haberle ablandado el temperamento. Anna era su única sobrina y la apreciaba aunque nunca lo dijera. David descansaba los lunes y tampoco podía aprovecharlos con Anna porque era el día

que ella trabajaba hasta tarde. No era un muchacho de bares ni de pasear solo, y al no tener nada que hacer, se acercaba al taller de Fausto. Este, al verlo llegar, lo miraba de reojo, desconfiando, y lo incomodaba a propósito para que entendiese que no le agradaba su presencia. Y, de la misma manera que el roce hace el cariño, fueron acostumbrándose a tratarse. David echaba una mano aquí, aguantaba una pieza allá… y Fausto era muy listo. Pronto reparó en la destreza del joven vallisoletano en algo que a él siempre se le había resistido: la electrónica de los coches. En esos conocimientos se iba quedando atrás y no pensaba aprender. Poco a poco, aquellas colaboraciones se hicieron habituales y Fausto le guardaba faena.

—¿Y no me daría trabajo para toda la semana? —preguntó un día, antes de volverse a la pensión—. Dejaría la churrería con gusto.

Fausto lo miró serio, como hacía siempre para infundir miedo. La barbilla adelantada, las cejas juntas y los ojos bien abiertos, ese era su sello. No pensaba regalarle nada porque a él nada le había sido dado, se decía, seguro de ello.

—Muchacho, yo llegué aquí, me bajé del tren solo y supe buscarme la vida. No necesito a nadie en el taller. De momento es lo que hay.

David se achantó. No hacía falta nadie, pero bien que le daba faena cada lunes que entraba por la puerta, pensó con resignación.

Y sumando la prudencia de uno y el instinto del otro para oler dónde estaban los billetes, Fausto acabó contratándolo. El chico era bueno en lo suyo y las ganancias pronto se vieron multiplicadas. En pocos meses, Fausto fue delegando responsabilidades en David, pero el salario del técnico especializado seguía siendo minúsculo. Aunque Fausto le prometía un aumento, siempre había alguna razón que, aunque endeble, no se atrevía a rebatir. Con cualquier excusa se ausentaba parte de la jornada, día tras día, dejando en manos del joven un negocio que iba más que bien.

—No puede ser, David. Tienes que reclamarle una subida de sueldo. Así no podremos casarnos nunca. ¿Es que no te das cuenta de que se aprovecha de ti? —se quejó Anna una tarde, harta de ver cómo su padre los utilizaba.

—Y no te digo lo que se factura cada mes. Nunca había visto tantos ceros juntos —comentó él, moviendo las manos.

—David, la que hace las cuentas soy yo, ¿recuerdas? Me echó del taller de mala manera, pero bien que continúo ocupándome de los números para que la gestoría se lo lleve fácil. Nunca me ha dado ni las gracias.

—Y siendo así, ¿cómo es posible que tus abuelos hayan tenido que ayudarlos con los pagos de Hacienda?

Anna no podía evitar la injusticia de que su padre dilapidara el

dinero en toda clase de lujos y desvaríos que darían mucho que hablar. No era la primera vez que se planteaba la posibilidad de que tuviera una vida paralela. En más de una ocasión la había tentado seguirlo para comprobar cuánto de cierto había en esas sospechas. Mientras su madre, falta de carácter y acostumbrada a achantarse, peregrinaba a diario para recibir la limosna con la que ir a comprar, Fausto no le rendía cuentas a nadie. Anna chascó la lengua, sacudió la cabeza y respiró. Con los ojos vidriosos, insistió:

—Tienes que pedir lo que es justo, ni más ni menos.

—Está bien, mañana mismo, cuando me pague la semanada, se lo diré. A ver si esta vez hay suerte —resopló David, buscando el valor que le faltaba—. Tu padre impone, ¿eh? Y no sé por qué, pero siempre me enreda y al final se sale con la suya. Ya era así en el pueblo, según se cuenta —añadió bajando la voz—. Tu tía es un poco siesa, eso no puedo negarlo, pero es de otra pasta y me ayudó bastante con lo de la churrería.

—Sí, sí. Pero a lo que vamos, David: mañana le dejas las cosas claras a mi padre.

Y así lo hizo. De nuevo, el joven insistió en que prefería una subida de sueldo a repartir los beneficios anuales de la empresa. Entre otras cosas porque, por mucho que se lo prometía, tampoco los había percibido nunca.

Estaba encarando las últimas curvas antes de entrar en la recta final de esta historia familiar que jamás olvidaré.

Me habría gustado conversar con todos y cada uno de los personajes a los que ya no podré conocer. Incluso con alguno que, estando vivo, no conseguiré entrevistar. Me pasa igual con esos parientes míos a los que hubiera deseado preguntarles unos cuantos porqués y unos cuantos cómos. Esos que han dejado marcas indisolubles a su paso, como manchas eternas imposibles de borrar.

Y, como esos personajes de los que hablo, que se erizan y enseñan los dientes para ocultar el temor que les da su propia vida, ahí estaba él, Fausto. Los interrogantes seguían en mi cabeza: ¿quién había en realidad dentro de Fausto?, ¿almas resentidas que permanecían en él, ocupando un cuerpo que nunca les había pertenecido?

A lo largo de esta historia, Fausto es un nombre propio que se convierte en adjetivo para engrosar, queriendo o sin querer, una coraza que nadie ha logrado horadar, ni siquiera mientras junto estas palabras. Jamás lo dirá porque nadie se acercará a preguntarle qué tanto hay de verdad entre la persona y el personaje que él se encargó de crear. Bueno y malvado, cándido y astuto, son algunas de las cualidades que lo van identificando en su camino y que tapan una

inseguridad que siempre ha habitado en él.

Desde joven sabía que el dinero no daba la felicidad, pero compraba la adulación; esa palmada en el hombro que los faltos de amor propio necesitan cada día para vivir. Y esos carantoñeros que tanto lo veneraban duraron lo mismo que los billetes que salían de sus bolsillos. Luego todo se esfumó. Eso era así, aunque Fausto había descubierto su verdadero poder en el perdón, usándolo como castigo. Después de ver su hombría traicionada, podría haber desaparecido, he pensado siempre, o haber denunciado a su esposa por adulterio. Y nunca estuvo en sus planes, aunque no olvidó la falta. Ejerció la imposición del miedo y la venganza sobre los débiles, sobre su propia familia, considerándolos culpables de su desgracia. Y haciendo de su capa un sayo, se acomodó en la condena.

Es uno de los personajes más controvertidos de esta historia, alguna vez víctima y muchas verdugo.

Capítulo 33

Barcelona, 1987-1994

Beridiana había fallecido y, desde entonces, Vidala se sentía sola en una casa que no se había adaptado ni a los tiempos ni a las comodidades de la época.

Aun siendo la primogénita de Beridiana y de Germán, Vidala nunca fue la primera. La sombra de su hermano planeó siempre sobre su senda, cortándole un vuelo que no llegó a emprender por cuidar de sus mayores. Aunque algún pretendiente había tenido, los rehuyó, quedándose solterona.

No hacía ni un año del entierro cuando cayó enferma. Poco amiga de los médicos, se resistió a tratarse hasta que Fausto decidió enviar a Pepita a Villavicencio de los Caballeros. Ingresó en el hospital de Valladolid días más tarde.

A pesar de su carácter extraño, había aprendido a estimar a Anna, aunque no lo demostrara. Y expresó esa querencia cuando su hermano, en previsión de lo que pudiera suceder, se trasladó al hospital con los documentos que necesitaba para que le otorgase poderes.

—Fausto, si me pasa algo, lo mío será todo para ti, como bien sabes, pero me gustaría dejarle una parte de mis ahorros a Anna. Es la única sobrina que tengo y está en edad de casarse. ¿Podemos cambiar eso en el testamento?

—Por la niña no te preocupes, yo me encargo de todo, que para eso soy su padre. Firma aquí. —Fausto le acercó los papeles que lo convertirían en heredero universal del patrimonio de ambos.

Un diagnóstico desacertado fue el comienzo de un viacrucis que terminó con Vidala. Murió en casa, rodeada de los suyos, zanjando así una vida pusilánime que había durado cincuenta y ocho años.

Anna nunca recibió ni una peseta, y calló, aunque su tía le había hecho saber su voluntad en el lecho de muerte, cogida a su mano. Una vez más, Fausto, que se mostraba afligido ante todos los que se habían interesado por la salud de su hermana, había barrido para su bolsillo.

Con parte de esa herencia, la propia y la ajena, adquirió un coche que pocos podían costearse en esas fechas. Era un hombre desgraciado y huérfano por completo, pero continuaba aparentando, como la sombra de aquel Tigre de Sants que había tenido a bien

sostener desde aquellos tiempos.

En1992, Barcelona se convirtió en la capital del mundo, albergando la xxv Edición de los Juegos Olímpicos, tras haberlo intentado hasta en cuatro ocasiones, sin conseguirlo. La efeméride constituyó una transformación profunda en una ciudad de por sí cosmopolita y diversa.

Y ese mismo año, en casa de los Rodríguez Roig también se gestaba algo importante. A finales de agosto, Anna y David viajarían a Villavicencio de los Caballeros para celebrar su boda.

David continuaba en el taller, asumiendo responsabilidades que no se le remuneraban. Fausto lo ponía difícil y nunca estaba contento con su trabajo. No perdía ocasión para referirlo, tensando una cuerda a punto de romperse.

Quedaban pocos meses para el enlace y la enfermedad de Jaume avanzaba deprisa. Con todos los preparativos listos, los últimos informes médicos dieron la mala noticia: los pulmones le fallaban desde hacía meses y la alteración en sus funciones hepáticas anunciaban un mal presagio. Un trayecto tan largo podía desencadenar un desenlace fatal.

Habían sido tan felices, pensaba Anna, viendo a sus abuelos envejecer. Su amor, casi de película, había superado grandes obstáculos y solo un suceso, uno del que jamás se hablaba, había enturbiado la armonía de la pareja. El peso de la vergüenza, a causa del capricho que su hija nunca debió tener, había llevado a Jaume a la bebida. Nunca en demasía, aunque suficiente para que su hígado, enfermo por una maldita aguja que le había contagiado la hepatitis, no pudiera soportarlo. Los años, la falta de actividad y algunas penas que nunca podría curar dentro de su corazón, lo habían convertido en un hombre atribulado. Cariñoso como siempre, dispuesto para los suyos, marido y amante de su mujer, estaba apesadumbrado porque ni sus fuerzas ni su ánimo volverían a ser los mismos. A pesar de todo, Anita y Jaume deseaban ver a su amada nieta subir al altar y empezar una nueva vida junto a un hombre bueno que seguro la haría feliz. Anna les había comprado los billetes de avión, pero todo se truncó. Su abuelo tuvo una recaída severa y el médico le recomendó reposo absoluto. La voluntad de Anna se tambaleó, no se imaginaba su boda lejos de ellos.

Raro era el día que no los visitaba al salir del trabajo. Sus abuelos constituían los cimientos sobre los que había construido todo lo bueno que, desde niña, podía recordar.

—Yaya, es que igual, si esperamos un poco más, mejora. Por los billetes no te preocupes —le dijo Anna una tarde, con lágrimas en los ojos.

—Mi querida niña, aunque es muy triste, Jaume no va a ir a mejor. Lo han dicho los doctores. Me duele en el alma repetir las palabras de don Luis, el especialista, pero tu abuelo está en su recta final. Retrasar la boda no tiene sentido.

—¿Pero entonces? Podemos esperar, de verdad —insistió Anna con voz quebrada.

—Entonces nada. ¿Y qué quieres, celebrar una boda tras un entierro? Nos veremos a la vuelta, después del viaje de novios.

—No hay viaje de novios, yaya.

—¿No? ¿Y eso?

—Lo dejamos para más adelante. Ahora preferíamos comprar los muebles —sonrió la joven, acariciando las manos de su abuela, aliviada porque en pocos días volverían del pueblo y estaría otra vez con ellos.

Aquellas palabras, duras pero certeras, los animó a continuar con la boda. Se celebró el 29 de agosto en la iglesia de San Pedro, de Villavicencio de los Caballeros. Tres convites, dos almuerzos y una cena en los que familia, amigos y parientes, cercanos y de más lejos, se congregaron para brindar por los novios que, al día siguiente, partirían para Barcelona.

El 8 de noviembre del año olímpico catalán, Jaume Roig Moreno pasaría sus últimas horas de vida en las urgencias del hospital, esperando la llegada de la muerte en la camilla de un box. Apenas podía respirar y sabía que era el final.

—Vamos a sedarlo para que esté más tranquilo —informó una de las enfermeras fuera del box.

Anita y Pepita asintieron.

—Está bien —respondió Pepita—.Pero, entonces, ¿cuándo nos lo podemos llevar?

—El papá no saldrá de aquí. No se puede hacer nada por él —le aclaró Anita, pensando que su hija nunca había estado tan cerca de la muerte como en ese instante.

Rodeado de los suyos, Jaume falleció a causa de una insuficiencia respiratoria.

Con su partida, Anita perdió al niño responsable de los suyos; al joven fornido que supo ganarse su amor; al compañero fiel que siempre le traía flores y que, con voz de tenor, le cantaba en cualquier fiesta. Con él moría su pasado, el que juntos habían construido a pesar de los obstáculos, dejándola ahora con los recuerdos que pervivirían en su memoria todavía varios lustros. Y, en su último viaje, lució el traje gris claro y la camisa rosa que no había llegado a estrenar. Vestido para una boda transitó al otro mundo.

Pepita, mera observadora del paso del tiempo, lo lloró a su

manera. Ella seguía dentro de su jaula de cristal, siendo víctima y verdugo. Más sola que nunca, sus hábitos y sus costumbres aún se ceñían al guion de una película antigua, la suya propia, que conocía tan bien. La muerte de Jaume, su padre putativo, se sumaba a la de Minguet años atrás, el hombre que la había engendrado. Ya era huérfana de padres, se dijo mientras el féretro se alejaba de ellas, nieta, hija y esposa, al descanso de los que se hacían eternos.

La boda de los jóvenes transformó algunas cosas, entre ellas, la confianza que Anna había ganado en sí misma. Por fin se sentía adulta y por fin se había podido marchar de un hogar que nunca había considerado propio. La vida era muy distinta fuera de aquellas paredes llenas de inquina y reproches; de gritos y de silencios; de mentiras; de castigos y maltrato psicológico; de tempestades sin calma. Por fin podía respirar.

Y pasarían dos años más antes de que David, animado por Anna y harto de tantas promesas, se dejara tentar por algunos proveedores que lo habían visto trabajar y se decidiera a presentar su renuncia. La conversación se auguraba difícil, sobre todo porque el gran Fausto siempre conseguía su propósito. No iba a reconocerlo, pero era el mejor empleado que había tenido jamás. Y eran familia, baza que él creía garantía para que las cosas nunca fueran a cambiar.

Terminaba la jornada de un viernes, día que David había escogido para hablar con él, cuando Fausto se acercó para despedirse. Apenas había pasado dos horas en el taller, como ya era costumbre, y su yerno no había sido capaz de abordar el tema en ese tiempo.

—Fausto, atienda: tiene los papeles de Gómez en el despacho. Esos pedidos debemos tramitarlos antes del cierre. No se vaya sin firmarlos. En cuanto estén, los llamo para que nos traigan las piezas.

—El lunes lo haré, ahora llevo prisa. No descuides las entregas para mañana —añadió Fausto, girándose hacia la puerta.

David estaba nervioso, hasta le sudaban las manos. Aun así, había tomado una decisión y no podía esperar más para darle los quince días que marcaba la ley. Respiró hondo, se frotó las palmas en la pernera del pantalón y avanzó hacia Fausto.

—Espere, hay una cosa más que quería decirle.

—¿Tan importante es que no puede esperar hasta el lunes? —preguntó con claros signos de fastidio—. ¿No te he dicho que tengo prisa? —le repitió, arrugando el ceño como siempre, mientras lo miraba con aquellos ojos tan abiertos.

—No, no puede esperar. Y seré rápido, no se preocupe. Prepáreme la cuenta porque he encontrado trabajo en otro sitio. Dentro de quince días debo irme.

Ya estaba dicho, pensó el joven, aliviado, sin saber a dónde

mirar. Fausto se tensó como si un rayo le hubiera caído sobre la cabeza. Lo miró a los ojos sin decir ni una palabra. Eso no era buena señal, se dijo David, aguantando la compostura y casi la respiración.

—¿¡Que te haga la cuenta!?¿¡Que te vas!?¿¡Así agradeces todos estos años en que te he dado trabajo, cuando viniste del pueblo con una mano delante y otra detrás!?

—Lo siento, pero es que llevo…

—¿¡Lo sientes!? ¿¡Estás seguro de lo que haces!? Porque, si sales por esa puerta, no pienso readmitirte nunca más. Para mí será como si estuvieras muerto. Tú y también mi hija. Los dos.

Fausto iba despotricando hacia el pequeño despacho. Firmó los papeles del pedido y, sin levantar la vista, le dio las últimas órdenes:

—Deja las llaves encima de la mesa antes de irte. Has tomado la decisión equivocada.

Y así fue como la relación laboral entre suegro y yerno finalizó. Y, aunque Fausto los había metido a ambos en el mismo saco con sus reproches, Anna siguió revisándole las cuentas sin que ni una sola vez le diera las gracias. Nunca lo había hecho.

El dinero desaparecía tal como llegaba y nadie se atrevía a preguntarle. ¿Cómo había conseguido Fausto crear a su alrededor el escudo que siempre lo protegía? ¿Por qué infundía miedo a todo el mundo? Y, de nuevo, el mito de Fausto, en busca de satisfacción eterna, materializaba el pacto que quizás, y solo quizás, el hombre de sonrisa fácil, ojos verdemar y bolsillos rotos, había firmado, vendiendo su alma.

Pepita tenía que escuchar sus lamentos continuos sobre los gastos que el negocio requería, pero en el bar, donde nunca faltaba el convite a varias rondas, el gran dador presumía del dispendio que una querida le exigía regularmente. Al parecer, la mantenía y le pagaba un piso. Todos reían y se miraban de soslayo, creyéndolo un fanfarrón con esas medias verdades que nadie iba a contrariar mientras el morapio corriera por cuenta ajena.

Capítulo 34

Barcelona, 1996-1998

Las circunstancias laborales y un despido pactado con la multinacional de neumáticos en la que había trabajado los últimos años fueron el detonante del reloj biológico de Anna, que, cerca ya de la treintena, sintió por primera vez la llamada de la maternidad. Deseaba ser madre, y así lo compartió con David poco después de ver zanjada su relación con la empresa.

Llevaba días incómoda, hinchada, pesada, y nada de lo que comía le sentaba bien. La suma de los indicios que se mostraban en su cuerpo y un retraso en la menstruación la pusieron en alerta. ¿Podría estar embarazada? ¿Tan pronto? Solo llevaban unos meses intentándolo. Un escalofrío la recorrió, tambaleándola de arriba abajo, al imaginar lo que pocas horas más tarde confirmarían dos líneas rojas bien marcadas en el predictor. Se miró en el espejo y una sensación extraña la atravesó, acelerándole el ritmo del corazón. Se tocó el vientre, el que ya alojaba la semilla fecundada que iría creciendo, y una mezcla de miedo y valor, de felicidad y nostalgia, le comprimió la garganta. Quería llorar.

Todavía emocionada, se vistió, bajó a comprar un chupete y se fue a buscar a David al trabajo. Tenía que decírselo.

La alegría duró poco: unas pequeñas pérdidas auguraban lo peor. Después de unos días de reposo en los que no se movió de la cama, el sangrado determinó el final de una gestación breve que a todos había ilusionado.

Las semanas que siguieron al triste acontecimiento se vivieron con rareza y, una vez repuestos del disgusto, al cabo de unos meses volvieron a intentarlo.

—¿Puedes preparar el café? —pidió Anna a David, zarandeándolo, con la cara aún pegada a la almohada—.Voy a ducharme, a ver si me despejo. Me siento agotada.

—¿Y tienes que levantarte? Quédate un rato más en la cama, tú que puedes. Judith te cubre esta mañana, ¿verdad? De todas formas, deberías ir al médico —dijo David, preocupado al reparar en las ojeras que se le dibujaban alrededor de los ojos.

—No sé. Bueno, luego lo veo. Hoy libro porque acompaño a mi madre al especialista. Siempre lo mismo con los nervios, como si los demás viviéramos en una balsa y no nos pasaran cosas. Luego no te

dice ni gracias. Y mi padre la ignora, como si no viviera con ella. Y ella, mientras tanto… Y Judith necesita que vayamos esta tarde a ver a los proveedores. Muchas cosas a la vez y yo con esta fatiga —se quejó Anna, con la sensación de que el mundo estaba a punto de tragársela.

Después de que la despidieran, Anna había invertido el dinero del paro y con una de sus mejores amigas había abierto una franquicia de ropa infantil de renombre, justo antes de las fiestas navideñas, fechas de compras por excelencia. Todavía quedaban flecos sueltos y ambas achacaban su cansancio al agobio del momento.

—Ninguno tiene remedio, si me permites decirlo, no sé cómo siguen juntos —dijo David con su habitual prudencia, retomando la conversación acerca de sus suegros.

—Tienes todo mi permiso. Y no cambiarán ni el uno ni el otro. Lo malo es cuando a mi madre se le tuerce el ánimo y lo paga con mi abuela. Eso sí que no lo soporto. Me parece tan cruel…Luego, si coincido con mi madre en casa de mi abuela, debo robarle los besos cuando no nos ve y acariciarle las manos a escondidas —explicó Anna con la voz quebrada—. ¿Te he dicho alguna vez que solo sus manos me calmaban en la cuna cuando llegué del hospital, nada más nacer?

—Sí. Oye —interrumpió David—, ¿no estarás…?

Anna se desperezó y esbozó una sonrisa. Tenía un retraso pero también tenía miedo, y no había querido decir nada aún. Los síntomas eran similares, podía reconocerlos, pero sus suegros llegaban dentro de unos días y prefería anunciarlo después de las fiestas. Resopló, conteniendo las lágrimas mientras David la abrazaba.

—¿No nos habremos precipitado?—preguntó ella.

—¿Y eso? Creía que es lo que queríamos—contestó David, acariciándola.

—Sí, claro. No hablaba de un bebé, me refería a un negocio nuevo justo ahora. Una tienda es muy sacrificada, sobre todo en horarios… No sé, me siento torpe, insegura, y la cabeza me va a explotar, igual que estos —añadió, mirándose los senos—. Me da que sí, que estoy… Pero prométeme que no diremos nada a tus padres. No querría dar un nuevo paso en falso, ya me entiendes.

David la besó, era su forma de confirmarle que las cosas se harían como Anna prefiriera.

Y, tal y como sospechaba, volvía a estar encinta.

A falta de algunos días para los nueve meses, el 2 de septiembre de 1997 nacía Marc Jaume Aparicio Rodríguez, como así constaría en el acta de su bautismo. Después de David, Anita Pepita y Lluisa fueron las primeras en conocerlo Al enterarse las enfermeras de que en esa habitación se habían juntado cinco generaciones no daban crédito. En

tan pocas ocasiones ocurría algo así y todas en la planta de neonatos quisieron saludar a la ilustre tatarabuela Lluisa que, con mucho mimo, mecía al pequeño entre sus brazos. Luego aparecieron Angelines y Julián, los recién estrenados abuelos paternos. El último, casi veinticuatro horas más tarde, llevando un ramo de flores, fue Fausto. El bebé, un niño sano y tranquilo que a todos enamoraba, había ablandado el corazón del gran Fausto y, en un gesto de magnánima generosidad, como él mismo creía, suavizó las rígidas posturas que hasta la fecha los había mantenido distanciados. Marc se consolidó como el punto de unión de una familia que había aprendido a sostenerse cosiendo cada retal de una historia llena de medias verdades y enormes silencios.

Anna pudo disponer de unos meses de asueto, los justos porque el negocio que ella y su socia regentaban las necesitaba a ambas. Marc crecía rechonchito, feliz y risueño, y pasaba las mañanas con su madre en la tienda. Por suerte, apenas se quejaba. Era el niño de la casa en una saga de féminas que lo consentían sin remedio.

Tiempo después, empezó en la guardería. Anna se encargaba de llevarlo a primera hora y Anita lo recogía al mediodía. En aquellas comidas, la bisabuela rememoraba épocas pasadas y, de nuevo, se convertía en una especie de madre para el pequeño. A sus setenta y cinco años, volvía a dar todo su amor sin concesiones, como había hecho siempre. En ese momento, ya viuda, consideraba a Marc un regalo del cielo. Alguna vez, mirándolo, se preguntaba si Jaume era parte de ese pequeñín que, con su presencia, había limado las asperezas entre los miembros de la familia.

A pesar de todo, no había conseguido amainar la tormenta que se iba gestando en una madre desapegada que ahora podía enmendar su falta. Así se había imaginado Pepita su nueva condición de abuela, como un modo de reparar algunos daños cometidos en el pasado que nunca podría cambiar. Pero se debía a su promesa, a ese contrato que la había ligado, por y para siempre, al ostracismo en el que había aprendido a moverse. ¿Qué la obligaba a cumplirlo? La culpa. ¿Por qué aún obedecía? Por la culpa. ¿Qué había quedado de aquella muchacha feliz, criada como una reina, víctima de un destino que jamás tuvo lugar? La culpa de continuar viva. Y mascullando lo que pudo haber sido y nunca llegaría a ser, dejaba caer con fuerza las ollas sobre un mármol que la conocía bien. Sus arrebatos y sus golpes eran consecuencia de una rabia que las pastillas ya no lograban contener.

La historia seguía su curso y el recuerdo de los suyos, los vivos y hasta los muertos, parecía lejano: la sombra desvaída de Minguet; las últimas visitas de Isabel Olaria; los hermanos que nunca había querido conocer; la bondad de su tía María; los jóvenes Jaume y Anita, a los que tanto debía agradecer, y la bisabuela Margarita, la

que, según decían todos una vez muerta, nunca había apreciado a nadie. No podía ser. ¿Ella era así, como su bisabuela? ¿Acaso era cierto lo que Fausto le había restregado desde su falta, que se parecía a su verdadero padre, pobre de voluntad y carente de espíritu? Y, sin poder evitarlo, recordó aquella mañana en la que, fruto de la desesperación y aplastada por la vergüenza, se había echado a la boca un puñado de pastillas. Y abriendo las heridas de su memoria, apretó los puños, golpeó las baldosas, gritó y lloró en busca de la salida que la rescatara del tormento. Todavía era posible, se dijo, enjugándose las lágrimas.

Era su hija, repetía todo el tiempo, la única que tenía. Y, aunque había razones más que de sobra para estar con los nuevos padres, pocos días más tarde del nacimiento de su nieto, partían hacia el pueblo. Eran las fiestas mayores, las de siempre, y no podían perdérselas.

Ese sería el talante de Fausto y Pepita, los que sin ánimo de ofender pero ofendiendo, faltaron al primer cumpleaños de su único nieto en pos del Cristo de la Gracia.

—Ha sido precioso, cariño —elogió Anita a su nieta, ayudándola a recoger los restos de la primera celebración en la que el pequeño había sido el protagonista.

Anna estaba molesta. Ni siquiera una llamada. Se habían olvidado.

—Muchas gracias, yaya. Suerte que te tengo a ti y a la bisabuela Lluisa. Ellos siempre a lo suyo, pero ya los conocemos.

—Eso, eso. Los conocemos. Mejor así que con las caras largas. Seguro que, en cuanto caigan en la cuenta, llamarán. No te lo tomes a mal y disfrutemos de estar juntas sin que nuestros abrazos sean motivo de miradas extrañas. Porque mira que tu padre pone los ojos de una forma…Así, abiertos como una lechuza, que hasta parece que se le van a salir del sitio, qué hombre —murmuró Anita, dejándose llevar por unas risas que contagiaron a Anna.

—Sí, mejor será reír que llorar. Por cierto, ¿qué te contó mi madre el otro día, que me pareció que estaba agobiada?

Anita se puso seria. Había prometido no decirlo hasta que regresaran del pueblo, y trató de zafarse:

—Nada importante. Fíjate que ni me acuerdo.

Anna se echó el paño de cocina al hombro y, cruzada de brazos, se paró ante su abuela. Si era algo que la había ofendido, quería saberlo.

—Yaya, que nos conocemos. ¿Qué pasa?

La mujer hizo un mohín y, negando con la cabeza, confesó:

—Es solo que en el taller hay muchos gastos y no se puede con todo.

—¡Acabáramos! —exclamó Anna—. Como siempre. Lo que no sabemos es en qué se irá ese dinero que nunca tiene mi padre, yaya. Porque entrar, entra, eso te lo aseguro. Llevo las cuentas. Y salir también sale, vaya que si sale… Prefiero callarme.

La rabia se la comía por dentro. Las palabras se atropellaban en su garganta, pugnando por escapar. Y, sin decirlas, Anna salivó en silencio.

—Anna María —Anita se dirigió a ella por el nombre completo que pocas veces pronunciaba—, es por una buena causa, no te indignes, que tu niño pagará tu enfado y no vale la pena. Estate tranquila, que lo que se pueda hacer se hará. Y ya está —quiso zanjar la mujer ante la mirada fija de su nieta.

—A ver, ¿y qué agujero hay que tapar ahora? Puedes contármelo.

—Esto sí que esperaba que te lo dijera tu madre antes de irse. Qué empeño con marcharse al pueblo con la falta que le haría descansar. No soy yo quien debe…

—Yaya, te lo pido por favor, dímelo ya, que me estoy poniendo nerviosa —rogó Anna; no alcanzaba a imaginar en qué líos podía haberse metido Fausto.

No era la primera vez que su padre desatendía el taller igual que el piso y la familia. Con sus extravagancias habituales, seguía tirando el dinero como si se lo regalaran. Pagaba festines, asistía a espectáculos carísimos y, con la boca pequeña, aún presumía de los gastos de algunas «señoras del bien vivir» a las que «apadrinaba».

Y recordando Anna aquello de las amigas que su padre había tenido, rememoró el día de su primera comunión.

Fue un día extraño en el que ni siquiera al tomar el cuerpo de Cristo, como dijo el cura, se libró del miedo. El malestar entre sus padres resultaba notorio. La falta cometida por Pepita y aquel encargado del que nunca volvieron a saber nada era reciente; Fausto aún dormía en la habitación de Lluisa, evitando a su mujer. Acicalados para la ocasión, apenas se habían mirado. Llegaron juntos a la iglesia, solemnes, como si fueran de entierro en lugar de celebración. Pepita vestía una blusa roja de su madre y Fausto un traje negro con una camisa rosa de cuello enorme. Era la moda. En una de las fotografías que Anna guardaba, ella miraba a la cámara, concentrada en la postura y en que los largos tirabuzones, que tanta faena le habían dado a la peluquera, se vieran perfectos. Y ellos, sometidos a un instante que quedaría para la perpetuidad, parecían retarse en duelo. En ese momento, el del convite, lo peor había pasado, recordó Anna, sorprendida por su reacción frente al patatús que había sufrido su madre después de haber charlado con su tía María. En una de sus

bravuconerías, Fausto había invitado a una señora que los más cercanos a él y a sus aventuras conocían bien. Su descaro no tenía límites. Cuando Pepita lo supo, se desmayó. Todos los de alrededor acudieron en su ayuda. Y Anna, acostumbrada a los arrebatos de su madre, se abrió paso entre el corrillo.

—Vayan a avisar a alguien y que le traigan una tila o algo —dijo, sin saber cómo habían emergido esas palabras de su propia boca.

Hasta en el día de su comunión, Pepita se había empeñado en ser la protagonista.

—Anna, cariño, ¿te encuentras bien? —Anita le movió el brazo al ver que su mirada estaba muy lejos.

—Sí, yaya, solo estaba recordando. ¿Puedes decirme ya cuánto dinero necesitan ahora?

—Tu padre tiene un problema de salud. Habitual en los hombres de cierta edad, sí, pero un problema al fin y al cabo. La próstata —apuntilló Anita con cara de preocupación.

—¿La próstata? —repitió ella, arqueando las cejas—. Bueno, no sé, los hombres sufren ese tipo de achaques, igual que las mujeres padecen otros.

—Es serio, Anna. No es cualquier cosa.

—¿Serio? ¿Cuánto de serio? Abuela, no te andes por las ramas y dímelo ya, te lo pido por favor.

—A tu padre le han diagnosticado cáncer de próstata.

Un escalofrío la envaró. Abrió la boca y se llevó las manos al pecho. Era su padre, el gran Fausto, casi un desconocido. Un ser al que temía, con el que nunca había compartido el cariño. El mismo que había mermado el valor de sus logros, uno tras otro; el que la miraba con aquella indiferencia helada, haciéndola sentir pequeña. Y ahora estaba enfermo.

—¿Pero eso ha sido de la noche a la mañana? ¿Por qué nadie me ha dicho nada, como si fuera una niña? No quiero enfadarme contigo, yaya. Y, si lo ha parecido, me perdonas. A ver —retomó Anna—, explícamelo mejor porque no lo entiendo. ¿Acaso no hay médicos en la Seguridad Social?

—Sí, claro. Deben hacerle unas pruebas, pero él se ha empeñado en que sea a la vuelta del verano. Ya sabes cómo es, siempre tiene la última palabra.

—¿Y el dinero?

—Por si iban al privado. No sé, *filla*, querrán preguntarte si puedes ayudarlos.

A su regreso de Villavicencio de los Caballeros, Fausto se puso en

manos del médico del seguro. Debía someterse al tratamiento que había pautado con el especialista y, más adelante, la intervención tendría lugar en el hospital Clínico. Fausto asentía, muerto de miedo, aunque en aquella época todavía estuvo entrando y saliendo como si eso no fuera con él.

—¿Te has tomado las pastillas? —le preguntó su mujer la noche de antes de su ingreso.

Él no contestó. La miró con esa cara casi de burla que ponía en ocasiones y siguió viendo la televisión.

Al día siguiente, pese a que refunfuñó varias veces, se alegró de que Anna y Pepita fueran con él. Nada más lejos de reconocerlo, pero lo prefería.

Poco más de una hora después de haberlo visto marchar en la camilla, volvió del quirófano. Las mujeres se asombraron de lo rápida que había sido la intervención.

—¿Cómo ha ido, doctor? —se adelantó a preguntar Pepita.

—La verdad es que no ha ido —contestó el hombre, circunspecto—. Estábamos anestesiando a su marido cuando nos ha confesado que no ha hecho el tratamiento que acordamos. Hemos valorado la situación y no ha habido consenso.

—No entiendo a lo que se refiere —dijo Pepita, encogiéndose de hombros.

—Si es tan amable de dejar que le explique…

El cirujano estaba claramente irritado, y a la mala educación que quizás traía de casa se le había unido que el incidente con Fausto le hubiera alterado los horarios.

—La operación entraña sus riesgos y el equipo médico ha sopesado las secuelas que podrían presentarse. Hay que valorar intervenciones menos invasivas. Y a eso se suma que él ha actuado por su cuenta. En cuanto esté despierto, podrán volver a casa. Pasen a buscar el alta por el mostrador, donde también encontrarán la pauta para los próximos días. La enfermera les dará fecha para la siguiente cita en consultas externas. Buenos días —se despidió el hombre, inclinando la cabeza antes de salir de la habitación donde Fausto los miraba, todavía aturdido.

—Gracias, doctor. Muy amable—contestó Pepita, sin saber qué más decir.

Pocas semanas más tarde, Fausto se sometía a su operación de próstata en una clínica privada, donde practicaban las últimas técnicas, menos invasivas, que dejarían las mínimas secuelas posibles. Pagaron los gastos con el dinero que Anita y unos amigos les prestaron.

Todo salió bien, eso decían los informes, aunque nada fue igual ya. La intervención médica que había erradicado el tumor maligno

también se llevó la virilidad de la que el gran Fausto tanto había presumido. Y tuvo que conformarse porque, a pesar del enorme disgusto y del resentimiento que habitaría en él a partir de entonces, la vida le daba la oportunidad de seguir en el mundo.

Capítulo 35

Barcelona, 2001

Anita llevaba cuidando de los demás más tiempo del que quería recordar, porque en el recuerdo se iban juntando muchos de los que ya no la volverían a acompañar.

Aquejada de un continuo dolor en la cadera derecha que le dificultaba caminar, los años sobre su cuerpo, las penas sobre sus hombros y el desgaste severo de esos huesos que ya parecían cristal habían menguado su autonomía. Por primera vez se sentía vulnerable y, por primera vez también, estaba a punto de entrar en un quirófano.

Hacía dos años que vivía sola entre unas paredes que se hacían infinitas. Lluisa, su madre del alma, la mujer discreta y longeva de ojos grandes y sonrisa cauta que la había acompañado siempre, había partido al viaje eterno de la misma forma que había vivido: tranquila y callada.

Y tras aquella transición hacia lo desconocido de la finada, Anita experimentó su pérdida soñándola algunas noches, al principio, y abrazándola en esos sueños después, cuando, al rezarla, como había hecho con su padre, supo que no volvería jamás. Atrás quedarían las fiestas llenas de risas, canciones y brindis; las celebraciones alrededor de la mesa que ahora parecía gigante; las visitas de Braulio, el gran músico, el hombre que había llevado en silencio todo lo que sus manos no pudieron expresar; los bailes con Jaume en el pasillo, al son de Sinatra cantando desde la gramola. Todos la esperarían, pacientes, en algún lugar del cielo.

—Yaya, ¿qué haces aquí a oscuras? Me has asustado. —Anna se acercó a ella casi con miedo, al verla con los brazos cruzados, los ojos semiabiertos y ese gesto extraño.

—Hola, cariño. No te he oído llegar. Estaba aquí con mis cosas, quedándome dormida mientras intentaba recordar una canción triste de la Voz que a tu abuelo y a mí nos gustaba bailar pegados. *El mundo que conocíamos*. Ya ves, tonterías. Los viejos tenemos mucho en qué pensar si echamos la vista atrás. ¿No vienes con Marc?

—No, yaya. Se ha quedado David con él y ahora da mucho trabajo. Solo quería saludarte y a traerte algo de fruta. ¿Cómo te encuentras? Te veo algo pálida.

—Bien. Bueno, nerviosa, para qué voy a mentirte. Creo que todavía podría aguantar sin pasar por el quirófano.

Juntaron las manos, apretándoselas con suavidad, como solían hacer para sentirse unidas, más fuertes, y expresarse libremente el amor verdadero que se tenían, lejos del juicio ajeno y miradas resentidas.

—Quedarás muy bien, de verdad, y ya has esperado bastante. Llevas mucho tiempo caminando mal por culpa de los dolores. En cuanto te recuperes, tu estómago también lo agradecerá. Tantos calmantes no deben de ser buenos —añadió Anna, sacando la parte positiva al implante de la prótesis de cadera al que se sometería su abuela dentro de unos días.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Anita—. Hace unos días que no sé nada de ella.

—Como siempre, yaya. Si le das la razón, bien. Si se la quitas, se enfurruña y te deja con la palabra en la boca. Nunca sabes de qué humor te la encontrarás. Se pasa el día sola y sin nada que hacer. No tiene planes, no se organiza, aprovecha cualquier cosa que le digas para quejarse. Y ya te he hablado de los celos, ¿verdad? Ni ella ni mi padre se molestan en preguntar si necesitamos algo con Marc. Luego se enfadan si no les llevo al niño, pero es que no quiero que mi hijo se quede solo ni con ella ni con él. Mucho menos con mi padre. A ti puedo decírtelo. David trabaja hasta tarde y yo, con la tienda, no tengo tiempo ni de respirar. Me siento culpable por no dedicarle más horas a mi pequeño. —Anna inclinó la cabeza, buscando dónde mirar para que su abuela no se percatase de sus ganas de llorar.

—Me tienes a mí, *nineta* —la consoló Anita, levantándose para abrazarla.

—Lo sé, yaya, y cuento contigo en cuanto estés recuperada. Ahora lo importante es que te pongas bien y puedas caminar como antes. Mientras tanto, la hija de una vecina me ayuda con Marc. Es una tranquilidad que viva unos pisos más abajo. Pero mañana, puedes recoger al peque de la guardería para que coma aquí contigo. Mira, te he traído unas peras y unas manzanas, de las que te gustan.

—Gracias, cariño. Tu madre es como dices, aunque no siempre fue así. La recuerdo tan bonita y tan alegre… Era feliz —dijo con un hilo de voz—. Todos cambiamos con los años. Nadie se libra. Y, sin quererlo, me pregunto si en algo me equivoqué.

—Yaya…

—Sí, sí. No te das cuenta, pero los años van pasando. Y de golpe te entra la nostalgia porque tomas consciencia de que nada volverá ya; ni siquiera los errores tienen vuelta atrás. Disfruta cada momento. Ama la vida, porque cada día es único e irrepetible.

—Yaya… —repitió Anna, dejando que las lágrimas le resbalaran por la cara.

—Y siento ser motivo de celos. Quizás a ellos les gustaría que

confiaras en llevarles al pequeño en alguna ocasión. Tu madre es como es, pero estoy segura de que lo quiere.

—No digo que no, pero ya nos vemos cada semana—dijo Anna, aludiendo a las comidas de los domingos en casa de Pepita y Fausto, donde habían seguido juntándose a pesar de todas las vicisitudes habidas en la familia.

Pepita padecía ataques de ira en los que incluso caía al suelo. Nadie podía ayudarla porque, en sus silencios, solo ella conocía la verdad. Su existencia se dibujaba en un camino lleno de brumas que no lograba disipar. A lo largo de los años, podría haber reivindicado su condición de mujer, de madre y ahora de abuela. Y nunca llegaba a hacerlo. Su condena por infiel había prescrito y la garantía en la que se había convertido Anna, tras el suceso que no se volvió a nombrar, había dejado de sostenerse hacía tiempo. Era libre, aunque sus alas jamás habían vuelto a crecer. Ya no había por qué someterse, día tras día, al capricho, a la indiferencia, a las migajas y a una vida sin amor. Por algún motivo que no conseguía esclarecer, su madre aún apoyaba a Fausto, dándole la razón sin cuestionarse nada.

Anna necesitaba creer en el buen hombre que alguna vez fue y se recreaba en las fotos antiguas que se guardaban en casa, en una caja metálica y destartalada. Para su desgracia, ella no lo recordaba así, tan atento. De él solo se llevaba el miedo, la distancia y el frío verde de sus ojos cuando la miraba sin pronunciar ni una palabra. Nunca había sentido su amor ni la protección que todos los hijos ansían de sus padres. Y, en la búsqueda de suplir esas carencias, topaba con la mirada de su abuela. Ella, siempre ella, se decía, emocionada. Desde que tenía recuerdos, había sido su tabla de salvación.

—*Filla*, te has quedado mirando al *no res*. ¿En qué piensas? —preguntó Anita.

—En lo mal que cocina mi madre. —Se tapó la boca con las manos, sin poder evitar reírse hacia dentro—. En serio, yaya, y me sabe mal criticar, pero es que… Es que lo cocina todo sin ganas, como si estuviera obligada —confesó al fin, incómoda—. Aunque parezca cruel, no digo nada nuevo: no sabe cocinar ni tampoco le pone mucho empeño. Y, claro, le sale todo un poco regular —añadió, poniendo generosidad en su afirmación—. Luego se enfada si no nos acabamos lo que nos sirve en los platos. Y, para mostrarnos su enfado, mueve los cacharros de la cocina haciendo mucho ruido. Algún que otro plato ha roto. Todo lo ha hecho igual, yaya: a golpes. Y el cariño que ahora reclama no se fuerza, tiene que nacer de aquí. —Se señaló el pecho—. Yo la quiero, pero me cuesta. Es muy difícil de explicar.

Su abuela no respondió. No deseaba alimentar el resentimiento que destilaban las palabras de su nieta. Se había convertido en madre

y veía todo distinto. Anita padecía en sus carnes la rabia con la que su hija la miraba; esa rabia que se instala dentro y se enquista, extendiendo unas raíces complicadas de arrancar.

—Cambiando de tema, que este no nos lleva a ninguna parte: ya hemos matriculado a Marc en el colegio. Sé que le irá muy bien, pero me da pena… Es tan pequeño y tan sensible… Y ahí, entre tantos niños… Dirás que soy muy tonta.

—En absoluto. Es una sensación normal. Ese instinto aparece en las madres de repente y se queda para siempre.

Eran dos adultas cara a cara, dos mujeres unidas por la misma historia y por el mismo nombre que nunca habían enfrentado las verdades. Y Anna le sonrió, respetando sus silencios. Esos que nunca habían desvelado viejos secretos que ya todos conocían.

Capítulo 36

Barcelona, 2005

—He dicho que no quiero. No quiero hacerla —dijo, apretándolos puños.

—Pero cómo no va a ser, hija mía, si está todo preparado.

—Pues lo guarda usted otra vez. O lo regala, me da lo mismo. Además, me faltaba el misal y los guantes —añadió la niña, presa de una rabia que a duras penas contenía.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué son esos gritos? —preguntó José, que escuchaba las voces de Lluisa y de su hija al fondo del pasillo.

—Nada, que la nena se niega a tomar el cuerpo de Cristo.

—Mujer, dicho así da un poco de impresión —José llevó las manos al cuadril mientras ponía los ojos en blanco—, que el cuerpo de ese hombre ya hace años que…

—¡José! Por Dios, no bromees con estas cosas. Mira lo que has conseguido. Tú y tu madre, que podría haberse quedado callada; pero no, siempre malmetiendo.

—Ya estamos, cuando no soy yo, es mi madre. El caso es echarle la culpa a alguien. ¿Qué ha pasado, Anita?

La chiquilla los miraba enfurruñada, sintiéndose en medio de un cisma que ella no había provocado.

—Que me lo he pensado mejor y no quiero tomar la comunión. No estoy preparada, ya está.

—¿Ves? —protestó Lluisa.

—Desde el principio sabías cuál es mi postura, y aun así no me negué. Si ella no quiere, sea… En mi casa poco de misa y rosario somos, no comulgamos con las ruedas de molino de la Santa Madre Iglesia…

—¿Acaso tus sobrinos no han hecho la comunión? Porque bien que han pasado por el confesionario. ¡Y qué tiene que ver lo que seáis vosotros! Es ella. Mira, con lo ilusionada que estaba y ahora dice que no. Y a terca solo la ganas tú.

—Pero, dime, ¿qué pinta aquí mi madre? —preguntó José, viendo que eso iba a terminar mal.

—Pues todo, no sé. Alguna cosa debe de haberle dicho porque ha sido llegar y plantarse delante de mí de esta guisa.

José negó con la cabeza. Todos conocían a la Vica. Su carácter

agrio y esa mirada profunda que parecía nacida de la oscuridad más absoluta infundían respeto, por no decir miedo.

—Hija, pues ya que estaba todo listo, no le des ese disgusto a tu madre.

—He dicho que no, y es que no. —Anita, con ojos vidriosos, dio media vuelta y se encerró en su habitación.

Se giró a un lado y a otro de la almohada, presa de una angustia que quería arrancarse del pecho, pero no podía llorar. Aunque había imaginado ese día como uno de los más felices de su vida, temblaba a recordar las palabras de su bisabuela: «Me he fijado en cómo miras a tu primo mayor y eso no es digno de una niña tan bien educada como tú, que va a hacer la comunión. ¿Se lo has confesado al cura? Hazlo o estarás cometiendo pecado mortal».

Era mentira, pensaba Anita, avergonzada de algo que ni comprendía. Ella no miraba a Jaume de ninguna forma en especial. Él si lo había hecho algunas veces, pero nada más que eso. Y sentirse forzada a confesar algo que ni siquiera sabía cómo explicarle al párroco había sido el detonante.

Un sudor frío que se le iba pegando al cuerpo la despertó. Había sido una pesadilla. Un mal sueño del pasado que volvía para recordarle que aquella mujer de pelo rojizo y modales bruscos, que nunca la había mirado bien, había sido la culpable de una decisión que nunca imaginó tomar.

Habían transcurrido setenta y cuatro años y pocas veces había vuelto a sentirse tan abochornada como aquella vez, aunque la espinita clavada en su orgullo estaba a punto de desaparecer.

—¿Sabes que siempre tuve mi genio? —dijo Anita a su nieta, que recogía algunos cacharros en la cocina.

—Claro, yaya, como todo el mundo. ¿Por qué lo dices?, ¿ha ocurrido alguna cosa? —se interesó Anna, acercándose a su abuela, que descansaba en su butaca favorita después de haber caminado un rato.

El cuerpo extraño que llevaba en la cadera nunca había terminado de integrarse y las molestias al andar iban en aumento. La finca de San Medir no tenía ascensor y eso dificultaba su movilidad, sobre todo al bajar el tramo de escaleras que la conectaba con el mundo exterior. A pesar de la dolencia, no se quejaba y su bisnieto, Marc, era para ella el revulsivo perfecto. Sonreía en silencio cuando se quedaba mirándolo mientras él hacía los deberes, tan guapísimo y tan listo.

—No ha pasado nada, es solo que me gustaría acompañar a Marc en su primera comunión.

—Claro que sí, vaya tontería. He mandado las invitaciones a los

más allegados y aún me falta la familia directa. Te la traigo el próximo día sin falta—dijo Anna.

—No me he explicado bien. Me refiero a tomar la primera comunión el mismo día que él. Mira, después de tantos años, no querría quedarme con las ganas.

Anna la miró estupefacta. Cogió una silla y se sentó junto a su abuela. Esa revelación merecía una explicación.

—Yaya, nunca nos has dicho nada… Y me ilusiona muchísimo que quieras hacerla ahora con Marc. Pero ¿no crees que tienes que contarme algo?

—El mismo día que él —afirmó, eludiendo las razones que su nieta reclamaba—, pero no debe enterarse nadie, ni siquiera tus padres. No deseo restarle protagonismo a esos angelitos que se pondrán ante el cura, es una fecha muy señalada para ellos.

—A ver, yaya, tampoco tan señalada. La gran mayoría de los niños de hoy en día hacen la comunión por la fiesta y por los regalos. Y sabes que en casa tampoco somos de misa, aunque sí del quedar bien, ya me entiendes.

—Pues como antes, o qué crees tú. Solo que en mis tiempos ni las fiestas eran tan pomposas ni los regalos tan numerosos. Fíjate que invitar a un chocolate con melindros en casa era casi de ricos.

—Vale, pero no nos desviemos del tema. ¿Qué ocurrió? Quiero saberlo.

Y, como siempre, juntaron las manos mientras Anita ponía en palabras un hecho que ya solo conocía su prima María. Y, tanto tiempo después, podría resarcirse de la ofensa de la Vica, una mujer maliciosa que había dado al traste con aquel día tan soñado.

—Recuerdo que fuimos mi madre y yo a su piso. Aquello era un cacao. Estaban mis primos, ya sabes, María, Minguet y tu abuelo, y Mariona los reñía por algo, ahora no recuerdo qué. Mis padres les dieron la fecha en que iba yo a hacer la comunión, invitándolos. Se enzarzaron en una disputa que no oí porque Mariona me llevó a donde jugaban sus hijos. Jaume me ponía muecas y a mí no me hacían gracia. Eso era todo. Al irnos, no sé cómo, Margarita me tomó de un brazo y me susurró al oído si ya me había confesado. Yo la miré con recelo, porque era muy hosca, nunca la vi sonreír. Pues no se quedó contenta con lo primero que me había dicho y, sin que nadie más pudiera oírlo, me advirtió que mirar a su nieto mayor como yo lo hacía era pecado y que tenía que confesárselo al cura antes de la comunión.

—No me lo puedo creer, qué mala uva —intervino Anna, asombrada por una historia que era nueva para ella.

—Claro, yo era una niña inocente y Jaume, el primo que me caía gordo, para qué voy a mentirte. —La risa le sacudió todo el

cuerpo—. Nos veíamos a menudo y siempre se metía conmigo, con cómo iba vestida, con el color del lazo que llevaba en la cabeza o con cualquier detalle. Nunca imaginé que sus gestos y sus tontadas fueran muestras de interés. Bromeaba mucho el yayo, eso ya lo sabes.

—Pero, yaya, la Vica no iba tan desencaminada. No eran las formas, pero…

—Lo pensé después. Ella lo había percibido y créeme que, si hubiera estado en su mano, no nos habríamos casado. Por alguna razón que no descubriremos jamás, cuando anunciamos nuestro enlace, casi nos pone en contra a toda la familia. Y eso que no tragaba a los curas. Creo que quería otra cosa para su nieto mayor. Nunca aprobó nuestra unión, y menos que… Era una mujer extraña, algo tuvo que pasarle —expresó Anita, pensativa.

—¿Y menos que qué, yaya?—retomó Anna, habiéndose percatado de cómo su abuela dejaba una frase sin terminar.

—Nada, imagino que no soportaba que nos lleváramos tan bien, digo yo —mintió Anita, omitiendo la verdad que guardaban los años y la inquina con la que Margarita había visto siempre el gesto de bondad del joven matrimonio al quedarse con Pepita, aquella niña enclenque, fruto de una relación indigna, que había sobrevivido a su destino.

—¿Y por qué sería? —preguntó Anna, queriendo saber más de esas partes de su familia que seguían enterradas.

—No sé, *filla*. Nunca nos enteraremos. Podría ser que María o incluso Antonieta sepan más que nosotras. Margarita ejercía una influencia muy grande en las mujeres de su casa, hasta en las que no eran sus hijas. Y también en algunos hombres. Ahí tienes a Minguet, el único que aguantó en la calle Riego hasta poner fin a su vida. El resto se fueron, dejando a esposas e hijos a su suerte.

—¿Y por qué se comportaría así, de una manera tan desagradable? Siempre me he preguntado cuál sería su verdadero origen y cómo es que nadie ha heredado su cabello pelirrojo.

—Y qué más da —replicó Anita—. El pasado ya no está, y aunque lo guardamos todo —se señaló la cabeza con el dedo—, mejor quedarse con lo bueno que con lo malo. ¿Me acompañarás a hablar con don Jacinto?

—Claro, yaya —contestó Anna, y la besó.

Nunca se había atrevido a preguntarle por lo que su padre le había explicado aquel día. Durante años había fantaseado con la idea de que Fausto hubiera mentido para dañarla, aunque ahora, en la edad adulta, algo le decía que la verdad era aquella. ¿Qué vergüenza podía haber en que su madre no fuera hija carnal de Jaume y Anita? No había respuesta y nadie, ni unos ni otros, lo quería explicar.

Y aquella primavera, Anita Moreno Roig tomó la primera

comunión a la vez que su nieto. Don Jacinto, en su homilía, mencionó que una feligresa se disponía, desde el anonimato, a dar un paso que la vida le había negado en su tiempo.

Ante aquellas frases, nieta y abuela se miraron y, con la emoción dibujada en el brillo de los ojos, se lanzaron un beso.

Capítulo 37

Barcelona, 2017

Anita dormitaba en su butaca favorita, dejando que la luz del sol calentara su regazo. Ni siquiera el ruido de las ollas, batiéndose en un duelo a muerte, mermaba la paz de ese momento. Había perdido buena parte de su autonomía y, aunque contaba con un andador y hasta con una silla de ruedas, apenas salía a la calle para evitar que la vieran así. Era muy presumida.

Sonó el timbre de la puerta. Con gran esfuerzo, logró levantarse.

—¡Es que no ves que ya estoy yo aquí! Qué testaruda que eres. Ya va… —se oyó la voz de Pepita, que recorría el pasillo—. ¿Cuántas veces tengo que decir que traigáis vuestras propias llaves? —se quejó antes de saber quién había al otro lado—. Hola, pasad, que estoy en la cocina y se me va a quemar lo que he puesto en el fuego.

—Hola, yaya. —Marc se acercó a besarla—. Qué bien huele —añadió, seguro de que ese cumplido le sumaba puntos.

—Hola, *fill meu*, gracias, qué bonito que eres. Estoy haciendo un estofado de los que le gustan a Anita. ¡Duna!—dijo, agachándose a acariciar al *schnauzer* que corría contento hacia los recién llegados.

Desde hacía unos años, los peces y los hámsteres ya eran historia. En su lugar, le habían regalado al pequeño de la casa esa perrita, de color negro y tamaño mediano, y el animal se había convertido en un miembro más de la familia. Arrancaba sonrisas incluso a Fausto, encantado de desobedecer las instrucciones claras para todo el mundo al atiborrar cada domingo a Duna, dándole de comer cosas prohibidas por debajo de la mesa. No entendía por qué había que tratar con tantos miramientos a un can, se decía, moviendo la cabeza de lado a lado mientras los demás no dejaban de hacerle carantoñas.

—Mira, ni caso me hace, se va directa a ver a tu abuela, qué ingrata—protestó Pepita al ver que Duna ya se removía, juguetona, entre las faldas de Anita.

—¿Ya has hablado con papá? —Anna abordó un tema que urgía cerrar—. La Semana Santa está al caer y nos hace mucha ilusión que sea Marc quien nos lleve en su coche nuevo.

—Ah, nosotros nos vamos al pueblo —respondió Pepita, haciéndose la despistada—. Tu padre ya está de un pesado con la

procesión del Cristo… Se pasa los días hablándome de su capa, la dichosa capa que mandó restaurar al sastre de Sants, no sé si recuerdas. Ya ha ido a buscarla y no quiero ni saber cuánto le ha costado.

Anna tensó los brazos, tratando de controlar una rabia repentina. No podía creer que su madre fuera tan escurridiza. Cerró los ojos, respiró hondo, abrió las manos y las movió palmas arriba y abajo para serenarse.

—Mamá, la yaya no se puede quedar sola, lo hablamos hace semanas y pensé que estaba claro. Papá está jubilado y por un año que se pierda su dichosa procesión no creo que lo echen de la hermandad —soltó Anna en un arranque de valentía que pocas veces demostraba—. Y no sé cómo me dices esto ahora, cuando ya lo hemos organizado todo. David pidió unos días de fiesta y ha tenido que negociarlos con su empresa. Me parece increíble, de verdad. Para nosotros no es fácil disponer de días libres cuando queremos, ¿sabes?

Se hizo un silencio momentáneo. Pepita parecía intranquila y a Anna le entraron ganas de llorar.

—La yaya está bien —resolvió Pepita, esforzándose en creerse sus palabras—. Hasta la fecha no ha habido ningún problema —fue lo único que se le ocurrió añadir, ante la cara de estupefacción de Anna.

—La yaya tiene noventa y dos años, mamá, y empieza a sufrir achaques. ¿Acaso no te has dado cuenta de sus dificultades al caminar? Te recuerdo que vive sola. ¿No te parece que marcharnos todos a más de seiscientos kilómetros tantos días ya no es una opción? No os preocupéis, vosotros id a la vuestra, tú y mi padre, como siempre. Hablaré con David y me quedaré con ella —zanjó Anna, dándose media vuelta.

Pepita disimuló su vergüenza y calló, como de costumbre. Aunque no parecía conforme, sabía que lo mejor era complacer a su marido, que por esas fechas se alteraba especialmente. Arraigado en sus tradiciones y en el estatus que la hermandad del Cristo le había otorgado, Fausto se debía al boato, y así seguiría siendo.

Cuando Anna abordó la cuestión con su marido, David insistió en quedarse, pero ella no lo consintió. Unos días después, parte de la familia tomaba rumbo a Villavicencio de los Caballeros.

Anna iba hablando por teléfono con su marido cuando abrió la puerta del piso de su abuela. Estaba a oscuras y el silencio se había hecho dueño del ambiente.

—¿Sí? Me alegro mucho. Ojo, que es novato, así que dile que no corra. Llámame cuando lleguéis. Te dejo, que acabo de llegar y no sé dónde anda la yaya. No hay ninguna luz encendida. Adiós, mañana hablamos. Un beso.

Le parecía raro, pero pensó que quizás había decidido salir. Miró su reloj. Eran casi las siete y estaba anocheciendo. Anita no solía moverse de casa tan tarde. Atravesó el pasillo, asomándose a la cocina y a las habitaciones, hasta alcanzar el salón. El perfil de su figura, sentada en la butaca e inmóvil, la asustó. Encendió las luces y un escalofrío le recorrió el cuerpo hasta que su abuela abrió los ojos. Se arrodilló y buscó sus manos. Estaban calientes. Las besó.

—Yaya, ¿qué te ocurre? —preguntó con un hilo de voz, sintiendo que algo se derrumbaba dentro de ella tras la tensión.

—Hola, cariño, no te he oído llegar. Estoy bien, es solo que me encuentro cansada.

Su mirada parecía ausente y su eterna sonrisa se había desvanecido. A Anna se le encogía el alma al ver cómo el paso de los días iban empequeñeciéndola. Su abuela era su faro, la luz en la que siempre había encontrado su refugio, su calma, aquella seguridad que tanto había necesitado de niña. Y la idea de perderla era como una espada de Damocles sobre su pecho.

—Voy a ponerte el termómetro, y si tienes fiebre, llamamos al médico. Y no vayas a decirme que no.

—No es nada, *nineta*. Solo son años y sueño. Se me pasará durmiendo —quiso calmarla, aunque sin éxito.

No quiso dejarla sola. Algo le decía que las cosas no iban bien. Cenaron pronto y revivieron viejos tiempos revisando algunas de las fotos que guardaban en una caja de metal que Anna siempre había visto ahí.

—¿Vamos a dormir, yaya? Te ayudo a desvestirte —la animó al notarla cada vez más pálida.

—Gracias, cariño. Qué bien que estés aquí, no sabes cuánto me alegro. —Anita la acarició como solía hacer cuando se quedaban a solas.

Parecía agotada, vencida. Al verla en la cama, arropada igual que una niña que espera escuchar un cuento de su madre, Anna no logró contener las lágrimas.

—Descansa, yaya. Mañana te prepararé un desayuno rico y nos iremos a dar un paseo. Anuncian buen tiempo.

—Lo que tú decidas estará bien. Buenas noches, mi vida. *T'estimo*.

Esa noche, Anna lloró sin consuelo, sin hacer ruido, ahogándose en el dolor que sentía al comprobar que la mujer a la que tanto le debía iba abandonando el mundo sigilosamente. Durmió a ratos, inquieta, y como en una premonición, la despertó un sonido apenas perceptible que venía del cuarto donde estaba Anita.

El día ya despuntaba. Se levantó, se acercó de puntillas a los pies de la cama y desde ahí buscó el movimiento de las sábanas como

una prueba de vida. Anita respiraba y eso la tranquilizó. Avanzó unos pasos y con la yema de los dedos le tocó la frente. Ardía.

—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó su abuela, sobresaltada.

—Yaya, estás malita. Voy a avisar al médico, tienes fiebre. ¿Cómo no me has llamado antes?

—No es nada y no quería molestar —contestó ella, apenas con un hilo de voz.

Esa mañana, Anita ingresó en el hospital por primera vez.

No pude evitarlo. También lloré con ellas, con la nieta y con la abuela, porque imaginaba aquel zarpazo hiriente y salado en la piel de Anna al saber que Anita comenzaba un camino al que no la podría acompañar.

Y lloré porque nunca he tenido la oportunidad de querer a ninguna de mis abuelas como Anna amó a la suya. Por hache o por ve, qué más da, no es momento de explicar las razones.

Mientras mis manos tecleaban partes de esa historia que ya conocía tan bien, yo deseaba recordar las de mis abuelas, mujeres de posguerra, opuestas en vida y en criterio, pero que lucharon con uñas y dientes, sorteando las piedras de sus caminos

Cuánto daño, cuánto amor y cuánta guerra. Cuánto habría dado yo por una conversación de antiguo; una de esas que te abren los sentidos y te ensanchan el corazón, maravillándote, descubriendo batallitas y detalles del pretérito indefinido que tanto les gusta contar a las personas mayores.

Me enjugué las lágrimas y sonreí, sabiendo que en mí hay trazos de ambas: el carácter, las ganas de ponerse el mundo por montera, la fortaleza y hasta el nombre de una de ellas.

Anna había tenido mucha suerte al disfrutar tantos años de su abuela, vaya que sí, pensé. La misma que yo de conocerla, aunque sea desde estas letras.

Capítulo 38

Barcelona, 2019

Pepita vivía presa de una turbación que nunca la dejaba en paz. Desde el primer ingreso de Anita, hacía ya un año, se había ido a vivir a la calle San Medir, como en los viejos tiempos, y no adornaba su disgusto. Anita dependía de sus cuidados y eso ya no iba a cambiar. Fausto, cual perro del hortelano, ni comía ni dejaba comer. Iba al pueblo y venía de él quejándose de manera sobreactuada y reprochándole a su mujer que no lo tuviera en consideración. Él no sabía guisar, ni lavar la ropa ni limpiar. Y eso era lo que verdaderamente le molestaba cuando llegaba a la casa de Villavicencio de los Caballeros y no había nadie que lo atendiese. El bar era su refugio, como siempre.

La relación entre ellos se había recrudecido, si cabía, un poco más. El hombre no admitía que Pepita no le dispensase el trato de favor sin concesiones al que lo había acostumbrado durante tantos años.

—No sé por qué no vives en casa, como debe ser —le reprobó él, como casi a diario.

—Es que no tendría que darte ni una sola explicación, parece mentira. Sabes de sobra por qué, así que no me tires más de la lengua.

—Anna también podría encargarse. ¿Acaso no la quiere tanto? —atacó Fausto donde podía hacer más daño—. O llévatela a una residencia, como hacen otros hijos con sus padres.

Pepita lo miró sin decir nada. Aspiró todo el aire que le cabía en los pulmones y lo retuvo cerrando la boca mientras sus fosas nasales seguían abiertas. Estaba furiosa.

—Claro, pagarás tú esa residencia de la que hablas, ¿eh? Porque si no, no sé de dónde íbamos a sacar el dinero. Además, óyeme bien: esto me toca a mí, grábatelo en la cabeza y no me des más que hablar —contestó ella, retándolo como pocas veces se atrevía a hacer—. Llegas a mesa puesta, te sirvo la comida y luego la cena. No retiras ni tu plato, te vas al bar con tus amigos, que me rio yo de esas amistades. Y, cuando puedo, voy a casa a lavar y a plancharte la ropa. ¿Qué más quieres? Esto me toca a mí —repitió, buscando en la invocación el apoyo que nunca tendría de él.

Con los años, la soberbia había crecido en los dos, y cada uno sacaba sus cartas, forrando las paredes de quejas envenenadas que

viciaban el ambiente.

La anciana temía los momentos en los que Pepita, cuando se quedaban solas, se encerraba en la cocina y la emprendía a golpes con todo lo que hubiera a mano para desfogar la rabia; había roto muchas piezas de la vajilla y de la cristalería. Anita era de buen conformar, aunque los años iban alimentando en ella la nostalgia por los abrazos que nunca había recibido de Pepita y por los besos de los que apenas podía acordarse. Y rememoraba los de sus muertos, tan añorados, y los de algunos vivos, como su adorada Anna, su nieta del alma, la única que parecía entenderla de verdad.

Su hija, porque así la había considerado, siempre había sido reservada y especial. Y necesitaba convencerse de que los había querido. La recordaba como una niña feliz, cuando Jaume y ella la llevaban de la mano, protegiéndola de su propia familia, la misma que casi sentenció su destino. ¿En qué momento se había roto el delicado hilo que las había unido alguna vez? Un dolor profundo como la oscuridad del abismo la devoraba por dentro. ¿Por qué no podía haber sido de otro modo? ¿En qué se había equivocado tanto? ¿Dónde había quedado el instinto de Pepita aquella tarde en la que decidió abandonar a los suyos por una quimera? ¿Tan poco cariño les tenía? No buscaba las respuestas, ya no, se repetía en silencio, esperando escucharle la palabra mágica que siempre había deseado que le dijera.

Sus ingresos en el hospital eran frecuentes y, aunque nunca se quejase, su cara se desfiguraba solo con pensarlo. Camino de los noventa y tres, la vida se le espesaba como una bruma, dificultándole cada paso.

Pepita hacía su labor como podía y Anna las visitaba a diario.

—Llegas un poco tarde y llevo todo el día aquí encerrada. Quería ir a la peluquería y mira qué hora es, ya no me cogerán —reprochó Pepita a su hija, aguantándose la rabia que había acumulado contra ella.

No debía de ser tarea fácil, pensaba Anna cada vez que se la encontraba de esa guisa, como un gato dentro de una jaula. Le reconocía el esfuerzo, pero se notaba a la legua la falta de mimo con la que su madre desempeñaba lo que consideraba una obligación.

—Tenía recados que hacer, mamá. Si tanto te urgía, podrías haberme llamado. Además, no lo entiendo, para ir a peinarte primero debes pedir hora. —En su habitual inspección ocular, algo llamó la atención de Anna—: Mamá, ¿cómo es que se ha roto esto? —dijo, enseñándole el soporte del inodoro que Anita utilizaba desde hacía unos meses debido a su falta de movilidad.

Pepita la miró y, tras unos segundos en los que parecía elaborar una explicación, se encogió de hombros:

—No sé, a lo mejor ha sido al intentar encajarla después de limpiarla. No me acuerdo.

—Pues así no se puede quedar, imagínate que al sentarse la yaya se hace daño. Habrá que comprar una nueva.

Pepita volvió a encogerse de hombros, desentendiéndose de la cuestión.

—Yaya, ¿tú te acuerdas de cómo se ha roto? Es que no me lo explico —preguntó a su abuela.

—Baja a comprar otro y no le des más vueltas —resolvió Pepita—. Quieres estar en todo y nunca estás cuando se te necesita —le reprochó, sabiendo que no era verdad.

Esa tarde, a Anna no solo le avergonzó que en la ortopedia les extrañase sobremanera que una pieza así se quebrara sin poder explicar cómo, sino también imaginar el mal rato que Anita habría pasado con el percance. Pepita se hacía mayor y su falta de determinación durante la juventud se había transformado en un mal genio permanente. ¿Cómo esa mujer menuda, de gesto afable y aspecto inofensivo podía guardar tanta inquina? Y la pagaba con quien la había querido siempre, sin concesiones.

Ella, la hija que nunca se había rebelado a tiempo, ¿sería capaz alguna vez de poner palabras a la impotencia, a la indignación, a la tristeza y a la decepción que, con los años, le habían crecido por dentro? Solo había una razón para que Anna no estallara en mil pedazos, pensaba mientras sus dientes se ajustaban como un engranaje perfecto, apretando la mandíbula hasta dolerle. Y era su abuela, la mujer tranquila que no merecía ni un solo disgusto más que se pudiera evitar. La veía tan frágil…

Aquella misma tarde Anita regresaba al hospital. Un nuevo ingreso y un diagnóstico difícil de digerir: tenía piedras en la vesícula y sus fuerzas no resistirían la intervención. Los médicos dijeron lo que Anna nunca hubiera querido escuchar: su esperanza de vida era de cinco días a lo sumo.

La primera noche, Anita la pasó inquieta y Anna se quedó con ella. Pepita se marchó a regañadientes, repitiendo «esto me toca a mí, esto me toca a mí» como una imposición más que un deseo.

Ambas dormitaron a ratos y sus manos unidas como tantas veces fueron el bálsamo que necesitaban en ese tramo del camino que daba a su fin. Y, en silencio, supieron que cada minuto sería a partir de entonces como una gota de agua para un sediento.

Al amanecer, todo parecía tranquilo. Anna fue a por un café y, al regresar, vio a varias enfermeras correr hasta la habitación donde estaba su abuela.

—¡Llama a mi madre, dile que venga, que me quieren llevar! —gritaba Anita al tratar de quitarse las vías de los goteros.

—Yaya —susurró Anna, temblando—, ¿qué te ocurre? Nadie te va a llevar a ningún sitio.

—No le hable. Póngase ahí, en un lado. O, si lo prefiere, salga de la habitación —dijo una de las enfermeras que la atendía.

—¡No!, ¡no quiero! —gritaba Anita—, me han secuestrado, son ellos, míralos. —Señalaba con el índice hacia un punto fijo, como si huyera de alguien—. Avisa a mi madre, no tardes, corre —insistía con los ojos muy abiertos.

Anna se llevó las manos a la boca, nerviosa e incrédula. ¿Su abuela ya no era ella? Sus ojos, desencajados como nunca los había visto, desprendían rabia. Y esa fuerza con las que intentaba arrancarse los viales del brazo resultaba insólita.

Por suerte, los sedantes surtieron efecto y, al cabo de pocos minutos, Anita volvió a cerrar los ojos, apacible, casi riendo, flotando en el cielo después de haber bajado a los infiernos.

—Su abuela ha sufrido un episodio de desorientación. Cuando pasa eso, confunden la realidad. Son alucinaciones. Luego recuerdan algo, pero la mayoría de las veces ni saben lo que ha pasado. Es normal en su estado.

Las palabras de la enfermera no la tranquilizaron, sino todo lo contrario.

—Nunca le había ocurrido. ¿Por qué ahora? Me he asustado mucho —respondió Anna con la voz entrecortada.

—Es normal, se ha desestabilizado. En estos casos, los episodios de desorientación son bastante intensos. La infección de orina y la bajada de potasio son muy significativas, sin olvidar las otras patologías que se han ido añadiendo en estos meses. Pero no se preocupe, que al mediodía el doctor pasará y le dará las explicaciones pertinentes. Hasta entonces, si quiere, márchese a descansar. Ella estará dormida un buen rato.

—Sí, puede que lo haga. Aprovecharé para ir a casa a ducharme y volveré pronto. Mi madre también llegará en breve —contestó Anna—. Si necesitan llamarme por cualquier cosa…

—Vaya al mostrador de planta y compruebe que tienen su teléfono anotado. Ya hemos visto que no es el primer ingreso de su abuela…

—No, este año ya van tres, y eso que estamos en febrero. No sé… Bueno, no me entretengo más. Gracias por todo.

Anna le dio un beso a su abuela y se marchó. Todo el cuerpo le temblaba por dentro. La idea le rondaba en muchas ocasiones, acechándola como una sombra que se pegaba a los pies y le subía hasta la cabeza, pero era la primera que la ponía en palabras: su abuela se estaba muriendo. ¿Lo sabría ella también?, se preguntaba entre lágrimas. ¿Y qué pasaría después? Solo había oscuridad y miedo.

Unos días antes, en enero, Anna había tenido la primera sesión con la terapeuta. Un paso gigante que sus amigas le habían animado a dar después de meses y meses en los que no era capaz de tomar una de las decisiones más difíciles de su vida. Y había llorado desde su niña interior, desde el consuelo y la redención, como también lo había hecho la noche de antes, cuando se lo había anunciado a su marido y a su hijo. Un sí donde tantas otras veces había habido un no; un llanto de libertad en el que por fin se daba permiso a emprender el camino hacia la sanación de unas heridas que su alma no sabía cómo curar. Era el momento de preparar el duelo.

Esa misma tarde, Anita la llamó. Parecía una señal de socorro. Su nieta acudió a su casa todavía con los ojos hinchados. Al llegar, la saludó, y al comprobar que estaban solas, se intranquilizó.

—¿Y mi madre?

—Ha salido a comprar, no te preocupes. Cariño, ¿tú te encuentras bien?—se interesó Anita al fijarse en sus ojeras violáceas.

—Claro, abuela. Cansada, como siempre, pero bien.

—Acércate al dormitorio. Al fondo del segundo cajón de la mesilla de noche, verás dos cartillas de ahorro. Tráelas, que quiero darte unas instrucciones antes de que aparezca tu madre. Lo prefiero así porque me conozco el tema —dijo sin más.

Anna obedeció y volvió con las cartillas. Recordaba cuando las había abierto y cómo Anita había insistido en hacerla cotitular de pleno derecho por lo que pudiese pasar. Al entregárselas, le tembló el pulso.

—Yaya…

—Siéntate y escucha: esto es para que tú lo administres. Sé que lo harás bien, y no le digas nada a tu madre ni a Fausto. Sobre todo eso. A ninguno de los dos —insistió Anita.

En cada una había un dinero nada desdeñable; la alcancía que ella y Jaume, poquito a poquito, habían logrado juntar.

—Yaya, yo…—pronunció Anna, sorprendida por la cantidad que había reunido desde la última vez que las había revisado. De eso hacía algún tiempo.

—No tienes que decir nada. Tú sabrás hacer lo que toca cuando sea el momento. Y ahora guárdalas en tu bolso. No se hable más —Anita zanjó así el asunto que llevaba días queriendo resolver.

Anna regresó a su casa recordando aquella tarde. El momento iba a llegar y no quería, se dijo, tragándose las lágrimas. Se duchó y se tomó un café, lo único que fue capaz de llevarse al cuerpo. Llamó a David para explicarle lo que había sucedido y le advirtió que no le dijera nada a Marc. El joven, muy sensible, estaba muy ligado a su bisabuela;

siempre había sido así. Después, comunicó en el trabajo que, dada la gravedad de su abuela, adelantaría unos días de las vacaciones para aprovecharlos con ella. Un rato más tarde, se encaminó hacia el hospital.

La mezcla de olor a desinfectante y a medicinas la ponía nerviosa porque era inevitable asociarla a la enfermedad y a la muerte. Iba a paso ligero, pensando que había evitado llamar a su madre por no alarmarla y quizás ella no estaría ahí.

Encontró la puerta de la habitación cerrada y el corazón le dio un vuelco. Abrió con un empujón, a la espera de cualquier cosa, y las miradas de su abuela y de su madre se fijaron en ella.

—*Déu meu*, qué manera de entrar —dijo Anita, esbozando lo que Anna interpretó como una sonrisa.

—Perdón, ¿cómo estás?

—Bien, ¿no la ves? —contestó Pepita—. Acaban de traerle un caldo y mira que es delicada con la comida esta mujer. Me ha costado Dios y ayuda que se tomara unos sorbos.

Pepita no perdía ocasión para mostrar sus garras, aunque nieta y abuela tratasen de ignorarla. Anna se sentó en la cama, entre ellas, y una vez más buscó la mano de Anita. Cada instante era valioso.

—Debes comer aunque sea poquito, abuela. El suero no es suficiente y necesitas reponer fuerzas.

—No tengo hambre, cariño. Y a ti, hija, pronto dejaré de molestarte. Recuerda que siempre te hemos querido mucho. No puedes imaginarte cuánto, a pesar de esas circunstancias que…

—¡Ya estamos con las circunstancias! —dijo Pepita, evidenciando su incomodidad—. Siempre te estaré agradecida, como no puede ser de otro modo. Si no hubiera sido por vosotros, quién sabe… Y siento un gran agradecimiento —repitió sin mirarla—. Minguet y aquella señora, Isabel, no han significado nada para mí, aunque fueran quienes eran.

Anna permanecía entre las dos como una estatua. Y, si hubiera podido escapar de esa escena, lo habría hecho. Se veía fuera de lugar. Era la primera vez que madre e hija hablaban de aquello que todos mantenían en secreto. Aquello que todos conocían y que habían cubierto de silencio, pensando que, al no nombrarlo, dejaría de existir. Y mientras rememoraba aquel triste día en que su padre había pretendido abatirla en un duelo en el que solo él disponía de arma, escuchó las palabras de su abuela:

—Nunca podrás imaginar el dolor que he soportado todos estos años porque no sabes cómo me siento. Nunca ha salido de tus labios la palabra que los hijos dicen a diario: «mamá». Y eso lo llevo aquí dentro. —Con la mano izquierda se señaló el corazón—. ¿Por qué no me quieres? ¿Por qué nunca me has querido?

Y de nuevo el silencio, interrumpido un momento por una de las auxiliares que venía a tomarle las constantes a Anita.

—¿Cómo estamos hoy, doña Anita? Tiene mejor cara que esta mañana, ¿eh? —dijo la muchacha.

—¿Ha pasado algo esta mañana? —preguntó Pepita a su hija.

—No, nada que valga la pena explicar —respondió Anna—. Mamá, esta noche también me puedo quedar yo. Ya he avisado en el trabajo.

—Ni hablar, esta noche me quedo yo, es mi deber. No insistas —resolvió Pepita, decidida a no dar su brazo a torcer.

Pasaron las horas y, cuando oscureció, respetando la voluntad de su madre, Anna se marchó, aunque no estaba conforme porque intuía que la vida de su abuela se esfumaba y cada minuto era más importante que el anterior.

—Estaré disponible por si necesitas cualquier cosa —dijo a Pepita—, toda la noche —recalcó, ante la afirmación de ella, que con el gesto la invitaba a irse.

Esa noche, Anna se tumbó en el sofá. Estaba agotada, sin embargo, se resistía a dormirse, hasta que al final el sueño la venció. Y, de repente, el sonido del teléfono la despertó. Sin más preámbulo que los gritos que llegaban a su oído, escuchó:

—¡No pienso volver al hospital! ¡Si puedes, ven, porque yo no lo aguanto más! Ya estoy harta de esto! ¿Me oyes?, ¡harta! —vociferó Pepita, fuera de sí.

—Ya voy, pero no grites, te lo pido por favor —le rogó, imaginándose lo peor—. ¿Le ha pasado algo a la yaya?

Parecía uno de los arranques de su madre: iba de la furia al mutismo y acababa cayéndose al suelo, sin fuerzas, podía imaginarlo. Lo había visto muchas veces en su vida y siempre era igual.

—Las enfermeras están con ella, así que ven en cuanto puedas porque yo no resisto más tiempo aquí.

—Ya vamos, pero no te muevas hasta que lleguemos, ¿vale?

Colgó el teléfono. Anna estaba embotada, era de madrugada y se puso lo primero que encontró en el armario. Despertó a David. A esas horas no había metro y los autobuses tampoco habían empezado el turno.

—Necesito que me lleves al hospital. Siento todo esto, pero… —Se echó a llorar.

—Dame dos minutos y estoy listo. ¿Ha pasado algo?

—No lo sé, creo que no. Solo quiero llegar y verla.

Anita había vuelto a desorientarse y ya no era ella. Madre e hija habían discutido, nunca se supo por qué. Al parecer, la anciana le

había gritado como nunca lo había hecho. Habían administrado un tranquilizante a cada una. Y, cuando David y Anna aparecieron, encontraron a Pepita dormitando en una butaca de la sala de visitas. Anna le tocó el hombro:

—Mamá, David te acercará a casa. Levántate. ¿Tan grave es lo que te ha dicho? ¿Ni siquiera en estas circunstancias eres capaz de controlarte y hacerte a la idea de que se nos va? No lo entiendo, de verdad —dijo Anna, reprimiendo las ganas de gritarle. Nunca le había levantado la voz.

Su madre la miró como si estuviera escuchando a una extraña. Torció el gesto y no contestó. Se fue susurrando un adiós por dentro; Anna intuyó que se sentía avergonzada, aunque nadie podría asegurarlo.

Acompañó a su abuela hasta esa noche, la tercera que pasaría ahí.

Anita dormía a ratos debido a la morfina que el gotero le administraba en dosis pequeñas. El dolor era continuo y su hígado, cada vez más inflamado, no le daba tregua. Los médicos avisaron antes de subir la sedación, por si la paciente no volvía a despertar.

Las horas transcurrieron y volvió a ser de noche. Alguien abrió la puerta mientras Anna y Anita dormitaban.

—Hola —saludó David, gesticulando para no asustarlas—. Ya estoy aquí y dispuesto a pasar la noche. Mira, traigo mis zapatillas y un cojín —señaló, sonriéndole—. Así que puedes ir a casa y descansar. Mañana por la mañana me relevas. Si hay algún cambio, te llamo enseguida y pides un taxi. Marc también está preocupado. Me ha dicho que vendrá sin falta.

Anna asintió, emocionada. Necesitaba ese remanso de paz que siempre era su marido. Su cuerpo ya respondía como un autómata, sin voluntad.

—Se despierta a ratos, pero apenas habla —pudo decir antes de que un nudo en la garganta le atrapara las palabras.

Llegó a casa, se metió en la cama y lloró con calma, sintiéndose derrotada. La pregunta que tantas veces se había hecho en los últimos meses pronto tendría respuesta: ¿cuándo sería la partida de su abuela?

Esa noche soñó uno de los sueños más vívidos que había tenido jamás. Entraban en una sala de cine. Era grande y lucía un cortinaje de terciopelo rojo que permanecía cerrado. Estaba vacía, solo ellos tres se disponían a ocupar sus asientos. Flanqueada por Jaume a la derecha y por Anita a la izquierda, Anna tenía todo lo que deseaba en ese instante: las personas que le habían ofrecido un lugar seguro en la vida y en sus corazones.

De pronto, se abrían las cortinas y mostraban una gran

pantalla. Se daban la mano, sonreían y con una respiración honda se llenaban de oxígeno los pulmones, convirtiéndose en espectadores de momentos que todos atesoraban en sus recuerdos. Anna disfrutaba aquello como el mejor regalo que nunca le había hecho nadie; el mejor de todos. Entonces, con una caricia cálida en las mejillas, sus abuelos le decían en silencio que ellos debían marchar. Anna quería moverse, pero algo le impedía seguirlos. Alargó los brazos, pero no los alcanzaba; gritó sus nombres y ellos, con la última de sus sonrisas, se fueron desdibujando.

—Mamá, mamá, ¿te encuentras bien? —Marc la sacudió por los hombros—. Estabas hablando en voz alta, parecía una pesadilla. Me sabe mal haberte despertado.

Anna lo miró con los ojos llenos de lágrimas y se abrazó a él.

—No es nada, no es nada —repitió, todavía aturdida—. Me ducho y me voy al hospital. Llamaré a tu padre de camino.

—Yo también iré luego.

Cuando entró en la habitación, David no estaba y Anita dormía tranquilamente. Anna observó que habían añadido un nuevo medicamento en el porta sueros. La besó y le sonrió, aunque Anita seguía durmiendo. Se sentó junto a ella, sujetándole las manos.

Estaba con los ojos cerrados, concentrada en su pensamiento, cuando lo escuchó:

—Esta madrugada tuvo fuertes dolores y le han puesto eso —informó David—. Desde entonces no ha vuelto a despertar. Y eso que durante la noche estuvimos charlando algunos ratos. Le apetecía hablar.

—¿Y no despertará más? —preguntó Anna con la voz quebrada.

—No lo sé. Las enfermeras han dicho que estaba pautado así, que era para que no tuviese dolor.

Anna se abrazó a su marido y lloró, desconsolada. Marc acababa de entrar.

Pasaron dos días más. Anita no había vuelto a despertar. En las últimas horas antes de su viaje a lo eterno, nunca se quedó sola. Anna no se despegó de ella ni un instante y le sujetó la mano, haciendo de ese gesto antiguo el legado que no las separaría jamás. Pepita tampoco se separó de ella y, a su manera, lloró su pena.

La noche pasó en calma y los primeros rayos de sol se colaron a través de las persianas, iluminando su cara. Anna la miró, respiró hondo y le susurró al oído:

—Tranquila, yaya, que siempre te he escuchado y todo lo que quieres se respetará. Mi regalo es tu descanso. Ve con ellos, porque también te quieren y te están esperando.

El 12 de febrero de 2019, Anna Rodríguez Roig sujetó los dedos frágiles de su amada abuela, Anita Moreno Roig, hasta el final. Igual que ella le había cogido la mano en su llegada al mundo ese mismo día, cincuenta y dos años antes.

FIN

Agradecimientos

Esta novela no habría sido posible sin ella, sin Anita, indiscutible protagonista de una historia que llegó a mis oídos, debía ser contada y terminó enamorándome. Tampoco hubiera visto la luz sin uno de los testimonios principales, Anna, quien se ha enfrentado a sus miedos y a su pasado, convirtiéndome en instrumento de un legado que estaba por escribir.

Quiero agradecer a todas las personas que me han ayudado desde el principio y a las que les debo tanto, por estar siempre cuando las necesito: Mónica Gómez, Pilar González, Lara Beli, Olga Prado, Alejandra de San Cristóbal, Raquel G. Osende, Rosa Boliart, Carlos Naza, Samuel J. Peñalver, Manuel Aguilera, Gonzalo Fernández y Tomás Adrián. Todas y todos son un ejemplo de talento, compañerismo y cariño desmedido. GRACIAS.

A todos los que, como tú, lector o lectora, dedicáis unas horas de vuestro tiempo a alimentar esas historias que se nos ocurren, a las que damos vida y dejamos volar hasta tu rincón favorito.
Si te ha gustado Y DE NUEVO EL SILENCIO, será de gran ayuda que dejes tu opinión en Amazon.

Pepa Fraile Colorado

Acerca del autor

Pepa Fraile Colorado (Barcelona 1965)



Licenciada en Ciencias de la información, ha colaborado en diversos medios de comunicación y combina su tiempo y la creación de sus personajes con su trabajo diario en la administración pública.

Apasionada de la vida, las letras y la lectura, la musa llegó de la mano de: «Las siete verdades de Elena» (2013, suspense romántico) «El secreto de Amalia» (2013, fantasía, romance paranormal). Las palabras continuaron fluyendo en la autora, acompañada de su musa y de la historia de: «El nombre oculto de Casandra» (2015, aventura, suspense, erótica.) «El círculo de Alma» (2016, saga familiar, histórica, suspense). «Lucía y el reposo de las palabras» (2018 ficción contemporánea, saga familiar, romántica). «Señora y Alfa» (El tornado) (2021 ficción contemporánea y erótica). «Los abrazos prometidos» (2022 ficción histórica) Es autora de diversos relatos, publicados en antologías solidarias y obras multiautor. El pasado y el presente; el amor; el origen, los recuerdos; las vivencias y las relaciones cruzadas se mezclan en la memoria y las revelaciones que sus mujeres, protagonistas de sus obras, destilan a lo largo de cada historia.

Conoce más sobre la autora en:
www.pepafraile.com
https://www.facebook.com/pepafraileescritora
@pepafraile (twitter)
https://www.instagram.com/pepafraile

Libros de este autor

Las siete verdades de Elena

Elena ha trabajado durante más de quince años en la misma empresa y acaba de ser despedida. Su mundo parece derrumbarse, una vez más, ante una noticia que sabía que llegaría en un momento u otro. Ella misma es el motivo. Su gran y único apoyo hasta ahora ha sido su amiga Flora, una mujer vital y entusiasta que la obligará a salir de su letargo casi a la fuerza y que conocerá, al tiempo que el propio lector, los secretos que Elena lleva guardando casi toda su vida y que no ha querido desvelar a nadie. El precio de su silencio ha sido demasiado alto. Llegó a Barcelona sola, siendo casi una adolescente, huyendo de su propia historia y de su peor pesadilla. La mochila que arrastra desde que se vio obligada a salir de la ciudad en la que vivió durante los primeros años de su vida, Madrid, ha permanecido en su espalda demasiado tiempo y es hora de empezar a aligerarla. Merece ser feliz y se dispone a tomar las riendas de su destino por primera vez. Una decisión que le brindará la oportunidad de recuperar el amor y su pasado, y abrir muchas de las puertas que ha necesitado mantener cerradas hasta ahora: Las peores mentiras a las que se tuvo que enfrentar siendo todavía una niña, la trampa más cruel a la que tuvo que sobrevivir siendo todavía una adolescente y su participación, de manera involuntaria, en una importante trama de estafa fiscal en la que se ha visto envuelta y en la que sólo ha sido una víctima más. Amor, odio, esperanza, venganza, amistad e intriga son parte de los ingredientes de una historia que podría ser la de muchas mujeres que callan y se resignan a su destino hasta que dicen basta.

El secreto de Amalia

odos guardamos secretos que no queremos compartir con nadie. Secretos con los que convivimos cotidianamente, ajenos a quienes nos rodean y que deseamos que sigan siendo nuestros. Amalia vive con el suyo y lo protege como su mayor tesoro. Cree que con los años ha conseguido olvidar casi todo lo que sucedió años atrás en una pequeña localidad de Bizkaia. Pero no es así. Una carta conscientemente extraviada que llega a sus manos y el deseo de volver al lugar en el que lo conoció se convierten en su obsesión. Debe ayudar a Mikel, alguien que sólo ella puede ver. Esta es una historia en la que la fantasía, la realidad y la ficción se mezclan en la vida de sus

protagonistas. Conocer el secreto de Amalia quizás te lleve a preguntarte dónde está el límite de lo real y lo imaginario.

El nombre oculto de Casandra

¿Serías capaz de alejarte de los prejuicios que te han acompañado a lo largo de tu vida? ¿Crees que todo lo que sucede forma parte del destino? ¿Podrías dejar de ser quien eres? Jimena, una mujer de mediana edad que vive para su trabajo y sus aburridas costumbres, está a punto de materializar una de las fantasías que jamás se habría atrevido a imaginar: Tiene una cita muy especial con un joven que la marcará para siempre. La empresa en la que trabaja desde hace años, la ha relegado temporalmente a la planta inferior del edificio para realizar la tediosa tarea de revisar y clasificar antiguos documentos que la organización comercializa para fines cinematográficos. Allí, de manera fortuita, descubre la existencia de un manuscrito oculto durante décadas, que nunca llegó a su destinatario y cuyo mensaje tratará de descifrar junto a su nuevo acompañante. Ella no lo ha elegido pero su vida y su destino, a partir de entonces, se convierten en una carrera contrarreloj de la que, junto a su joven amante, resultará difícil escapar. La historia transcurre entre dos ciudades, Barcelona y Gerona, conectadas entre sí a través de una trama en la que nada parece lo que es y que ninguno de sus protagonistas hubiera deseado descubrir jamás.

El círculo de Alma

Barcelona, año 2014. Después de una enigmática llamada y tras haber tomado una de las decisiones más importantes de su vida, Alma pone rumbo desde Alemania a Barcelona, su ciudad natal, para acudir a una cita que nunca tendrá lugar. Esther, su amiga y confidente, ha muerto. La policía comenzará su trabajo para esclarecer los hechos ya que, aunque todo indica que se trata de un suicidio, no había ningún motivo para que terminara con su vida. Nueva Gales del Sur, año 1895. Marta y Antonio son hijos de emigrantes españoles afincados en el continente Austral desde hace dos generaciones. Tras los años en los que la Fiebre del Oro australiana había colmado de riqueza a muchas familias, el declive económico ya es un hecho. Arrastrados por la pobreza que la crisis del preciado metal ha provocado, y huérfanos de los que habían sido sus referentes, la pareja planea la vuelta al país de origen de sus antepasados: España. El pasado y el presente. El origen. La historia de dos familias que comenzaran a trazar un círculo entorno a muchos interrogantes que siempre estuvieron en sus vidas y nadie había descubierto. El círculo de Alma.

Lucía y el reposo de las palabras

Tras el fallecimiento de su madre Bruno Radocolo, novelista de éxito, regresa a Villahermosa del Río, una pequeña población de Castellón en la que pasó parte de su infancia, junto a sus padres. Allí conserva algunos recuerdos y el patrimonio familiar que está a punto de heredar. El escritor atraviesa uno de los momentos más difíciles de su vida: la muerte de Amina, su esposa, hace ya casi un año. Desde entonces, la musa de sus creaciones y todas sus ilusiones se han desvanecido y su carrera profesional está en franco deterioro. Durante los días en los que se ve obligado a permanecer en la casa de la que pronto se convertirá en propietario, lo abordarán algunos recuerdos escondidos en su memoria, vivencias olvidadas y el arrepentimiento del tiempo que dejó atrás con Lucía, su madre. Allí, en las calles que recorrió de niño, conoce a Arlet, terapeuta que ejerce su profesión a caballo entre Barcelona y Villahermosa del Río, y que disfruta de la serenidad de un entorno que también se ha convertido en su refugio. El percance de su primer encuentro desencadenará, a pesar de las reticencias de Bruno, una compleja relación que ninguno de los dos había buscado. Las sucesivas visitas que el escritor realizará a la vivienda, los recuerdos olvidados y la magia de una casa que empieza a sentir como suya, le infundirán la calma que necesita para seguir escribiendo. El descubrimiento fortuito de un diario que reposa desde hace algunas décadas bajo las cuerdas de un viejo piano; las revelaciones halladas entre sus páginas; los remordimientos que lo acompañan desde la muerte de Amina; un pasado que nadie podrá borrar y la reconciliación consigo mismo serán algunos de los elementos que se conjugan en una historia que combina el presente y el pasado de sus personajes y las huellas del tiempo, impresas en sus vidas para siempre.

Señora y Alfa (El tornado)

Salma Matute es una ejecutiva de éxito que trabaja para una importante Agencia de Valores en la que ha ganado a pulso su reputación.Provocadora, enigmática, dominante e inalcanzable, la nueva mujer en la que se ha convertido, después de un traumático divorcio, la ha llevado a transformarse en La Señora Alfa: Directiva implacable durante el día y seductora irresistible durante la noche. Ella pone las condiciones, las normas y las barreras que nadie puede traspasar sin su permiso. ¿Qué podría tambalear los cimientos sobre los que Salma Matute ha construido su vida desde entonces? Su participación en algunas operaciones bursátiles de dudosa legalidad, la singular relación que mantiene con su joven y fiel secretario, y la

llegada a la empresa de un agente infiltrado de la Unidad de Delitos Económicos y Fiscales.

Mentiras, corrupción, infidelidad, sexo, poder y humor son algunos de los ingredientes de una historia donde la supervivencia se convierte en una necesidad y la búsqueda de nuevas oportunidades llevaran a algunos de sus protagonistas a desvelar lo mejor y lo peor que hay en ellos.

Los abrazos prometidos

Tras los años convulsos de la guerra civil española Clara Castelao convive con su hijo Miguel en Olesa de Montserrat, un pequeño pueblo a las afueras de Barcelona.

La vida y costumbres de sus habitantes transcurren entre rencillas no vengadas, secretos dormidos en la memoria y silencios resignados que los vencidos callan y los vencedores celebran.

La huida involuntaria de su pueblo natal, las muertes que no podrá llorar, un pasado convertido en sombra, las heridas abiertas, las mentiras y la ausencia de los abrazos, tantas veces prometidos, darán vida a una historia emotiva y conmovedora, en la que todos sus protagonistas quedarán marcados.